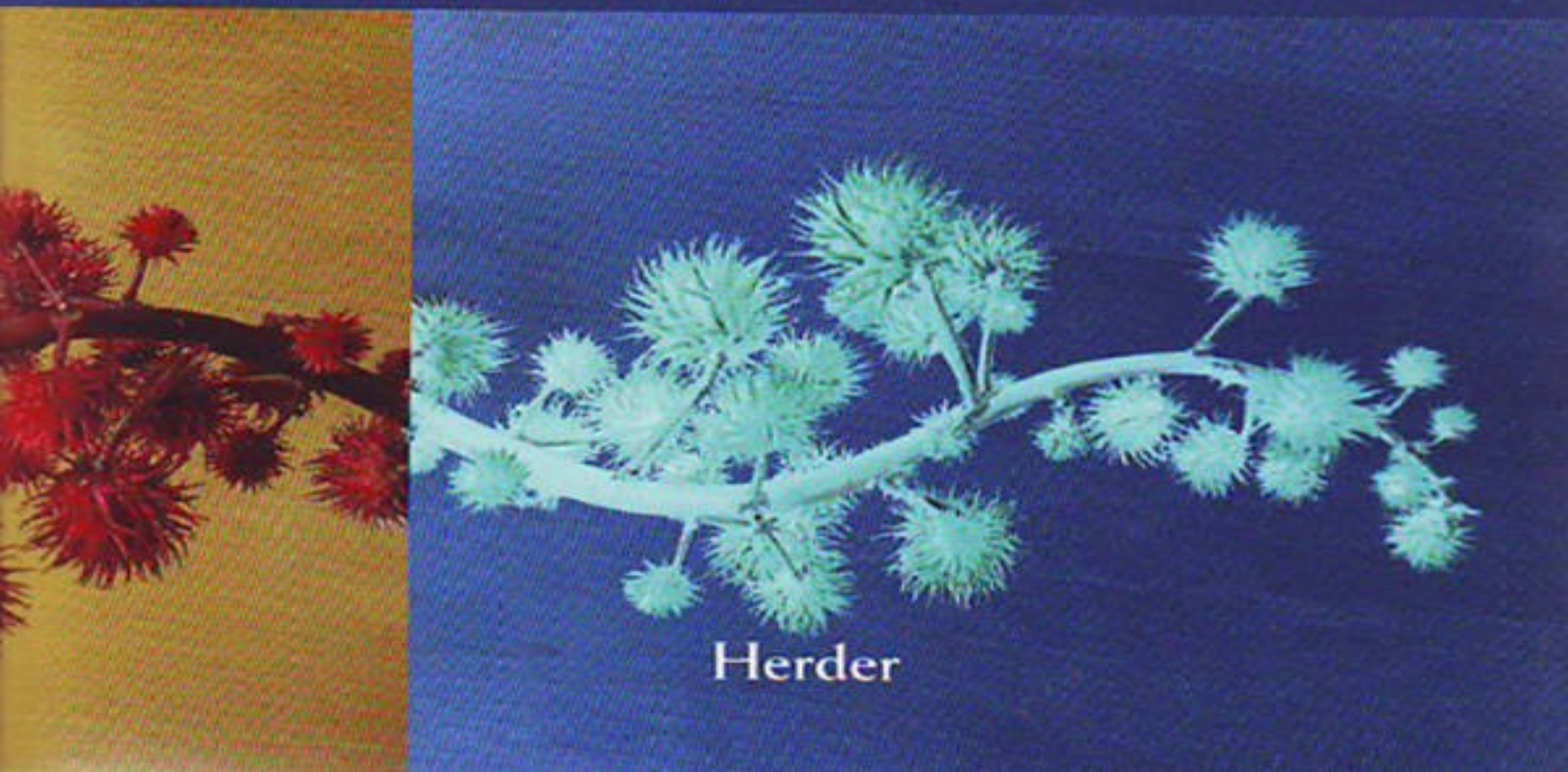
Paul Watzlawick
Janet Beavin Bavelas
Don D. Jackson

Teoría de la comunicación humana

Interacciones, patologías y paradojas



Herder

PAUL WATZLAWICK,
JANET BEAVIN BAVELAS y DON D. JACKSON

TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN HUMANA

Interacciones, patologías y paradojas

Herder

Título original: Pragmatics of Human Communication
Diseño de la cubierta: Claudio Bado y Mónica Bazán
Edición digital: Grammata.es

© 1967 W W Norton & Company, Inc., New York
© 1981 Herder Editorial, S.L., Barcelona

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

I.S.B.N. digital: 978-84-254-2724-4

Más información: Sitio del libro

Herder
www.herdereditorial.com

A
Gregory Bateson,
mentor y amigo.

PREFACIO

Cuando, para el estudio de la conducta humana, se desplaza el énfasis de las intenciones a los efectos de los actos, se opera una modificación cualitativa que afecta la visión del mundo de quien lo lleva a cabo. Se pasa de una perspectiva fundamentalmente retrospectiva, introspectiva, basada en una lógica causal y lineal, a una predominantemente predictiva, centrada en observaciones consensuales, que opera sobre la base de una lógica recursiva o dialéctiva. Y, cuando se desplaza el acento desde los procesos intrapsíquicos hacia los fenómenos interaccionales, se expande drásticamente la comprensión de la conducta humana: la psicología y la psicopatología tradicionales pasan a adquirir el carácter de una suerte de anatomía descriptiva que puede dar cuenta de ciertos elementos pero que malamente sirve para describir y explicar los complejos procesos interpersonales que inscriben y dan sentido a la conducta del individuo en su contexto.

Es indudable que el primer aporte en el camino de esta expansión debe ser adjudicado al psicoanálisis, que amplió y enriqueció la comprensión de los comportamientos a la luz del enfoque dinámico genético-evolutivo. También es indudable que la exploración de la instancia intrapsíquica requirió la construcción de un conjunto coherente de hipótesis explicativas y auxiliares, y, en concordancia, el desarrollo de una hermenéutica propia. Esta óptica intrapsíquica impidió en etapas posteriores la aplicación del modelo psicoanalítico a otros campos —los fenómenos grupales, las conductas sociales, etc.— más allá de la mera transpolación antropomórfica. El carácter reconstructivo de esa teoría condujo asimismo a la producción de explicaciones circulares que invalidaban toda puesta a prueba del modelo. El psicoanálisis, utilizado como lenguaje e instrumento interdisciplinario y riguroso, mostraba algunas deficiencias insalvables.

La segunda gran expansión de las ciencias del comportamiento fue generada por lo que acabó llamándose el enfoque comunicacional o interaccional o sistémico. Su origen se nutre de campos tales como la ingeniería de comunicaciones y la cibernética, además de la antropología y la teoría de los sistemas. Es posible que haya sido precisamente esta característica la que le otorgó tal cualidad expansiva, en tanto proporcionó un modelo general, no enraizado en campo específico, que puede ser aplicado con comodidad tanto en las ciencias psicológicas como en las ciencias sociales, y en cada uno de los diferentes niveles de ambas.

A partir de 1945, año de la publicación de los primeros trabajos de Wiener y Rosenblueth, de Shannon y Weaver, y de von Bertalanffy, proliferó una producción científica vasta y multifacética. Por una parte, se desarrolló la teoría de la información,

de base notoriamente tecnológica, centrada en el estudio de las condiciones ideales para la transmisión de información y en los límites y las perturbaciones de los sistemas artificiales de comunicación. Por otra parte, se expandió el campo de la comunicación de masas, centrada en el estudio de las características y los efectos de los medios de comunicación masivos. Finalmente, y gracias a las contribuciones del notable antropólogo y epistemólogo inglés Gregory Bateson —a quien este libro está dedicado— y de diversos investigadores del Mental Research Institute de Palo Alto, California, EE.UU., se fue perfilando la base conceptual del modelo interaccional o pragmático de la comunicación humana, centrado ya no en el estudio de las condiciones ideales de comunicación sino en el *estudio de la interacción tal cual se da de hecho entre seres humanos*.

Estos últimos desarrollos presentan un curso comparativamente tortuoso. Y no es extraño que haya sido así. Cuando se aprende un lenguaje nuevo cuya estructura es cualitativamente distinta de la del que se conoce, se debe reemplazar no sólo un *vocabulario* —para el que se puede establecer sencillas equivalencias de diccionario— sino un conjunto de *reglas de construcción* que en muchos casos importa una modificación de las operaciones perceptuales y conceptuales que deben realizar los interactores.

Comenzar a estudiar los fenómenos de la comunicación humana desde el punto de vista pragmático significa para quien los explora no sólo la apertura de un campo fascinante sino la dura tarea de *des*prender mucho de lo aprendido: el hecho de observar con una nueva óptica y de pensar con una nueva lógica una miríada de fenómenos ya estudiados desde otros ángulos por la psicología tradicional exige el esfuerzo simultáneo de luchar en contra de la contaminación por parte de los hábitos previos de pensar y de percibir. Un interés y una dificultad adicional provienen del hecho de que los fenómenos de la comunicación humana presentan múltiples niveles de análisis, y el análisis de cualesquiera de ellos en forma aislada puede empobrecer notoriamente lo observado. Pero, por otra parte, de no hacerse así —restringiendo selectivamente los observables—, el monto de la información que se intercambia en toda situación de interacción humana es tan enorme que su estudio resultaría poco menos que imposible.

El proceso de aprendizaje en que se ve envuelto el ser humano desde el mismo momento de su nacimiento transcurre en un medio que transmite información y modos de calibrar dicha información, que enseña lenguaje y reglas acerca de dichos lenguajes, que va organizando la conducta del sujeto mediante pautas regladas de interacción muy complejas, muy precisas, y totalmente fuera del nivel de percatación (salvo, tal vez, cuando tales reglas se ven violadas). Este proceso determina o favorece a su vez una visión de sí y del mundo que se incorpora al estilo del sujeto sin cuestionamiento y sin conciencia de su existencia. Nadie nos enseña específicamente cómo se combinan los mensajes verbales y los gestuales, por ejemplo, pero de todas maneras se enseña y aprende. Nadie explica en qué consiste una coalición y cómo se propone y corrige, pero su aprendizaje tiene lugar desde el mismo comienzo de la socialización, a través de la experiencia interaccional cotidiana. Las enseñanzas implícitas y las metaenseñanzas —

enseñanzas acerca de las reglas y modalidades de aprendizaje— exceden inmensamente al caudal de la enseñanza explícita. La complejidad de los procesos interaccionales es enorme, y su riqueza informativa, pasmosa.

La lectura de este libro nos abre las puertas de un mundo que resulta a la vez familiar e insólito. Familiar en tanto su tema es el hecho comunicacional, que pertenece a lo más básico de la experiencia humana. E insólito porque analiza a fondo y en forma ordenada una serie de fenómenos que, pese a estar al alcance de nuestra experiencia cotidiana, pese a ser transmitidos, aprendidos, enseñados, corregidos y recorregidos una y mil veces, se dan de manera habitual fuera del campo de la percatación consciente, tal vez en su misma frontera. De ahí deriva, probablemente, la experiencia de tipo *insight* que genera la lectura de muchos fragmentos del libro.

El estudio y la comprensión del ser humano desde el paradigma que se propone aquí es una experiencia de enriquecimiento intelectual. El ojo se ensancha. Nuestra comprensión acerca del comportamiento humano se amplía dramáticamente. Uno de los procesos más significativos y más propios de la especie humana, la comunicación, aparece con nuevos relieves y nueva profundidad. Se diversifica, asimismo, nuestro bagaje de instrumentos clínicos. Y, por cierto, se multiplica el monto de los interrogantes y de las áreas que se abren a la exploración. Esta última constituye una prueba irrefutable, de necesitarse alguna, acerca de la fertilidad que posee el campo de la pragmática de la comunicación humana que abre este libro liminar. Su contenido es tan actual ahora como lo fue en 1967, fecha de su primera edición. La prueba del tiempo sólo contribuye a confirmar su carácter de obra de vanguardia para nuestra comprensión del hombre en su contexto natural de relaciones humanas.

Dr. Carlos E. Sluzki
Director
Mental Research Institute
Palo Alto, California

INTRODUCCIÓN

Este libro trata sobre los efectos pragmáticos (en la conducta) de la comunicación humana y, en particular, sobre los trastornos de la conducta. En una época en que ni siquiera se han formalizado los códigos gramaticales y sintácticos de la comunicación verbal y en que se contempla con creciente escepticismo la posibilidad de adscribir a la semántica de la comunicación humana, un encuadre preciso, todo intento de sistematizar su pragmática quizá parezca una prueba de ignorancia o presunción. Si en el estado actual del conocimiento no existe siquiera una explicación adecuada para la adquisición del lenguaje natural, ¿cuánto más remota es entonces la esperanza de establecer las relaciones formales entre la comunicación y la conducta?

Por otro lado, resulta evidente que la comunicación es una condición *sine qua non* de la vida humana y el orden social. También es obvio que desde el comienzo de su existencia, un ser humano participa en el complejo proceso de adquirir las reglas de la comunicación, ignorando casi por completo en qué consiste ese conjunto de reglas, ese *calculus* de la comunicación humana.

Este libro no se propone ir mucho más allá de ese conocimiento mínimo. No pretende ser otra cosa que un intento de construir un modelo y una presentación de algunos hechos que parecen sustentar ese modelo. La pragmática de la comunicación humana es una ciencia muy joven, apenas capaz de leer y escribir su propio nombre, y que está muy lejos de haber desarrollado un lenguaje propio coherente. Su integración con muchos otros campos del esfuerzo científico es una esperanza para el futuro. Sin embargo, y confiando en que tal integración se logrará en el futuro, este libro está dirigido a todos los estudiosos de aquellos campos donde se enfrentan problemas de interacción sistémica en el más amplio sentido del término.

Podría argumentarse que su contenido no tiene en cuenta estudios importantes directamente relacionados con el tema. La escasez de referencias explícitas a la comunicación no verbal podría ser una de tales críticas, y otra sería la falta de referencia a la semántica general. Pero este libro no puede ser más que una introducción a la pragmática de la comunicación humana (un campo que hasta ahora ha sido objeto de muy escasa atención) y, por lo tanto, no puede señalar todas las afinidades existentes con otros campos de investigación sin convertirse en una enciclopedia, en el mal sentido de la palabra. Por idéntica razón, fue necesario limitar las referencias a otras numerosas obras sobre la teoría de la comunicación humana, sobre todo aquéllas que se limitan a estudiar la comunicación como un fenómeno unidireccional (del que habla al que escucha) y no llegan a considerar la comunicación como un proceso de *interacción.*

Las implicancias interdisciplinarias del tema se reflejan en la forma de la presentación. Los ejemplos y las analogías fueron tomados de una amplia gama de temas, aunque entre ellos predominan los correspondientes al campo de la psicopatología. Debe quedar especialmente aclarado que cuando se recurrió a las *matemáticas* en busca de analogías, sólo se las utilizó como un *lenguaje* notablemente adecuado para expresar relaciones complejas y que su uso no significa que entendemos que nuestros datos pueden ya ser cuantificados. Del mismo modo, el empleo bastante frecuente de ejemplos tomados de la literatura puede parecer científicamente objetable a muchos lectores, pues sin duda el intento de demostrar algo mediante los productos de la imaginación artística parece un método poco convincente. Sin embargo, estas citas tomadas de la literatura tienen como fin ilustrar y aclarar determinados conceptos teóricos con el objetivo de presentarlos en un lenguaje más fácilmente comprensible; su empleo no significa que ellas puedan demostrar nada por sí mismas. En síntesis, tales ejemplos y analogías constituyen modelos de *definición* y no modelos predictivos (afirmativos).

En diversos pasajes de este libro fue necesario incluir definiciones de conceptos básicos correspondientes a una variedad de otros campos que son prescindibles para cualquier experto en ese campo particular. Así, para prevenirlo, pero también para facilitar la comprensión al lector corriente, se ofrece un breve esquema de los capítulos y sus secciones.

El capítulo 1 intenta establecer el marco de referencia. Introduce nociones básicas tales como la de función (S. I.2.), [1] información y retroalimentación (S. 1.3.) y redundancia (S. 1.4.), y postula la existencia de un código todavía no formalizado, un *calculus* (S. 1.5.) de la comunicación humana, cuyas reglas se observan en la comunicación exitosa pero se violan cuando la comunicación está perturbada.

El capítulo 2 define algunos de los axiomas de este cálculo hipotético, mientras que en el capítulo 3 se examinan las patologías potenciales que dichos axiomas implican.

En el capítulo 4 esta teoría de la comunicación se extiende al nivel organizativo o estructural, basado en un modelo de las relaciones humanas como *sistema;* así, la mayor parte del capítulo está dedicado al examen y la aplicación de los principios de los *Sistemas Generales.*

El capítulo 5 sólo ofrece ejemplos del material relativo a los sistemas, destinados a dar vida y especificidad a esta teoría que, a fin de cuentas, se ocupa de los efectos inmediatos que los seres humanos ejercen entre sí.

El capítulo 6 se refiere a los efectos de la paradoja en la conducta. Ello requiere una definición del concepto (S.6.1., 6.2. y 6.3.), que el lector familiarizado con la literatura sobre antinomias, y en particular con la paradoja de Russell, puede omitir. La Sección 4.6. introduce el concepto, menos conocido, de paradoja pragmática, en particular la teoría del *Doble Vínculo* y su contribución a la comprensión de la comunicación esquizofrénica.

El capítulo 7 está dedicado a los efectos terapéuticos de la paradoja. A excepción de las consideraciones teóricas en S. 7.1. y 7.2., este capítulo fue especialmente escrito con vista a la aplicación clínica de las pautas paradójicas de comunicación. El *Epílogo,* en el

que se hace referencia a la comunicación del hombre con la realidad en el sentido más amplio, no pretende proveer más que una visión panorámica. En él se postula que un cierto orden, análogo a la estructura de niveles de los Tipos Lógicos, impregna la concepción humana de la existencia y determina la cognoscibilidad final del universo. A medida que una serie de expertos, desde psiquiatras y biólogos hasta ingenieros en electricidad, revisaban críticamente el manuscrito, se hizo evidente que cualquiera de ellos podía entender que una sección determinada era muy elemental mientras que otros opinaban que era demasiado especializada. Del mismo modo, podría considerarse que la inclusión de definiciones —tanto en el texto como en las notas al pie— implica una actitud ofensivamente condescendiente hacia una persona para quien el término forma parte de su lenguaje profesional cotidiano, mientras que para el lector común la falta de definiciones a menudo parecía implicar algo así como «Si usted no sabe qué significa, no vamos a tomarnos la molestia de decírselo». Por lo tanto, se decidió incluir al final del libro un *glosario* que contiene sólo aquellos términos que no pueden encontrarse en los diccionarios comunes y que no están definidos en el texto. (En el índice se indica la ubicación de las definiciones ofrecidas en el texto, con los números correspondientes a las páginas en negrita.)

Los autores desean expresar su agradecimiento a las numerosas personas que leyeron todo el manuscrito o parte de él y proporcionaron ayuda, aliento y consejo, en particular Paul S. Achilles, Ph. D., John H. Weakland, M. A., Carlos E. Sluzki, M. D., A. Russell Lee, M. D., Richard Fisch, M. D., y Arthur Bodin, Ph. D., todos ellos colegas en el *Mental Research Institut o* Albert E. Scheflen, M. D., *Eastern Pennsylvania Psychiatric Institute* y la *Temple University School of Medicine,* Karl H. Pribram, M. D., Ralph I. Jacobs, M. D., y William C. Dement, M. D., de la *Stanford University School of Medicine,* Henry Longley, B. S. E. E., Project Engineer, *Western Development Laboratories* (Philco); Noel P. Thompson, M. D., M. S. E. E., Jefe de la División de Electrónica Médica, *Palo Alto Medical Research Foundation;* John P. Spiegel, M.D., *Center of Research in Personality, Harvard University.* La responsabilidad por las posiciones adoptadas y los errores que puedan haberse cometido corre por cuenta exclusiva de los autores.

Este trabajo se realizó con la ayuda del *National Institute of Mental Health* (Subsidio MH 07459-01), la *Robert C. Wheeler Foundation,* el *James McKeen Cattell Fund,* y la *National Association for Mental Health,* cuya ayuda reconocemos con gratitud.

Palo Alto, marzo de 1966.

1
MARCO DE REFERENCIA

Hasta el momento, la historia no presenta un ejemplo de una cultura que rinda a otra, extinta hace ya mucho, tanta reverencia y sumisión en cuestiones científicas como el de la nuestra con respecto a la Cultura Clásica. Debió transcurrir mucho tiempo antes de que reuniéramos el coraje necesario para seguir nuestras propias ideas. Pero, aunque el deseo de emular a los Clásicos estuvo constantemente presente, cada uno de los pasos dados en ese intento en realidad nos apartó cada vez más del ideal imaginado. La historia del conocimiento occidental es, por lo tanto, la historia de la emancipación progresiva con *respecto al pensamiento Clásico, una emancipación nunca deseada sino impuesta en las profundidades del inconsciente.* (Oswald Spengler: La decadencia de Occidente.)

1.1. Consideremos las siguientes situaciones distintas:

El número de zorros que habitan en cierta área situada al norte del Canadá exhibe una notable periodicidad en cuanto a su aumento y disminución. En un ciclo de cuatro años alcanza un punto máximo, disminuye casi hasta la extinción y, por último, comienza a aumentar otra vez. Si el biólogo limitara su atención a los zorros, estos ciclos no serían comprensibles, pues nada hay en la naturaleza del zorro —o de ninguna otra especie— que explique tales cambios. Sin embargo, cuando se piensa que los zorros se alimentan casi exclusivamente de conejos salvajes, y que éstos casi no tienen otro enemigo natural, esa *relación entre* las dos especies proporciona una explicación satisfactoria para un fenómeno que, de otra manera, sería misterioso. Así puede entenderse que los conejos exhiban un ciclo idéntico, en el cual el aumento y la disminución están invertidos: cuanto mayor es el número de zorros más son los conejos muertos por aquéllos, de modo que, eventualmente, el alimento se hace muy escaso para los zorros. Su número disminuye, lo que permite a los conejos sobrevivientes una oportunidad para multiplicarse en ausencia virtual de sus enemigos, los zorros. La renovada abundancia de conejos favorece la supervivencia y el aumento del número de zorros.

Un hombre se desmaya y es trasladado al hospital. El médico que lo examina observa pérdida de conciencia, presión arterial sumamente baja y, en general, un cuadro clínico de alcoholismo agudo, o de una intoxicación por drogas. Sin embargo, los análisis no revelan huella alguna de tales sustancias. El estado del paciente sigue siendo inexplicable hasta que aquél recupera el conocimiento y revela que es un ingeniero de minas y acaba de volver, luego de trabajar durante dos años en una mina de cobre ubicada a una altura de cuatro mil quinientos metros en los Andes. Ahora resulta evidente que el estado del paciente no constituye una enfermedad en el sentido habitual de deficiencia orgánica o tisular, sino un problema de adaptación de un organismo clínicamente sano a un medio drásticamente modificado. Si la atención médica se limitara en exclusiva al paciente, y si sólo se tuviera en cuenta la ecología del medio habitual en que vive el médico, el estado del paciente seguiría siendo incomprensible.

En el parque de una casa de campo, a la vista de los transeúntes que pasan por la vereda, un hombre barbudo se arrastra, agazapado, siguiendo recorridos que semejan un ocho; observa constantemente por encima de su hombro y grazna sin cesar. Así describe el etólogo Konrad Lorenz la conducta que debió adoptar durante uno de sus experimentos de *Imprinting* con patitos, luego de haber reemplazado a la madre de aquéllos. «Yo me felicitaba —escribe este autor— por la obediencia y exactitud con que mis patitos me seguían, cuando de pronto levanté la vista y vi sobre la cerca del parque una fila de rostros tremendamente pálidos: un grupo de turistas me contemplaba horrorizado desde la cerca». Los patitos resultaban invisibles debido a las altas hierbas y lo que los turistas veían era una conducta totalmente inexplicable y, de hecho, loca. *(96,* p. 43).

Estos ejemplos aparentemente dispares tienen un denominador común: un fenómeno permanece inexplicable en tanto el margen de observación no es suficientemente amplio

como para incluir el contexto en el que dicho fenómeno tiene lugar. La imposibilidad de comprender las complejidades de las relaciones que existen entre un hecho y el contexto en que aquél tiene lugar, entre un organismo y su medio, o enfrenta al observador con algo «misterioso» o lo lleva a atribuir a su objeto de estudio ciertas propiedades que quizá el objeto no posea. En comparación con la amplia aceptación que este hecho tiene en biología, las ciencias de la conducta parecen basarse todavía en una visión monádica del individuo y del método, consagrado por el tiempo, que consiste en aislar variables. Ello resulta particularmente evidente cuando el objeto de estudio es la conducta perturbada. Si a una persona que exhibe una conducta alterada (psicopatológica) se la estudia en aislamiento, entonces la investigación debe ocuparse de la naturaleza de su estado y, en un sentido más amplio, de la naturaleza de la mente humana. Si los límites de la investigación se amplían con el propósito de incluir los efectos de esa conducta sobre los demás, las reacciones de estos últimos frente a aquéllas y el contexto en que todo ello tiene lugar, entonces el foco se desplaza desde la mónada artificialmente aislada hacia la *relación* entre las partes de un sistema más amplio. El observador de la conducta humana pasa de ese modo de un estudio deductivo de la mente al estudio de las manifestaciones observables de la relación.

El vehículo de tales manifestaciones es la comunicación.

Quisiéramos sugerir que el estudio de la comunicación humana puede subdividirse en las tres áreas, sintáctica, semántica y pragmática, establecidas por Morris *(106)* y seguidas por Carnap (33, p. 9), para el estudio de la semiótica (la teoría general de los signos y los lenguajes). Así, aplicadas al marco de la comunicación humana, la primera de estas tres áreas abarca los problemas relativos a la transmisión de información y, por ende, constituye el campo fundamental del teórico de la información, cuyo interés se refiere a los problemas de codificación, canales, capacidad, ruido, redundancia y otras propiedades estadísticas del lenguaje. Tales problemas son de índole esencialmente *sintáctica,* y a ese teórico no le interesa el significado de los símbolos-mensaje.

El significado constituye la preocupación central de la *semántica.* Si bien es posible transmitir series de símbolos con corrección sintáctica, carecerían de sentido a menos que el emisor y el receptor se hubieran puesto de acuerdo de antemano con respecto a su significado. En tal sentido, toda información compartida presupone una convención semántica. Por último, la comunicación afecta a la conducta y éste es un aspecto *pragmático.* Si bien es posible efectuar una separación conceptual clara entre estas tres áreas, ellas son, no obstante, interdependientes. Como señala George *(55,* p. 41) «en muchos sentidos es válido afirmar que la sintáctica es lógica matemática, que la semántica es filosofía o filosofía de la ciencia y que la pragmática es psicología, pero estos campos no son en realidad completamente distintos».

Este libro se referirá a las tres áreas, pero se ocupará en particular de la pragmática, esto es, de los efectos de la comunicación sobre la conducta. En tal sentido, debe aclararse desde el comienzo que estos dos términos, comunicación y conducta, se usan virtualmente como sinónimos, pues los datos de la pragmática no son sólo palabras (en función de sus configuraciones y significados) que están al servicio de la sintáctica y la

semántica, sino también sus concomitantes no verbales y el lenguaje corporal. Más aún, agregaríamos a las conductas personales los componentes comunicacionales inherentes al *contexto* en que la comunicación tiene lugar. Así, desde esta perspectiva de la pragmática, toda conducta, y no sólo el habla, es comunicación, y toda comunicación —incluso los indicios comunicacionales de contextos impersonales— afectan a la conducta.

Además, no sólo nos interesa —como sucede con la pragmática en general— el efecto de una comunicación sobre el receptor, sino también —por considerarlo como algo inseparablemente ligado— el efecto que la reacción del receptor tiene sobre el emisor. Así, preferiríamos ocuparnos menos de las relaciones emisor-signo o receptor-signo y más de *la relación emisor-receptor, que se establece por medio de la comunicación.*

Puesto que este enfoque comunicacional de los fenómenos de la conducta humana —tanto normal como anormal— se basa en las manifestaciones observables de *relación* en el sentido más amplio, está conceptualmente más cerca de las matemáticas que de la psicología tradicional; pues las matemáticas constituyen la disciplina que se ocupa de manera más inmediata de las relaciones entre entidades y no de su naturaleza. Por otro lado, la psicología ha mostrado tradicionalmente una marcada tendencia a la concepción monádica del hombre y, en consecuencia, a una codificación de algo que cada vez se manifiesta más como pautas [2] de relación e interacción.

La afinidad de nuestra hipótesis con las matemáticas se señalará toda vez que ello resulte posible. Esto no debe detener al lector que no posee conocimientos especiales en ese campo, pues no encontrará aquí fórmulas u otros simbolismos específicos. Si bien existe la posibilidad de que algún día la conducta humana encuentre su expresión adecuada en el simbolismo matemático, no es por cierto nuestra intención intentar esa cuantificación. Antes bien, nos referiremos al vasto trabajo realizado en algunas ramas de las matemáticas siempre y cuando esos resultados parezcan ofrecer un lenguaje útil para describir los fenómenos de la comunicación humana.

1.2. Noción de función y relación

El principal motivo por el que debe recurrirse a las matemáticas en busca de una analogía o de un principio explicativo es la utilidad del concepto matemático de *función.* Para explicarlo, se hace necesario realizar una breve incursión en la teoría de los números.

Los filósofos de la ciencia parecen estar de acuerdo en que el paso más significativo en el desarrollo del pensamiento matemático moderno fue el surgimiento gradual de un nuevo concepto del número desde Descartes hasta nuestros días. Para los matemáticos griegos, los números eran magnitudes concretas, reales, perceptibles, entendidas como propiedades de objetos igualmente reales. Así, la geometría se ocupaba de medir y la aritmética, de contar.

En su lúcido capítulo «Sobre el significado de los números» *(146),* Oswald Spengler muestra no sólo que la noción de cero como número resultaba impensable, sino también que las magnitudes negativas no tenían un lugar propio en la realidad del mundo clásico: «Las magnitudes negativas carecen de existencia. La expresión (—2) x (—3) = + 6 no es algo perceptible ni una representación de magnitud» (p. 66). La idea de que los números constituían la expresión de magnitudes siguió predominando durante dos mil años. El cambio decisivo tuvo lugar en 1591, cuando Vieta introdujo las letras como notación en lugar de los números. De este modo, la idea de los números como magnitudes discretas quedó relegada a un lugar secundario y nació el poderoso concepto de *variable.* El matemático griego clásico lo consideró tan irreal como una alucinación, pues, en contraste con un número que significa una magnitud perceptible, las variables no tienen significado propio, sino que sólo resultan significativas en su relación mutua. Con la introducción de variables se logró una nueva dimensión de información y así se formó la nueva matemática. La relación entre variables (expresadas por lo común, aunque no necesariamente, como una ecuación) constituyen el concepto de *función.* Para citar a Spengler una vez más, las funciones:

> [...] no son de ninguna manera números en el sentido clásico, sino signos que representan una conexión que carece de todos los rasgos típicos; la magnitud, forma y significado único, una infinidad de posiciones posibles de carácter similar, un conjunto unificado que adquiere así existencia como un *número.* Toda la ecuación, aunque escrita en nuestra desafortunada notación como una pluralidad de términos, es, en realidad, *un único número,* pues *x, y, z* no son números en mayor medida en que lo son + y =, (p. 77).

Así, por ejemplo, al establecer una relación específica entre *x* e *y,* la ecuación $x^2 = 4ax$ encierra todas las propiedades de una curva. [3]

Este importante cambio en el pensamiento matemático ha sido resumido por Suzanne Langer de la siguiente manera:

> Detrás de estos símbolos se encuentran las abstracciones más audaces, más puras y más frías que la humanidad creara jamás. Ninguna de las especulaciones

escolásticas sobre las esencias y los atributos se acercó a nada similar a la abstracción del álgebra. No obstante, esos mismos científicos que se enorgullecían de su conocimiento fáctico concreto, que proclamaban rechazar toda prueba excepto las empíricas, jamás vacilaron en aceptar las demostraciones y los cálculos, las entidades incorpóreas, a veces reconocidamente «ficticias», de los matemáticos. El cero y el infinito, las raíces cuadradas de los números negativos, las longitudes inconmensurables y las cuartas dimensiones, encontraron una bienvenida sin reservas en el laboratorio, cuando el lego reflexivo corriente, que todavía podía aceptar como un acto de fe una sustancia anímica invisible, dudaba de su respetabilidad lógica [...]

El secreto radica en el hecho de que un matemático no pretende afirmar nada acerca de la existencia, la realidad o la eficacia de las *cosas.* Le interesa la posibilidad de *simbolizar cosas* y de simbolizar las relaciones que pueden establecerse entre ellas. Sus «entidades» no son «datos», sino *conceptos.* Por eso los «números imaginarios» y los «decimales infinitos» son tolerados por científicos para quienes los agentes y los poderes invisibles y los «principios» constituyen anatema. Las construcciones matemáticas son sólo símbolos; tiene significado en términos de relaciones, no de sustancia *(91,* pp. 18-19; las últimas bastardillas son nuestras).

Existe un paralelismo sugestivo entre el surgimiento del concepto matemático de función y el despertar de la psicología al concepto de relación. Durante largo tiempo —en cierto sentido, desde Aristóteles— se concebía la mente como una serie de propiedades o características de las que el individuo estaba dotado en mayor o menor grado, tal como contaba con un cuerpo esbelto o robusto, con cabello pelirrojo o rubio, etcétera. El final del siglo pasado fue testigo del comienzo de la era experimental en psicología que trajo consigo la introducción de un vocabulario mucho más refinado aunque no esencialmente distinto en un aspecto: seguía estando constituido por conceptos singulares y no muy relacionados. Tales conceptos eran los de las funciones psíquicas, lo cual fue desafortunado, porque no están relacionados con el concepto matemático de función y quienes los utilizaban no se proponían referirse a él. Como sabemos, las sensaciones, percepciones, apercepciones, la atención, la memoria y varios otros conceptos se definían como tales funciones, y se realizó y todavía se realiza, un enorme trabajo para estudiarlas en aislamiento de artificial. Pero Ashby, por ejemplo, ha demostrado que el supuesto de la *memoria* está directamente relacionado con la posibilidad de observar un sistema dado. Señala que, para un observador que está en posesión de toda la información necesaria, cualquier referencia al pasado y, por ende, a la existencia de una memoria en el sistema, es innecesaria. Dicho observador puede explicar la conducta del sistema por su estado actual. Ofrece el siguiente ejemplo práctico:

[...] supongamos que estoy en la casa de un amigo y, cuando un coche pasa por la calle, el perro de mi amigo corre hacia un rincón de la habitación y comienza a temblar. Para mí, esa conducta es inexplicable y su causa me resulta desconocida. Entonces mi amigo dice: «Hace seis meses lo atropelló un coche». Ahora la conducta queda explicada por una referencia a un hecho ocurrido seis meses antes. Si decimos

que el perro manifiesta «memoria» nos referimos prácticamente al mismo hecho, esto es, que su conducta puede explicarse no mediante una referencia a su estado actual, sino a su estado hace seis meses. Si no se tiene cuidado, se llega a afirmar que el perro «tiene» memoria, y luego se piensa en el perro como *teniendo* alguna *cosa,* como podría tener un mechón de pelo negro. Y uno podría sentir la tentación de empezar a buscar esa cosa e incluso llegar a descubrir que dicha «cosa» posee algunas propiedades muy curiosas.

Evidentemente, la «memoria» no es algo objetivo que un sistema posee o no, sino un concepto que el *observador* invoca para llenar la brecha que existe cuando una parte del sistema es inobservable. Cuanto menor es el número de variables observables, en mayor medida se verá obligado el observador a considerar los hechos del pasado como si desempeñaran un papel en la conducta del sistema. Así la «memoria» en el cerebro es sólo parcialmente objetiva, por lo cual no resulta extraño que a veces se haya pensado que sus propiedades son insólitas o incluso paradójicas. Obviamente, es necesario volver a examinar con atención el tema desde sus primeros principios. (5, p. 117).

Según nuestra interpretación, este pasaje en modo alguno niega los notables avances de la investigación neurofisiológica sobre la acumulación de información en el cerebro. Evidentemente, el estado del animal es distinto desde el accidente; debe haber algún cambio molecular, algún circuito recientemente establecido, en síntesis «algo» que el perro «tiene» ahora. Pero Ashby se opone claramente a esa *construcción* hipotética y a su codificación. Bateson *(17)* ofrece otra analogía, la del desarrollo de una partida de ajedrez. En cualquier momento dado, el estado del juego puede entenderse sólo a partir de la configuración actual de las piezas sobre el tablero (siendo el ajedrez un juego con información completa), sin ningún registro o «recuerdo» de los movimientos anteriores. Aun cuando se tome esta configuración como la memoria del juego, se trata de una interpretación puramente presente, observable, del término.

Cuando el vocabulario de la psicología experimental se extendió a los contextos interpersonales, el lenguaje de la psicología siguió siendo monádico. Conceptos tales como liderazgo, dependencia, extroversión e introversión, crianza y muchos otros, se convirtieron en el objeto de detallados estudios. Desde luego, el peligro consiste en que todos esos términos asuman una pseudorrealidad propia si se los piensa y se los repite durante bastante tiempo, y la construcción teórica «liderazgo» se convierte por fin en Liderazgo, una cantidad mensurable en la mente humana, concebida como un fenómeno en aislamiento. Una vez que se produce esta codificación, ya no se reconoce que el término no es más que una expresión que sintetiza una forma particular de relación en curso.

Todos los niños aprenden en la escuela que el movimiento es algo relativo que sólo puede percibirse en relación con un punto de referencia. Lo que solemos dejar de lado es que ese mismo principio rige virtualmente para todas las percepciones y, por lo tanto, para la experiencia que el hombre tiene de la realidad. Las investigaciones sobre los

sentidos y el cerebro han demostrado con certeza que sólo se pueden percibir relaciones y pautas de relaciones, y que ellas constituyen la esencia de la experiencia. Así, cuando mediante algún recurso ingenioso se impide el movimiento ocular de manera que las mismas áreas de la retina continúen percibiendo la misma imagen, ya no resulta posible tener una percepción visual clara. Del mismo modo, un sonido constante e invariable es difícil de percibir e incluso puede volverse inaudible. Y si se desea explorar la dureza y la textura de una superficie, el sujeto no sólo colocará el dedo sobre ella, sino que lo moverá hacia uno y otro lado, pues si el índice permaneciera inmóvil no se podría obtener ninguna información útil; salvo, quizá, una sensación de temperatura que a su vez se debería también a la diferencia relativa entre la temperatura del objeto y la del dedo.

Sería fácil dar más ejemplos de este tipo y todos señalarían el hecho de que, de una manera u otra, en toda percepción hay un proceso de cambio, movimiento o exploración (132, p. 173). En otros términos, se establece una relación, se la pone a prueba en un rango tan amplio como las circunstancias lo permiten y se llega a una abstracción que, según sostenemos, es idéntica al concepto matemático de función. Así, la esencia de nuestras percepciones no son «cosa» sino funciones y éstas, como vimos, no constituyen magnitudes aisladas sino «signos que representan una conexión... una infinidad de posiciones posibles de carácter similar...». Y si esto es cierto, entonces ya no debe sorprendernos que incluso la percepción que el hombre tiene de sí mismo sea, en esencia, una percepción de funciones, de relaciones en las que participa, por mucho que después pueda cosificar esa percepción. Cabe destacar, dicho sea de paso, que la ya vasta literatura acerca de deprivación sensorial corrobora todos estos hechos, desde los trastornos sensoriales hasta los problemas de la autopercepción.

1.3. Información y retroalimentación

Freud terminó con muchas de las cosificaciones de la psicología tradicional cuando introdujo su teoría psicodinámica de la conducta humana. No es necesario destacar aquí sus logros, pero hay un aspecto de ellos que encierra particular importancia para nuestro tema.

La teoría psicoanalítica está basada en un modelo conceptual acorde con la epistemología prevaleciente en la época de su formulación. Postula que la conducta es, básicamente, el resultado de una interacción hipotética de fuerzas intrapsíquicas que obedecen a las leyes de conservación y transformación de la energía imperantes en el campo de la física donde, para citar a Norbert Wiener cuando describe esa época, «el materialismo aparentemente había ordenado su propia gramática, y dicha gramática estaba dominada por el concepto de energía» *(166,* p. 199). En líneas generales, el psicoanálisis clásico siguió siendo en esencia una teoría sobre los procesos intrapsíquicos, de modo que incluso cuando la interacción con las fuerzas externas era evidente, se la consideraba secundaria, como sucede con el concepto de «beneficio secundario» [4] . En general, la interdependencia entre el individuo y su medio siguió siendo objeto de muy poca atención dentro del campo psicoanalítico, y es precisamente aquí donde el concepto de *intercambio de información,* esto es, de comunicación, se hace indispensable.

Hay una diferencia básica entre el modelo psicodinámico (psicoanalítico) por un lado, y cualquier conceptualización de la interacción entre el organismo y el medio por el otro; y dicha diferencia puede volverse más clara a la luz de la siguiente analogía *(12).* Si el pie de un caminante choca contra una piedra, la energía se transfiere del pie a la piedra; esta última resultará desplazada y se detendrá en una posición que está totalmente determinada por factores tales como la cantidad de energía transferida, la forma y el peso de la piedra y la naturaleza de la superficie sobre la que rueda. Si, por otro lado, el hombre golpea a un perro en lugar de una piedra, aquél, puede saltar y morderlo. En tal caso, la relación entre el puntapié y el mordisco es de índole muy distinta. Resulta evidente que el perro obtiene la energía de su propio metabolismo y no del puntapié, la energía para su reacción. Por ende, lo que se transfiere ya no es energía, sino más bien información. En otras palabras, el puntapié es una conducta que comunica algo al perro, y el perro reacciona a esa comunicación con otro acto de conducta-comunicación. Ésta es básicamente la diferencia entre la psicodinámica freudiana y la teoría de la comunicación como principios explicativos de la conducta humana. Como se ve, pertenecen a distintos órdenes de complejidad; el primero no puede ampliarse y convertirse en el segundo y éste no puede tampoco derivarse del primero: se encuentran en una relación de discontinuidad conceptual.

Este pasaje conceptual de energía a información resulta esencial para el desarrollo casi vertiginoso de la filosofía de la ciencia desde el final de la Segunda Guerra Mundial; y ha ejercido un efecto particular sobre nuestro conocimiento del hombre. La idea de que la información acerca de un efecto, —a saber, el hecho de que, si la retroalimentación al afecto es adecuada, asegura de tal manera la estabilidad de éste y su adaptación al

cambio ambiental—, no sólo abrió el camino hacia la construcción de máquinas de un orden superior (esto es, con control de errores y dirigida a objetivos prefijados) y llevó a postular la cibernética como una nueva epistemología, sino que también ofreció una visión totalmente nueva del funcionamiento de los complejos sistemas interactuantes que encontramos en biología, psicología, sociología, economía y otros campos. Si bien, al menos por el momento, la significación de la cibernética no puede evaluarse ni siquiera en forma provisoria, los principios fundamentales inherentes a ella son sorprendentemente simples y se examinarán aquí en forma breve.

En tanto la ciencia se ocupó del estudio de relaciones lineales, unidireccionales y progresivas, de tipo causa-efecto, una serie de fenómenos muy importantes permaneció fuera del inmenso territorio conquistado por el conocimiento científico durante los últimos cuatro siglos. Quizá sea una simplificación exagerada, pero útil, decir que estos fenómenos tienen como denominador común los conceptos relacionados de *crecimiento* y *cambio.* Para incluir estos fenómenos en una visión unificada del mundo, la ciencia ha tenido que recurrir desde la época de los antiguos griegos, a conceptos diversamente definidos pero siempre nebulosos y difíciles de manejar, basados en la noción de que existe un propósito en el curso de los hechos y que el resultado eventual determina «de alguna manera» los pasos que lleva a él; o bien, dichos fenómenos estaban caracterizados por alguna forma de «vitalismo» y, en consecuencia, quedaban excluidos de la ciencia. Así, hace aproximadamente 2.500 años el escenario estaba ya preparado para una de las grandes controversias epistemológicas que ha continuado hasta nuestros días: la lucha entre el determinismo y la teleología. Para volver al estudio del hombre, el psicoanálisis pertenece claramente a la escuela determinista mientras que, por ejemplo, la psicología analítica de Jung parte en grado considerable del supuesto de una «entelequia» inminente en el hombre.

El advenimiento de la cibernética puso fin a todo esto demostrando que los dos principios podían unirse dentro de un marco más amplio, criterio que se hizo posible gracias al descubrimiento de la *retroalimentación.* Una cadena en la que el hecho *a* afecta al hecho b, y *b* afecta luego a *c* y *c* a su vez trae consigo a *d,* etcétera, tendría las propiedades de un sistema lineal determinista. Sin embargo, si *d* lleva nuevamente a *a,* el sistema es circular y funciona de modo totalmente distinto. Exhibe una conducta que es esencialmente análoga a la de los fenómenos que han desafiado al análisis en términos de un determinismo lineal estricto.

Se sabe que la retroalimentación puede ser positiva o negativa; la segunda se mencionará con mayor frecuencia en este libro, puesto que caracteriza la homeostasis (estado constante), por lo cual desempeña un papel importante en el logro y el mantenimiento de la estabilidad de las relaciones. Por otro lado, la retroalimentación positiva lleva al cambio, esto es, a la pérdida de estabilidad o de equilibrio. En ambos casos, parte de la salida de un sistema vuelve a introducirse en el sistema como información acerca de dicha salida. La diferencia consiste en que, en el caso de la retroalimentación negativa, esa información se utiliza para disminuir la desviación de la salida con respecto a una norma establecida —de ahí que se utilice el adjetivo

«negativa»— mientras que, en el caso de la retroalimentación positiva, la misma información actúa como una medida para aumentar la desviación de la salida y resulta así positiva en relación con la tendencia ya existente hacia la inmovilidad o la desorganización.

Si bien el concepto de homeostasis en las relaciones humanas será objeto de un examen más detallado en la S.4.4, conviene aclarar ahora que sería prematuro e inexacto llegar simplemente a la conclusión de que la retroalimentación negativa es deseable y la positiva, desorganizante. Sostenemos básicamente que los sistemas interpersonales —grupos de desconocidos, parejas matrimoniales, familias, relaciones psicoterapéuticas o incluso internacionales, etcétera— pueden entenderse como circuitos de retroalimentación, ya que la conducta de cada persona afecta la de cada una de las otras y es, a su vez, afectada por éstas. La entrada a tal sistema puede amplificarse y transformarse así en cambio o bien verse contrarrestada para mantener la estabilidad, según que los mecanismos de retroalimentación sean positivos o negativos. Los estudios sobre familias que incluyen a un miembro esquizofrénico dejan muy pocas dudas acerca de que la existencia del paciente es esencial para la estabilidad del sistema familiar, y ese sistema reaccionará rápida y eficazmente frente a cualquier intento, interno o externo, de alterar su organización. Es evidente que se trata de un tipo indeseable de estabilidad. Puesto que las manifestaciones de vida se distinguen con claridad tanto por la estabilidad como por el cambio, los mecanismos de retroalimentación positiva o negativa que necesariamente poseen presentan formas específicas de interdependencia o complementariedad. Pribram *(117)* demostró hace poco que el logro de estabilidad da lugar a nuevas sensibilidades y que nuevos mecanismos aparecen para hacerles frente. Así, la estabilidad no es un punto final estéril incluso en un medio relativamente constante sino más bien, para utilizar la conocida frase de Claude Bernad: «la estabilidad del medio interno es la condición para la existencia de vida libre».

Con buen criterio, se ha hablado de la retroalimentación como del secreto de la actividad natural. Los sistemas con retroalimentación no sólo se distinguen por un grado cuantitativamente más alto de complejidad, sino que también son cualitativamente distintos de todo lo que pueda incluirse en el campo de la mecánica clásica. Su estudio exige nuevos marcos conceptuales; su lógica y su epistemología son discontinuas con respecto a ciertos principios tradicionales del análisis científico, tal como el de «aislar una sola variable» o el criterio de Laplace de que el conocimiento completo de todos los hechos en un momento dado permite predecir todos los estados futuros. Los sistemas que se autorregulan —los sistemas con retroalimentación— requieren una filosofía propia en la que los conceptos de configuración e información son tan esenciales como los de materia y energía lo fueron a comienzos del siglo XX. La utilización de estos sistemas en tareas de investigación se ve en gran medida dificultada, al menos por el momento, por el hecho de que no existe un lenguaje científico suficientemente refinado para constituirse en el vehículo necesario para su explicación, y se ha sugerido, como lo hizo por ejemplo Wieser (167, p. 33), que los sistemas mismos constituyen su propia explicación más simple.

1.4. Redundancia

No debe entenderse que el énfasis que ponemos en la discontinuidad entre la teoría de los sistemas y las teorías tradicionales monádicas o lineales constituye una manifestación de desesperanza. Si se destacan las dificultades conceptuales, es sólo con el fin de señalar que es necesario encontrar *nuevas* vías de enfoque, por la simple razón de que los marcos de referencia tradicionales resultan evidentemente inadecuados. En esta búsqueda comprobamos que en otros campos se han hecho progresos que encierran relevancia inmediata para el estudio de la comunicación humana, y tales isomorfismos constituyen el principal tema de este capítulo. Excelente ejemplo de ello es el homeostato de Ashby *(4,* pp. 93 y siguientes) y, por lo tanto, lo mencionaremos por lo menos brevemente. El aparato consiste en cuatro subsistemas autorreguladores idénticos totalmente interconectados de modo tal que una perturbación provocada en cualquiera de ellos afecta a los demás y, a su vez, se ve afectado por la reacción de éstos. Ello significa que ningún subsistema puede alcanzar su propio equilibrio aislado de los otros, y Ashby ha podido demostrar una serie de características muy notables de «conducta» en esta máquina. Aunque el circuito del homeostato es muy simple si se lo compara con el cerebro humano o incluso con otros artefactos hechos por el hombre, es capaz de 390.625 combinaciones de valores de parámetros o, para expresarlo en términos más antropomórficos, cuenta con ese número de actitudes adaptativas posibles frente a cualquier cambio en su medio interno o externo. El homeostato alcanza su estabilidad por medio de una búsqueda al azar de sus combinaciones, que continúa hasta que se alcanza la configuración interna apropiada. Se trata de algo idéntico a la conducta de tipo ensayo y error de muchos organismos bajo tensión. En el caso del homeostato, el tiempo necesario para tal búsqueda puede variar de segundos a horas. Resulta fácil comprender que, para los organismos vivos, este lapso sería casi invariablemente excesivo y constituirá un serio obstáculo para la supervivencia. Ashby lleva este pensamiento hasta su extremo lógico cuando afirma:

> Si fuéramos como homeostatos, y esperáramos que un determinado campo nos diera, de golpe, toda nuestra adaptación de adulto, aguardaríamos indefinidamente. Pero el niño no espera indefinidamente; por el contrario, la probabilidad de que desarrolle una adaptación adulta completa en el curso de veinte años se acerca a la unidad (4, p. 136).

A continuación demuestra que en los sistemas naturales se logra cierta conservación de la adaptación. Ello significa que las adaptaciones anteriores no quedan destruidas cuando se encuentran otras nuevas y que la búsqueda no necesariamente tiene que iniciarse desde el comienzo como si nunca antes se hubiera alcanzado una solución.

La relación entre todo esto y la pragmática de la comunicación humana resultará más clara luego de las siguientes consideraciones. En el homeostato, cualquiera de las 390.625 configuraciones internas tiene en cualquier momento dado una probabilidad igual de ser provocada por la interacción de los cuatro subsistemas. Así, el surgimiento de una

configuración dada no ejerce el menor efecto sobre el de la configuración o secuencia de configuraciones siguientes. Se dice que una cadena de hechos cuyos elementos tienen en todo momento igual probabilidad de producirse se comporta al azar. No permite sacar conclusiones ni hacer predicciones con respecto a su secuencia futura, lo cual equivale a decir que no transmite información. Sin embargo, si se confiere a un sistema como el homeostato la capacidad para acumular adaptaciones previas para su uso futuro, la probabilidad inherente a las secuencias de configuraciones internas sufre un cambio drástico, en el sentido de que ciertos agrupamientos de configuraciones se vuelven repetitivas y, por ende, más probables que otras. Cabe señalar a estas alturas que no es necesario atribuir significado alguno de tales agrupamientos; su existencia constituye su mejor explicación. Una cadena del tipo descrito es uno de los conceptos más básicos en la teoría de la información y recibe el nombre de *proceso estocástico.* Así, el proceso estocástico se refiere a las leyes inherentes a la frecuencia de símbolos o hechos, sea la secuencia tan simple como los resultados de extraer bolitas blancas y negras de una caja o tan compleja como las estructuras específicas de los elementos tonales y orquestales utilizados por algún compositor, el uso idiosincrásico de elementos lingüísticos en el estilo de un autor o la configuración, tan importante desde el punto de vista diagnóstico, que presenta un trazado electroencefalográfico. De acuerdo con la teoría de la información, los procesos estocásticos muestran *redundancia* o *constricción,* dos términos que pueden ser usados indistintamente con el concepto de *configuración* que se ha empleado libremente en los párrafos anteriores. A riesgo de ser demasiado redundantes, señalaremos una vez más que estas configuraciones no tienen, ni necesitan tener, ningún significado explicativo o simbólico. Desde luego, ello no excluye la posibilidad de que puedan estar correlacionados con otros sucesos como, por ejemplo, en el caso del electroencefalograma y algunas dolencias.

La redundancia ha sido ampliamente estudiada en dos de las tres áreas humanas de la comunicación, la sintáctica y la semántica; debe mencionarse al respecto la obra pionera de Shannon, Carnap y Bar-Hillel. Una de las conclusiones que pueden extraerse de esos estudios es la de que cada uno de nosotros posee vastos conocimientos acerca de la legitimidad y la probabilidad estadística inherentes tanto a la sintáctica como a la semántica de las comunicaciones humanas. Desde el punto de vista psicológico, ese conocimiento resulta particularmente interesante por el hecho de hallarse casi por completo fuera de la percepción humana. [5] Nadie, excepto quizá un experto en información, puede establecer las probabilidades de las secuencias o los órdenes jerárquicos de las letras y las palabras en un lenguaje dado, a pesar de lo cual todos nosotros podemos percibir y corregir un error de imprenta, agregar una palabra que falta y exasperar a un tartamudo terminando sus frases antes que él logre hacerlo. Pero conocer un idioma y saber algo *acerca* de un idioma son dos tipos muy distintos de conocimientos. Así, una persona puede utilizar su lengua materna con corrección y fluidez y no poseer, sin embargo, conocimientos de gramática y sintaxis, esto es, acerca de las *reglas* que sigue cuando la habla. Si ese individuo aprendiera otro idioma —salvo que lo haga mediante el mismo método empírico con que aprendió su lengua materna—

también tendría que aprender explícitamente algo *acerca* de los idiomas. [6]

Pasando ahora a los problemas de redundancia o constricción en la pragmática de la comunicación humana, una revisión de la literatura muestra que hasta ahora se ha publicado muy poco acerca del tema, sobre todo en lo que se refiere a la pragmática como fenómenos de *interacción.* Por ello entendemos que la mayoría de los estudios existentes parecen limitarse sobre todo a los efectos de la persona *A* sobre la persona B, sin tener igualmente en cuenta que todo lo que *B* hace influye sobre la acción siguiente de *A,* y que ambos sufren la influencia del contexto en que dicha interacción tiene lugar y, a su vez, influyen sobre él.

No resulta demasiado difícil comprender que la redundancia pragmática es esencialmente similar a la redundancia sintáctica y semántica. También aquí contamos con un monto elevado de conocimientos que nos permiten evaluar, modificar y predecir la conducta. De hecho, en esta área somos particularmente sensibles a las incongruencias: la conducta que está fuera de contexto o que muestra algún otro tipo de comportamiento al azar o de falta de restricción nos impresiona de inmediato como mucho más inadecuada que los errores meramente sintácticos o semánticos en la comunicación. Y, sin embargo, es precisamente en esta área donde menos percibimos aquellas reglas que se siguen en la comunicación eficaz y se violan en la comunicación perturbada. La comunicación nos afecta de continuo; como ya se señaló, incluso nuestra autoconciencia depende de la comunicación. Hora lo ha demostrado claramente: «Para comprenderse a sí mismo, el hombre necesita que otro lo comprenda. Para que otro lo comprenda, necesita comprender al otro» *(65,* p. 237). Pero, si la comprensión lingüística se basa en las reglas de la gramática, la sintáctica, la semántica, etcétera, ¿cuáles son, entonces, las reglas para el tipo de comprensión al que se refiere Hora? Una vez más se tiene la impresión de que las conocemos sin saberlo. Estamos en comunicación constante y, sin embargo, somos casi por completo incapaces de *comunicarnos acerca de la comunicación.* Este problema constituirá un tema importante de este libro. La búsqueda de configuraciones constituye la base de toda investigación científica. Cuando hay configuraciones hay significación, una máxima epistemológica que también resulta válida para el estudio de la interacción humana. Este estudio sería relativamente fácil si consistiera tan sólo en interrogar a quienes participan en la interacción y averiguar así, a través de ellos, qué configuraciones siguen de manera habitual, o, en otras palabras, qué reglas de conducta han establecido entre ellos. Una aplicación habitual de esta idea es la técnica del cuestionario pero, cuando se descubre que las aseveraciones no siempre pueden tomarse por su valor aparente, y mucho menos en los casos de psicopatología —esto es, que las personas pueden *decir* algo y *significar* otra cosa— y, como acabamos de ver, hay interrogantes cuyas respuestas pueden estar por completo fuera de nuestra percepción, entonces la necesidad de un enfoque distinto se hace evidente. En términos generales, las propias reglas de conducta e interacción pueden exhibir los mismos grados de concienciación que Freud postuló para los *lapsus linguae* y los actos fallidos: 1) pueden estar claramente dentro del campo de la conciencia de una persona, en cuyo caso la técnica del cuestionario y otras técnicas simples del tipo pregunta-respuesta pueden

utilizarse; 2) una persona puede no tener conciencia de ellas pero ser capaz de reconocerlas cuando alguien se las señala; o 3) pueden estar tan lejos de la conciencia que aunque se las defina correctamente y se los señale la persona no puede verlas. Baterson ha refinado esta analogía con los niveles de conciencia y planteado el problema en términos de nuestro marco conceptual actual:

> [...] a medida que ascendemos en la escala de órdenes del aprendizaje, llegamos a regiones de configuración más y más abstractas, que están cada vez menos sometidas a la inspección consciente. Cuanto más abstractas, cuanto más generales y formales son las premisas a partir de las cuales organizamos nuestras configuraciones, más profundamente se hunden éstas en los niveles neurológicos o psicológicos y menos accesibles resultan al control consciente.
>
> El *hábito* de la dependencia es mucho menos posible de percepción para el individuo que el hecho de haber recibido ayuda en una ocasión determinada. Puede aceptar esto último, pero tomar conciencia de la *configuración* del siguiente nivel de complejidad, esto es, del hecho de que, luego de haber pedido ayuda, suele morder la mano que lo alimenta, puede resultarle excesivamente difícil. *(16)*.

Afortunadamente, nuestra comprensión de la interacción humana se ve favorecida por el hecho de que el cuadro es distinto para un observador externo. Éste se parece a alguien que no comprende ni las reglas ni el objetivo del ajedrez y observa el desarrollo de una partida. Supongamos que la no-conciencia de los «jugadores» en la vida real esté representada en este modelo conceptual por el supuesto simplificado de que el observador no habla ni comprende el lenguaje de los jugadores y es, por lo tanto, incapaz de pedir explicaciones. Pronto se hace evidente para el observador que la conducta de los jugadores exhibe diversos grados de repetición, de redundancia, a partir de lo cual puede sacar conclusiones provisorias. Por ejemplo, notará que, casi invariablemente, a cada movimiento de un jugador le sigue un movimiento del otro. Así, a partir de esta conducta resultará fácil deducir que los jugadores siguen una regla de alternación en los movimientos. Las reglas que gobiernan los movimientos de cada una de las piezas no pueden deducirse con tanta facilidad, debido en parte a la complejidad de los movimientos y, en parte, a las frecuencias sumamente distintas con que se mueve cada una de las piezas. Por ejemplo, es más fácil deducir las reglas subyacentes a los movimientos de los alfiles que las correspondientes a un movimiento tan insólito y poco frecuente como el enroque, que quizá no se produzca en ningún momento durante una partida particular. Obsérvense, asimismo, que el enroque implica dos movimientos consecutivos efectuados por el mismo jugador, por lo cual parece invalidar la regla de la alternación de los movimientos. Sin embargo, la redundancia mucho mayor de la alternación de movimientos prevalece en la teoría que construye el observador sobre la redundancia menor del enroque, y aunque la aparente contradicción no encuentre solución, aquél no debe necesariamente abandonar las hipótesis formuladas hasta ese momento. De lo dicho se desprende que, luego de ver una serie de partidas, es probable que el observador esté en condiciones de formular, con un alto grado de precisión, las

reglas del ajedrez, incluido el final del juego, es decir, el jaque mate. Debe señalarse que podría llegar a ese resultado aunque no contase con la posibilidad de solicitar información.

¿Significa esto que el observador ha «explicado» la conducta de los jugadores? Preferiríamos decir que ha identificado una configuración compleja de redundancias. [7] Desde luego, de querer hacerlo, podría atribuir un *significado* a cada una de las piezas y de las reglas del juego. De hecho, podría crear una elaborada mitología acerca del juego y su significado «real» o «más profundo», que incluyera imaginativos relatos acerca del origen del juego, como en realidad se ha hecho. Pero todo esto es innecesario para el estudio del juego en sí mismo, y tal explicación o mitología tendría la misma relación con el ajedrez que la astrología con la astronomía. [8]

Un ejemplo final tal vez sirva para redondear nuestro examen de la redundancia en la pragmática de la comunicación humana. Como quizá sepa el lector, la programación de computadoras consiste en ordenar un número relativamente pequeño de reglas específicas (el programa); tales reglas guían a las computadoras hacia un elevado número de operaciones pautadas y muy flexibles. Precisamente lo opuesto sucede si, como se sugirió, se observa la interacción humana en busca de redundancias. A partir de la observación de un sistema particular en funcionamiento, se trata de postular reglas subyacentes a su funcionamiento, esto es, su «programa», siguiendo nuestra analogía con la computadora.

1.5. Metacomunicación y el concepto de cálculo

Los conocimientos alcanzados por nuestro hipotético observador al estudiar la redundancia pragmática del fenómeno de conducta «partida de ajedrez», revelan una sugestiva analogía con el concepto matemático de *cálculos.* Un cálculo, según Boole (31, p. 4), es «un método que se basa en el empleo de símbolos, cuyas leyes de combinación son conocidas y generales, y cuyos resultados admiten una interpretación congruente». Ya hemos sugerido que tal representación formal es concebible en la comunicación humana, pero también se han hecho evidentes algunas de las dificultades del discurso *acerca* de este cálculo. Cuando los matemáticos, en lugar de utilizar las matemáticas como un instrumento para computar, hacen de ese instrumento mismo el objeto de su estudio —como sucede, por ejemplo, cuando cuestionan la congruencia de la aritmética como sistema—, utilizan un lenguaje que no forma parte de las matemáticas, sino que se refiere a ella. Siguiendo a David Hilbert *(64),* este lenguaje se denomina metamatemáticas. La estructura formal de las matemáticas es su cálculo; la metamatemática es ese cálculo expresado. Nagel y Newman han definido la diferencia entre los dos conceptos con admirable claridad:

> La importancia de reconocer la distinción entre matemáticas y metamatemáticas no puede exagerarse. *El hecho de no haberse respetado tal distinción ha dado lugar a paradojas y confusión.* El reconocimiento de su importancia nos ha permitido exhibir bajo una luz clara la estructura lógica del razonamiento matemático. El mérito de la distinción radica en que implica una codificación cuidadosa de los diversos signos que intervienen en el desarrollo de un cálculo formal, libre de supuestos ocultos y de *asociaciones de significado irrelevantes.* Además, requiere definiciones exactas de las operaciones y reglas lógicas de la construcción y la deducción matemáticas, muchas de las cuales los matemáticos *habían aplicado sin tener conciencia explícita de qué era lo que utilizaban (108,* p. 32; las bastardillas son nuestras).

Cuando dejamos de utilizar la comunicación para comunicarnos, y la usamos para comunicar algo *acerca* de la comunicación, lo que es inevitable cuando investigamos sobre la comunicación, utilizamos conceptualizaciones que no son parte de la comunicación, sino *que se refieren a ella.* Siguiendo la analogía con las metamatemáticas, hablamos aquí de metacomunicación. Comparada con las metamatemáticas, la investigación sobre la metacomunicación presenta dos desventajas significativas. La primera consiste en que, en el caso de la comunicación humana, no hay por el momento nada comparable al sistema formal de un cálculo. Como demostraremos más adelante, esta dificultad no excluye la utilidad del concepto. La segunda dificultad está estrechamente relacionada con la primera: mientras que los matemáticos poseen dos lenguajes (números y símbolos algebraicos para expresar las matemáticas, y el lenguaje natural para referirse a las metamatemáticas), nosotros estamos básicamente limitados al lenguaje natural como vehículo tanto para la comunicación como para la

metacomunicación. Este problema surgirá una y otra vez en el curso de nuestras consideraciones.

¿Cuál es, entonces, la utilidad de la noción de un cálculo de la comunicación humana, si lo específico de ese cálculo pertenece de hecho al futuro remoto? En nuestra opinión, su utilidad inmediata radica en que la noción misma proporciona un modelo poderoso de la naturaleza y el grado de abstracción de los fenómenos que queremos identificar. Hagamos una breve recapitulación: buscamos redundancias pragmáticas; sabemos que no son magnitudes o cualidades simples y estáticas, sino configuraciones de interacción análogas al concepto matemático de función; y, por último, anticipamos que tales configuraciones tendrán las características que suelen encontrarse en los sistemas tendientes a objetivos prefijados y que contienen mecanismos de control de errores. Entonces, si examinamos cadenas de comunicación entre dos o más comunicantes, teniendo presentes estas premisas, llegaremos a ciertos resultados que, por el momento, no podemos presentar como un sistema formal, pero que participan de la naturaleza de los axiomas y los teoremas de un cálculo. En la obra ya citada, Nagel y Newman describen la analogía entre un juego como el ajedrez y un cálculo matemático formalizado, y explican que:

> Las piezas y las escaques del tablero corresponden a los signos elementales del cálculo; las posiciones prescritas de las piezas sobre el tablero, a las fórmulas del cálculo; las posiciones iniciales de las piezas sobre el tablero, a los axiomas o fórmulas iniciales del cálculo; las posiciones siguientes de las piezas sobre el tablero, a las fórmulas derivadas de los axiomas (es decir, a los teoremas); y las reglas del juego, a las reglas de deducción (o derivación) del cálculo *(108,* p. 35).

Pasan luego a demostrar que las configuraciones de las piezas sobre el tablero «carecen de significado» como tales, mientras que las aseveraciones *acerca* de tales configuraciones son significativas. Las aseveraciones de este orden de abstracción son descritas por esos autores de la siguiente manera:

> [...] Pueden establecerse teoremas generales de «meta-ajedrez» cuya prueba implica sólo un número finito de configuraciones permisibles sobre el tablero. El teorema del «meta-ajedrez» acerca del número de movimientos iniciales posibles para Blanco puede establecerse de esa manera; y lo mismo ocurre con el teorema del «meta-ajedrez» según el cual si Blanco tiene sólo dos Alfiles y el Rey, y Negro sólo tiene su Rey, es imposible que Blanco dé jaques a Negro *(108,* p. 35).

Hemos citado textualmente esta analogía porque ilustra el concepto de cálculo no sólo en las matemáticas sino también en la metacomunicación, pues si ampliamos la analogía para incluir a los dos jugadores ya no estamos estudiando un juego abstracto, sino más bien secuencias de interacción humana que están gobernadas estrictamente por un complejo conjunto de reglas. La única diferencia consiste en que preferiríamos denominar «formalmente indeterminable» mas bien que «carente de significado» a cada acto aislado de conducta (a cada «movimiento», en la analogía con el ajedrez). Ese acto de conducta, *a,* puede deberse a un aumento de sueldo, al complejo de Edipo, al alcohol

o a una tormenta de granizo, y todos los argumentos relativos a cuál de esas razones es «realmente» válida se parecen a una controversia escolástica sobre el sexo de los ángeles. Hasta que la mente humana no se abra a la inspección externa, las inferencias y los informes subjetivos introspectivos son los únicos elementos con que contamos y, por tanto, ninguno de ellos es fidedigno. Sin embargo, si observamos que la conducta *a* — cualquiera que sean sus «razones»— efectuada por un comunicante provoca la conducta *b, c, d,* o *e* en el otro, al tiempo que evidentemente excluye las conductas *x,* y z, entonces es posible postular un teorema metacomunicacional. Lo que se sugiere aquí, por lo tanto, es que toda interacción puede definirse en términos de la analogía con el ajedrez, esto es, como secuencias de «movimientos» estrictamente gobernados por reglas acerca de las que es correlevante que estén o no en el campo de conciencia de los comunicantes, pero con respecto a las cuales pueden hacerse aseveraciones metacomunicacionales significativas. Ello implicaría que, como se sugirió en S.1.4., existe un cálculo aún no interpretado de la pragmática de la comunicación humana, cuyas reglas se observan en la comunicación eficaz y se violan en la comunicación perturbada. En el estado actual de nuestros conocimientos, la existencia de ese cálculo puede compararse a la de una estrella cuya existencia y posición han sido postulados por la astronomía teórica pero que los observatorios aún no han podido descubrir.

Desde el punto de vista filosófico, esta manera de entender las conexiones significativas puede parecer un caso extremo de *explicación* en el sentido de Jaspers. Como se recordará, Jaspers postuló una dicotomía metodológica en toda investigación psicológica, basada tanto en la comprensión como en la explicación:

> [...] Nos sumergimos en la situación psíquica y *comprendemos genéticamente* por *empatía* cómo un hecho psíquico surge a partir del otro.
>
> [...] Repetidas experiencias nos enseñan que una serie de fenómenos aparecen habitualmente relacionados y, a partir de ello, ofrecemos *explicaciones* causales [...]. Las combinaciones psíquicas significativas también han sido llamadas *«casualidad interna»,* lo que indica la brecha insalvable entre las conexiones genuinas de la causalidad externa y las conexiones psíquicas que sólo pueden tildarse de causales por analogía (78 bis, p. 301).

Sin embargo, confiamos en mostrar que es imposible identificar completamente el pensamiento en términos de configuraciones con el concepto de explicación que ofrece Jaspers. Aunque nos esforzamos, como lo expresa Jaspers, «por descubrir las reglas subyacentes a los fenómenos por medio de observaciones, experimentos y la acumulación de muchos casos» (p. 251), lo que nos interesa no es la explicación y mucho menos la explicación genético-casual. Las reglas de la comunicación humana no «explican» nada por sí mismas; antes bien, constituyen en sí mismas su mejor explicación, tal como los números primarios *son* pero no explican nada (Cf.S.4.4.1.1.).

De ningún modo debe entenderse nuestro punto de vista como una negación de la realidad de lo intrapsíquico o de la validez de las teorías genéticas, hereditarias, metabólicas o de otro tipo, acerca de la conducta humana. Nuestro estudio intenta

contribuir con una dimensión adicional a cuya utilidad clínica y terapéutica nos referiremos en los capítulos siguientes.

1.6. Conclusiones

Si se considera la comunicación humana a partir de los criterios señalados, se impone introducir ciertos cambios conceptuales, que examinaremos ahora brevemente dentro del contexto de la psicopatología. Esta referencia a la psicopatología no significa que esos criterios sean válidos exclusivamente en ese campo, sino sólo que los consideramos particularmente importantes y evidentes en ese área.

1.6.1. El concepto de la Caja Negra

Si bien la existencia de la mente humana sólo es negada por los pensadores más extremistas, la investigación sobre los fenómenos de la mente, como es bien sabido entre quienes trabajan en ese campo, resulta tremendamente difícil debido a la falta de un punto arquimédico fuera de la mente. En mucho mayor grado que cualquier otra disciplina, la psicologia y la psiquiatría son, en última instancia, autorreflexivas: el sujeto y el objeto son idénticos, la mente se estudia a sí misma, y todo supuesto tiende inevitablemente a la autovalidación. La imposibilidad de observar el funcionamiento de la mente ha llevado en los últimos años a adoptar el concepto de la Caja Negra, tomado del campo de la telecomunicación. Aplicado originalmente a ciertos tipos de equipo electrónico capturado al enemigo, que resultaba peligroso abrir porque podía contener cargas explosivas, el concepto se aplica ahora en forma más general al hecho de que los equipos electrónicos son ya tan complejos que a veces resulta más conveniente pasar por alto la estructura interna de un aparato y concentrarse en el estudio de sus relaciones específicas entre entradas y salidas. Si bien es cierto que tales relaciones permiten a veces hacer deducciones con respecto a lo que «realmente» sucede en el interior de la caja, tal conocimiento no resulta esencial para estudiar *la función del aparato dentro del sistema más amplio de que forma parte.* Este concepto, aplicado a los problemas psicológicos y psiquiátricos, ofrece la ventaja heurística de que no es necesario recurrir a ninguna hipótesis intrapsíquica imposible de verificar en última instancia, y de que es posible limitarse a las relaciones observables entre entradas y salidas, esto es, a la *comunicación.* Este enfoque, según creemos, caracteriza una importante tendencia reciente en la psiquiatría que considera los síntomas como una de las múltiples formas de entrada al sistema familiar y no como una expresión de conflictos intrapsíquicos.

1.6.2. Conciencia e inconsciencia

Para quien se interesa en observar la conducta humana en términos del supuesto de la Caja Negra, la salida de una Caja Negra implica la entrada de otra. La cuestión relativa a si ese intercambio de información es consciente o inconsciente pierde la importancia fundamental que posee dentro del marco psicodinámico. Esto no significa que, en lo relativo a las reacciones frente a un acto específico de conducta, no tenga importancia que esa conducta se considere consciente o inconsciente, voluntaria, involuntaria o

sintomática. Si a una persona le pisan un pie, para él es muy distinto que la conducta del otro haya sido deliberada o intencional. Sin embargo, esta concepción está basada en *su* evaluación de los motivos de la otra persona y, por lo tanto, en supuestos acerca de lo que sucede en la mente del otro. Y desde luego, si le preguntara al otro con respecto a sus motivos, tampoco ello le permitiría sentirse seguro, pues el otro individuo podría afirmar que su conducta fue inconsciente cuando, en realidad, fue deliberada, o incluso pretender que se trató de algo deliberado cuando, de hecho, fue accidental. Todo esto nos lleva una vez más a la atribución de «significado», una idea que resulta esencial para la experiencia subjetiva de comunicarse con otros, pero que, según hemos comprobado, es objetivamente imposible de determinar a los fines de la investigación sobre la comunicación humana.

1. 6.3. Presente *versus* pasado

Si bien no cabe duda alguna acerca de que la conducta está determinada, por lo menos en parte, por la experiencia previa, la búsqueda de causas en el pasado evidentemente no es fidedigna. Ya se mencionaron las observaciones de Ashby sobre las peculiaridades de la «memoria» como una construcción hipotética (S.1.2.). No sólo está principalmente basada en pruebas subjetivas y, por ende, puede sufrir la misma distorsión que la exploración debería eliminar, sino que todo lo que la persona *A* dice acerca de su pasado a la persona *B* está inextricablemente ligado a la relación actual entre esas dos personas y también determinado por ella. Por otro lado, si se observa en forma directa la comunicación entre el individuo y los otros seres significativos de su vida —como se sugirió en la analogía con el ajedrez y como se hace en la psicoterapia conjunta de parejas o familias— eventualmente es posible identificar configuraciones de comunicación que encierran importancia para el diagnóstico y permiten planificar la estrategia más apropiada para la intervención terapéutica. Así, este enfoque constituye la búsqueda de una configuración en el aquí y ahora, más que de significado simbólico, causas pasadas o motivaciones.

1.6.4. Efecto *versus* causa

Desde este ángulo, las causas posibles o hipotéticas de la conducta asumen importancia secundaria, y el efecto de la conducta surge como el criterio de significación esencial en la interacción de individuos estrechamente relacionados. Por ejemplo, una y otra vez es dable observar que un síntoma, que se ha mantenido refractario a la psicoterapia a pesar del intenso análisis de su génesis, revela de pronto su significado cuando se lo estudia en el contexto de la interacción marital presente del individuo. Los síntomas pueden así mostrarse como una constricción, como una regla del «juego» internacional en que está inmerso el sujeto, [9] más que como el resultado de un conflicto no resuelto de hipotéticas fuerzas intrapsíquicas. En general, entendemos que un síntoma es un fragmento de conducta que ejerce efectos profundos sobre todos los que rodean al

paciente. En tal sentido podría establecerse una regla empírica: cuando el *por qué* de un fragmento de conducta permanece oscuro, la pregunta *¿para qué?* puede proporcionar una respuesta válida.

1.6.5. La circularidad de las pautas de comunicación

Todas las partes del organismo forman un círculo. Por lo tanto, cada una de las partes es tanto comienzo como fin.

HIPÓCRATES.

Si bien en las cadenas progresivas lineales de causalidad tiene sentido hablar acerca del comienzo y el fin de una cadena, tales términos carecen de sentido en los sistemas con circuitos de retroalimentación. En un círculo no hay comienzo ni fin. El hecho de pensar en términos de tales sistemas nos obliga a abandonar la noción de que, por ejemplo, el hecho *a* ocurre primero y el hecho *b* está determinado por la aparición de *a,* pues a partir de la misma lógica deficiente se podría afirmar que el hecho *b* precede a *a,* según donde se decida arbitrariamente romper la continuidad del círculo. Pero, como se verá en el próximo capítulo, esta lógica deficiente es empleada constantemente por los participantes individuales en la interacción humana cuando tanto la persona *A* como la persona *B* afirman que sólo reaccionan frente a la conducta del otro, sin comprender que, a su vez, influyen sobre aquél a través de su propia reacción. El mismo tipo de razonamiento se aplica a esta irremediable controversia: ¿La comunicación de una determinada familia es patológica porque uno de sus miembros es psicótico, o bien uno de sus miembros es psicótico porque la comunicación es patológica?

1.6.6. La relatividad de lo «normal» y lo «anormal»

Las primeras investigaciones en psiquiatría se llevaron a cabo en hospitales mentales y apuntaban a clasificar pacientes. Tal enfoque encerraba considerable valor práctico, puesto que no carecía de importancia el hecho de descubrir ciertos estados orgánicos, tales como la parálisis general progresiva. El siguiente paso práctico consistió en incorporar la distinción conceptual entre normalidad y anormalidad al lenguaje legal, y de ahí los términos «cordura» y «alienación». Sin embargo, cuando se acepta que, desde un punto de vista comunicacional, un fragmento de conducta sólo puede estudiarse en el contexto en que tiene lugar, los términos «cordura» y «alienación» pierden prácticamente su significado como atributos de individuos. Del mismo modo, la misma noción de «anormalidad» se vuelve cuestionable, pues ahora se acepta en general que el estado del paciente no es estático, sino que varía según la situación interpersonal y según la perspectiva subjetiva del observador. Aún más, cuando los síntomas psiquiátricos se entienden como la conducta adecuada a una situación interaccional dada, surge un marco de referencia que es opuesto a la visión psiquiátrica clásica. La importancia de este cambio es máxima. Así, la «esquizofrenia» vista como la enfermedad incurable y

progresiva de una mente individual y la «esquizofrenia» entendida como la *única* reacción posible frente a un contexto comunicacional absurdo o insostenible (una reacción que obedece y, por tanto, perpetúa las reglas de ese contexto) son dos cosas bien distintas y, no obstante, la diferencia radica en la incompatibilidad de los dos marcos conceptuales, en tanto que el cuadro clínico al que se aplican es el mismo en ambos casos. Las consecuencias de la aplicación de criterios divergentes en los enfoques etiológicos y terapéuticos también presentan grandes discrepancias. De ahí nuestro interés por examinar y destacar el punto de vista comunicacional como algo más que un mero ejercicio intelectual.

2
ALGUNOS AXIOMAS EXPLORATORIOS DE LA COMUNICACIÓN

2.1. Introducción

Las conclusiones alcanzadas en el primer capítulo destacaban en general la imposibilidad de aplicar numerosas nociones psiquiátricas tradicionales al marco que proponemos. Todo esto parece dejar muy pocas bases para el estudio de la pragmática de la comunicación humana. Nos proponemos demostrar ahora que ello no es así, para lo cual debemos comenzar con algunas propiedades simples de la comunicación que encierran consecuencias interpersonales básicas. Se comprobará que tales propiedades participan de la naturaleza de los axiomas dentro de nuestro cálculo hipotético de la comunicación humana. Una vez definidas, estaremos en condiciones de examinar algunas de sus posibles patologias en el capítulo 3.

2.2. La imposibilidad de no comunicar

2.2.1.

En lo que antecede, el término «comunicación» se utilizó de dos maneras: como título genérico de nuestro estudio, y como una unidad de conducta definida de un modo general. Trataremos de ser ahora más precisos. Desde luego, seguiremos denominando simplemente «comunicación» al aspecto pragmático de la teoría de la comunicación humana. Para las diversas unidades de comunicación (conducta), hemos tratado de elegir términos que ya no son generalmente comprendidos. Así, se llamará *mensaje* a cualquier unidad comunicacional singular o bien se hablará de *una* comunicación cuando no existan posibilidades de confusión. Una serie de mensajes intercambiados entre personas recibirá el nombre de *interacción.* (Por quienes anhelan una cuantificación más precisa, sólo podemos decir que la secuencia a que nos referimos con el término «interacción» es mayor que un único mensaje, pero no infinita.) Por último, en los capítulos 4 a 7, agregaremos *pautas de interacción,* que constituyen una unidad de un nivel aún más elevado en la comunicación humana.

Además, con respecto incluso a la unidad más simple posible, es evidente que una vez que se acepta que toda conducta es comunicación, ya no manejamos una unidad-mensaje monofónica, sino más bien un conjunto fluido y multifacético de muchos modos de conducta —verbal, tonal, postural, contextual, etcétera— todos los cuales limitan el significado de los otros. Los diversos elementos de este conjunto (considerado como un todo) son susceptibles de permutaciones muy variadas y complejas, que van desde lo congruente hasta lo incongruente y paradójico. Nuestro interés estará centrado en el efecto pragmático de tales combinaciones en las situaciones interpersonales.

2.2.2.

En primer lugar, hay una propiedad de la conducta que no podría ser más básica por lo cual suele pasársela por alto: no hay nada que sea lo contrario de conducta. En otras palabras, no hay no-conducta, o, para expresarlo de modo aún más simple: es imposible *no* comportarse. Ahora bien, si se acepta que toda conducta en una situación e interacción [10] tiene un valor de mensaje, es decir, es comunicación, se deduce que por mucho que uno lo intente, *no* puede dejar de comunicar. Actividad o inactividad, palabras o silencio, tienen siempre valor de mensaje: influyen sobre los demás, quienes, a su vez, no pueden dejar de responder a tales comunicaciones y, por ende, también comunican. Debe entenderse claramente que la mera ausencia de palabras o de atención mutua no constituye una excepción a lo que acabamos de afirmar. El hombre sentado a un abarrotado mostrador en un restaurante, con la mirada perdida en el vacío, o el pasajero de un avión que permanece sentado con los ojos cerrados, comunican que no desean hablar con nadie o que alguien les hable, y sus vecinos por lo general «captan el

mensaje» y responden de manera adecuada, dejándolos tranquilos. Evidentemente, esto constituye un intercambio de comunicación en la misma medida que una acalorada discusión. [11]

Tampoco podemos decir que la «comunicación» sólo tiene lugar cuando es intencional, consciente o eficaz, esto es, cuando se logra un entendimiento mutuo. Que el mensaje emitido sea o no igual al mensaje recibido constituye un orden de análisis importante pero distinto, pues, en última instancia, debe basarse en la evaluación de datos específicos, introspectivos y proporcionados por el sujeto, que preferimos dejar de lado en la exposición de una teoría de la comunicación desde el punto de vista de la conducta. Con respecto a los malentendidos, nuestro interés, dadas ciertas propiedades formales de la comunicación, de —y, de hecho, a pesar de— las motivaciones o intenciones, se refiere al desarrollo de patologías afines relacionadas, aparte de los comunicantes.

2.2.3.

La imposibilidad de no comunicarse es un fenómeno de interés no sólo teórico; por ejemplo, constituye una parte integral del «dilema» esquizofrénico. Si la conducta esquizofrénica se observa dejando de lado las consideraciones etiológicas, parecería que el esquizofrénico trata de *no comunicarse*. Pero, puesto que incluso el sinsentido, el silencio, el retraimiento, la inmovilidad (silencio postural) o cualquier otra forma de negación constituye en sí mismo una comunicación, el esquizofrénico enfrenta la tarea imposible de negar que se está comunicando y, al mismo tiempo, de negar que su negación es una comunicación. La comprensión de este dilema básico en la esquizofrenia constituye una clave para muchos aspectos de la comunicación esquizofrénica que, de otra manera, permanecerían oscuros. Puesto que, como veremos, cualquier comunicación implica un compromiso y, por ende, define el modo en que el emisor concibe su relación con el receptor, debe sugerir que el esquizofrénico se comporta como si evitara todo compromiso al no comunicarse. Es imposible verificar si éste es su propósito, en el sentido causal, o no; pero se demostrará en S.3.2, en forma más detallada, que éste es el efecto de la conducta esquizofrénica.

2.2.4.

En síntesis, cabe postular un axioma metacomunicacional de la pragmática de la comunicación: *no es posible* no *comunicarse*.

2.3. Los niveles de contenido y las relaciones de la comunicación

2.3.1.

En los párrafos precedentes sugerimos otro axioma cuando señalamos que toda comunicación implica un compromiso y, por ende, define la relación. Ésta es otra manera de decir que una comunicación no sólo transmite información sino que, al mismo tiempo, impone conductas. Siguiendo a Bateson (132, pp. 179-181), estas dos operaciones se conocen como los aspectos «referenciales» y «conativos», [12] respectivamente, de toda comunicación. Bateson ejemplifica los dos aspectos por medio de una analogía fisiológica: supongamos que *A, B* y *C* constituyen una cadena lineal de neuronas. Entonces, el disparo de la neurona *B* es al mismo tiempo «información» de que la neurona *A* ha disparado y una «instrucción» para que la neurona *C* lo haga.

El aspecto referencial de un mensaje transmite información y, por ende, en la comunicación humana es sinónimo de *contenido* del mensaje. Puede referirse a cualquier cosa que sea comunicable al margen de que la información sea verdadera o falsa, válida, no válida o indeterminable. Por otro lado, el aspecto conativo se refiere a qué tipo de mensaje debe entenderse que es, y, por ende, en última instancia, a la *relación* entre los comunicantes. Algunos ejemplos contribuirán a una mejor comprensión de estos dos aspectos. Si apelamos a un cierto nivel de abstracción, constituyen la base de la siguiente adivinanza:

> Dos guardias vigilan a un prisionero en una habitación que tiene dos puertas. El prisionero sabe que una de ellas está cerrada con llave y la otra no, pero no cuál de ellas es la que está abierta. También sabe que uno de los guardias siempre dice la verdad y que el otro siempre miente, pero no cuál de ellos hace una cosa u otra. Por último, se le ha dicho que la única manera de recuperar su libertad consiste en identificar la puerta que no está cerrada con llave haciéndole *una* pregunta a *uno* de los guardias. [13]

El encanto de esta improbable situación radica no sólo en el hecho de que un problema con dos incógnitas (las puertas y los guardias) se resuelve elegantemente mediante el descubrimiento de un simple procedimiento de decisión, sino también en que la solución sólo resulta posible si se tienen en cuenta los aspectos de contenido y relacionales de la comunicación. Al prisionero se le han dado dos órdenes de información, como elementos para solucionar el problema. Una de ellas tiene que ver con objetos impersonales (las puertas) y la otra con seres humanos como emisores de información, y ambas son indispensables para alcanzar la solución. Si el prisionero pudiera examinar las puertas por sí mismo, no necesitaría comunicarse con nadie acerca de ellas, pues le bastaría con confiar en la información que le proporcionan sus propios sentidos. Como no puede hacerlo, debe incluir la información que posee acerca de los guardias y sus maneras habituales de relacionarse con los demás, esto es, diciendo la verdad o mintiendo. Por ende, lo que el prisionero hace es deducir correctamente el

estado objetivo de las puertas mediante la relación específica entre los guardias y él mismo y, así, llega eventualmente a una comprensión correcta de la situación empleando *información acerca de los objetos* (las puertas y el hecho de que estén o no cerradas con llave) junto con *información acerca de esa información* (los guardias y sus formas típicas de relacionarse específicamente, transmitiendo a los demás información sobre los objetos).

Y ahora veamos un ejemplo más probable: si una mujer A señala el collar que lleva otra mujer B y pregunta: «¿Son auténticas esas perlas?», el contenido de su pregunta es un pedido de información acerca de un objeto. Pero, al mismo tiempo, también proporciona —de hecho, no puede dejar de hacerlo— su definición de la relación entre ambas. La forma en que pregunta (en este caso, sobre todo el tono y el acento de la voz, la expresión facial y el contexto) indicarían una cordial relación amistosa, una actitud competitiva, relaciones comerciales formales, etcétera. B puede aceptar, rechazar o definir, pero, de ningún modo, ni siquiera mediante el silencio, puede dejar de responder al mensaje de A. Por ejemplo, la definición de A puede ser maliciosa y condescendiente; por otro lado, B puede reaccionar a ella con aplomo o con una actitud defensiva. Debe notarse que esta parte de su interacción nada tiene que ver con la autenticidad de las perlas o con las perlas en general, sino con sus respectivas definiciones de la naturaleza de su relación, aunque sigue hablando sobre las perlas.

O consideremos mensajes como: «Es importante soltar el embrague en forma gradual y suave», y «Suelta el embrague y arruinarás la transmisión en seguida». Aproximadamente tienen el mismo contenido (información) pero evidentemente definen relaciones muy distintas.

Para evitar malentendidos con respecto a lo dicho, queremos aclarar que las relaciones rara vez se definen deliberadamente o con plena conciencia. De hecho, parecería que cuanto más espontánea y «sana» es una relación, más se pierde en el trasfondo el aspecto de la comunicación vinculado con la relación. Del mismo modo, las relaciones «enfermas» se caracterizan por una constante lucha acerca de la naturaleza de la relación, mientras que el aspecto de la comunicación vinculado con el contenido se hace cada vez menos importante.

2.3.2.

Resulta interesante que antes de que los científicos conductistas comenzaran a indagar en estos aspectos de la comunicación humana, los expertos en computadoras hubieran tropezado con el mismo problema en su propia labor. Se hizo evidente en tal sentido que, cuando se comunicaban con un organismo artificial, sus comunicaciones debían ofrecer aspectos tanto *referenciales como conativos*. Por ejemplo, si una computadora debe multiplicar dos cifras, es necesario *alimentar* tanto esa información (las dos cifras) como la información acerca de esa información: esto es, la orden de multiplicarlas.

Ahora bien, lo importante para nuestras consideraciones es la conexión que existe

entre los aspectos de contenido (lo referencial) y relacionales (lo conativo) en la comunicación. En esencia ya se la ha definido en el párrafo precedente al señalar que una computadora necesita *información* (datos) e *información acerca de esa información* (instrucciones). Es evidente, pues, que las instrucciones son de un tipo lógico superior al de los datos; constituyen *metainformación* puesto que son información *acerca* de información, y cualquier confusión entre ambas llevaría a un resultado carente de significado.

2.3.3.

Si volvemos ahora a la comunicación humana, observamos que esa misma relación existe entre los aspectos *referencial* y *conativo:* El primero transmite los «datos» de la comunicación y el segundo, cómo debe entenderse dicha comunicación. «Esto es una orden» o «Sólo estoy bromeando» constituyen ejemplos verbales de esa comunicación acerca de una comunicación. La relación también puede expresarse en forma no verbal gritando o sonriendo o de muchas otras maneras. Y la relación puede entenderse claramente a partir del contexto en el que la comunicación tiene lugar, por ejemplo, entre soldados uniformados o en la arena de un circo.

El lector habrá notado que el aspecto *relacional* de una comunicación resulta, desde luego, idéntico al concepto de metacomunicación desarrollado en el capítulo 1, donde se lo limitó al marco conceptual y al lenguaje que el experto en análisis comunicacional debe utilizar cuando comunica algo acerca de la comunicación. Ahora bien, es dable observar que no sólo ese experto sino todos nosotros enfrentamos dicho problema. La capacidad para metacomunicarse de forma adecuada constituye no sólo condición *sine qua non* de la comunicación eficaz, sino que también está íntimamente vinculada con el complejo problema concerniente a la percepción del self y del otro. Esta cuestión será objeto de una explicación más detallada en S.3.3. Por el momento, y como ilustración, sólo queremos señalar que es posible construir mensajes, sobre todo en la comunicación escrita, que ofrecen indicios metacomunicacionales muy ambiguos. Como señala Cherry *(34,* p. 120) la oración: «¿Crees que bastará con uno?», puede encerrar una variedad de significados, según cuál de esas palabras se acentúe, indicación que el lenguaje escrito no siempre proporciona. Otro ejemplo sería un cartel en un restaurante que dice: «Los parroquianos que piensan que nuestros mozos son groseros deberían ver al gerente», lo cual, por lo menos en teoría, puede entenderse de dos maneras totalmente distintas. Las ambigüedades de este tipo no constituyen las únicas complicaciones posibles que surgen de la estructura de niveles de toda comunicación; consideremos, por ejemplo, un cartel que dice: «No preste atención a este cartel». Como veremos en el capítulo sobre la comunicación paradójica, las confusiones o contaminaciones entre estos niveles — comunicación y metacomunicación— pueden llevar a *impasses* idénticos en su estructura a los de las famosas paradojas en el campo de la lógica.

2.3.4.

Por el momento, limitémonos a resumir lo antedicho y establecer otro axioma de nuestro cálculo tentativo: *Toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional tales que el segundo clasifica al primero y es, por ende, una metacomunicación.* [14]

2.4. La puntuación de la secuencia de hechos

2.4.1.

La siguiente característica básica de la comunicación que deseamos explorar se refiere a la interacción —intercambio de mensajes— entre comunicantes. Para un observador, *una serie de comunicaciones puede entenderse como una secuencia interrumpida de intercambios*. Sin embargo, quienes participan en la interacción siempre introducen lo que, siguiendo a Whorf *(165),* ha sido llamado por Bateson y Jackson la «puntuación de la secuencia de hechos». Estos autores afirman:

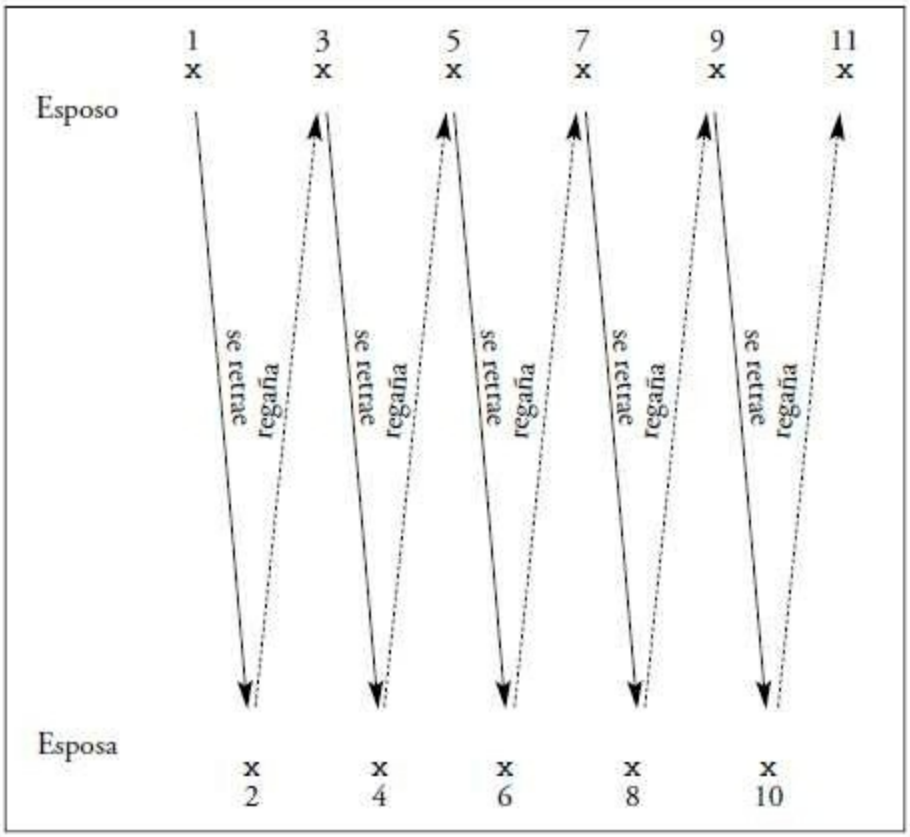
> Los psicólogos de la escuela «estímulo-respuesta» limitan su atención a secuencias de intercambio tan cortas que es posible calificar un ítem de entrada como «estímulo» y otro ítem como «refuerzo», al tiempo que lo que el sujeto hace entre estos dos hechos se entiende como «respuesta». Dentro de la breve secuencia así obtenida, resulta posible hablar de la «psicología» del sujeto. Por el contrario, las secuencias de intercambio que examinamos aquí son mucho más largas y, por lo tanto, presentan la característica de que cada ítem en la secuencia es, al mismo tiempo, estímulo, respuesta y refuerzo. Un ítem dado de la conducta de A es un estímulo en la medida en que lo sigue un ítem proveniente de B y este último, por otro ítem correspondiente a A. Pero, en la medida en que el ítem de A está ubicado entre dos ítems correspondientes a B, se trata de una respuesta. Del mismo modo, el ítem de A constituye un refuerzo en tanto sigue a un ítem correspondiente a B. Así, los intercambios que examinamos aquí constituyen una cadena de vínculos *triádicos* superpuestos, cada uno de los cuales resulta comparable a una secuencia estímulo-respuesta-refuerzo. Podemos tomar cualquier *tríada* de nuestro intercambio y verla como un ensayo en un experimento de tipo aprendizaje por estímulo-respuesta.
>
> Si observamos desde este punto de vista los experimentos convencionales sobre aprendizaje, notamos de inmediato que los ensayos repetidos equivalen a una diferencia de la relación entre los dos organismos participantes: el experimentador y su sujeto. La secuencia de ensayos está puntuada de tal manera que siempre es el experimentador el que parece proporcionar los «estímulos» y los «refuerzos», mientras el sujeto proporciona las «respuestas». Estas palabras aparecen deliberadamente entre comillas porque las definiciones de los roles de hecho sólo dependen de la disposición de los organismos a aceptar el sistema de puntuación. La «realidad» de las definiciones de rol pertenece por cierto al mismo orden que la realidad de un murciélago en una lámina de Roschach, una creación más o menos sobredeterminada del proceso perceptual. La rata que dijo: «Ya he adiestrado a mi experimentador. Cada vez que presione la palanca, me da de comer», se negaba a aceptar la puntuación de la secuencia que el experimentador trataba de imponer.
>
> Con todo, es indudable que en una secuencia prolongada de intercambio, los

> organismos participantes —especialmente si se trata de personas— de hecho puntúan la secuencia de modo que uno de ellos o el otro tiene iniciativa, predominio, dependencia, etcétera. Es decir, establecen entre ellos patrones de intercambio (acerca de los cuales pueden o no estar de acuerdo) y dichos patrones constituyen de hecho reglas de contingencia con respecto al intercambio de refuerzos. Si bien las ratas son demasiado amables como para modificar los rótulos, algunos pacientes psiquiátricos no lo son y producen más de un trauma psicológico en el terapeuta *(19,* págs. 273-274).

No se trata aquí de determinar si la puntuación de la secuencia comunicacional es, en general, buena o mala, pues resulta evidente que la puntuación *organiza* los hechos de la conducta y, por ende, resulta vital para las interacciones en marcha. Desde el punto de vista cultural, compartimos muchas convenciones de puntuación que, si bien no son ni más ni menos precisas que otras versiones de los mismos hechos, sirven para reconocer secuencias de interacción comunes e importantes. Por ejemplo, a una persona que se comporta de determinada manera dentro de un grupo, la llamamos «líder» y a otra «adepto», aunque resultaría difícil decir cuál surge primero o qué sería del uno sin el otro.

2.4.2.

La falta de acuerdo con respecto a la manera de puntuar la secuencia de hechos es la causa de incontables conflictos en las relaciones. Supongamos que una pareja tiene un problema marital al que el esposo contribuye con un retraimiento pasivo, mientras que la mujer colabora con sus críticas constantes. Al explicar sus frustraciones, el marido dice que su retraimiento no es más que *defensa contra* los constantes regaños de su mujer, mientras que ésta dirá que esa explicación constituye una distorsión burda e intencional de lo que «realmente» sucede en su matrimonio, esto es, que ella lo critica *debido* a su pasividad. Despojados de todos los elementos efímeros y fortuitos, sus discusiones consisten en un intercambio monótono de estos mensajes: «Me retraigo porque me regañas» y «Te regaño porque te retraes». Este tipo de interacción ya ha sido brevemente mencionado en S.1.6.5. En forma gráfica, con un punto inicial arbitrario, su interacción adquiere un aspecto similar a éste:



Puede observarse que el marido sólo percibe las tríadas 2-3-4, 4-5-6, 6-7-8, etc., donde su conducta (líneas de punto). En el caso de la mujer, las cosas ocurren exactamente al revés: puntúa la secuencia de hechos en las tríadas 1-2-3, 3-4-5, 5-6-7, etcétera, y entiende que sólo reacciona frente a la conducta de su esposo pero no que la determina. En la psicoterapia de parejas, a menudo sorprende la intensidad de lo que en la psicoterapia tradicional se llamaría una «distorsión de la realidad» por parte de ambos cónyuges. A menudo resulta difícil creer que dos individuos puedan tener visiones tan dispares de muchos elementos de su experiencia en común. Y, sin embargo, el problema radica fundamentalmente en un área que ya se mencionó en numerosas acciones: su incapacidad para metacomunicarse acerca de su respectiva manera de pautar su interacción. Dicha interacción es de una naturaleza oscilatoria de tipo si-no-sino-si que, teóricamente puede continuar hasta el infinito y está casi invariablemente acompañada, como veremos más adelante, por las típicas acusaciones de maldad o locura.

También las relaciones internacionales están plagadas de patrones análogos de interacción; considérese, por ejemplo, el análisis de las carreras armamentistas que hace C. E. M. Joad:

> [...] si, como mantienen, la mejor manera de conservar la paz consiste en preparar la guerra, no resulta del todo claro porqué todas las naciones deben considerar los armamentos de otros países como una amenaza para la paz. Sin embargo, así lo hacen y se sienten llevadas por ello a incrementar su propio armamento para superar a aquellos por los que creen estar amenazadas [...]. Este aumento de los armamentos, a su vez, significa una amenaza para la nación. A cuyo

armamento supuestamente defensivo lo ha provocado, y es entonces utilizado por la nación. A como un pretexto para acumular aún más armamentos para defenderse contra la amenaza. Sin embargo, este incremento de armamentos es interpretado a su vez por las naciones vecinas como una amenaza, y así sucesivamente [...] (79, p. 69).

2.4.3.

También las matemáticas proporcionan una analogía descriptiva: el concepto de una «serie alternada infinita». Si bien el término mismo fue introducido mucho después, las series de este tipo fueron estudiados de manera lógica y persistente por primera vez por el sacerdote austríaco Bernard Bolzano poco antes de su muerte, acaecida en 1848, cuando, según parece, se hallaba dedicado al estudio del significado de la infinitud.

Sus ideas aparecieron de forma póstuma en un pequeño libro titulado *Theparadoxes of the infinite (30)* que se convirtió en un clásico de la literatura matemática. En dicho libro, Bolzano estudió diversas clases de series (S) de las cuales la más simple sea, tal vez, la siguiente:

$$S = a - a + a - a + a - a + a - a + a - a + a - \ldots$$

Para nuestros propósitos, puede considerarse que esta serie representa una secuencia comunicacional de afirmaciones y negociaciones del mensaje *a.* Ahora bien, como demostró Bolzano, esta secuencia puede agruparse, o como diríamos ahora, puntuarse, de varias maneras distintas, pero aritméticamente correctas.

Los tres posibles agrupamientos (puntuaciones) son:

$S = (a - a) + (a - a) + (a - a) + (a - a) + \ldots$
$= 0 + 0 + 0 + \ldots$
$= 0$

Otra manera de agrupar los elementos de la secuencia sería:

$S = a - (a - a) - (a - a) — (a - a) - (a - a)\ldots$
$= a - 0 - 0 - 0 - \ldots$
$= a$

Una tercera manera sería:

$S = a - (a - a + a - a + a - a + a - \ldots)$

y puesto que los elementos encerrados entre paréntesis no son otra cosa que la serie misma, se deduce que:

$S = a - S$

Por lo tanto, $S = a - S$

Por lo tanto, $2S = a \text{ y } S = \frac{a}{2}$. (30, págs. 49-50).

El resultado es un límite diferente para la serie según la manera en que se elija puntuar la secuencia de sus elementos, resultado que consternó a muchos matemáticos,

incluido Leibniz. Por desgracia, hasta donde alcanza nuestro entendimiento, la solución de la paradoja ofrecida eventualmente por Bolzano no resulta útil en el dilema análogo que se plantea en la comunicación. En este último caso, como sugiere Bateson *(17),* el dilema surge de la puntuación espúrea de la serie, a saber, la pretensión de que tiene un comienzo, y es éste precisamente el error de los que participan en tal situación.

2.4.4.

Así, podemos incorporar un tercer axioma de la metacomunicación: *La naturaleza de una relación depende de la puntuación de las secuencias de comunicación entre los comunicantes.*

2.5. Comunicación digital y analógica

2.5.1.

En el sistema nervioso central las unidades funcionales (neuronas) reciben los llamados *paquetes cuánticos* de información a través de elementos conectivos (sinapsis). Cuando llegan a las sinapsis, estos «paquetes» producen potenciales postsinápticos excitatorios o inhibitorios que la neurona *acumula* y que provocan o inhiben su descarga. Esta parte específica de actividad nerviosa, que consiste en la presencia o ausencia de su descarga, transmite, por lo tanto, información digital binaria. Por otro lado, el sistema humoral no está basado en la digitalización de información. Este sistema comunica liberando cantidades discretas de sustancias específicas en el torrente circulatorio. Asimismo, se sabe que las modalidades neuronal y humoral de comunicación intraorgánica no sólo existen la una junto a la otra, sino que se complementan y dependen mutuamente a menudo de manera muy compleja. Estos dos modos básicos de comunicación aparecen también en el campo de los organismos fabricados por el hombre: [15] hay computadoras que utilizan el principio del «todo o nada» de los tubos al vacío o los transistores a las que se llama *digitales,* porque básicamente son calculadoras que trabajan con dígitos; y hay otra clase de aparatos que manejan magnitudes positivas discretas —análogas a los datos— por lo cual se los llama *analógicas.* En las computadoras digitales tanto los datos como las instrucciones son procesados bajo la forma de números, de modo que a menudo (sobre todo en el caso de las instrucciones), sólo existe una correspondencia arbitraria entre la información y su expresión digital. En otros términos, estos números son nombres codificados arbitrariamente asignados, que tienen tan poca similitud con las magnitudes reales como los números telefónicos con aquellos a los que están asignados. Por otro lado, como ya vimos, el principio de la analogía constituye la esencia de toda computación analógica. Así como en el sistema humoral de los organismos naturales los portadores de información son ciertas sustancias y su grado de concentración en la corriente sanguínea, en las computadoras analógicas los datos adoptan la forma de cantidades discretas y, en consecuencia, siempre positivas; por ejemplo, la intensidad de la corriente eléctrica, el número de revoluciones de una rueda, el grado de desplazamiento de los componentes, etc. La llamada máquina de mareas (un instrumento compuesto por escalas, levas y palancas que solía utilizarse para computar las mareas durante un lapso determinado) puede considerarse como una computadora analógica simple y, desde luego, el homeostato de Ashby mencionado en el capítulo 1 es un paradigma de una máquina analógica, aun cuando no compute nada.

2.5.2.

En la comunicación humana, es posible referirse a los objetos —en el sentido más amplio del término— de dos maneras totalmente distintas. Se los puede representar por

un símil, tal como un dibujo, o bien mediante un nombre. Así, en la siguiente oración escrita: «El gato ha atrapado un ratón», los sustantivos podrían reemplazarse por dibujos; si se tratara de una frase hablada, se podría señalar a un gato y a un ratón reales. Evidentemente, ésta constituiría una manera insólita de comunicarse y lo normal es utilizar el «nombre» (escrito o hablado), es decir, la palabra. Estos dos tipos de comunicación —uno mediante una semejanza autoexplicativa y el otro, mediante una palabra— son, desde luego, equivalentes a los conceptos de las computadoras analógicas y digitales, respectivamente. Puesto que se utiliza una palabra para *nombrar* algo, resulta obvio que la relación entre el nombre y la cosa nombrada está arbitrariamente establecida. Las palabras son signos arbitrarios que se manejan de acuerdo con la sintaxis lógica del lenguaje. No existe ningún motivo por el cual las cuatro letras «g-a-t-o» denotan a un animal particular. En última instancia, se trata sólo de una convención semántica del lenguaje español y fuera de tal convención, no existe otra correlación entre ninguna palabra y la cosa que representa, con la posible aunque insignificante excepción de las palabras onomatopéyicas. Como señalan Bateson y Jackson: «No hay nada "parecido a cinco" en el número cinco; no hay nada particularmente "similar a una mesa" en la palabra "mesa"» (19, pág. 271).

Por otro lado, en la comunicación analógica *hay* algo particularmente «similar a la cosa» en lo que se utiliza para expresarla. Es más fácil referir la comunicación analógica a la cosa que representa. La diferencia entre ambos modos de comunicación se volverá algo más clara si se piensa que, por ejemplo, por mucho que escuchemos un idioma extranjero por la radio no lograremos comprenderlo, mientras que es posible obtener con facilidad cierta información básica si observamos el lenguaje de signos y los llamados movimientos intencionales, incluso cuando los utiliza una persona perteneciente a una criatura totalmente distinta. Sugerimos que la comunicación analógica tiene sus raíces en períodos mucho más arcaicos de la evolución y, por lo tanto, encierra una validez mucho más general que el modo digital de la comunicación verbal, relativamente reciente y mucho más abstracto.

¿Qué es, entonces, la comunicación analógica? La respuesta es bastante simple: virtualmente, todo lo que sea comunicación no verbal. Con todo, este término resulta engañoso, porque a menudo se lo limita a los movimientos corporales, a la conducta conocida como kinesia. Opinamos que el término debe incluir la postura, los gestos, la expresión facial, la inflexión de la voz, la secuencia, el ritmo y la cadencia de las palabras mismas, y cualquier otra manifestación no verbal de que el organismo es capaz, así como los indicadores comunicacionales que inevitablemente aparecen en cualquier contexto en que tiene lugar una interacción. [16]

2.5.3.

El hombre es el único organismo que utiliza tanto los modos de comunicación analógicos como los digitales. [17] La significación de tal hecho no ha sido aún del todo comprendida, pero puede vislumbrarse su gran importancia. Por un lado, no cabe duda

de que el hombre se comunica de manera digital; de hecho, la mayoría —si no todos— de sus logros civilizados resultarían impensables sin el desarrollo de un lenguaje digital. Ello asume particular importancia en lo que se refiere a compartir información acerca de *objetos* y a la función de continuidad temporal inherente a la transmisión de conocimientos. Y, sin embargo, existe un vasto campo donde utilizamos en forma casi exclusiva la comunicación analógica, a menudo sin introducir grandes cambios con respecto a la herencia analógica recibida de nuestros antepasados mamíferos. Se trata aquí del área de la *relación.* Basándose en Tinbergen *(153)* y Lorenz *(96),* así como en su propia investigación, Bateson *(8)* ha demostrado que las vocalizaciones, los movimientos intencionales y los signos de estado de ánimo de los animales constituyen comunicaciones analógicas para definir la naturaleza de sus relaciones antes que para hacer aseveraciones denotativas acerca de los objetos. Así, para dar uno de sus ejemplos, cuando abro la heladera y el gato se acerca, se frota contra mis piernas y maúlla, ello no significa: «Quiero leche», como lo expresaría un ser humano, sino que invoca una relación específica: «Sé mi madre», porque tal conducta sólo se observa con los gatitos en relación con gatos adultos y nunca entre dos animales maduros. Del mismo modo, quienes aman a los animales domésticos a menudo están convencidos de que aquéllos «comprenden» lo que se les dice. Evidentemente, lo que el animal sí entiende no es por cierto el significado de las palabras, sino el caudal de comunicación analógica que acompaña al habla. De hecho, puesto que la comunicación se centra en aspectos relacionales comprobamos que el lenguaje digital carece casi por completo de significado. Esto ocurre no sólo entre los animales, y entre el hombre y los animales, sino en muchas otras situaciones de la vida humana, por ejemplo, el galanteo, el amor, los actos de salvamento, el combate, y, desde luego, todo trato con niños muy pequeños o enfermos mentales muy perturbados. A los niños, los discapacitados, y los animales se les ha atribuido siempre una intuición particular con respecto a la sinceridad o insinceridad de las actitudes humanas, pues resulta muy fácil proclamar algo verbalmente pero muy difícil llevar una mentira al campo de lo analógico. Un gesto o una expresión facial puede revelar más que cien palabras. [18]

En síntesis, si recordamos que toda comunicación tiene un aspecto de contenido y un aspecto relacional cabe suponer que comprobaremos que ambos modos de comunicación no sólo existen lado a lado, sino que se complementan entre sí en cada mensaje.

Asimismo, cabe suponer que el aspecto relativo al contenido se transmite en forma digital, mientras que el aspecto relativo a la relación es de naturaleza predominantemente analógica.

2.5.4.

En esta correspondencia radica la importancia pragmática de ciertas diferencias entre los modos digital y analógico de comunicación que examinaremos ahora. Para que tales diferencias resulten claras, volveremos a los modos digital y analógico tal como se dan en los sistemas de comunicación artificiales.

El rendimiento, la exactitud y la versatilidad de los dos tipos de computadoras —digitales y analógicas— son enormemente distintos. Los análogos utilizados en las computadoras analógicas en lugar de magnitudes reales nunca pueden ser más que aproximaciones a los valores reales, y esta fuente permanente de inexactitud aumenta durante el proceso de las operaciones que realiza la computadora. Nunca pueden construirse de manera perfecta levas, engranajes y transmisiones, y aunque las máquinas analógicas se basan totalmente en intensidades discretas de corriente eléctrica, resistencias eléctricas, reostatos, etcétera, tales análogos siguen estando sometidos a fluctuaciones virtualmente incontrolables. Por otro lado, se podría decir que una máquina digital trabaja con precisión perfecta si el espacio para acumular dígitos no estuviera limitado, lo cual hace necesario redondear todos los resultados que tienen más dígitos de los que contiene la máquina. Quien haya utilizado una regla de cálculos (excelente ejemplo de una computadora analógica) sabe que sólo puede obtener un resultado aproximado, mientras que cualquier máquina de calcular proporcionará un resultado exacto en tanto los dígitos requeridos no excedan el máximo que la calculadora pueda manejar.

Aparte de su precisión perfecta, la computadora digital ofrece la enorme ventaja de ser una máquina no sólo aritmética, sino también *lógica.* McCulloch y Pitts *(101)* han mostrado que las dieciséis funciones de verdad del cálculo lógico pueden representarse mediante combinaciones de elementos de tipo «todo o nada» de modo que, por ejemplo, la suma de dos pulsaciones representa al «y» lógico, la mutua exclusión de dos pulsaciones representa al «o» lógico, una pulsación que inhibe la descarga de un elemento representa una negación, etcétera. Nada siquiera remotamente comparable puede lograrse con las computadoras analógicas. Dado que operan sólo con cantidades positivas discretas, no pueden representar ningún valor negativo, incluidas la negación misma, o cualquiera de las otras funciones de verdad.

Algunas de las características de las computadoras se aplican también a la comunicación humana: el material del mensaje digital es de mucha mayor complejidad, versatilidad y abstracción que el material analógico. Específicamente, comprobamos que la comunicación analógica no tiene nada comparable a la sintaxis lógica del lenguaje digital. Ello significa que en el lenguaje analógico no hay equivalentes para elementos de tan vital importancia para el discurso como «si... luego», «o... o», y muchos otros, y que la expresión de conceptos abstractos resulta tan difícil, si no imposible, como en la escritura ideográfica primitiva, donde cada concepto sólo puede representarse por medio de una similitud física. Además, el lenguaje analógico comparte con la computación analógica la falta del negativo simple, esto es, de una expresión para «no».

Por ejemplo: hay lágrimas de tristeza y lágrimas de alegría, el puño apretado puede indicar agresión o control, una sonrisa puede transmitir simpatía o desprecio, la reticencia puede interpretarse como discreción o indiferencia, y cabe preguntarse si todos los mensajes analógicos no tienen esta cualidad curiosamente ambigua, que recuerda al *Gegensinn der Urworte* (sentido antitético de las palabras primarias) de Freud. La comunicación analógica carece de calificadores para indicar cuál de los dos significados

dispares está implícito, y tampoco cuenta con indicadores que permitan establecer una distinción entre pasado, presente o futuro. [19] Desde luego, tales calificadores o indicadores existen en la comunicación digital, pero lo que falta en ésta es un vocabulario adecuado para referirse a la relación.

En su necesidad de combinar estos dos lenguajes, el hombre, sea como receptor o emisor, debe *traducir* constantemente de uno al otro, y al hacerlo debe enfrentar curiosos dilemas, que se examinarán con mayores detalles en el capítulo sobre la comunicación patológica (S.3.5.). En la comunicación humana la dificultad inherente a traducir existe en ambos sentidos. No sólo sucede que la traducción del modo digital al analógico implica una gran pérdida de información (véase S.3.5.5. sobre la formación de síntomas histéricos), sino que lo opuesto también resulta sumamente difícil: *hablar* acerca de una relación requiere una traducción adecuada del modo analógico de comunicación al modo digital. Por último, podemos imaginar problemas similares cuando ambos modos deben coexistir, como señala Haley en su excelente capítulo, «Marriage Therapy»:

> Cuando un hombre y una mujer deciden legalizar su vínculo mediante una ceremonia matrimonial, se plantean un problema que persistirá durante su vida marital: ahora que están casados, ¿siguen juntos porque lo desean o porque deben hacerlo? *(60,* pág. 119).

A la luz de todo esto, diríamos que, cuando a la parte fundamentalmente analógica de su relación (el galanteo) se agrega una digitalización (el contrato matrimonial), la definición inequívoca de su relación se vuelve muy problemática.

2.5.5.

En resumen: *Los seres humanos se comunican tanto digital como analógicamente. El lenguaje digital cuenta con una sintaxis lógica sumamente compleja y poderosa, pero carece de una semántica adecuada en el campo de la relación. Por contra, el lenguaje analógico posee la semántica pero no una sintaxis adecuada para la definición inequívoca de la naturaleza de las relaciones.*

2.6. Interacción simétrica y complementaria

2.6.1.

En 1935, Bateson *(6)* describió un fenómeno de interacción que observó en la tribu Iatmul de Nueva Guinea y que en su libro *Naven (10),* publicado un año después, examinó con mayor detalle. Denominó a este fenómeno *cismogénesis* y lo definió como *un proceso de diferenciación en las normas de la conducta individual resultante de la interacción acumulativa entre los individuos.* En 1939, Richardson *(125)* aplicó este concepto a sus análisis de la guerra y la política exterior; desde 1952 Bateson y otros han demostrado su utilidad en el campo de la investigación psiquiátrica (cf. 157, págs. 7-17, también *143).* Este concepto que, como podemos ver, posee un valor heurístico que va más allá de los límites de cualquier disciplina particular, fue elaborado por Bateson en *Naven* de la siguiente manera:

> Cuando definimos nuestra disciplina en términos de las reacciones de un individuo frente a las de otros individuos, se hace inmediatamente evidente que debemos considerar que la relación entre dos individuos puede sufrir alteraciones de tanto en tanto, incluso sin ninguna perturbación procedente del exterior. No sólo debemos considerar las reacciones de *A* ante la conducta de *B,* sino que también debemos examinar la forma en que ello afecta la conducta posterior de *B* y el efecto que ello tiene sobre *A.*
>
> Resulta obvio que muchos sistemas de relación, sea entre individuos o grupos de individuos, manifiestan una tendencia hacia el cambio progresivo. Por ejemplo, si una de las pautas de la conducta cultural, considerada adecuada para el individuo *A,* está culturalmente concebida como pauta de autoridad, en tanto que se espera que *B* responda a ella con lo que culturalmente se considera sometimiento, es probable que tal sometimiento promueva una nueva conducta autoritaria y que esta última exija un nuevo sometimiento. Así, encontramos una situación potencialmente progresiva y, a menos que otros factores intervengan para restringir los excesos de la conducta autoritaria y sometida, *A* debe necesariamente volverse cada más autoritario, mientras que *B* se volverá cada vez más sometido; y este cambio progresivo se producirán sean *A* y *B* individuos independientes o miembros de grupos complementarios.
>
> Cabe describir los cambios progresivos de este tipo como cismogénesis *complementaria.* Pero existe otro patrón de relaciones entre individuos o grupos de individuos que también contiene los gérmenes del cambio progresivo. Por ejemplo, si encontramos que la jactancia es el patrón cultural de conducta en un grupo, y que el otro grupo responde a aquél con jactancia, puede desarrollarse una situación competitiva en que la jactancia da lugar a más jactancia, y así sucesivamente. Este tipo de cambio progresivo, podría denominarse cismogénesis *simétrica (10,* págs. 176-177).

2.6.2.

Los dos patrones descritos han llegado a utilizarse sin hacer referencia al proceso cismogénico, y en la actualidad se los suele denominar simplemente interacción simétrica y complementaria. Puede describírselo como relaciones basadas en la igualdad o en la diferencia. En el primer caso, los participantes tienden a igualar especialmente su conducta recíproca, y así su interacción puede considerarse *simétrica.* Sean debilidad o fuerza, bondad o maldad, la igualdad puede mantenerse en cualquiera de esas áreas. En el segundo caso, la conducta de uno de los participantes complementa la del otro, constituyendo un tipo distinto de gestalt y recibe el nombre de *complementaria.* Así pues, la interacción simétrica se caracteriza por la igualdad y por la diferencia mínima, mientras que la interacción complementaria está basada en un máximo de diferencia.

En una relación complementaria hay dos posiciones distintas. Un participante ocupa lo que se ha descrito de diversas maneras como la posición superior o primaria mientras el otro ocupa la posición correspondiente inferior o secundaria. Estos términos son de igual utilidad en tanto no se los identifique con «bueno» o «malo», «fuerte» o «débil». Una relación complementaria puede estar establecida por el contexto social o cultural (como en los casos de madre e hijo, médico y paciente, maestro y alumno), o ser el estilo idiosincrásico de relación de una idea particular. En cualquiera de los dos casos, es importante destacar el carácter de mutuo encaje de la relación en la que ambas conductas, disímiles pero interrelacionadas, tienden cada una a favorecer a la otra. Ninguno de los participantes impone al otro una relación complementaria, sino que cada uno de ellos se comporta de una manera que presupone la conducta del otro, al tiempo que ofrece motivos para ella: sus definiciones de la relación encajan (S.2.3.).

2.6.3.

Se ha sugerido un tercer tipo de relación, a saber, la «metacomplementaria», en la que *A* permite u obliga a *B* a ejercer el control de la relación; mediante idéntico razonamiento, podríamos arreglar la «pseudosimetría», en la que *A* permite u obliga a *B* a ser simétrico. Sin embargo, este *regretio ad infinitum* potencial puede evitarse si se recurre a la diferenciación ya planteada (S.1.4.) entre la observación de las redundancias en la conducta y las explicaciones inferidas bajo la forma de mitologías; esto es, nos interesa saber *cómo* se comporta la pareja sin distraernos tratando de averiguar porqué (creen ellos que) se comportan así. Sin embargo, si los miembros utilizan los múltiples niveles de comunicación (S.2.2.2.) para expresar distintas pautas a distintos niveles, pueden surgir resultados paradójicos de gran importancia pragmática (S.5.4.1.; 6.4.2., ej. 3; 7.5., ej. 2d).

2.6.4.

En el próximo capítulo se examinarán las patologías potenciales de estos modos de

comunicación (a saber, escaladas en la simetría y rigidez en la complementariedad). Por el momento, nos limitaremos a formular nuestro último axioma tentativo: *«Todos los intercambios comunicacionales son simétricos o complementarios, según estén basados en la igualdad o en la diferencia».*

2.7. Resumen

Es necesario volver a señalar ciertas reservas con respecto a los axiomas en general. En primer lugar, debe quedar claro que tienen carácter tentativo, que han sido definidos de modo bastante informal y que son, por cierto, más preliminares que exhaustivos. Segundo, son heterogéneos entre sí en tanto tienen su origen en observaciones muy variadas de los fenómenos de la comunicación. Su unidad no surge de sus orígenes, sino de su importancia *pragmática,* la cual a su vez depende no tanto de sus rasgos particulares como de su referencia *interpersonal* (y no monádica). Birdwhistell ha llegado incluso a sugerir que:

> un individuo no comunica; participa en una comunicación o se convierte en parte de ella. Puede moverse o hacer ruidos... pero no comunica. De manera similar, puede ver, oír, oler, gustar o sentir, pero no comunica. En otras palabras, no origina comunicación sino que participa en ella. Así, la comunicación como sistema no debe entenderse sobre la base de un simple modelo de acción y reacción, por compleja que sea su formulación. Como sistema, debe entenderse a un nivel transaccional *(28,* pág. 104).

Así, la imposibilidad de no comunicarse hace que todas las situaciones en las que participan dos o más personas sean *interpersonales* y comunicacionales; el aspecto relacional de tal comunicación subraya aún más este argumento. La importancia pragmática, interpersonal, de los modos digital y analógico radica no sólo en su supuesto isomorfismo con los niveles de contenido y de relación, sino también en la inevitable y significativa ambigüedad que tanto el emisor como el receptor enfrentan en lo relativo a los problemas de traducción de una modalidad a la otra. La descripción de los problemas de puntuación se basa precisamente en la metamorfosis subyacente del modelo clásico de acción-reacción. Por último, el paradigma simetría-complementariedad es, quizá, lo que más se acerca al concepto matemático de función. Así, las posiciones de los individuos son meras variables con una infinidad de valores posibles, cuyo significado no es absoluto sino que surge sólo en la relación recíproca.

3
LA COMUNICACIÓN PATOLÓGICA

3.1. Introducción

Cada uno de los axiomas descritos implica, como corolarios, ciertas patologías inherentes que se examinarán a continuación. En nuestra opinión, la mejor manera de ilustrar los efectos pragmáticos de esos axiomas consiste en relacionarlos con trastornos que pueden desarrollarse en la comunicación humana. Es decir, a partir de ciertos principios de comunicación, examinaremos de qué maneras y con qué consecuencias pueden verse distorsionados esos principios. Se comprobará que las consecuencias de tales fenómenos a nivel de la conducta a menudo corresponden a diversas psicopatologías individuales, de modo que, además de ejemplificar nuestra teoría, sugeriremos otro marco de referencia desde el cual pueden entenderse aquellas conductas que suelen considerarse síntomas de enfermedad mental. Dado que el material se hace cada vez más complejo (las patologías de cada axioma se examinarán en la misma secuencia que en el capítulo 2, excepto algunas superposiciones inevitables). [20]

3.2. La imposibilidad de no comunicarse

Ya nos hemos referido (S.2.2.3.) al dilema de los esquizofrénicos, al señalar que estos pacientes se comportan como si trataran de negar que se comunican y luego encuentran necesario negar también que esa negación constituye en sí misma una comunicación. Pero es igualmente posible que el paciente dé la impresión de *querer* comunicarse aunque sin aceptar el compromiso inherente a toda comunicación. Por ejemplo, una joven esquizofrénica entró de golpe en el consultorio del psiquiatra con quien tenía su primera entrevista y anunció alegremente: «Mi madre tuvo que casarse y ahora estoy aquí». Se necesitaron semanas para elucidar algunos de los múltiples significados condensados en esa aseveración, significados que, al mismo tiempo, quedaban descalificados por su estructura crítica y por el despliegue de aparente buen humor y entusiasmo. Su gambito, según resultó luego, implicaba informar al terapeuta que

1) ella era el resultado de un embarazo ilegítimo;

2) este hecho de alguna manera había causado su psicosis;

3) «tuvo que casarse» se refería a la naturaleza forzada de la boda de su madre y podía significar que la madre no era culpable de que la presión social la hubiera obligado a casarse o bien que la madre lamentaba esa decisión forzada y la existencia misma de la paciente, que la había obligado a tomarla;

4) «aquí» significaba tanto el consultorio del psiquiatra como la existencia de la paciente sobre la tierra e implicaba así que, por un lado, la madre la había vuelto loca mientras que, por el otro, estaba eternamente en deuda con la madre, quien había pecado y sufrido para traerla al mundo.

3.2.1.

El «esquizofrenés», entonces es un lenguaje que obliga al interlocutor a elegir entre muchos significados posibles que no sólo son distintos, sino que incluso pueden resultar incompatibles entre sí. Así se hace posible negar cualquier aspecto de un mensaje o todos sus aspectos. Si se la hubiera presionado para que dijera qué significaba su comentario, la paciente mencionada podría haber dicho con aire casual: «¡Oh, no sé; supongo que debo estar loca». Si se le hubiera pedido que aclarara algún aspecto de lo dicho, podría haber respondido: «Oh no, eso no es en absoluto lo que quise decir...». Pero aun cuando su aseveración está condensada de tal modo que hace imposible todo reconocimiento inmediato, constituye una descripción coherente de la situación paradójica en la que se encuentra, y el comentario *«debo* estar loca» podría resultar muy adecuado en vista del grado de autoengaño necesario para adaptarse a este universo paradójico. Para un amplio examen de la negación de la comunicación en la esquizofrenia se remite al lector a Haley (60, págs. 89-99), donde se traza una sugestiva analogía con los subgrupos clínicos de la

esquizofrenia.

3.2.2.

La situación opuesta se describe en *A través del espejo,* cuando el «lavado de cerebro» al que la Reina Negra y la Reina Blanca someten a Alicia, corrompe su estilo directo de comunicación. Aquéllas alegan que Alicia trata de negar algo y lo atribuyen a su estado de ánimo.

> —Estoy segura de que no quise decir... —empezó Alicia, pero la Reina Negra la interrumpió con impaciencia.
>
> —¡Precisamente de eso me quejo! ¡Tendrías que haber querido decir! ¿Para qué supones que sirve un niño sin ningún significado? Hasta una broma debe tener un significado, y un niño es más importante que una broma, supongo. No podrías negar eso, aunque lo intentaras con ambas manos.
>
> —No niego cosas con las manos —protestó Alicia.
>
> —Nadie dijo que lo hicieras —dijo la Reina Negra—. Dije que no podrías aunque trataras.
>
> —Se encuentra en ese estado de ánimo —dijo la Reina Blanca— en que quiere negar algo, pero no sabe qué negar».
>
> —Un carácter desagradable y rencoroso —observó la Reina Negra; y luego hubo un incómodo silencio durante uno o dos minutos.

Sólo cabe maravillarse ante la intuición del autor con respecto a los efectos pragmáticos de este tipo de comunicación ilógica, pues luego de un lapso de lavado de cerebro, hace que Alicia se desmaye.

3.2.3.

Sin embargo, este fenómeno no se limita a los cuentos de hadas o a la esquizofrenia, sino que tiene consecuencias mucho más amplias para la interacción humana. Cabe suponer que el intento de no comunicarse puede existir en cualquier otro contexto en que se desea evitar el compromiso inherente a toda comunicación. Una situación típica de esta clase es un encuentro entre dos desconocidos, uno de los cuales quiere entablar conversación y el otro no, por ejemplo, dos pasajeros en un avión que comparten un asiento. [21] Supongamos que el pasajero *A* sea el que no quiere hablar. Hay dos cosas que no puede hacer: no puede abandonar físicamente el campo y no puede *no* comunicarse. La pragmática de este contexto comunicacional se ve así limitada a unas pocas reacciones posibles:

3.2.3.1. «Rechazo» de la comunicación

El pasajero *A* puede hacer sentir al pasajero *B,* en forma más o menos descortés, que no le interesa conversar. Puesto que ello es reprobable desde el punto de vista de la buena educación, se necesita valor para hacerlo y da lugar a un silencio más bien tenso e incómodo, de modo que, de hecho, no se ha evitado una relación con *B*.

3.2.3.2. Aceptación de la comunicación

El pasajero *A* terminará por ceder y entablar conversación. Probablemente se odiará a sí mismo y a la otra persona por su propia debilidad, pero esto no nos interesa. Lo significativo aquí es que no tardará en comprender la sabiduría de la norma militar según la cual «en caso de ser capturado proporcione sólo su nombre, rango y número de serie», pues el pasajero *B* quizá no esté dispuesto a quedarse a mitad de camino, sino más bien decidido a averiguar todo acerca de *A,* incluidos sus pensamientos, sentimientos y creencias. Y una vez que *A* ha comenzado a responder, le resultará cada vez más difícil detenerse, hecho que conocen todos los especialistas en «lavado de cerebro».

3.2.3.3. Descalificación de la comunicación

A puede defenderse mediante la importancia técnica de la descalificación; esto es, puede comunicarse de modo tal que su propia comunicación o la del otro queden invalidadas. Las descalificaciones abarcan una amplia gama de fenómenos comunicacionales, tales como autocontradicciones, incongruencias, cambios de tema, tangencializaciones, oraciones incompletas, malentendidos, estilo oscuro o manierismos idiomáticos, interpretaciones literales de la metáfora e interpretación metafórica de las expresiones literales, etcétera. [22] Un ejemplo magnífico de este tipo de comunicación nos lo ofrece la escena inicial de la película *Lolita,* cuando Quilty, a quien Humbert amenaza con una pistola, se lanza a un paroxismo de jerigonza verbal y no verbal, mientras su rival intenta en vano transmitir su mensaje: «Mire, voy a matarlo». (El concepto de motivación resulta muy poco útil par decidir si se trata de una reacción de pánico o de una astuta defensa.) Otro ejemplo es ese delicioso fragmento de sin sentido lógico debido a Lewis Carroll, el poema que lee el Conejo Blanco:

> Ellos me dijeron que estuviste con ella y que me mencionaste a él; ella dio de mí buenas referencias, pero dijo que yo no sé nadar. Él les avisó que yo no había ido (nosotros sabíamos que era verdad); si ella hubiera llevado el asunto adelante, ¿que sería de ti?
>
> Yo le di uno a ella, ellos a él dos, tú nos diste tres o más, todos volvieron de él a ti, aunque antes fueron míos.

Y así prosigue en otras tres estrofas. Si lo comparamos con un fragmento de una entrevista con un sujeto voluntario normal que evidentemente se siente incómodo al responder a una pregunta hecha por el entrevistador, pero también siente que *debe* responder, comprobamos que su comunicación resulta sugestivamente similar, tanto en lo que respecta a la forma como a la pobreza del contenido.

> Entrevistador: ¿Qué tal le resulta, Sr. R., que sus padres vivan en la misma ciudad que usted y su familia?
>
> Sr. R.: Bueno, nosotros tratamos... este personalmente quiero decir... este, yo prefiero que Mary (su esposa) maneje las cosas con ellos, en lugar de hacerlo yo. Me gusta verlos, pero no trato demasiado de hacerme una obligación de correrme hasta allí o hacer que ellos... Ellos saben claramente que... siempre fue antes de que Mary y yo nos conociéramos y era algo muy aceptado —yo soy hijo único— y ellos preferían no, en la medida de lo posible... este, interferir. No creo que haya... de cualquier manera creo que siempre hay un, una corriente subterránea en cualquier familia, en nuestra familia o en cualquier otra. Y es algo que incluso Mary y yo sentimos cuando... nosotros dos somos más bien perfeccionistas. Y... este... sin embargo, somos muy... somos... somos... este, rígidos y.... esperamos lo mismo de los chicos y pensamos que si uno tiene que vigilar... quiero decir, si este... si hay alguna interferencia de los parientes nosotros pensamos, hemos visto eso en otros y nosotros,... es algo contra lo cual mi propia familia trató de protegerse pero,... este... y... este, como en este caso, por qué nosotros... yo no diría que nos mantenemos alejados de los viejos (157, págs. 20-21).

No es sorprendente que habitualmente recurra a este tipo de comunicación todo aquel que se ve atrapado en una situación en la que se siente obligado a comunicarse pero, al mismo tiempo, desea evitar el compromiso inherente a toda comunicación. Desde el punto de vista comunicacional, por lo tanto, no hay una diferencia esencial entre la conducta de un individuo llamado normal que ha caído en manos de un entrevistador experimentado y la de un individuo llamado mentalmente perturbado que se encuentra en idéntico dilema: ninguno de los dos puede abandonar el campo, ninguno puede *no* comunicarse, pero probablemente por razones propias tiene miedo o no desean hacerlo. En cualquiera de los dos casos, tal vez el resultado sea un balbuceo incoherente, con la excepción de que, en el caso del enfermo mental, el entrevistador —si se trata de un psicólogo conocedor de los símbolos de la mente— tiende a entenderlo sólo en términos de manifestaciones inconscientes, mientras que para el paciente tales comunicaciones pueden constituir una buena manera de complacer al entrevistador mediante el sutil arte de no decir nada diciendo algo. Del mismo modo, un análisis en términos de «perturbación cognitiva» o «irracionalidad» soslaya la consideración necesaria del *contexto* en la evaluación de tales comunicaciones. [23] Señalemos una vez más el hecho de que en el extremo clínico del espectro de la conducta, la comunicación (conducta) «alienada» no es necesariamente la manifestación de una mente enferma, sino quizá la única reacción posible frente a un contexto de comunicación absurdo o insostenible.

3.2.3.4. El síntoma como comunicación

Por último, hay una cuarta respuesta que el pasajero *A* puede emplear para defenderse contra la locuacidad de *B:* puede fingir somnolencia, sordera, borrachera, ignorancia del idioma, o cualquier otra deficiencia o incapacidad que justifique la imposibilidad de comunicarse. En todos estos casos, entonces, el mensaje es el mismo: *«A mí* no me molestaría hablarle, pero algo más fuerte que yo, de lo cual no puede culpárseme, me lo impide». La técnica de recurrir a la fuerza de motivos que están más allá del propio control, sigue ofreciendo una falla: *A* sabe que está engañando al otro. Pero la «treta» comunicacional se vuelve perfecta cuando una persona logra convencerse *a sí misma* de que se encuentra a merced de fuerzas que están más allá de su control y se libera así de la censura por parte de los «otros significativos» y de los remordimientos de su propia conciencia. Con todo, esto sólo significa decir que tiene un síntoma (neurótico, psicosomático o psicótico). Al describir la diferencia entre las personalidades norteamericana y rusa, Margaret Mead señaló que un norteamericano podría utilizar la excusa de una cefalea para abandonar una reunión, mientras que un ruso sentiría *realmente* dolor de cabeza. En el campo de la psiquiatría, Fromm-Reichmann señaló en un trabajo poco conocido el uso de los síntomas catatónicos como comunicación *(51)* y, en 1954, Jackson indicó la utilidad que tienen los síntomas histéricos de un paciente para comunicarse con su familia *(67)*. Para un estudio más amplio del síntoma como comunicación, se remite al lector a Szasz *(151)* y Artiss *(3)*.

Esta definición comunicacional de un síntoma quizá parezca contener un supuesto discutible, a saber, que es posible convencerse a sí mismo de esta manera. En lugar de recurrir al poco convincente argumento de que la experiencia clínica cotidiana corrobora plenamente este supuesto, preferiríamos mencionar los experimentos de McGinnies sobre «defensa perceptual» *(102)*. Se coloca a un sujeto frente a un taquitoscopio, un aparato mediante el cual pueden hacerse visibles palabras durante períodos breves de tiempo en una pequeña abertura. El umbral del sujeto se determina para unas pocas palabras de prueba y luego se le indica que informe al experimentador de todo lo que ve o cree ver en cada exposición. Se utilizan palabras neutrales y «críticas», con carga emocional, por ejemplo, violación, suciedad, prostituta. Una comparación entre la actuación del sujeto con las palabras neutrales y con las palabras críticas revela umbrales significativamente más altos de reconocimiento para las segundas, esto es, «ve» un número menor de tales palabras. Pero ello significa que, para lograr mayor número de fallas con las palabras socialmente reprobadas, el sujeto debe primero identificarlas como tales y luego convencerse de alguna manera de que no pudo leerlas. Así se evita la incomodidad de tener que leerlas en voz alta frente al experimentador. (En este sentido, debemos mencionar que, en general, las personas que idean los tests psicológicos han descuidado el contexto comunicacional de dichos tests. Por ejemplo, no cabe duda alguna de que para el sujeto, y para su rendimiento, la cosa será muy distinta si debe comunicarse con un viejo apergaminado profesor, con un robot o con una hermosa rubia. De hecho, las recientes y cuidadosas investigaciones de Rosenthal sobre la *distorsión* proveniente del

experimentador —véase 5.2.5.3., nota al pie— han confirmado la existencia de una corriente encubierta de comunicación compleja, efectiva y sutil aun en experimentos estrictamente controlados.)

Hagamos una breve recapitulación. La teoría de la comunicación concibe un síntoma como un mensaje no verbal: no soy yo quien quiere o no quiere hacer esto, sino algo fuera de mi control, por ejemplo, mis nervios, mi enfermedad, mi ansiedad, mi mala vista, el alcohol, la educación que he recibido, los comunistas o mi esposa.

3.3. La estructura de niveles de la comunicación (contenido y relación)

Una pareja en terapia matrimonial relató el siguiente episodio. Mientras se encontraba solo en su hogar, el esposo recibió una llamada de larga distancia de un amigo, quien le manifestó que se encontraría en esa ciudad durante unos días. El esposo invitó al amigo a pasar esos días en su casa, pensando que ello agradaría a su esposa y que ella habría hecho lo mismo. Sin embargo, cuando la esposa regresó se entabló una violenta discusión con respecto a la invitación hecha por el marido. Cuando el problema se examinó en la sesión terapéutica, ambos cónyuges estuvieron de acuerdo en que esa invitación era la cosa más adecuada y natural. Los sorprendía comprobar que, por un lado, estaban de acuerdo y, sin embargo, «de algún modo» también estaban en desacuerdo con respecto al mismo problema.

3.3.1.

En realidad, hay dos problemas en esta disputa. Uno se refería a la secuencia de conductas adecuadas en una situación específica, la invitación, y podía comunicarse en forma digital; el otro hacía referencia a la relación entre los *comunicantes* —al planteo de quién tenía derecho a tomar la iniciativa sin consultar al otro— y no podía resolverse tan fácilmente en forma digital, pues presuponía la capacidad del marido y la mujer para *hablar acerca* de su relación. En su intento de resolver el problema, esta pareja cometió un error muy común en su comunicación: estaba en desacuerdo en el nivel metacomunicacional (relacional), pero trataban de resolverlo en el nivel del contenido, donde el desacuerdo no existía, lo que los conducía a pseudodesacuerdos. Otro esposo, observado también en terapia conjunta, logró descubrir por sí solo y manifestar con sus propias palabras la diferencia entre el nivel del contenido y el relacional. Él y su esposa habían experimentado muchas escaladas simétricas violentas, por lo común destinadas a establecer quién tenía razón con respecto a algún contenido trivial. Cierto día ella pudo demostrarle de manera concluyente que él estaba cometiendo un error, y él contestó: «Bueno, quizá tengas razón, pero estás equivocada *porque estás discutiendo conmigo».* Todo psicoterapeuta está familiarizado con estas confusiones entre el aspecto del contenido y el aspecto relacional de un problema, sobre todo en la comunicación marital, y también con la enorme dificultad con que se tropieza para eliminar la confusión. Mientras que para el terapeuta la monótona redundancia de los pseudodesacuerdos entre marido y mujer se hace evidente con bastante rapidez, los protagonistas suelen verlos como algo aislado y totalmente nuevo, por la simple razón de que las cuestiones prácticas y objetivas que se discuten pueden tener su origen en una amplia gama de actividades, desde los programas de televisión hasta el sexo, pasando por las tostadas para el desayuno. Esta situación ha sido extraordinariamente bien descrita por Koestler:

> Las relaciones familiares pertenecen a un plano donde no rigen las normas corrientes del juicio y la conducta. Son un laberinto de tensiones, disputas y reconciliaciones, cuya lógica es autocontradictoria, cuya ética surge de una cómoda

jungla, y cuyos valores y criterios están distorsionados como el espacio curvo de un universo cerrado. Se trata de un universo saturado de recuerdos, *pero son recuerdos de los que no se aprende nada; saturado de un pasado que no proporciona orientación para el futuro. En este universo, después de cada crisis y cada reconciliación, el tiempo comienza de nuevo y la historia siempre está en el año cero. (86,* pág. 128, las bastardillas son nuestras.)

Antes de pasar a los trastornos que pueden surgir en el área de los aspectos de contenido y relacionales, consideremos de modo esquemático cuáles son las variaciones posibles:

1. *En el mejor de los casos, los participantes concuerdan con respecto al contenido de sus comunicaciones y a la definición de su relación.*

2. *En el peor de los casos, encontramos la situación inversa: los participantes están en desacuerdo con respecto al nivel del contenido y también al de relación.*

3. Entre ambos extremos hay varias formas mixtas importantes:

a) Los participantes están en desacuerdo en el nivel del contenido, pero ello no perturba su relación. Quizá ésta sea la forma más madura de manejar el desacuerdo; los participantes acuerdan estar en desacuerdo, por así decirlo (cf. S.3.6.4., ej. 3).

b) Los participantes están de acuerdo en el nivel del contenido, pero no en el relacional (cf. S.3.3.3. y sig.). Ello significa que la estabilidad de su relación se verá seriamente amenazada en cuanto deje de existir la necesidad de acuerdo en el nivel del contenido. No resulta difícil encontrar ejemplos de esta *secuencia.* Como se sabe, muchos matrimonios tienen crisis justo cuando se superan las dificultades externas que hasta ese momento obligaban a los cónyuges a un esfuerzo conjunto y a un apoyo mutuo. Idéntico fenómeno puede observarse en la esfera política, cuando aliados con ideologías básicamente incompatibles se vuelven enemigos después de eliminar un peligro que constituía una amenaza para ambos (por ejemplo, Estados Unidos y la Unión Soviética después de la derrota de Alemania y Japón) o cuando hay un gobierno de coalición entre partidos con distinta orientación política (Austria en 1966). Este mismo mecanismo es de particular importancia en el campo de la dinámica familiar, a saber, la función del *chivo emisario* de un niño cuyo «problema» (bajo rendimiento escolar, enfermedad física, neurosis, psicosis, delincuencia) impone a los padres la necesidad constante de tomar decisiones conjuntas y de intervenir en situaciones de crisis, lo que confiere a su relación una pseudoestabilidad que, en realidad, no existe. En todos estos casos es posible predecir con certeza casi matemática que cualquier mejoría del paciente se verá seguida por una crisis marital que, a su vez, a menudo hace que reaparezca la patología del hijo (cf. S.5.4.2.).

c) Otra posibilidad son las confusiones entre los dos aspectos, «contenido y relación», que ya se mencionó previamente. Pueden consistir en un intento por resolver un problema relacional en el nivel del contenido (donde no existe) o, por el contrario, en una reacción frente a un desacuerdo objetivo con una variación del reproche básico: «Si me amaras, no me contradecerías» (cf. S.3.3.2.).

d) Por último, y de particular importancia clínica, son todas aquellas *situaciones en*

las que una persona se ve obligada de un modo u otro a dudar de sus propias percepciones en el nivel del contenido, a fin de no poner en peligro una relación vital con otra persona. Esto lleva a pautas de comunicación paradójicas que se examinarán en el capítulo 6.

3.3.2.

El fenómeno del desacuerdo ofrece un buen marco de referencia para estudiar los trastornos de la comunicación debidos a la confusión entre el contenido y la relación. El desacuerdo puede surgir en cualquiera de los dos niveles, y ambas formas dependen una de la otra. Por ejemplo, el desacuerdo con respecto al valor de verdad de la afirmación: «El uranio tiene 92 electrones», aparentemente sólo puede resolverse si se recurre a pruebas objetivas, tales como un texto de química, pues ello no sólo demuestra que el átomo de uranio tiene en efecto 92 electrones, sino que uno de los antagonistas estaba en lo cierto y el otro equivocado. De estos dos resultados, el primero resuelve el desacuerdo en el nivel del contenido y el otro crea un problema de relación. Es evidente que para resolver este nuevo problema los dos individuos no pueden seguir hablando sobre los átomos sino que deben comenzar a hablar acerca de sí mismos y de su relación. Con tal fin deben lograr una definición de su relación en términos de simetría o complementaridad: por ejemplo, el que estaba equivocado puede admirar al otro por su mayor conocimiento, o sentirse fastidiado ante su superioridad y tomar la decisión de mostrarse superior a él en cuanto se le presenta la oportunidad a fin de restablecer la igualdad. [24] Desde luego, si no pudiera esperar hasta la próxima ocasión, podría utilizar una técnica del tipo «al demonio con la lógica» y tratar de ganar la discusión afirmando que el número 92 debe ser un error de imprenta o que tiene un amigo científico que acaba de demostrar que el número de electrones en realidad carece de significado, etcétera. Un excelente ejemplo de esta técnica nos lo ofrecen los ideólogos rusos y chinos con sus sutiles interpretaciones de lo que Marx «realmente» quiso decir, tendentes a demostrar hasta qué punto los otros son malos marxistas. En tales controversias, las palabras llegan a perder su último vestigio de contenido y se convierten exclusivamente en herramientas de «superioridad», [25] [26] como lo expresa Humpty Dumpty con admirable claridad:

—No sé qué quiere decir con «gloria» —dijo Alicia.

Humpty Dumpty sonrió desdeñosamente. —Por supuesto que no... hasta que yo te lo diga. Quiero decir «debe de ser un argumento aplastante para ti».

—Pero «gloria» no significa «un argumento aplastante» —protestó Alicia.

—Cuando *yo* uso una palabra —dijo Humpty Dumpty, en tono algo despectivo— esa palabra significa exactamente lo que yo decido que signifique, ni más ni menos.

—El asunto es —dijo Alicia— si usted *puede* hacer que las palabras signifiquen

tantas cosas distintas.

—El asunto es —replicó Humpty Dumpty— *quién es el maestro aquí; el amo;* eso es todo. (Las últimas bastardillas son nuestras).

Ésta es, entonces, tan sólo otra manera de decir que, frente a su desacuerdo, los dos individuos deben definir su relación como complementaria o simétrica.

3.3.3. Definición del self [27] y el otro

Supongamos ahora que la aseveración sobre el uranio la hace un físico a otro. En este caso el tipo de interacción que surja será probablemente muy distinta, pues la respuesta del otro tenderá a expresar rabia, dolor o sarcasmo: «Sé que piensas que soy un completo idiota, pero debo confesarte que durante algunos años fui a la escuela... » o algo similar. Lo que varía en esta interacción es el hecho de que aquí no hay desacuerdo en el nivel del contenido. Nadie pone en duda el valor de verdad de la aseveración; de hecho, ésta no transmite información alguna ya que lo que afirma en el nivel del contenido es conocido por ambos participantes. Es este hecho, el acuerdo en el nivel del contenido, lo que evidentemente ubica el desacuerdo en el nivel relacional, en otra palabra, en el campo metacomunicacional. Allí, sin embargo, el desacuerdo equivale a algo que es mucho más importante desde el punto de vista pragmático que el desacuerdo en el nivel del contenido. Como ya vimos, en el nivel relacional las personas no comunican nada acerca de hechos externos a su relación, sino que proponen mutuamente definiciones de esa relación, y por implicación, de sí mismos. [28] Como ya se mencionó en S.2.3., tales definiciones poseen sus propios niveles de complejidad. Así, para tomar un punto de partida arbitrario, la persona *P* puede ofrecer a la otra, *O,* una definición de sí misma. *P* puede hacerlo en alguna de las numerosas formas posibles, pero cualquiera sea el qué y el cómo de su comunicación en el nivel del contenido, el prototipo de su metacomunicación será: «Así es como me veo». [29] Es inherente a la naturaleza de la comunicación humana el hecho de que existan tres respuestas posibles por parte de *O* a la autodefinición de *P,* y las tres son de gran importancia para la pragmática de la comunicación humana.

3.3.3.1. Confirmación

O puede aceptar (confirmar) la definición que *P* da de sí mismo. En nuestra opinión, esta confirmación por parte de *O* de la visión que *P* tiene de sí mismo es probablemente el factor que más pesa en el desarrollo y la estabilidad mentales de los que hemos podido detectar hasta el presente a partir de nuestros estudios sobre comunicación. Por sorprendente que parezca, sin este efecto autoconfirmador la comunicación humana no se habría desarrollado más allá de los muy estrechos límites de los intercambios indispensables para la protección y la supervivencia; no habría motivos para comunicarse

por la comunicación misma. Sin embargo, la experiencia cotidiana demuestra que gran parte de nuestras comunicaciones tienden precisamente a ese propósito. La vasta gama de emociones que los individuos experimentan los unos con respecto de los otros —desde el amor hasta el odio— probablemente no existiría, y viviríamos en un mundo vacío de todo lo que no fueran las actividades más utilitarias, un mundo carente de belleza, poesía, juego y humor. Parecía que, completamente aparte del mero intercambio de información, el hombre *tiene* que comunicarse con los otros a los fines de su autopercepción y percatación, y la verificación experimental de este supuesto intuitivo se hace cada vez más convincente a partir de las investigaciones sobre la deprivación sensorial, que demuestra que el hombre es incapaz de mantener su estabilidad emocional durante períodos prolongados en que sólo se comunica consigo mismo. Pensamos que lo que los existencialistas llaman el *encuentro* corresponde a esta esfera, así como cualquier otra forma de conciencia incrementada de sí mismo que sobreviene como resultado de establecer una relación con otro individuo. Como sostenía Martin Buber:

> En la sociedad humana, en todos sus niveles, las personas se confirman unas a otras de modo práctico, en mayor o menor medida, en sus cualidades y capacidades personales, y una sociedad puede considerarse humana en la medida en que sus miembros se confirman entre sí [...]
>
> La base de la vida del hombre con el hombre es doble, y es una sola: el deseo de todo hombre de ser confirmado por los hombres como lo que es, e incluso como lo que puede llegar a ser y la capacidad innata del hombre para confirmar a sus semejantes de esta manera. El hecho de que tal capacidad esté tan inconmensurablemente descuidada constituye la verdadera debilidad y cuestionabilidad de la raza humana: la humanidad real sólo existe cuando esa capacidad se desarrolla *(32,* págs. 101-102).

3.3.3.2. Rechazo

La segunda respuesta posible de *O* frente a la definición que *P* propone de sí mismo consiste en rechazarla. Sin embargo, por penoso que resulte, el rechazo presupone por lo menos un reconocimiento limitado de lo que se rechaza y, por ende, no niega necesariamente la realidad de la imagen que *P* tiene de sí mismo. De hecho, ciertas formas de rechazo pueden incluso ser constructivas, como ocurre con la negativa de un psiquiatra a aceptar la definición que un paciente da de sí mismo en la situación transferencial y con la que el paciente puede tratar de imponer al terapeuta su propio «juego relacional». Se remite aquí al lector a dos autores que, dentro de sus propios marcos conceptuales, se han dedicado ampliamente a este tema, a saber, Berne *(23, 24)* y Haley *(60).*

3.3.3.3. Desconfirmación

La tercera posibilidad es, quizá, la más importante, tanto desde el punto de vista pragmático como desde el psicopatológico. Se trata del fenómeno de la desconfirmación que, como veremos, es muy distinto del rechazo directo de la definición que el otro hace de sí mismo. Utilizamos aquí, en parte, el material presentado por Laing *(88),* del Tavistock Institute of Human Relations de Londres, además de nuestros propios hallazgos en el campo de la comunicación esquizofrénica. Laing cita a William James, quien escribió cierta vez: «No podría idearse un castigo más monstruoso, aun cuando ello fuera físicamente posible, que soltar a un individuo en una sociedad y hacer que pasara totalmente desapercibido para sus miembros» *(88,* pág. 89). No cabe la menor duda de que tal situación llevaría a una «pérdida de la mismidad», que no es más que una traducción del término «alienación». Tal como la observamos en la comunicación patológica, la desconfirmación ya no se refiere a la verdad o falsedad —si existen tales criterios— de la definición que *P* da de sí mismo, sino más bien niega la realidad de *P* como fuente de tal definición. En otras palabras, mientras que el rechazo equivale al mensaje: «Estás equivocado», la desconfirmación afirma de hecho: «Tú no existes». O, para expresarlo en términos más rigurosos, si en lógica formal se identificaran la confirmación y el rechazo del *self* del otro con los conceptos de verdad y falsedad, respectivamente, entonces la desconfirmación correspondería al concepto de indeterminación, que, como se sabe, pertenece a un orden lógico distinto. [30]

Para citar a Laing:

> El patrón familiar característico que ha surgido del estudio de familias de esquizofrénicos no incluye tanto a un hijo sometido a un descuido total o siquiera a un trauma evidente, sino a un hijo cuya autenticidad se ha visto sometida a menudo involuntariamente, a una mutilación sutil pero persistente. (Pág. 91.)

> El resultado final de esto se alcanza... cuando, independientemente de cómo (una persona) actúe o se sienta, independientemente de qué significado dé a su situación, sus sentimientos son tenidos en cuenta, sus actos son desconectados de sus motivos, intenciones y consecuencias, la situación es despojada del significado que tiene para ella, de modo que queda totalmente confundida y alienada. (Págs. 135-136.)

Y ahora veamos un ejemplo específico que se ha publicado con mayor detalle en otra parte *(78).* Está tomado de una sesión de psicoterapia conjunta de una familia compuesta por los padres, su hijo David, de 25 años (a quien primeramente —mientras hacía el servicio militar a los 20 años— se le hizo un diagnóstico oficial de esquizofrenia y que luego vivió en su casa hasta aproximadamente un año antes de esta entrevista, época en que fue necesario internarlo), y su hijo Charles, de 18 años. Cuando surgió el tema de la tensión que las visitas de fin de semana del paciente significaban para toda la familia, el psiquiatra señaló que daba la impresión de que le pedían a David que soportara la intolerable carga de la atención solícita de la familia. Así David se convertía en el único indicador de la forma en que andaban las cosas durante el fin de semana. Sorprendentemente, el paciente no vaciló en encarar esta cuestión:

1. David: Bueno, a veces siento que mis padres, y Charles también, son muy sensibles con respecto a cómo me siento, quizá demasiado sensibles, porque no sé, no siento que haga tanto lío cuando voy a casa, o...

2. Madre: Humm. David, tú no has estado así desde que tuviste el coche, sino que... pero *antes* eras así.

3. David: Bueno ya sé que era...

4. Madre (simultáneamente): Sí, pero incluso en... sí, últimamente, las últimas dos veces desde que tuviste el coche.

5. David: Sí, muy bien; de cualquier manera (suspiro)... quisiera no tener que ser así, supongo, sería bonito si yo pudiera divertirme o algo por el estilo... (suspiro, pausa).

6. Psiquiatra: Usted cambia su frase a mitad de camino cuando su madre se muestra agradable con usted. Lo cual... resulta comprensible, pero en su posición no puede darse ese lujo.

7. David (simultáneamente): Humm.

8. Psiquiatra: Lo vuelve más chiflado. De esa manera, usted ni siquiera sabe qué piensa.

9. Madre: ¿Qué cambio hizo?

10. Psiquiatra: Bueno, *yo no puedo* leer su mente, de modo que no sé exactamente qué iba a decir, sólo tengo una idea general, basada en la experiencia...

11. David (interrumpiendo): Bueno, simplemente, lo que iba a decir es que yo soy el enfermo de la familia y eso le da a todos los demás... una... oportunidad de ser buenos tipos y levantarle la moral a David, *tenga David el ánimo por el piso o no.* Siento que a veces eso es lo que pasa. En otras palabras, yo no puedo ser otra cosa más que yo mismo, y *si a la gente no le gusta la manera en que yo soy... este... la manera en que yo soy,* entonces yo les agradezco cuando ellos... me lo dicen, o algo así y eso es lo que quiero decir. *(78,* pág. 89).

El *lapsus* del paciente esclarece su dilema: él dice «no puedo ser más que yo mismo» pero mantiene el interrogante: ¿yo mismo es «yo» o «ellos»? Decir que esto constituye una prueba de «límites yoicos lábiles» o algo por el estilo significa pasar por alto el hecho interaccional de la desconfirmación a que nos acabamos de referir, no sólo en la descripción que David hace de sus visitas de fin de semana, sino también por la inmediata desconfirmación que la madre hace de la validez de la impresión que tiene David en *el ejemplopresente* (1-5). A la luz de la desconfirmación presente y pasada de su *self,* el *lapsus linguae* del paciente adquiere un nuevo sentido.

3.3.4. Niveles de percepción interpersonal

Estamos en condiciones ya de volver a la jerarquía de mensajes que surge cuando analizamos las comunicaciones en el nivel relacional. Hemos visto que la definición que *P* da de sí mismo («Así es como me veo...») puede tener tres respuestas posibles por parte de O: confirmación, rechazo o desconfirmación. (Desde luego esta clasificación es virtualmente idéntica a la utilizada en las secciones 3.2.3.1. - 3.2.3.3.) Ahora bien, estas tres respuestas tienen un denominador común, ya que por medio de cualquiera de ellas *O* comunica: «Así es como te veo». [31]

Así, en el discurso a nivel metacomunicacional hay un mensaje de *P* a O: «Así es como me veo». Está seguido por un mensaje de *O* a P: «Así es como te veo». A este mensaje, *P* responderá con un mensaje que afirma, entre otras cosas, «Así es como veo que tú me ves», y *O,* a su vez, con el mensaje «Así es como veo que tú ves que yo te veo». Como ya se sugirió, cabría considerar que se trata, al menos teóricamente, de un *regretio ad infinitum,* aunque por motivos de orden práctico debe suponerse que resulta imposible manejar mensajes de un orden más alto de abstracción que el del mencionado en último término. Ahora bien, cabe señalar que también cualquiera de estos mensajes puede ser sometido por el receptor a la confirmación, el rechazo o la desconfirmación ya descritos, y que, naturalmente, ello se aplica también a la definición que *O* da de sí mismo y al discurso metacomunicacional con *P* que le sigue. Esto lleva a contextos comunicacionales cuya complejidad hace tambalear la imaginación y que, sin embargo, tienen consecuencias pragmáticas muy específicas.

3.3.5. Impenetrabilidad

Debemos casi todo lo que se sabe acerca de tales consecuencias a las investigaciones de Laing, Phillipson y Lee, quienes describieron su trabajo en un libro reciente *(90 bis).* En la introducción, dichos autores señalan que las teorías psicológicas siguen estando basadas en gran parte en conceptos egocéntricos y monádicos. El psicoanálisis, por ejemplo, postula el Yo, el Superyó y el Ello, pero no el «tú». Sin embargo, en la realidad interpersonal de la vida diaria, mi *Yo* está las más de las veces enfrentado por un *Alter* y, desde el punto de vista del *Alter,* mi *Yo* es su *Alter.* Así, la visión que el otro tiene de *mí* es tan importante (por lo menos en las relaciones personales estrechas) como la visión que yo tengo de mí mismo pero, en el mejor de los casos, ambas visiones sólo son más o menos similares. Empero, este «más o menos» determina, más que cualquier otro factor, la naturaleza de nuestra relación y, por consiguiente mi sensación (y la del otro) de ser entendidos y tener una identidad:

> Un hombre siente que su esposa no lo comprende. ¿Qué puede significar esto? Podría significar que él cree que ella no comprende que él se siente abandonado. O él puede creer que ella no comprende que él la ama. O bien podría ser que él cree que ella cree que él es mezquino, cuando él simplemente quiere ser cauteloso; que él es cruel, cuando él sólo quiere mostrarse firme; que él es egoísta, cuando sólo quiere

evitar que lo usen como felpudo.

Su esposa puede sentir que él cree que ella cree que él es egoísta, cuando todo lo que ella quiere es que él sea un poco menos reservado. Ella puede creer que él cree que ella cree que él es cruel, porque ella siente que él siempre toma todo lo que ella dice como una acusación. Ella puede creer que él cree que la comprende, cuando ella en realidad cree que no ha empezado siquiera a verla como una persona real, y así sucesivamente *(90 bis,* pág. 23).

Este ejemplo da una idea bastante clara de la compleja estructura de estos conflictos, de su peculiar impenetrabilidad y de los sentimientos concomitantes de desconfianza y confusión. Lo que hace que la impenetrabilidad sea tan difícil de resolver desde el punto de vista terapéutico es el hecho de que (como se muestra en S.1.2.) las relaciones no son realidades concretas, sino experiencias puramente subjetivas o construcciones hipotéticas. Ello significa que no son *reales* en el mismo sentido en que lo son los objetos concretos de la percepción conjunta. Estos últimos pueden convertirse en el material de las comunicaciones digitales, son algo que está «ahí afuera», por así decirlo, algo que se puede señalar. Pero en las relaciones nosotros mismos estamos contenidos; en ellas, sólo somos partes de un todo más amplio, cuya totalidad no podemos captar, tal como resulta imposible obtener una visión completa del propio cuerpo, puesto que los ojos, como órganos de la percepción, forman parte del cuerpo que se desea percibir. Además, si los «órganos» de la percepción interpersonal son impenetrables, esta ceguera inevitablemente lleva a conflictos para los cuales sólo dos motivos parecen posibles: locura o maldad. Como lo han demostrado Laing y sus colaboradores, estos conflictos relacionales constituyen patrones cuya comprensión permite ver bajo una nueva luz muchos de los cuadros clínicos de la psicopatología tradicional.

La siguiente descripción de la relación de un esquizofrénico con su madre puede servir no sólo como ilustración de lo dicho, sino también como ejemplo de lo difícil que resulta expresar esta relación en lenguaje digital:

El esquizofrénico ve el punto de vista de la madre mejor de lo que éste ve el del esquizofrénico.

El esquizofrénico comprende que la madre no comprende que él ve su punto de vista, y que ella cree que ella ve su punto de vista, y que ella no entiende que no es así.

Por otro lado, la madre cree que ve el punto de vista del esquizofrénico,

y que el esquizofrénico no ve el de ella,

y no se da cuenta de que el es esquizofrénico sabe que eso es lo que ella cree, y que ella no sabe que él lo sabe (90 bis, pág. 47).

Así, *Ego* y *Alter* se enfrentan uno al otro en creciente alienación, una alienación cuya naturaleza *interpersonal* está más allá de la percepción individual y cuyas consecuencias,

por lo tanto, se atribuyen, al otro.

Laing y Esterson ofrecen una gran variedad de ejemplos clínicos de impenetrabilidad en el nivel relacional como el que se acaba de describir. A continuación se ofrece un ejemplo:

«Impenetrabilidad» en una familia esquizofrénica. [32]

Algunas atribuciones hechas por los padres a la paciente:	*Autoatribuciones de la paciente:*
Siempre feliz.	A menudo deprimido y atemorizado.
Su verdadera manera de ser es vivaz y alegre.	Fingía todo el tiempo.
Hay armonía en la familia.	La falta de armonía es tan completa que resulta imposible decirle nada a los padres.
Nunca han intentado dominarla.	Mediante el sarcasmo, los ruegos, el ridículo, intentaron gobernar su vida en todos los aspectos importantes.
Piensa por su propia cuenta.	Es verdad en cierto sentido, pero el terror que le sigue inspirando el padre le impide revelarle sus verdaderos sentimientos, y todavía se siente controlado por él.

3.4. La puntuación de la secuencia de hechos

> *Se rió porque creyó que no le podían acertar —no imaginaba que estaban practicando cómo errarle—.* BRECHT.

Unos pocos ejemplos de las complicaciones potenciales inherentes a este fenómeno se han presentado ya en el capítulo anterior. Ellos muestran que las discrepancias no resueltas en la puntuación de las secuencias comunicacionales pueden llevar directamente a *impasses* interaccionales en los que, en algunas ocasiones, se hacen acusaciones mutuas de locura o maldad.

3.4.1.

Desde luego, las discrepancias en cuanto a la puntuación de las secuencias de hecho tienen lugar en todos aquellos casos en que por lo menos uno de los comunicantes no cuenta con la misma cantidad de información que el otro, pero no lo sabe. Un ejemplo simple de tal secuencia sería el siguiente: *P* escribe una carta a *O* proponiéndole un negocio e invitándolo a participar. *O* acepta la proposición, pero su carta no llega a destino. Después de un tiempo, *P* llega a la conclusión de que *O* no ha tenido en cuenta su propuesta y, a su vez, resuelve no interesarse más por él. Por otro lado, *O* se siente ofendido porque no tuvo contestación a su carta y decide también no establecer nuevo contacto con *P.* A partir de ese momento, su disputa silenciosa puede durar eternamente, a menos que se decidan a investigar qué sucedió con sus comunicaciones, esto es, a menos que comiencen a metacomunicarse. Sólo entonces averiguarán que *P* no sabía que *O* había contestado, y que *O* no sabía que su respuesta nunca había llegado a manos de *P.* como puede verse en este ejemplo, un hecho exterior fortuito interfirió la congruencia de la puntuación.

3.4.2.

En términos generales, resulta gratuito suponer no sólo que el otro cuenta con la misma información que uno mismo, sino también que el otro debe sacar de dicha información idénticas conclusiones. Los expertos en comunicación han calculado que una persona recibe diez mil impresiones sensoriales (exteroceptivas y propioceptivas) por segundo. Resulta evidente, por lo tanto, que se necesita efectuar un proceso drástico de selección para impedir que los centros cerebrales superiores se vean inundados por información irrelevante. Pero, aparentemente, la decisión en cuanto a qué es esencial y qué es irrelevante, varía de un individuo a otro y parece estar determinada por criterios que, en gran medida, quedan fuera de la conciencia. Probablemente la realidad es según como la vemos o para decirlo con las palabras de Hamlet: «[...] porque no hay nada ni bueno ni malo que no lo hagamos tal con sólo pensarlo». Sólo podemos conjeturar que en la raíz de estos conflictos de puntuación existe la convicción firmemente establecida y

por lo común no cuestionada, de que sólo hay *una* realidad, el mundo tal como *yo* lo veo, y que cualquier visión que difiera de la mía tiene que deberse a irracionalidad o mala voluntad. Hasta aquí nuestras especulaciones. Lo que podemos *observar* en casi todos estos casos de comunicación patológica es que constituyen círculos viciosos que no se pueden romper a menos que la comunicación misma se convierta en el tema de la comunicación; en otras palabras, hasta que los comunicantes estén en condiciones de metacomunicarse. [33] Pero para ello tienen que colocarse *afuera* del círculo. Esa necesidad de salir de una contingencia dada para poder resolverla reaparecerá con frecuencia como tema en este libro.

3.4.3. Causa y efecto

Solemos observar en estos casos de puntuación discrepante un conflicto acerca de cuál es la causa y cuál es el efecto, cuando en realidad ninguno de estos conceptos resulta aplicable debido a la circularidad de la interacción. Para volver una vez más al ejemplo de Joad (S.2.4.2.), podemos ver que la nación *A* se arma *porque* se siente amenazada por la nación *B* (esto es, para *A* su propia conducta es el efecto de la de B), mientras que la nación *B* considere que los armamentos de *A* son la causa de sus propias medidas «defensivas». Joad publicó sus ideas sobre la guerra hace aproximadamente treinta años. Se comprobará cuán poco han cambiado las cosas desde entonces a través del siguiente pasaje, tomado de un artículo sobre el problema de los proyectiles antibalísticos, publicado hace poco por el general Talensky del Estado Mayor soviético, que revela la misma puntuación falaz que subyace virtualmente a todo el pensamiento militar en el hemisferio occidental:

> [...] En otras palabras, los sistemas antibalísticos son defensivos pero como Occidente insiste en afirmar, modifican el *status quo* basado en la amenaza de un ataque nuclear. Ello da origen a la pregunta: ¿quién ha de ganar y quién deberá enfrentar «serias dificultades»? Tomemos dos pases, uno pacífico y preocupado por mantener la paz y la seguridad, y el otro inclinado a una política agresiva y nada reacio a recurrir a cohetes nucleares para sus fines agresivos, pero con un mínimo de pérdidas.
>
> Resulta evidente que la creación de una defensa antibalística eficaz sólo sirve para preservar la seguridad del país pacífico y no agresivo; el hecho de que esté en posesión de una combinación de medios antibalísticos y cohetes nucleares afectivos sirve para promover la tarea de detener a un agresor potencial, afianzando su propia seguridad y manteniendo la estabilidad de la paz mundial. Un país que no está dispuesto a abandonar su política agresiva naturalmente no se sentirá demasiado feliz ante tal situación. (15, pág. 28.)

Desde el punto de vista pragmático, hay muy poca o ninguna diferencia entre las interacciones de las naciones y las de los individuos una vez que la puntuación discrepante ha llevado a visiones distintas de la realidad, incluida la naturaleza de la

relación y, en consecuencia, a un conflicto interpersonal o internacional. El siguiente ejemplo muestra la influencia del mismo patrón en el nivel interpersonal:

Esposo (al terapeuta): Una larga experiencia me ha enseñado que si quiero mantener la paz en mi casa no debo oponerme a que las cosas se hagan como ella quiere.

Esposa: Eso *no es* cierto. Me gustaría que mostraras un poco más de iniciativa y decidieras por lo menos algo cada tanto, porque...

Esposo (interrumpiendo): ¡Nunca me dejarías hacerlo!

Esposa: Te dejaría de buen grado, pero cuando lo hago nunca pasa nada, y entonces *yo* tengo que hacer todo en el último momento.

Esposo (al terapeuta): ¿Lo ve? Uno no puede ocuparse de las cosas a medida que se presentan, hace falta planearlas y organizarlas con una semana de anticipación.

Esposa (enojada): Dame *un solo* ejemplo en los últimos años en que hayas hecho algo.

Esposo: Supongo que no puedo hacerlo... porque es mejor para todos, incluso para los chicos, si dejo que te salgas con la tuya. Eso lo descubrí muy a comienzos de nuestro matrimonio.

Esposa: Nunca te has portado de otra manera, nunca, desde el comienzo, siempre me has dejado todo a mí.

Esposo: Por amor de Dios, escuchen esto (pausa, luego dirigiéndose al terapeuta). Supongo que ahora se refiere a que siempre le pregunto qué es lo que *ella* quiere; por ejemplo «¿Dónde te gustaría ir esta noche?» o «¿Qué te gustaría hacer este fin de semana?» y en lugar de comprender que sólo quería ser amable con ella, se enojaba...

Esposa (al terapeuta): Sí, lo que él todavía no comprende es que si una escucha este asunto de *«cualquier cosa* que quieras hacer, querida, está bien para mí» un mes tras otro, uno comienza a sentir que *nada* de lo que una quiere le importa...

Idéntico mecanismo puede observarse en un ejemplo ofrecido por Laing y Esterson, en el que participan una madre y su hija esquizofrénica. Poco antes de su hospitalización, la hija atacó físicamente a la madre, aunque sin llegar a lastimarla.

Hija: Y bien, ¿por qué te ataqué? Quizá buscaba algo, algo que me faltaba. Afecto, quizá tenía avidez de afecto.

Madre: No querías nada de eso. Siempre pensaste que era empalagoso.

Hija: Bueno, ¿cuándo me lo ofreciste?

Madre: Por ejemplo, si era yo la que quería besarte, decías: «No seas cargante».

Hija. *Pero nunca supe que tú me permitirías besarte (90,* págs. 20-21). 3.4.4.

3.4.4.

Esto nos lleva al importante concepto de la *profecía autocumplidora* que, desde el punto de vista de la interacción, constituye quizá el fenómeno más interesante en el campo de la puntuación. Esta profecía puede entenderse como el equivalente comunicacional de una *petitio principii*. Se trata de una conducta que provoca en los demás la reacción frente a la cual esa conducta sería una reacción apropiada. Por ejemplo, una persona que parte de la premisa «nadie me quiere», se comporta con desconfianza, a la defensiva, o con agresividad, ante lo cual es probable que los otros reaccionen con desagrado, corroborando así su premisa original. A los fines de la pragmática de la comunicación humana, resulta una vez más irrelevante preguntar *por qué* una persona parte de tal premisa, de dónde surgió ésta y hasta qué punto es inconsciente. En términos pragmáticos, lo que se puede observar es que la conducta interpersonal de ese individuo muestra esa clase de redundancia, y que ejerce un efecto complementario sobre los demás, forzándolos a asumir ciertas actitudes específicas. Lo que caracteriza la secuencia y la convierte en un problema de puntuación es que el individuo considera que él sólo está reaccionando ante esas actitudes, pero no las provoca.

Una vez más merece citarse, por su relación con este tema, los experimentos de Rosenthal (130 bis). Como ya se señaló brevemente en una nota al pie en la S.2.5.3., este autor pudo mostrar el profundo efecto que los supuestos y las creencias del experimentador ejercen sobre el rendimiento de los sujetos experimentales, aun cuando todavía no se sabe a ciencia cierta de qué modo y por medio de qué canales se transmiten tales distorsiones.

Un uso curioso de las profecías autocumplidoras puede encontrarse en la tradición de las familias judías orientales, donde los padres, por lo general, decidían el futuro matrimonio de los hijos y, como puede imaginarse, su elección no siempre coincidía con las preferencias de los jóvenes. Los padres solían utilizar los servicios de un casamentero profesional. Este experto en relaciones interpersonales conversaba primero con uno de los futuros cónyuges y le informaba «confidencialmente» que el otro estaba muy interesado en él pero que no se atrevía a manifestarlo. Por ejemplo, solicitaba a la futura novia que se fijara en la forma en que el joven la miraba cuando ella no lo observaba y, de manera igualmente «confidencial», despertaba el interés del hombre por el supuesto interés que la joven sentía por él. Por lo común, ambas profecías no tardaban en cumplirse.

3.5. Errores de «traducción» entre material analógico y digital

Al tratar de describir estos errores, acude a la mente una anécdota tomada de la novela de Daniele Varé, *The Gate of Happy Sparrows.* El protagonista, un europeo que vive en Pekín durante la década de 1920, toma lecciones de escritura china con un profesor de esa nacionalidad, quien le pide que traduzca una oración compuesta por tres caracteres, que el protagonista descifra correctamente como los signos correspondientes a «redondez», «sentado» y «agua». En su intento por combinar tales conceptos y formar una oración (por expresarlos en lenguaje digital, como diríamos nosotros), elije «Alguien se está dando un baño de asiento», ante la mirada despreciativa del distinguido profesor, dado que en realidad, la oración consistía en una descripción muy poética de una puesta de sol en el mar.

3.5.1.

Al igual que la escritura china, el material del mensaje analógico, como ya se señaló, carece de muchos de los elementos que forman parte de la morfología y la sintaxis del lenguaje digital. Así, al traducir mensajes analógicos al lenguaje digital, es necesario proveer tales elementos e insertarlos, tal como en la interpretación de los sueños se debe introducir en forma más o menos intuitiva la est cópicas del sueño.

Como ya vimos, el material te antitético; se presta a interpre nudo incompatibles. Así, al emi propias comunicaciones analóg interpersonal en cuanto al signifii ticular, es probable que cualquie el proceso de traducción al modo cuerde con *su* imagen de la natur regalo, por ejemplo, constituye Empero, según la *visión* que ten tor puede entenderlo como una d restitución. Más de un esposo h que se le atribuye alguna culpa matrimonial al traer espontánea.

¿Cuál es el significado digital de empalidecer, temblar, transpirar y tartamudear cuando se somete a una persona a un interrogatorio? Puede constituir la prueba definitiva de su culpa o bien tan sólo la conducta de una persona inocente que vive una situación de pesadilla: sabe que se lo acusa de un crimen y comprende que su temor puede interpretarse como culpa. La psicoterapia se ocupa sin duda de la digitalización correcta y correctiva de lo analógico; de hecho, el éxito o el fracaso de una interpretación depende de la capacidad del terapeuta para traducir un modo al otro y de la disposición del paciente para cambiar su propia digitalización por otra más adecuada y menos angustiante. Para una revisión de estos problemas, con especial referencia a la comunicación esquizofrénica, a la
relación médico-paciente y a una amplia variedad de fenómenos sociales y culturales, véase Rioch (127, 128).

Incluso cuando la traducción parece adecuada, la comunicación digital en el nivel relacional puede seguir resultando poco convincente. Este hecho es caricaturizado en este episodio de la historia de Peanuts :

Pienso que tengo una sonrisa muy linda
Nunca me dijiste que tengo una sonrisa linda, Schroeder. ¿Te parece que tengo una
Oh, sí, creo que tienes la sonrisa más hermosa que haya existido desde que el mundo es mundo.
¡Aun cuando lo dice, no lo dice!

© United Feature Syndicate, Inc. 1963

3.5.2.

En un trabajo inédito, Bateson sugiere la hipótesis de que otro de los errores básicos que se cometen al traducir de un modo de comunicación al otro es el supuesto de que un mensaje analógico es por naturaleza afirmativo o denotativo, tal como lo son los mensajes digitales. Empero, existen buenos motivos para pensar que ello no es así. Dicho autor escribe:

> Cuando un pulpo —o una nación— hace un gesto amenazador, el otro podría llegar a la conclusión de que aquél «es fuerte» o «está dispuesto a luchar», pero esto no estaba incluido en el mensaje original. De hecho, el mensaje mismo no es indicativo y sería mejor considerarlo como análogo a una *propuesta* o una *pregunta* en el mundo digital.

En tal sentido, debe recordarse que todos los mensajes analógicos *invocan significados a nivel relacional,* y que, por lo tanto, constituyen propuestas acerca de las reglas futuras de la relación, para utilizar otra de las definiciones de Bateson. Según sugiere éste, mediante mi conducta puedo mencionar o proponer amor, odio, pelea, etcétera, pero es el otro el que atribuye futuros valores de verdad positivos o negativos a mi propuesta. Evidentemente, ésta es la fuente de innumerables conflictos relacionales.

3.5.3.

Tal como se explicó en el capítulo anterior, el lenguaje digital posee una sintaxis lógica que lo hace particularmente apto para la comunicación en el nivel del contenido. Pero al traducir el material analógico al lenguaje digital, deben introducirse las funciones lógicas de verdad, pues éstas faltan en el modo analógico. Tal ausencia se vuelve particularmente notable en el caso de la negación, ya que falta el equivalente del «no» digital. En otras palabras, mientras que resulta simple transmitir el mensaje analógico: «Te atacaré», es muy difícil transmitir: *«No* te atacaré», tal como resulta difícil, si no imposible, introducir negativos en las computadoras analógicas.

En la novela de Koestler, *Arrival and Departure,* el protagonista, un joven que ha escapado de su país ocupado por los nazis y cuyo rostro ha quedado desfigurado por las torturas, se enamora de una hermosa mujer. No tiene esperanzas de que ella responda a sus sentimientos, y sólo desea permanecer a su lado y acariciarle el cabello. La joven se opone a estas inocentes caricias, lo que despierta en él tanta desesperación como

apasionamiento hasta que éste termina por someterla.

Yacía ella con la cara vuelta hacia la pared, la cabeza extrañamente torcida, como la de una muñeca con el cuello roto.

Y ahora, por fin, él podía acariciarle el cabello, suave, dulcemente, como siempre había querido hacerlo. Se dio cuenta entonces de que ella lloraba, que sus hombros se estremecían con sollozos secos e inaudibles. Siguió acariciándole los cabellos y los hombros y murmuró:

—Es que tú no querías escucharme.

De pronto ella se quedó inmóvil y dejó de sollozar:

—¿Qué dijiste?

—Dije que todo lo que quería era que no te fueras y que me permitieras acariciarte el cabello y darte una bebida helada... en realidad, eso es todo lo que quería.

Los hombros de la joven se sacudieron con una risa levemente histérica.

—Dios mío, eres el tonto más grande que he visto en mi vida.

—¿Estás enojada conmigo? No estés enojada. No fue mi intención.

Ella encogió las rodillas, se apartó de él y se apretó contra la pared.

—Déjame sola. Por favor, vete y déjame tranquila un rato.

Volvió a llorar, esta vez más tranquilamente. Él se deslizó desde el diván, acurrucándose una vez más sobre la alfombra, pero le tomó una mano, que yacía floja sobre el almohadón. Era una mano sin vida, húmeda y febril.

—Sabes —dijo él, que se sentía alentado porque ella no retiraba la mano—, cuando era niño teníamos una gatita negra con la que siempre quise jugar, pero ella tenía demasiado miedo y siempre se escapaba.

Cierto día, mediante toda clase de tretas, conseguí que entrara al cuarto de los niños, pero se escondió debajo del aparador y no quería salir. Así que separé el aparador de la pared y me fui enojando cada vez más porque ella no me dejaba acariciarla, y entonces se escondió debajo de la mesa y yo di vuelta a la mesa y rompí dos cuadros que estaban en la pared y desordené todo el cuarto y perseguí a la gatita con una silla por toda la habitación. Entonces entró mi madre y me preguntó qué estaba haciendo y le dije que sólo quería acariciar a esa estúpida gatita, y me dieron una paliza terrible. Pero había dicho la verdad... (85, págs. 40-41).

Aquí la desesperación de sentirse rechazado e incapaz de demostrar que *no* se tenía intención de hacer daño lleva a la violencia.

3.5.3.1.

Ahora bien, si se observa la conducta animal en busca de tales contingencias, como hizo Bateson, se comprueba que la única solución para poder transmitir una negación consiste, primero, en demostrar o proponer la acción que se quiere negar y luego en no llevarla a cabo. Esta interesante conducta que es sólo aparentemente «irracional» puede observarse en la intención animal, pero también en el nivel humano.

Hemos observado una pauta comunicacional muy interesante para establecer relaciones de confianza entre seres humanos y delfines. Si bien éste puede constituir un ritual desarrollado «en privado» sólo por dos de los animales, aun así constituye un excelente ejemplo de la comunicación analógica del «no». Evidentemente, los animales habían llegado a la conclusión de que la mano es una de las partes más vulnerables e importantes del cuerpo humano. Ambos trataban de establecer contacto con un desconocido tomándole la mano con la boca y apretándola con suavidad entre las mandíbulas, que cuentan con dientes agudos y la fuerza suficiente para amputar una mano limpiamente. Si el ser humano se sometía a ello, el delfín parecía aceptarlo como un mensaje de confianza total. Su próximo paso consistía en devolver la gentileza colocando la porción ventral anterior de su cuerpo *(su* parte más vulnerable en cierto modo equivalente en cuanto a su ubicación a la garganta humana) sobre la mano, la pierna o el pie del hombre, manifestando así su confianza en las intenciones amistosas del ser humano. Sin embargo, este procedimiento está plagado de posibles interpretaciones erróneas. En un nivel poético, una forma esencialmente similar de relación, en este caso entre el hombre y lo trascendente, se expresa en las líneas iniciales de la primera Elegía de Duino, de Rilke, donde la belleza se experimenta como la negación de una destrucción inherente siempre posible:

> ¿Quién, si yo clamara, me escucharía entre las jerarquías de los ángeles? Y, suponiendo que, repentinamente, uno de ellos me estrechara sobre su corazón: yo sucumbiría ahogado por su existencia más poderosa. Pues lo bello no es nada más que el primer grado de lo terrible; apenas lo soportamos y, *si también lo admiramos, es porque con desdén se olvida de destruirnos. (126,* p. 21; la bastardilla es nuestra.)

3.5.3.2.

Como lo sugiere el ejemplo del delfín, el *ritual* puede ser el proceso intermedio entre la comunicación analógica y la digital, ya que se asemeja al material de un mensaje pero de una manera repetitiva y estilizada ubicada entre la analogía y el símbolo. Así, podemos observar que algunos animales, por ejemplo los gatos, establecen de forma rutinaria una relación complementaria pero no violenta por medio del siguiente ritual. El animal «inferior» (por lo común el más joven o el que está fuera de su propio territorio) se coloca de espaldas dejando expuesta su vena yugular, que el otro gato aprieta entre las mandíbulas impunemente. Este método de establecer una relación de tipo «No te

atacaré» parece ser comprensible para ambos; pero lo que resulta aún más interesante es que esta codificación resulta eficaz en la comunicación entre especies distintas, por ejemplo, gatos y perros. Los materiales analógicos a menudo se formalizan en los rituales de las sociedades humanas, y cuando ese material se canoniza se acerca a la comunicación simbólica o digital, revelando una curiosa superposición.

En un plano patológico ese mismo mecanismo parece intervenir en el masoquismo sexual. Se tendría la impresión de que el mensaje *«no* te destruiré», sólo resulta convincente (y sólo alivia, al menos temporalmente, el profundo temor del masoquista a un castigo terrible) gracias a la negación analógica inherente al ritual de humillación y castigo; como él lo sabe, eventualmente se detendrá, pero siempre será antes del terrorífico final que imagina.

3.5.4.

Quienes están familiarizados con la lógica simbólica podrán comprender ahora que quizá no sea necesario demostrar la ausencia de *todas* las funciones lógicas de verdad en el material analógico sino sólo de algunas que son críticas. La función lógica de verdad de *alteración (o* no exclusivo), ideada para denotar «uno u otro o ambos», también está ausente del lenguaje analógico. Si bien resulta fácil transmitir el significado «uno u otro o ambos» en el lenguaje digital, no resulta claro de qué manera podría insertarse esta relación lógica en el material analógico; de hecho, probablemente resulte imposible. Los lógicos simbólicos (por ejemplo, 775*, págs. 9-12) han señalado que para representar las principales funciones de verdad (negación, conjunción, disyunción, implicación y equivalencia) dos de ellas —negación y alternación (o, de modo similar, negación y conjunción)— son suficientes y, de las cinco necesarias para representar las tres restantes. De acuerdo con este razonamiento, aunque no sabemos casi nada específico acerca de la importancia pragmática de la ausencia de las otras funciones de verdad en el material analógico, podemos llegar a la conclusión de que, puesto que éstas no son más que variaciones de «no» y «o», presentarán dificultades similares de traducción.

3.5.5.

Bateson y Jackson han señalado la importancia de la codificación analógica *versus* la digital en la formación de los síntomas histéricos. De acuerdo con esos autores, tiene lugar aquí un proceso opuesto al que hemos estado examinando, una nueva retraducción, por así decirlo, de los mensajes ya digitalizados al modo analógico:

> Con respecto a la histeria surge un problema inverso, pero mucho más complejo. Sin duda, esta palabra abarca una amplia gama de patrones formales, pero parecería que por lo menos algunos casos implican errores de traducción del lenguaje digital al analógico. Si se despoja al material digital de sus indicadores de tipo lógico, se llega a una formación errónea de síntomas. La «jaqueca» veral que fue inventada como una excusa convencional para no realizar ninguna tarea puede volverse subjetivamente

real y adquirir magnitudes concretas en la dimensión del dolor. *(19,* pág. 282.)

Si tenemos en cuenta que la primera consecuencia de un derrumbe en la comunicación suele ser la pérdida parcial de la capacidad para meta-comunicarse en forma digital acerca de los aspectos relacionales, este «regreso a lo analógico» parece una plausible solución transaccional. [34] La naturaleza simbólica de los síntomas de conversión y, en general, su afinidad con el simbolismo onírico, se conocen desde la época de Liébault, Bernheim y Charcot. Y ¿qué es un símbolo sino la representación, en magnitudes reales, de algo que constituye en esencia una función abstracta, un aspecto de una relación, tal como se la definió en S.1.2.? En toda su obra, C. G. Jung demuestra que el símbolo aparece allí donde lo que llamamos «digitalización» aún no es posible. Pero creemos que la simbolización también tiene lugar cuando la digitalización *ya* no es posible y que ello suele suceder cuando una relación amenaza con abarcar áreas social o moralmente prohibidas, como por ejemplo, el incesto.

3.6. Patologías potenciales en la interacción simétrica y complementaria

Para evitar un frecuente malentendido, conviene destacar una vez más que la simetría y la complementariedad en la comunicación no son en sí mismas «buenas» o «malas», «normales» o «anormales», etcétera. Ambos conceptos se refieren simplemente a dos categorías básicas en las que se puede dividir a todos los intercambios comunicacionales. Ambas cumplen funciones importantes y, por lo que se sabe sobre las relaciones sanas, cabe llegar a la conclusión de que ambas deben estar presentes, aunque en alternancia mutua o actuando en distintas áreas. Como intentaremos demostrar, ello significa que cada patrón puede estabilizar al otro toda vez que se produce una escapada en uno de ellos, y asimismo que no sólo es posible, sino también necesario, que los dos participantes se relacionen simétricamente en algunas áreas y de manera complementaria en otras.

3.6.1. Escalada simétrica

Como ocurre con toda pauta de comunicación, éstas dos tienen sus patologías esenciales, que se describirán primero y se ilustrarán luego con material clínico. Hemos sugerido ya que en una relación simétrica existe siempre el peligro de la competencia. Como puede observarse tanto en los individuos como en las naciones, la igualdad parece ser más tranquilizadora si uno logra ser un poquito «más igual» que los otros para usar la famosa frase de Orwell. Esta tendencia explica la calidad de escalada que caracteriza a la interacción simétrica cuando éste pierde su estabilidad dando lugar a lo que se llama una escapada, por ejemplo, disputas y luchas entre individuos o guerras entre naciones. Así, en los conflictos maritales resulta fácil observar de qué manera los cónyuges atraviesan una pauta de escalada de frustración hasta que, en un momento dado, se detienen de puro agotados, física y emocionalmente, y mantienen una tregua inestable hasta que se recupera lo suficiente para iniciar el segundo *round.* Así, la patología en la interacción simétrica se caracteriza por una guerra más o menos abierta o por un *cisma,* en el sentido de Lidz *(95).*

En una relación simétrica sana, cada participante puede aceptar la «mismidad» del otro, lo cual lleva al respeto mutuo y a la confianza en ese respeto, e implica una confirmación realista y recíproca del *self.* Cuando una relación simétrica se derrumba, por lo común observamos más bien el rechazo que la desconfirmación del sefdel otro.

3.6.2. Complementaridad rígida

En las relaciones complementarias puede darse la misma confirmación recíproca, sana y positiva. Las patologías de las relaciones complementarias, por otro lado, son muy distintas y en general equivalen a desconfirmaciones antes que a rechazos del *self*del otro. Por lo tanto, son más importantes desde un punto de vista psicopatológico que las peleas más o menos abiertas de las relaciones simétricas.

Un problema característico de las relaciones complementarias surge cuando *P* exige que *O* confirme una definición que *P* da de sí mismo y que no concuerda con la forma en que *O* ve a P. Ello coloca a *O* frente a un dilema muy particular: debe modificar su propia definición de sí mismo de forma tal que complemente y así corrobore la de *P,* pues es inherente a la naturaleza de las relaciones complementarias el que una definición del *self*sólo pueda mantenerse si el otro participante desempeña el rol específico complementario. A fin de cuentas, no puede haber una madre sin un hijo. Pero los patrones de la relación madre-hijo se modifican con el tiempo. El mismo patrón que resulta biológica y emocionalmente vital durante una fase temprana en la vida del niño se convierte en un serio obstáculo para su desarrollo ulterior si no se permite que tenga lugar un cambio adecuado en la relación. Así, según el contexto, el mismo patrón puede ser acabadamente confirmador del *self*en un momento y desconfirmador en una etapa posterior (o prematura) de la historia natural de una relación. Debido a su mayor frondosidad psiquiátrica, la patología de las relaciones complementarias ha sido objeto de más atención en la literatura que su contraparte simétrica. El psicoanálisis las denomina relaciones sadomasoquistas y las entiende como una *liaison* más o menos fortuita entre dos individuos cuyas respectivas formaciones caracterológicas alteradas se complementan. Entre otros estudios más recientes y más centrados en la interacción figuran el concepto de Lidz del sesgo marital *(95),* el trabajo de Scheflen sobre la «horrenda pareja» *(136)* y el concepto de «connivencia» en el sentido de Laing *(88).* [35] En tales relaciones observamos un sentimiento progresivo de frustración y desesperanza en los dos participantes o en uno de ellos. Se comprueba con frecuencia la queja acerca de sentimientos cada vez más atemorizantes de extrañamiento y despersonalización, de abulia y *acting out* compulsivo por parte de individuos que fuera de sus hogares (o en ausencia de sus parejas) son capaces de funcionar en forma perfectamente satisfactoria y que, cuando se los entrevista individualmente, pueden dar la impresión de estar bien adaptados. Este cuadro a menudo cambia dramáticamente cuando se los observa en compañía de su «complemento»: entonces se hace evidente la patología de la *relación.* Quizá el estudio más notable sobre la patología de las relaciones complementarias sea el famoso trabajo *La folie á deux,* escrito por dos psiquiatras franceses hace casi cien años. El siguiente pasaje, tomado de ese trabajo, demuestra cuán poco original es nuestro enfoque. Los autores describen primero al paciente y luego continúan:

> Esta descripción corresponde a la persona insana, el agente que provoca la situación en el *«delire á deux».* Su compañero es una persona mucho más complicada de definir y, no obstante, *una cuidadosa investigación nos enseñará a reconocer las leyes que ese segundo participante obedece en la insania comunicada...* Una vez que el *contrato tácito* que une a ambos lunáticos está casi establecido, el problema consiste no sólo en examinar la influencia del insano sobre el hombre supuestamente cuerdo, *sino también en lo contrario,* esto es, la influencia del individuo racional sobre el delirante y en mostrar cómo mediante mutuos compromisos se eliminan las diferencias *(92,* pág. 4; las bastardillas son nuestras.)

3.6.3.

Como ya se señaló brevemente al comienzo de esta sección, los patrones de relación simétrica y complementaria pueden estabilizarse mutuamente, y los pasajes del uno al otro constituyen así importantes mecanismos homeostáticos. Esto posee una consecuencia terapéutica; a saber, que al menos en teoría es posible provocar un cambio terapéutico de manera muy directa introduciendo la simetría en la complementaridad o viceversa durante el tratamiento. Decimos «al menos en teoría» por buenos motivos pues es bien sabido cuán difícil resulta en la práctica provocar cualquier tipo de cambio en sistemas rígidamente definidos donde cada uno de los participantes parece preferir «los males que ya tiene a los que ignora».

3.6.4.

Para explicar lo anterior he aquí tres fragmentos tomados de las llamadas Entrevistas Estructuradas de Familia *(159).* Las tres constituyen respuestas a la pregunta estándar del entrevistador a los cónyuges: «¿Cómo, entre los millones de personas que hay en el mundo, llegaron a unirse ustedes dos?». Debe aclararse que la información histórica concreta contenida en tal respuesta es sólo de importancia secundaria, aunque puede ser relativamente que tuvo lugar en ese momento. Pero lo que interesa aquí no es esa información histórica, que a menudo está distorsionada por la evocación selectiva y la tendencia a la realización de deseos. Así, en el caso de la primera pareja impresiona la simetría de su interacción al responder a la pregunta del entrevistador. El relato de su encuentro, tal como ellos lo hacen, es solamente materia prima, por así decirlo, manejada de acuerdo a las reglas de su juego de «quién es superior». Para ellos, y también para nosotros, no es importante lo que *sucedió,* sino más bien *quién tiene el derecho a decir qué al otro y acerca del otro.* En otras palabras, lo esencial de su comunicación no es el aspecto del contenido, sino el relacional.

1. El primero es un ejemplo de un intercambio simétrico típico. [36]

Transcripción	*Comentarios*
Ent.: ¿Cómo, entre los millones de personas que hay en el mundo, llegaron a unirse ustedes dos?	
M.: Nosotros... trabajábamos los dos en el mismo lugar. Mi esposa manejaba un oscilógrafo y yo reparaba aparatos científicos y...	M. habla primero, ofreciendo un resumen unilateral de toda la historia, y definiendo así su derecho a hacerlo.
E.: Trabajábamos en el mismo edificio.	E. reformula la misma información en sus propias palabras, *no* planteando un acuerdo con él, sino estableciendo en cambio simetría con respecto a su enfoque del tema.
M.: Ella trabajaba para una firma que tenía grandes instalaciones y yo trabajaba allí la mayor parte del tiempo, porque era una empresa muy grande. Y así es como nos conocimos.	M. no agrega información nueva, sino que simplemente expresa de otra manera la misma oración tautológica con que comenzó. Así, simétricamente, se equipara con la conducta de ella al insistir en su derecho a proporcionar esa información; en el nivel relacional están luchando para ver quién tiene «la última palabra».

Transcripción	*Comentarios*
	E. intenta lograrlo dándole un tono final a su segunda oración.
E.: Nos presentaron alguna de las otras chicas que trabajaban allí.	E. no deja que el tema se agote; modifica la afirmación del marido reafirmando su derecho a participar en términos de igualdad en esta conversación. Aunque este nuevo giro es una interpretación tan pasiva como su frase «trabajábamos en el mismo edificio» (en tanto ninguno de los dos parece haber tomado la iniciativa), ella se afirma, establece como «un poquito más igual», al referirse a «las otras chicas», un grupo al que ella evidentemente pertenecía, cosa que no ocurría con E.
(Pausa)	Esta pausa pone fin al primer ciclo de intercambio simétrico sin cierre.
M.: En realidad, nos conocimos en una reunión, quiero decir que primero empezamos a flirtear en una fiesta que dio uno de los empleados. Pero nos habíamos visto antes, en el trabajo.	Aunque un poco suavizada y haciendo alguna concesión, ésta es una reformulación que anula la definición dada por la esposa.
E.: Nunca nos conocimos hasta esa noche (risa leve).	Se trata de una negación directa, y no sólo una reformulación de las palabras del marido, indicando quizá que la disputa está comenzando a intensificarse. (Sin embargo, obsérvese que «nos conocimos» es un término muy ambiguo en este contexto, pues podría significar varias cosas desde «nos miramos por primera vez» hasta «nos presentaron formalmente», de modo que la contradicción con las palabras de él queda descalificada, esto es, si se la interrogara, siempre podría adjudicar el otro significado. Su risa también le permite «decir algo sin decirlo realmente».)
(Pausa).	
M.: (Muy suavemente): Mhmm.	M. se coloca en una posición de
(Pausa prolongada).	inferioridad al estar de acuerdo con

Transcripción	*Comentarios*
	ella, en el nivel manifiesto; pero «Mmmm» encierra una variedad de significados posibles y resulta aquí casi inaudible, carente de toda convicción o énfasis, de modo que el resultado es muy vago. Más aún, la aseveración previa es tan vaga que no resulta clara que significa estar de acuerdo con ella. De cualquier manera, el marido no va más allá ni afirma por el momento otra versión propia. De modo que llegan al final de otro round también señalado por una pausa que parece indicar que han llegado al punto de peligro (de la contradicción abierta y el conflicto) y se preparan para poner fin a la conversación, incluso sin cierre en el aspecto del contenido.
Ent.: Con todo, me queda la imagen de docenas de personas o quizá más dando vueltas por ahí; así que ¿cómo sucedió que ustedes dos, entre todas esas personas, llegaran a unirse?	El entrevistador interviene para que la conversación prosiga.
M.: Era una de las más guapas que estaban allí.	M. hace un decidido movimiento tendente a dejar establecida su «superioridad»; este dudoso cumplido sirve para comparar a su mujer con las demás, siendo él el juez.
(Risa leve). (Pausa).	
E. (hablando con mayor rapidez): No sé, la principal razón por la cual empecé a salir con él fue porque las chicas... él había hablado con algunas otras chicas antes de hablar conmigo, y les dijo que yo le interesaba, y ellas de alguna manera planearon esa fiesta y ahí es donde nos conocimos.	Su propia versión iguala la condescendencia del marido; a ella le llamó la atención sólo porque él se interesó por ella inicialmente. (El tema alrededor del cual se define su simetría ya no es qué versión de su encuentro será aceptada, sino quién obtuvo el premio, por así decirlo, con el noviazgo.)
M.: En realidad la fiesta no se planeó con ese fin.	Un abierto rechazo de la definición dada por la esposa.

Transcripción	*Comentarios*
E. (interrumpiendo): No, pero se planeó para que nosotros nos conociéramos allí. Para que nos conociéramos formalmente, se podría decir. En persona (risa). Habíamos trabajado juntos, pero yo no estaba habituada a... bueno, había unas sesenta mujeres allí, y diez o doce hombres, y yo no tenía la costumbre de...	Después de aceptar la corrección del marido, la esposa repite lo que ella misma acaba de decir. Su formulación no personal se ha debilitado y ahora recurre a una autodefinición directa («yo soy esta clase de persona...»), una manera imbatible de establecer igualdad.
M. (simultáneamente): Ella sin duda era vergonzosa... una operaria de tipo tímido en lo que se refiere a vincularse con desconocidos en ese lugar; sí, pero las mujeres lo sabían. (Pausa). Y yo flirteaba con muchas de ellas allí (risa). Supongo que nada serio, sino simplemente... (suspiro) supongo que era mi manera de ser.	M. da una respuesta simétrica basada en *su* «manera de ser», y así termina otro round.

Esta pareja solicitó la entrevista porque temía que sus constantes peleas influyeran en los hijos. Como el fragmento citado casi permite predecir, también mencionaron dificultades en su relación sexual donde, naturalmente, su incapacidad para relacionarse de forma complementaria se hacía sentir con particular intensidad.

2. La pareja del ejemplo siguiente participó en un proyecto de investigación con familias elegidas al azar. Según opinión de los investigadores, ambos estaban muy distanciados desde el punto de vista emocional y la esposa presentaba una depresión considerable. Su interacción es típicamente complementaria, ocupando el marido una posición de «superioridad» y la esposa, de «inferioridad». Pero, como ya se señaló en el capítulo anterior, estos términos no deben entenderse como indicadores de fuerza o debilidad relativa.

Es evidente que, la amnesia y el desvalimiento de la mujer no sólo le permitían al marido desempeñar el papel del hombre fuerte y realista sino que también constituían los mismos factores frente a los cuales su fuerza y su realismo se tornaban totalmente impotentes. Una vez más sentimos aquí el impacto interpersonal de cualquier síntoma emocional, en el sentido más amplio del término.

El fragmento comienza poco después de que el entrevistador hiciera la pregunta estándar con respecto a la manera en que se conocieron, y después de que el marido hubiera explicado que la mujer empezó a trabajar en una oficina contigua a la propia.

M.: ...no recuerdo, ¿cuándo comenzaste allí?

E.: Este... no tengo la menor...

M. (interrumpiendo): Creo que fue... yo empecé en octubre del año anterior... y tú probablemente comenzaste en febrero, sí, enero o febrero, probablemente febrero

o marzo porque tu cumpleaños fue en diciembre de ese año.

E.: Hum, ni siquiera recuerdo...

M. (interrumpiendo): Y yo le mandé unas flores la primera vez que salimos... Y eso que nunca... nunca habíamos ido a ninguna parte, ¿no es así?

E. (con una breve risita): No, yo me quedé muy sorprendida.

M.: Y así empezamos. Creo que fue un año después que nos casamos. Poco más de un año.

Ent.: ¿Qué es lo que...?

M. (interrumpiendo): Aunque Jane dejó de trabajar poco después de eso. Hum, creo que no trabajaste allí más de un par de meses, ¿no es así?

E.: Lo siento, no recuerdo absolutamente nada sobre (risita) cuánto tiempo pasó o cuándo fui...

M. (interrumpiendo): Sí, como un par de meses, y luego volviste a enseñar. (E.: Hummm). Porque nosotros... supongo que ella pensó que ese empleo no contribuía demasiado al esfuerzo de la guerra tal como ella lo entendía... cuando salió de allí.

Ent.: Así que usted empezó a trabajar en una escuela.

E.: Sí, ya había trabajado antes de eso. (Ent.: Hummm). Fui a trabajar allí.

Ent.: Y se mantuvieron en contacto sin interrupción. (E.: Oh, sí). ¿Qué otra cosa cree usted que tienen en común, aparte del hecho de que su esposa es evidentemente atractiva?

M.: Absolutamente nada (riéndose). Nosotros nunca hemos... tenido... este (suspiro profundo). (Pausa).

3. El tercer ejemplo está tomado de la entrevista de una pareja clínicamente normal que se ofreció para el mismo tipo de entrevista. Aquí puede observarse cómo logran mantener una relación cálida y de apoyo mutuo mediante una alternancia flexible de intercambios simétricos y complementarios. [37] Así, aun cuando alguno de los detalles de su relato podrían parecer peyorativos con respecto al otro, no parecen poner en peligro la estabilidad de su relación y la mutua confirmación de sus roles.

Transcripción	*Comentarios*
Ent.: ¿Cómo sucedió que, entre los millones de personas que hay en el mundo, ustedes dos llegaron a unirse?	
E.: ¿Cómo fue que...?	
Ent.: Llegaron a unirse.	
E.: Bueno...	E. se hace cargo de la respuesta, definiendo así su derecho a hacerlo.
M.: (interrumpiendo): Bueno, yo se lo diré (E. se ríe y M. lo hace también).	M. asume el principal papel con una maniobra sumamente simétrica, que queda suavizada por la risa compartida.
E.: Bueno, bueno, yo se lo diré. En realidad, yo trabajaba cuando terminé el colegio secundario. Fue en la época de la depresión, así que conseguí un empleo como... este, *curb-girl**, creo que así lo llamaban entonces, y era...	E. vuelve a hacerse cargo, repitiendo exactamente las palabras de M. y dando luego muchos rodeos para definir la situación a su manera.
M.: ...un restaurante al paso...	E. se encuentra en una situación difícil porque *curb-girl* podría implicar «mujer de la calle». M. la rescata dejando bien claro dónde trabajaba, y con ello define claramente la situación a su manera. Hasta ese momento, su interacción es simétrica.
E.: Trabajaba en... en un restaurante al paso hasta que encontré otro empleo, y él trabajaba...	La esposa acepta la definición del marido y sigue cuidadosamente la corrección de connotación indicada por aquél. Acepta la posición complementaria inferior.

* *Curb-girl* es una camarera, habitualmente vestida con uniformes llamativos y sintéticos, que atiende a los parroquianos recogiendo los pedidos y llevando las viandas directamente al automóvil de éstos. *[N. del E.]*

Transcripción	*Comentarios*
M.: Yo la «levanté».	Superioridad complementaria.
E.: En realidad, creo que así fue (ambos se ríen).	Inferioridad complementaria (acepta la definición del marido).
M.: Y así fue más o menos.	Superioridad complementaria. Así, la primitiva escalada simétrica se ha visto interrumpida por un cambio a la complementariedad, y el cierre resulta posible; el marido resume y el ciclo termina.
E.: Pero él era realmente tímido. Era de tipo tímido, y yo pensé, bueno...	E. pasa ahora a una maniobra de superioridad con respecto a que él la haya «levantado».
M.: Ya he superado eso, o así dice ella, yo no sé.	Inferioridad complementaria M. acepta la definición de timidez que da su mujer, es decir, no sólo acepta que no era el agresor, sino que ella sigue siendo el juez en tal sentido. («Así dice ella, *yo* no sé».)
E.: Así que yo sentí...	
M.: Eso es todo...	
E.: ...Él no era peligroso, así que yo... yo fui a casa con él.	
M. (simultáneamente): Lo cierto es que fue algo así como un desafío porque yo pasé el fin de semana con otra pareja y en el camino de regreso discutimos y decidimos que ya era hora de que yo me buscara una chica estable.	M. lleva las interpretaciones de la esposa aún más allá y dice que él no tenía novia y que sus amigos influían sobre sus acciones, etcétera.
E. (riendo): Y sucedió que yo estaba allí.	Si bien el *contenido* parece autodesvalorizador y, por lo tanto, de inferioridad complementaria, en este contexto esa afirmación refleja la pasividad en la conducta del marido. E. pasa a la simetría. (Obsérvese la necesidad de distinguir entre su propia motivación y el efecto interpersonal, de modo que la simetría puede estar basada en la inferioridad, así como en otras formas de competencia.)

Transcripción	*Comentarios*
M.: Y entonces nos detuvimos en ese lugar para tomar una cerveza o algo por el estilo (ambos se ríen) y ella estaba allí...	En forma simétrica, M. afirma ambas versiones de la situación y, una vez más, la risa permite el cierre.
Así que yo...	
E.: Así fue.	E. pone fin a la conversación, tal como lo hiciera el marido, al final del primer ciclo con «y eso fue todo».

3.6.5.

En estos ejemplos conviene destacar dos aspectos. Primero, el contenido pierde importancia a medida que surgen los patrones comunicacionales. Un grupo de médicos psiquiatras residentes de segundo y tercer año calificó a la pareja del tercer ejemplo como «más enferma que otras parejas con trastornos clínicos. Al ser interrogados, se hizo evidente que ese juicio estaba basado en la relativa inaceptabilidad social de la forma en que se conocieron y las evidentes «fintas» en cuanto a los detalles. En otras palabras, su juicio erróneo estaba basado en el contenido más que en la interacción de su relato.

Resultará evidente que nuestro análisis se centra en mensajes sucesivos. Ninguna aseveración aislada puede ser simétrica, de superioridad complementaria, o de ningún otro tipo. Lo que se necesita para «clasificar» un mensaje dado es, desde luego, la respuesta del otro participante. Es decir, lo que permite definir las funciones de la comunicación no es algo inherente a ninguna de las aseveraciones como entidades individuales sino a la relación entre dos o más respuestas.

4
LA ORGANIZACIÓN DE LA INTERACCIÓN HUMANA

4.1. Introducción

Los ejemplos relativamente aislados del capítulo anterior sirvieron para presentar en forma específica e inmediata ciertas propiedades y patologías básicas de la comunicación humana. Éstos son los elementos a partir de los cuales se constituye la complejidad de la comunicación. Al pasar a considerar ahora la organización de la interacción (tal como esta unidad de comunicación se definió en S.2.2.2.) examinaremos la pauta de las comunicaciones recurrentes, esto es, la *estructura* de los procesos de comunicación.

Este nivel de análisis estaba ya implícito en las consideraciones previas, como las que se refieren a la interacción acumulativamente simétrica o complementaria (S.2.6. y 3.6.). Del mismo modo, la «profecía auto-cumplidora» (S.3.4.4.) abarca más que la puntuación específica de una única secuencia comunicacional: la repetición de ese patrón posee valor capital de comunicación a lo largo del tiempo y en una variedad de situaciones. Así, el concepto de patrón en la comunicación representa repetición o redundancia [38] de hechos. Como sin duda existen patrones de patrones y probablemente niveles aún más altos de organización, no puede demostrarse que este ordenamiento jerárquico posea un tope. Sin embargo, por el momento la unidad de estudio será el nivel superior siguiente al de nuestro examen previo, es decir, la organización de mensajes secuenciales, primero en general, y luego considerando en forma específica el desarrollo de sistemas interaccionales. Este capítulo es esencialmente teórico, y deja más bien para el capítulo 5 el complejo problema que significa ilustrar tales fenómenos macroscópicos. Así, estos dos capítulos tienen en esencia la misma relación (primero la teoría y luego la ilustración) que los capítulos 2 y 3.

4.2. La interacción como sistema

Cabe considerar la interacción como un sistema, y la teoría de los sistemas generales permite comprender la naturaleza de los sistemas interaccionales. La Teoría de los Sistemas Generales [39] no se refiere tan sólo a sistemas biológicos, económicos o de ingeniería. A pesar de su diversidad, esas teorías de sistemas particulares tienen tantos conceptos en común que ha surgido una teoría más general, que estructura las similitudes en isomorfismos formales. [40] Uno de los pioneros en este campo, Ludwig von Bertalanffy, describe esa teoría como «la formulación y derivación de principios que son válidos para los "sistemas" en general» (25, pág. 131). Von Bertalanffy también anticipó la actitud de quienes reaccionen criticando nuestro deseo de analizar las relaciones humanas a partir de una teoría que es más conocida —lo cual no significa que sea más adecuada— por su aplicación a sistemas claramente no humanos, en particular a computadoras, y ha señalado las deficiencias lógicas de esta crítica:

> El isomorfismo que hemos mencionado es el resultado del hecho de que, en ciertos aspectos, es posible aplicar abstracciones y modelos conceptuales correspondientes a fenómenos distintos. Es sólo desde ese ángulo que se aplicarán las leyes de sistemas. Ello no significa que los sistemas físicos, los organismos y las sociedades sean la misma cosa. En principio, se trata de la misma situación que encontramos cuando la ley de la gravedad se aplica a la manzana de Newton, el sistema planetario y el fenómeno de las mareas. Ello significa que un determinado sistema teórico, el de la mecánica, es válido para ciertos aspectos relativamente limitados; ello no significa que las manzanas, los planetas y los océanos se asemejen en muchos otros aspectos. (26, pág. 75.)

4.2.1.

Antes de definir cualquiera de las propiedades especiales de los sistemas, conviene señalar que la evidente y muy importante variable del *tiempo* (y, por tanto, el orden) debe ser una parte integral de nuestra unidad de estudio. Las secuencias de comunicación no son, para utilizar las palabras de Frank, «unidades anónimas en una distribución de frecuencia» (45, pág. 510), sino el material inseparable de un proceso cuyo orden e interrelaciones, que se dan a lo largo del tiempo, serán nuestro objeto de interés aquí. Como lo expresan Lennard y Bernstein:

> Un lapso está siempre implícito en un sistema. Por su misma naturaleza, un sistema consiste en una interacción, y ello significa que debe tener lugar un proceso secuencial de acción y reacción para que podamos describir cualquier estado del sistema o cualquier cambio de estado *(94,* págs. 13-14).

4.2.2. Definición de un sistema

Inicialmente, podemos utilizar la definición de Hall y Fagen y decir que un sistema es «un conjunto de objetos así como de relaciones entre los objetos y entre sus atributos» *(62,* pág. 18), en el que los *objetos* son los componentes o partes del sistema, los *atributos* son las propiedades de los objetos y las *relaciones* «mantienen unido al sistema». Además estos autores señalan, que, en última instancia, cualquier objeto es especificado por sus atributos. Así, mientras que los «objetos» pueden ser seres humanos individuales, los atributos con que en esta obra se los identifica, son sus conductas comunicacionales (en contraste, por ejemplo, con los atributos intrapsíquicos). La mejor manera de describir los objetos interaccionales consiste en verlos no como individuos, sino como «personas que se comunican con otras personas». Al destacar el término «relación», se reduce considerablemente la actual vaguedad y generalidad de la definición citada. Al aceptar que siempre existe alguna clase de relación, por espúrea que sea, entre dos objetos cualesquiera, Hall y Fagen consideran que las relaciones a ser consideradas en el contexto de un conjunto dado de objetos dependen del problema de que se trate, quedando incluidas las relaciones importantes o interesantes y excluidas las que son triviales o no esenciales. La decisión sobre cuáles son las relaciones importantes y cuáles las triviales depende de la persona que trata el problema, esto es, la cuestión de la trivialidad depende del interés de cada uno. *(62,* pág. 18.)

Lo importante aquí no es el contenido de la comunicación *per se* sino exactamente el aspecto relacional (conativo) de la comunicación humana, tal como se lo definió en S.2.3. Así, los sistemas interaccionales serán *dos o más comunicantes en el proceso, o en el nivel, de definir la naturaleza de su relación.* [41]

4.2.3. Medio ambiente y subsistemas

Otro aspecto importante de la definición de un sistema es la descripción de su medio; citando también a Hall y Fagen: «Para un sistema dado, el medio es el conjunto de todos los objetos cuyos atributos al cambiar afectan al sistema y también aquellos objetos cuyos atributos son modificaciones por la conducta del sistema» (62, pág. 20). Según lo admiten los mismos autores,

> esta formulación sugiere la pregunta relativa a cuándo un objeto pertenece a un sistema y cuándo al medio, pues si un objeto reacciona con un sistema en la forma descrita, ¿no debería considerarse como parte del sistema? La respuesta no es en absoluto definida. En cierto sentido, un sistema junto con su medio constituye el universo de todas las cosas de interés en un contexto dado. La subdivisión de ese universo en dos conjuntos, sistema y medio, puede efectuarse de muchas maneras que son, de hecho, muy arbitrarias...
>
> La definición de sistema y medio hace evidente que cualquier sistema dado puede ser subdividido a su vez en subsistemas. Los objetos pertenecientes a un sistema pueden considerarse como parte del medio de otro sistema *(62,* pág. 20).

El carácter evasivo y flexible de este concepto de sistema-medio o sistema-subsistema

explica en gran medida la eficacia de la teoría de los sistemas generales para estudiar los sistemas vivos (orgánicos), ya sea biológicos, psicológicos o interaccionales, como sucede aquí. Pues

> [...] los sistemas orgánicos son *abiertos,* entendiéndose por ello que intercambian materiales, energías o información con su medio. Un sistema es *cerrado* si no existe importación o exportación de energía en cualquiera de sus formas, tales como información, calor, materiales físicos, etcétera, y, por tanto, no hay cambio de componentes, siendo ejemplo de ello una reacción química que tiene lugar en un recipiente aislado y sellado. (62, pág. 23).

Puede decirse que esta distinción entre sistemas cerrados y abiertos ha liberado a las ciencias que se ocupan de los fenómenos de la vida de las cadenas de un modelo teórico basado sobre todo en la física y la química clásicas, esto es, un modelo de sistemas exclusivamente *cerrados.* Puesto que los sistemas vivientes tienen tratos cruciales con su medio, la teoría y los métodos de análisis adecuados a cosas que pueden colocarse en un «recipiente aislado y sellado» resultaban notablemente paralizantes y equívocas. [42]

Con el desarrollo de la teoría de los subsistemas abiertos jerárquicamente ordenados, ya no es necesario aislar artificialmente el sistema y su medio; ambos encajan en forma significativa dentro del mismo marco teórico. Koestler describe la situación de la siguiente manera:

> Un organismo vivo o un cuerpo social no constituye un conglomerado de partes elementales o de procesos elementales; es una jerarquía integrada de subtotalidades semiautónomas, que consisten en subsubtotalidades, y así sucesivamente. De esta manera, las unidades funcionales en todos los niveles de la jerarquía son, por así decirlo, bifrontes: actúan como un todo cuando miran «hacia abajo», y como partes cuando miran «hacia arriba» (87, pág. 287).

Con este modelo conceptual resulta fácil ubicar un sistema interaccional diádico dentro de una familia más grande, una familia ampliada, una comunidad y un sistema cultural. Asimismo, tales sistemas pueden (con impunidad teórica) superponerse con otros subsistemas, pues cada miembro de la díada participa en subsistemas diádicos con otras personas e incluso con la vida misma (véase el Epílogo). En síntesis, los individuos que se comunican se estudian en sus relaciones *horizontales* y *verticales* con otras personas y otros sistemas.

4.3. Las propiedades de los sistemas abiertos

Así, hemos pasado de la definición más universal de los sistemas generales a centrar la atención en uno de los dos tipos básicos, el sistema abierto. Ahora es posible definir algunas de las propiedades formales macroscópicas de los sistemas abiertos, tal como se aplican a la interacción.

4.3.1. Totalidad

Cada una de las partes de un sistema está relacionada de tal modo con las otras que un cambio en una de ellas provoca un cambio en todas las demás y en el sistema total. Esto es, un sistema se comporta no sólo como un simple compuesto de elementos independientes, sino como un todo inseparable y coherente.

Quizá esta característica se entienda mejor en contraste con su opuesto polar, el carácter sumatorio: si las variaciones en una de las partes *no* afectan a las otras o a la totalidad, entonces dichas partes son independientes entre sí y constituyen un *«montón»* (para utilizar un término tomado de la literatura sobre sistemas) que no es más complejo que la suma de sus elementos. Este carácter sumatorio puede ubicarse en el otro extremo de un continuo hipotético de totalidad, y cabe decir que los *sistemas siempre se caracterizan por cierto grado de totalidad.*

Si bien en su momento las teorías mecánicas del siglo xix no fueron formalizadas para constituir una metateoría, ahora puede comprenderse que son primariamente analíticas y sumatorias. «La concepción mecanicista del mundo encontró su ideal en el espíritu laplaceano, esto es, en la concepción de que todos los fenómenos son, en última instancia, conglomerados de acciones fortuitas de unidades físicas elementales» (25, pág. 165). Así, los contrastes históricos nos proporcionarán los mejores ejemplos. Como señaló Ashby:

> La ciencia se encuentra hoy en algo así como una línea divisoria. Durante dos siglos ha explorado sistemas que son intrínsecamente simples o bien susceptibles de ser reducidos a sus componentes más elementales. El hecho de que durante un siglo se haya podido aceptar un dogma tal como «variar los factores de a uno por vez», demuestra que los científicos se ocupaban en gran medida de investigar los sistemas a los que podía aplicarse ese método, pues éste a menudo resulta fundamentalmente impracticable con los sistemas complejos. Cuando Sir Ronald Fisher acababa de publicar en la década de 1920 su obra sobre experimentos realizados con abonos agrícolas, se pudo reconocer claramente que existen sistemas complejos que no permiten la variación de un único factor por vez, pues son tan dinámicos y están tan interconectados que la alteración de un factor actúa de inmediato como causa de modificaciones en los otros, quizá en muchos de ellos. Hasta hace muy poco, la ciencia tendió a eludir el estudio de tales sistemas, y centró su atención en los que eran simples y, sobre todo, reducibles.

> Sin embargo, en el estudio de algunos sistemas no era posible evadir por completo la complejidad. La corteza cerebral del organismo de vida autónoma, la comunidad de hormigas como una sociedad de funcionamiento, y el sistema económico humano se destacaron tanto por su importancia práctica como por imposibilidad de estudiarlos mediante los otros métodos. De modo que hoy vemos psicosis que no se tratan, sociedades que declinan y sistemas económicos que se tambalean; los científicos pueden hacer poco más que apreciar toda la complejidad del tema que estudian. Pero la ciencia de hoy también está dando los primeros pasos hacia la investigación de la «complejidad» como objeto de estudio por derecho propio *(5,* pág. 5).

4.3.1.1.

Así, la *nosumatividad,* como corolario de la noción de totalidad, proporciona una guía negativa para la definición del sistema. Un sistema no puede entenderse como la suma de sus partes; de hecho, el análisis formal de segmentos artificialmente aislados destruiría el objeto mismo de estudio. Se hace necesario dejar de lado las partes en beneficio de la *gestalt* y prestar atención al núcleo de su complejidad, a su organización. El concepto psicológico de *gestalt* no es más que una manera de expresar el principio de la no-sumatividad; en otros campos existe gran interés por la *cualidad emergente* que surge de la interrelación de dos o más elementos. El ejemplo más obvio es el de la química, donde unos pocos elementos conocidos dan lugar a una inmensa variedad de nuevas sustancias complejas. Otro ejemplo serían los llamados «patrones tipo Moire», fenómenos ópticos producidos por la superposición de dos o más retículas *(144).* En ambos casos, el resultado es de una complejidad que los elementos jamás podrían explicar si se los considerara por separado. Además, resulta muy interesante que el más leve cambio en la relación entre las partes constitutivas a menudo resulta magnificado en la cualidad emergente, una sustancia distinta en el caso de la química, una configuración muy diferente en el patrón tipo Moiré. En fisiología, la patología celular de Virchow contrasta en tal sentido con enfoques modernos como el de Weiss *(162),* y en psicología, la teoría asociacionista clásica contrasta con la teoría de la *gestalt;* así, en el estudio de la interacción humana proponemos que el contraste se establezca sobre todo entre los enfoques centrados en el individuo y la teoría de la comunicación. Cuando la interacción se considera un derivado de «propiedades» individuales tales como roles, valores, expectativas y motivaciones, el compuesto —dos o más individuos que interactúan— es un montón sumatorio que puede dividirse en unidades más básicas (individuales). En contraste a partir del primer axioma de la comunicación, según el cual toda conducta es comunicación y resulta imposible no comunicarse, se deduce que las secuencias de comunicación serían recíprocamente inseparables; en síntesis, que la interacción es no-sumativa.

4.3.1.2.

Otra teoría de la interacción que está en contradicción con el principio de la totalidad es la de las relaciones *unilaterales* entre elementos, esto es, que *A* puede afectar a B, pero no viceversa. En el ejemplo de la esposa regañona y el marido retraído (S.2.4.2.), vimos que aunque una secuencia interaccional puede estar *puntuada* (por los participantes o el observador) como un patrón de causalidad unilateral, tal secuencia es de hecho circular, y la aparente «respuesta» también debe ser un estímulo para el hecho siguiente en esta cadena interdependiente. Así, afirmar que la conducta de *A* causa la conducta de *B* significa pasar por alto el efecto que la conducta *B* tiene sobre la reacción posterior de A; de hecho, significa distorsionar la cronología de los hechos puntuando ciertas relaciones en el modo de adjudicarle relieve y oscureciendo otras. Sobre todo cuando la relación es complementaria, como en las relaciones de tipo líder-seguidor, fuerte-débil o progenitor-hijo, resulta fácil perder de vista la totalidad de la interacción y desmenuzarla en unidades independientes linealmente causales. En S.2.6.2. y 2.6.3. ya se hizo una advertencia contra esta falacia y ahora sólo es necesario hacerla explícita en términos de la interacción a largo plazo.

4.3.2. Retroalimentación

Si las partes de un sistema no están relacionadas de forma unilateral o sumatoria, ¿de qué manera están unidas? Una vez rechazados estos dos modelos conceptuales clásicos, parecería que nos quedara sólo lo que en el siglo pasado y a comienzos del actual fueron sus más reputadas alternativas, esto es, nociones vagas, vitalistas y metafísicas consideradas teológicas dado que no encajaban en la doctrina del determinismo. Sin embargo, como ya se mostró en S.1.3., el cambio conceptual desde la energía (y la materia) a la información ha terminado por apartarnos de esa estéril elección entre sistemas deterministas y sistemas causales teleológicos. Desde el advenimiento de la cibernética y el «descubrimiento» de la retroalimentación, se ha comprobado que la relación circular altamente compleja constituye un fenómeno muy distinto de las nociones causales más simples y ortodoxas, pero no menos científico. La retroalimentación y la circularidad, tal como se las describe detalladamente en el capítulo 1 y como se las ilustra en numerosas ocasiones en los capítulos 2 y 3, constituyen el modelo causal adecuado para una teoría de los sistemas interaccionales. La naturaleza específica del proceso de retroalimentación es de interés mucho mayor que el origen y, a menudo, que el resultado.

4.3.3. Equifinalidad

En un sistema circular y automodificador, los «resultados» (en el sentido de alteración del estado al cabo de un período de tiempo) no están determinados tanto por las condiciones iniciales como por la naturaleza del proceso o los parámetros del sistema. En términos más simples, este principio de equifinalidad significa que idénticos resultados pueden tener orígenes distintos, porque lo decisivo es la naturaleza de la organización.

Von Bertalanffy ha manifestado con respecto a este principio:

> La estabilidad de los sistemas abiertos se caracteriza por el principio de equifinalidad, esto es, en contraste con los estados de equilibrio de los sistemas cerrados, que están determinados por las condiciones iniciales, el sistema abierto puede alcanzar un estado independiente del tiempo y también de las condiciones iniciales y determinado tan sólo por los parámetros del sistema *(27,* pág. 7).

Si la conducta equifinal de los sistemas abiertos está basada en su independencia con respecto a las condiciones iniciales, entonces no sólo condiciones iniciales distintas pueden llevar al mismo resultado final, sino que diferentes resultados pueden ser producidos por las mismas «causas». Asimismo, este corolario se basa en la premisa de que los parámetros del sistema predominan por encima de las condiciones iniciales. Así, en el análisis del modo en que las personas se afectan unas a otras en su interacción, consideraremos que las características de las génesis o el producto son mucho menos importantes que la organización de la interacción. [43]

Puede ilustrar este problema las concepciones cambiantes de la etiología (psicógena) de la esquizofrenia. Las teorías acerca de un trauma único infantil cedieron paso al postulado de un trauma relacional repetitivo aunque unilateral y concebido estáticamente, provocado por la madre esquizofrenizante. Como señala Jackson, ésta es sólo la primera fase de una revolución más amplia:

> Históricamente, la concepción del trauma psicógeno en la etiología parece estar cambiando desde las ideas originales de Freud acerca de un suceso traumático único hasta el concepto de un trauma repetitivo. *El paso siguiente no sería quién le hace qué a quién, sino cómo quién hace qué.* Quizá la próxima fase incluya un estudio de la esquizofrenia como una enfermedad de raigambre familiar que implica un complicado ciclo huésped-vector-receptor que incluye mucho más de lo que el término «madre esquizofrenógena» puede connotar *(68,* pág. 184; las bastardillas son nuestras). [44]

Lo dicho acerca de los orígenes (etiología) puede aplicarse también al cuadro clínico resultante (nosología). Para tomar una vez más a la esquizofrenia como ejemplo, existen dos maneras de comprender este término: como el nombre de una entidad nosológica fija o como el de un modo de interacción. Ya se sugirió (S.1.6.5. y 1.6.6.) que la conducta tradicionalmente clasificada como «esquizofrénica» deje de cosificarse y se estudie en cambio sólo en el contexto interpersonal en el que se produce —la familia, la institución —, donde tal conducta no es simplemente el resultado ni la causa de estas condiciones ambientales por lo común bizarras, sino una parte completamente integrada de un sistema patológico en curso.

Por último, una de las características más significativas de los sistemas abiertos es la conducta equifinal, sobre todo en contraste con el modelo de los sistemas cerrados. El estado final del sistema cerrado está completamente determinado por las circunstancias iniciales que, por lo tanto, pueden considerarse como la mejor «explicación» de ese sistema; en el caso de un sistema abierto, sin embargo, las características organizativas

del sistema pueden incluso hacer que se llegue al caso extremo de independencia total con respecto a las condiciones iniciales: *el sistema constituye entonces su mejor explicación,* y el estudio de su organización actual es la metodología adecuada. [45]

4.4. Sistemas interaccionales estables

Estamos ahora en condiciones de considerar de forma más detallada los sistemas caracterizados por la estabilidad, esto es, los llamados sistemas de «estado constante». Volviendo a Hall y Fagen, «un sistema es estable con respecto a algunas de sus variables si éstas tienden a permanecer dentro de límites definidos» (62, pág. 23).

4.4.1. Relaciones estables

Casi inevitablemente, ese nivel de análisis hace que el interés se centre ahora en las relaciones estables, es decir, las que son: 1) importantes para ambos participantes, y 2) duraderas; ejemplos generalizados serían las amistades, ciertas relaciones profesionales o de negocios y, sobre todo, las relaciones maritales y familiares *(73).* Además de su importancia práctica como instituciones sociales o culturales, tales «grupos vitales con historia» son de particular importancia heurística para la pragmática de la comunicación. Bajo las condiciones mencionadas existe no sólo la oportunidad, sino también la necesidad de repetir secuencias comunicacionales que llevan a las ya mencionadas consecuencias a largo plazo de los axiomas y las patologías. El estudio de grupos de desconocidos o de encuentros casuales puede proporcionar interesante material idiosincrásico, pero, a menos que exista interés por fenómenos singulares, artificiales o novedosos, tal interacción no es tan valiosa como la de una red «natural» en la que suponemos que las propiedades y patologías de la comunicación humana se manifestarán con un impacto pragmático más claro. [46]

4.4.1.1.

Es común que surja esta pregunta: ¿por qué existe una relación dada? Esto es, ¿por qué, sobre todo teniendo en cuenta la patología y el sufrimiento perduran esas relaciones, y los participantes no sólo no abandonan el campo sino que, para expresarlo en forma positiva, se adecúan a favor de una continuación de la relación? Tal interrogante suscita respuestas basadas en la motivación, la satisfacción de necesidades, factores sociales o culturales u otros determinantes que, si bien intervienen claramente, son tangenciales con respecto a esta exposición. Con todo, no es posible dejar de lado el problema y, de hecho, ya hemos sugerido, junto con Buber y otros, la importancia de la confirmación como un propósito social (S.3.3.3.1.).

Empero, y puesto que nuestra meta es intensiva más que extensiva, se hace necesario explorar en primer lugar las explicaciones interaccionales, antes de integrar las premisas tomadas de otros marcos de referencia. Así, daremos una respuesta que es descriptiva más que explicativa, o lo que es lo mismo, relacionada con *cómo,* y no con por qué opera en el sistema interaccional. [47] Podría establecerse una analogía muy simplificada con el funcionamiento de un modelo favorito: la computadora. La forma en que la máquina

trabaja puede describirse en términos de su lenguaje, de circuitos de retroalimentación, sistema de entrada-salida, etcétera. El proverbial hombre de Marte podría observar el funcionamiento de ese sistema durante un tiempo suficiente para entender de qué manera trabaja, pero seguiría sin saber «por qué», lo cual constituye un problema distinto y nada simple. En última instancia, la computadora puede funcionar porque está conectada con una fuente de energía; o bien podría funcionar de determinada manera debido a la naturaleza de sus partes constitutivas; en un sentido teleológico, puede funcionar como lo hace porque fue diseñada para determinado fin. En la visión general, el *por qué* de la energía y el propósito (impulso y necesidad, en términos psicológicos) no puede dejarse de lado; pero tampoco es posible hacerlo con la naturaleza del funcionamiento, esto es, el *cómo*. Además, ambos problemas pueden examinarse por separado, al menos por el momento, y como sucede con problemas similares en otros campos; en la física existe una conocida discontinuidad de modelos:

> Quizá no sea todavía el momento de preguntar, con probabilidad de obtener una respuesta, por qué, por ejemplo, los electrones y los fotones actúan como partículas y también como ondas; la física teórica aún no ha avanzado tanto. Por otro lado, se puede preguntar ya si una propiedad de tipo onda podría explicar por qué la partícula de un electrón está limitada a ciertas órbitas mientras gira alrededor del núcleo de un átomo *(2,* pág. 269).

4.4.2. Limitación

Como ya se señaló, una de las razones para asumir una posición tan estricta es la de que podría haber factores identificables intrínsecos al proceso de la comunicación, aparte de la motivación y el simple hábito, que sirven para vincular y perpetuar una relación.

Tentativamente, podríamos encuadrar a tales factores dentro de la noción del efecto limitador de la comunicación y señalar que *en una secuencia comunicacional, todo intercambio de mensaje disminuye el número de movimientos siguientes posibles.* En el extremo más superficial, ello implica una reformulación del primer axioma, es decir, que en una situación interpersonal uno está limitado a comunicarse; el desconocido que se dirige a nosotros o nos pasa por alto debe recibir una respuesta, aunque sea una conducta que lo ignore. En circunstancias más complicadas, la restricción de las posibilidades de respuesta es aún mayor. Por ejemplo, en S.3.2.3. se demostró que, dadas relativamente pocas modificaciones contextuales de la situación entre desconocidos, se puede efectuar un esquema general de todas las posibilidades. Así, el *contexto* puede ser más o menos restrictivo, pero siempre determina hasta cierto punto las contingencias. Sin embargo, el contexto no consiste sólo en factores institucionales, externos (para los comunicantes). Los mensajes manifiestos intercambiados se vuelven parte del contexto interpersonal particular y ejercen limitaciones sobre la interacción posterior *(144).* Volviendo a la analogía con el juego, en cualquier partida interpersonal —y no sólo en los modelos de motivaciones mixtas ya mencionados— un movimiento cambia la configuración del juego en esa etapa, lo que afecta las posibilidades abiertas a partir de ese momento y, por ende,

altera el curso de la partida. La definición de una relación como simétrica o complementaria, o el hecho de imponer una puntuación particular, en general limita el *vis-á-vis*. Es decir, según este concepto de la comunicación no sólo resulta afectado el emisor, sino también la relación, incluido el receptor. Incluso el hecho de manifestar desacuerdo, rechazar o redefinir el mensaje previo significa no sólo responder, sino también engendrar una participación que no necesita tener ninguna otra base excepto la definición de la relación y el compromiso inherente a *toda* comunicación. El hipotético pasajero de avión de S.3.2.3., que puede preferir un intercambio de banalidades, podría verse cada vez más envuelto, diríamos atrapado, por sus movimientos iniciales, por inocuos que fueran. En el capítulo 5 se ofrece una ilustración casi clínica, y ejemplos de una limitación que quizá sea la más rígida, la que impone la paradoja, figuran en el capítulo 6, donde se sugiere que las paradojas interpersonales son recíprocas y interpenetradas, de modo que se produce lo que los ingenieros de sistemas llaman oscilación, existiendo entre ambos participantes un vínculo complejo, insostenible, y, no obstante, aparentemente ineludible.

4.4.3. Reglas de la relación

Después de haber considerado los fenómenos de limitación, podemos pasar a aquellos problemas directamente relacionados con los sistemas interaccionales. Se recordará que en toda comunicación los participantes se ofrecen entre sí definiciones de su relación o, para decirlo de modo más riguroso, cada uno trata de determinar la naturaleza de la relación. Del mismo modo, cada uno de ellos responde con su propia definición de la relación, que puede confirmar, rechazar o modificar la del otro. Tal proceso es de suma importancia, pues en una relación estable no puede quedar fluctuante o sin resolver. Si el proceso no se estabiliza, las enormes variaciones y lo inmanejable de la situación, por no hablar de lo ineficaz que resulta redefinir la relación con cada intercambio, llevarían a una disolución de la misma. Las familias patológicas que tan a menudo se ven en terapia discutiendo inacabablemente acerca de problemas de relación (S.3.3.1.) ilustran esa necesidad, aunque sugerimos que existen límites incluso para esas disputas y, a menudo, una muy dramática regularidad en medio de ese caos.

> Las parejas [...] que pueden recurrir a artimañas de conducta increíblemente variadas durante el noviazgo, alcanzan sin duda considerable economía al cabo de un tiempo en términos de qué temas pueden discutirse, y de qué manera. En consecuencia, parecen [...] haber excluido mutuamente amplias áreas de conducta de su repertorio interaccional y nunca vuelven a discutir sobre ellas [...] (74, pág. 13).

Jackson ha llamado *regla* de la relación a esta estabilización de su definición *(73, 74);* se trata de una formulación de las redundancias observadas en el nivel relacional, incluso con respecto a una gama variada de áreas de contenido. Esta regla puede aplicarse a la simetría o a la complementariedad, a una puntuación particular (tal como la de chivo emisario), la impenetrabilidad interpersonal recíproca (S.3.3.5.) o algún otro de los múltiples aspectos de la relación. Se observa en esas circunstancias una extrema

limitación de las conductas posibles en alguna de las dimensiones, cosa que determina una configuración redundante, lo cual movió a Jackson a caracterizar a la familia como un sistema gobernado por reglas *(74)*. Evidentemente, ello no significa qué leyes gobiernan la conducta familiar, *apriori,* sino más bien, como señala Mach refiriéndose a la ciencia en general, que

> [...] las reglas para reconstruir un gran número de hechos pueden encerrarse en una expresión *única.* Así, en lugar de observar casos individuales de refracción de la luz, podemos reconstruir mentalmente todos los casos presentes, y futuros, si sabemos que el rayo incidente, el rayo refractado y la perpendicular se encuentran en el mismo plano y que sen *a/* sen *ff* = n. Aquí, en lugar de innumerables casos de refracción en distintas combinaciones de la materia y bajo ángulos distintos de incidencia, simplemente tenemos que observar la regla ya formulada y los valores de n, lo cual resulta mucho más fácil. El propósito económico resulta aquí inconfundible. En la naturaleza no hay una *ley* de la refracción, sino sólo casos diferentes de refracción. La ley de la refracción es una regla sumaria y concisa, creada por nosotros para la reconstrucción mental de un hecho, y sólo para su reconstrucción en parte, o sea, desde su enfoque geométrico (99, págs. 485-486).

4.4.4. La familia como sistema

La teoría de las reglas familiares se adecúa a la definición inicial de un sistema como «estable con respecto a algunas de sus variables si éstas tienden a mantenerse dentro de límites definidos» y, de hecho, esto lleva a una consideración más formal de la familia como sistema.

Este modelo para la interacción familiar fue sugerido por Jackson cuando introdujo el concepto de *homeostasis familiar (69).* Observando que las familias de los pacientes psiquiátricos a menudo sufrían repercusiones drásticas (depresión, episodios psicosomáticos, etcétera) cuando el paciente mejoraba, Jackson postuló que estas conductas y quizá, por lo tanto, la enfermedad del paciente, eran «mecanismos homeostáticos» que intervenían para que el sistema perturbado recuperara su delicado equilibrio. Esta breve formulación constituye el núcleo de un enfoque comunicacional de la familia, que ahora puede describirse en términos de algunos principios ya presentados.

4.4.4.1. Totalidad

Dentro de la familia, la conducta de cada individuo está relacionada con la de los otros y depende de ella. Toda conducta es comunicación, y, por ende, influye sobre los demás y sufre la influencia de éstos. Específicamente, como ya se señaló, los cambios favorables o desfavorables en el miembro de la familia identificado como paciente ejercen por lo común algún efecto sobre otros miembros, sobre todo en términos de su propia salud psicológica, social o incluso física. Los terapeutas de familia que logran

aliviar el problema por el cual se los consultó enfrentan a menudo una nueva crisis. El siguiente ejemplo es típico en principio, aunque se lo eligió debido a la insólita claridad con que se describe el problema. Una pareja inició una terapia matrimonial por insistencia de la esposa, cuya queja parece más que justificada: su marido, un joven agradable y despierto, se las había apañado para terminar el colegio secundario sin haber aprendido a leer ni a escribir. Durante su servicio militar también logró eludir un curso especial para soldados analfabetos. Cuando se lo dio de baja comenzó a trabajar como obrero y se vio impedido de progresar o lograr un aumento de sueldo. La esposa es una persona atractiva, enérgica y sumamente escrupulosa. Debido al analfabetismo del esposo, carga con las responsabilidades familiares y en muchas ocasiones debe llevar al marido a nuevos lugares de trabajo porque aquél no puede leer los nombres de las calles ni el mapa de una ciudad.

Poco tiempo después de iniciada la terapia, el marido se inscribió en un curso nocturno para analfabetos, logró que su padre lo ayudara con sus estudios y adquirió una eficacia rudimentaria para la lectura. Desde un punto de vista terapéutico todo parecía marchar sumamente bien, hasta que el terapeuta recibió una llamada telefónica de la esposa, quien le informó que dejaría de acudir a las sesiones conjuntas e iniciaría los trámites para el divorcio. Como en el antiguo chiste, «la operación fue un éxito, pero el paciente murió». El terapeuta había pasado por alto la naturaleza interaccional del problema planteado (analfabetismo) y, al eliminarlo, alteró la relación complementaria de la pareja, aunque ese resultado era exactamente lo que la esposa había esperado de la terapia.

4.4.4.2. No sumatividad

El análisis de una familia no es la suma de los análisis de sus miembros individuales. Hay características del sistema, esto es, patrones interaccionales, que trascienden las cualidades de los miembros individuales; por ejemplo, los complementos de S.3.6.2. o la comunicación de doble vínculo recíproco que se describirá en S.6.4.3.2. Muchas de las «cualidades individuales» de los miembros, en particular la conducta sintomática, son, de hecho, inherentes al sistema. Por ejemplo, Fry *(52)* ha examinado concisa y claramente el contexto marital en el que un grupo de pacientes exhibía un síndrome de ansiedad, fobias y conducta estereotipada de evitación. En ninguno de los casos existía un cónyuge que funcionara adecuadamente, pero aún más interesante para nuestra teoría actual es el encaje mutuo, sutil y generalizado de la conducta observada en cada pareja. Fry señala que

> luego de un cuidadoso estudio, los cónyuges revelan una historia de síntomas sumamente similares, si no idénticos, a los del paciente. Por lo común, se muestran reacios a revelar esa historia. Por ejemplo, a una esposa no sólo le resultaba imposible salir sola, sino que incluso cuando estaba acompañada sentía pánico si entraba en un lugar muy iluminado y/o lleno de gente o debía permanecer esperando

en una fila. Al principio, su marido negó tener problemas emocionales, pero luego reveló que había experimentado episodios ocasionales de ansiedad, por lo cual evitaba ciertas situaciones. Las situaciones que evitaba eran: multitudes, permanecer en una fila, y entrar en lugares públicos muy iluminados. Sin embargo, ambos cónyuges insistían en que la esposa debía ser considerada como la paciente porque ella tenía *más* miedo de esas situaciones que él.

En otro caso se consideró que la esposa era la paciente porque tenía miedo a los lugares cerrados y no podía subir en un ascensor. Por lo tanto, la pareja no podía visitar un restaurante situado en el último piso de un edificio alto. Con todo, más tarde se comprobó que el marido temía los lugares altos, temor al que jamás había tenido necesidad de enfrentarse debido al acuerdo marital en el sentido de que nunca subirían al último piso de los edificios porque la esposa tenía miedo de entrar en el ascensor *(52,* pág. 248).

El autor sugiere luego que los síntomas del paciente parecen proteger al cónyuge, y para corroborarlo señala que el comienzo de los síntomas suele estar correlacionado con un cambio en la situación de vida del cónyuge, un cambio que podría producirle ansiedad. El patrón interaccional característico de tales parajes es designado por Fry como «control dual», esto es:

Los síntomas de la paciente la colocan en la posición, como miembro enfermo, de exigir que el cónyuge esté siempre a su disposición y haga lo que ella dice. El marido no puede dar un paso sin consultar a la paciente. No obstante, al mismo tiempo, la paciente es objeto de una constante supervisión por parte del esposo. Éste puede tener que permanecer cerca del teléfono para que ella pueda llamarlo, pero él también controla todas las actividades de su mujer. Tanto la paciente como el marido a menudo señalan que el *otro* siempre se sale con la suya.

Las dificultades de la paciente permiten al marido evitar muchas situaciones en las que él podría experimentar ansiedad o algún otro malestar, sin tener que enfrentarse a la posibilidad de un síntoma. La mujer puede constituir una sólida excusa para él, que así puede evitar la vida social, puesto que su esposa se siente incómoda. Puede limitar su trabajo, aparentemente porque debe atender a una persona enferma. Puede tratar inadecuadamente a sus hijos a causa de su evitatividad y de su tendencia a las reacciones excesivas, pero se libra de tener que enfrentarse consigo mismo gracias a la sospecha de que los problemas de los niños tienen su origen en los síntomas de la paciente. Puede evitar las relaciones sexuales con la paciente aparentemente porque ella está enferma y no podría hacerlo. Quizá le incomode sentirse solo, pero, puesto que la paciente tiene miedo de estarlo, él siempre puede tenerla a su lado sin revelar así que *él* tiene ese síntoma.

La paciente insatisfecha puede revelar cierto deseo de tener una relación extramarital, pero sus síntomas fóbicos le impiden vincularse con otros hombres. En cuanto al marido, las características de su personalidad y su reacción frente a la

enfermedad de la paciente hacen que esa posibilidad tampoco exista para él. Tanto la paciente como el esposo están relativamente protegidos de esa exigencia por los síntomas de la primera.

Por lo común, el matrimonio es infeliz y la pareja vive distante e insatisfecha, pero los síntomas sirven para mantenerla unida. Este tipo de matrimonio podría llamarse matrimonio compulsivo [...].

4.4.4.3. Retroalimentación y homeostasis

El sistema actúa sobre las entradas (acciones de los miembros o del medio) al sistema familiar y las modifica. Debe examinarse la naturaleza del sistema y sus mecanismos de retroalimentación así como la naturaleza de la entrada (equifinalidad). Algunas familias pueden soportar grandes reveses e incluso convertirlos en motivos de unión; otras parecen incapaces de manejar las crisis más insignificantes. Aún más extremas son las familias de los pacientes esquizofrénicos, que no pueden aceptar las manifestaciones inevitables de madurez en el hijo y que contrarrestan estas «desviaciones» tildándolas de enfermas o nocivas. Laing y Esterson *(90)* describen la reacción de la madre («Sra. Field») de una esquizofrénica de quince años («June») a la creciente independencia de la hija. Desde los dos hasta los diez años de edad, June había padecido de una luxación congénita de la cadera, que hizo necesaria una serie de medidas correctivas complejas y engorrosas, que limitaban casi por completo las actividades de la niña.

La señora Field hizo su relato en un tono alegre y ágil. Su manera de hablar es tan reveladora como el notable contenido [...].

La señora Field no sólo omite permanentemente toda referencia a que June podía haber sido en algunas ocasiones un espectáculo penoso para ella, además de «encantadora»; infeliz, desdichada, quizá, además de muy feliz; callada, además de ruidosa, y no necesariamente siempre afectuosa, sino que su repertorio de calificativos positivos jamás varía. Esta imagen de June hasta la edad de 14 años se mantiene con certeza y rigidez, y sin duda constituye una visión notablemente limitada de cualquier ser humano. Es impermeable a las demostraciones directas de lo contrario por parte de June. Se ejerce sobre la niña una gran presión para que acepte esta imagen de sí misma, y se ataca su vida si ella disiente. Es temporal. Como la señora Field afirma una y otra vez: «Ésa no es mi June. Ahora no puede comprenderla. Siempre fue una niña muy feliz. Siempre fue una niña muy bulliciosa *(90,* págs. 135-136).

Obsérvese la negación de toda prueba en sentido contrario. Pero cuando la misma June comenzó a contradecir esa imagen, la díada entró en una nueva fase, caracterizada por los esfuerzos masivos de la señora Field por contrarrestar los cambios, que en general consistían en afirmar que la niña estaba enferma:

En el verano anterior al invierno en que se la internó, June se separó de la madre por primera vez desde su permanencia en un hospital durante seis semanas cuando tenía dos años, debido a la luxación de cadera. Ese verano fue a un campamento para niñas organizado por la iglesia. La señora Field fue la única madre que acompañó a su hija al campamento. Durante el mes que estuvieron alejadas, la niña hizo una serie de descubrimientos acerca de sí misma y de los demás y, desgraciadamente, se deterioró la relación con su mejor amiga. Tomó conciencia de sí misma desde el punto de vista sexual con mucha mayor intensidad que antes.

En opinión de la madre, cuando regresó del campamento ya «no era mi June. No la conocía» [...].

La madre se sintió muy alarmada ante esos cambios y, entre agosto y diciembre, consultó a dos médicos y a su directora con respecto a la niña. Ninguno de ellos veía nada anormal en June, y lo mismo ocurría con su hermana y su padre. Sin embargo, la señora Field no se resignaba a dejarla tranquila.

Resulta importante comprender que la imagen que la señora Field tenía de June nunca era, por cierto, verdadera. La madre desconocía por completo todo lo relativo a la vida de la niña. Ésta se sentía tímida y vergonzosa, insegura de sí misma, pero era grande para su edad y se mostraba activa en la natación y otros deportes que había empezado a practicar para superar su prolongada invalidez infantil (no le sacaron el yeso hasta los diez años de edad). Aunque activa, no era independiente pues, como ella misma nos dijo, se había sometido en gran medida a la madre y rara vez se animaba a contradecirla. Sin embargo, comenzó a salir con muchachos cuando tenía trece años, aunque decía que iba al club de la parroquia.

Cuando regresó del campamento, comenzó a manifestar por primera vez cómo se sentía realmente con respecto a sí misma, a su madre, a su desempeño escolar, a Dios, a otras personas, etcétera, y, en comparación con lo que es habitual en otras niñas de su edad, lo hacía en forma muy sumisa.

Este cambio fue muy bien recibido por sus maestras, con cierto grado de desagrado, típico de una hermana, por Sylvia y, en el caso del padre, como parte de las complicaciones que significaba tener una hija. Sólo para su madre constituyó una expresión de *enfermedad,* y consideró una confirmación de su opinión el que June comenzara a mostrarse más retraída en su casa a partir de las vacaciones de Navidad. La versión de la madre en cuanto a los hechos que provocaron este estado de pasividad inmóvil casi total puede expresarse de la siguiente manera: June había comenzado a enfermar a partir de agosto. Sufrió cambios sutiles en su personalidad, se volvió maleducada, agresiva, cruel e insolente en su hogar, al tiempo que en la escuela se mostraba retraída y tímida. Según esta versión, nadie conoce a una hija mejor que su madre, y ésta puede percibir los comienzos de la esquizofrenia antes que los demás (padre, hermana, maestros, médicos) (90, págs. 137-139).

En esta investigación desusadamente intensa se efectuó una observación directa del período de hospitalización y recuperación:

La fase en la que June estuvo clínicamente catatónica y en la que la madre la atendía como a un bebé, duró tres semanas, y constituyó la fase más armoniosa que hayamos observado directamente en su relación. El conflicto sólo se planteó cuando June, desde nuestro punto de vista, comenzó a mejorar.

En el período de recuperación, casi todos los progresos que hacía June (en opinión de las enfermeras, la asistencia social psiquiátrica, los terapeutas ocupacionales y nosotros mismos) chocaban con la vehemente oposición de la madre, para quien constituían retrocesos, mientras que para June y para nosotros eran pasos hacia adelante.

He aquí unos pocos ejemplos.

June comenzó a demostrar cierta iniciativa. La madre manifestó alarma ante cualquier actitud de este tipo fuera porque June era irresponsable o porque June nunca hacía nada sin pedir permiso primero. No había nada de malo en lo que June hacía, excepto que no pedía permiso...

Un ejemplo, que según la madre la alarmaba, era que June comía una chocolatina después del desayuno, sin pedir permiso para hacerlo... Los padres no proporcionaban a June dinero alguno, pero le aseguraban que se lo darían si ella explicaba para qué lo quería. No es sorprendente que la niña prefiriera pedir pequeñas sumas a otras personas. Tenía que dar cuenta de las pocas monedas con las que contaba. Este control alcanzó extremos notables. Una vez June le sacó unas monedas al padre para comprar un helado. El padre le dijo a la madre que si June comenzaba a robar dejaría de ser su hija. En otra ocasión encontró un chelín en el cine y sus padres insistieron en que lo entregara en la taquilla. June afirmó que eso era ridículo y que significaba llevar la honestidad demasiado lejos, pues ella misma no esperaba que nadie le devolviera un chelín si lo perdía. Pero los padres insistieron todo el día en su actitud y esa misma noche el padre entró al dormitorio de la niña para volver a retarla.

Ejemplos como éstos son innumerables y ponen de manifiesto las intensas reacciones de los padres frente a la nueva, aunque frágil, autonomía de June. El término con que la señora Field se refería a esta mayor independencia era «una explosión».

Hasta este momento June se ha mantenido firme. La madre sigue expresándose en términos muy ambivalentes con respecto a las pruebas que da June de una mayor independencia. Le dice que tiene un aspecto horrible cuando se maquilla, la ridiculiza activamente en lo que se refiere al interés que los muchachos pueden sentir por ella, trata toda manifestación de irritación o exasperación por parte de June como síntomas

de la «enfermedad» o los interpreta como manifestaciones del «mal»...

> Con todo, June tiene que mantener un estrecho control sobre sí misma, porque si grita, da alaridos, llora, insulta, come muy poco, o come demasiado, come con excesiva rapidez o excesiva lentitud, lee mucho, duerme mucho o muy poco, su madre siempre le dice que está enferma... June necesita sin duda mucho valor para correr el riesgo de estar lo que sus padres consideran «bien» (90, págs. 139-145).

Es precisamente cuando llegamos al problema de la retroalimentación que se hace necesario revisar la terminología para clarificar la teoría. Se ha llegado a identificar el término «homeostasis» con estabilidad o equilibrio, no sólo aplicado a la familia sino también en otros campos. Pero, como han señalado Davis *(36)* y Toch y Hastorf *(154),* desde la época de Bernard existen dos definiciones de homeostasis: 1) como un *fin* o estado, específicamente la existencia de cierta constancia frente al cambio (externo), y 2) como un *medio:* los mecanismos de retroalimentación negativa que intervienen para minimizar el cambio. La ambigüedad de este doble uso y las posteriores aplicaciones amplias, y a menudo igualmente vagas, del término han limitado su utilidad como una analogía precisa o un principio explicativo. En la actualidad resulta más claro referirse al *estado constante* o *la estabilidad* de un sistema, que en general se mantiene mediante mecanismos de *retroalimentación negativa.*

Todas las familias que permanecen unidas deben caracterizarse por cierto grado de retroalimentación negativa, a fin de soportar las tensiones impuestas por el medio y por los miembros individuales. Las familias perturbadas son particularmente refractarias al cambio y a menudo demuestran una notable capacidad para mantener el *status quo* mediante una retroalimentación predominantemente negativa, como lo observó Jackson, [48] y como lo ilustra el ejemplo de Laing y Esterson.

Sin embargo, también existe aprendizaje y crecimiento en la familia, y es precisamente aquí donde más erróneo resulta un modelo homeostático puro, pues dichos efectos están más cerca de la retroalimentación *positiva.* La diferenciación entre conducta, refuerzo y aprendizaje (tanto de la conducta adaptativa como de la sintomática) y el crecimiento y alejamiento final de los hijos indican que, si bien desde cierto punto de vista la familia está equilibrada por la homeostasis, por otro lado existen importantes factores simultáneos de cambio [49] y un modelo de la interacción familiar debe necesariamente incorporar éstos y otros principios dentro de una configuración más compleja.

4.4.4.4. Calibración y funciones escalonadas

Lo anterior implica dos supuestos más básicos: el de la *constancia* dentro de un *rango definido.* La importancia del cambio y la variación (en términos de retroalimentación positiva, retroalimentación negativa u otros mecanismos) radica en la premisa implícita de cierta estabilidad fundamental de la variación, una noción que, como

ya se señaló, ha quedado oscurecida por el doble uso del término «homeostasis». La expresión más exacta para este rango fijo es la *calibración (14),* la «regulación» del sistema que, como se verá, es equivalente al concepto más específico de *regla,* ya definido. La analogía clásica del termostato de un radiador doméstico servirá para ilustrar estos términos. El termostato está regulado o calibrado para una determinada temperatura de la habitación, y las fluctuaciones por debajo de ella activan el radiador hasta corregir la desviación (retroalimentación negativa) y la temperatura en la habitación vuelve otra vez al rango calibrado. Sin embargo, consideremos lo que sucede cuando se modifica la regulación del termostado, esto es, cuando se fija una temperatura superior o inferior; hay una diferencia en la conducta de un sistema como un todo aunque el mecanismo de la retroalimentación negativa siga siendo exactamente el mismo. Este cambio en la calibración, tal como modificar la regulación de un termostato o hacer los cambios de marcha en un automóvil, es una *función escalonada (4).*

Debe notarse que una función escalonada ejerce a menudo un efecto estabilizador. El hecho de regular un termostato a una temperatura menor reduce la necesidad de retroalimentación negativa y aligera el trabajo y los gastos del radiador. Asimismo, las funciones escalonadas permiten lograr efectos más adaptativos. El circuito de retroalimentación del acelerador del automóvil tiene ciertos límites en cada marcha, y para aumentar la velocidad general o subir una pendiente, se hace necesaria una recalibración (cambio de marcha). Parecería que también en las familias las funciones escalonadas ejercen un efecto estabilizador: la psicosis constituye un cambio brusco que recalibra el sistema e incluso puede ser adaptativo (77; recuérdese, asimismo, el período catatónico en el ejemplo ya citado de Laing y Esterson). Los cambios internos virtualmente inevitables (la edad y la maduración de padres e hijos) pueden modificar la regulación del sistema, sea gradualmente desde adentro o en forma drástica desde afuera, según la forma en que el medio social incida sobre esos cambios (con exigencias de educación superior, servicio militar, jubilación, etcétera).

Bajo esta luz, los mecanismos homeostáticos observados clínicamente por Jackson *(69, 70)* de hecho pueden ser fenómenos incluso más complejos que los que se examinan aquí. Si ciertos mecanismos homeostáticos se producen habitualmente como respuesta a una desviación con respecto a las reglas familiares, entonces constituyen un patrón de orden superior caracterizado por el romper y restaurar un patrón a lo largo de unidades de tiempo más largas.

Aplicando este modelo a la vida familiar, o a pautas sociales amplias tales como la vigilancia del cumplimiento de la ley, sugerimos que existe una calibración de la conducta habitual o aceptable, las reglas de una familia o las leyes de una sociedad, dentro de los cuales suelen funcionar los individuos o los grupos.

En un nivel estos sistemas son muy estables, pues una desviación en la forma de la conducta fuera del rango aceptado se ve contrarrestado (castigada, sancionada, o incluso reemplazada por un sustituto, como cuando otros miembros de la familia se convierten en el paciente). En otro nivel, el cambio se produce a lo largo del tiempo, lo cual creemos se debe, por lo menos en parte, a la amplificación de otras desviaciones y puede

eventualmente llevar a un nuevo estado del sistema (función escalonada).

4.5. Resumen

Se describe la interacción humana como un sistema de comunicación, caracterizado por las propiedades de los sistemas generales: el tiempo como variable, relaciones sistemas-subsistemas, totalidad, retroalimentación y equifinalidad. Los sistemas interaccionales se consideran el foco natural para el estudio del impacto pragmático a largo plazo de los fenómenos comunicacionales. La limitación, en general, y el desarrollo de reglas familiares, en particular, llevan a una definición e ilustración de la familia como un sistema gobernado por reglas.

5
UN ANÁLISIS COMUNICACIONAL DE LA OBRA *¿QUIÉN TEME A VIRGINIA WOOLF?*

«Preguntadle a los poetas».
SIGMUND FREUD

5.1. Introducción

El problema general relativo a la manera adecuada de ilustrar la teoría de los sistemas interaccionales descrita en el capítulo anterior, así como nuestra elección de un sistema ficticio en lugar de datos clínicos reales (como en capítulos previos) merecen algunos comentarios especiales. Habiendo descrito una unidad de procesos recurrentes no subrayando incidentes o variables importantes sino más bien señalando patrones redundantes a lo largo del tiempo y de una amplia variedad de situaciones, la primera dificultad inherente a la presentación de ejemplos surge de una simple cuestión de volumen. Para demostrar exactamente qué significan las diversas abstracciones que definen a un sistema —reglas, retroalimentación, equifinalidad, etcétera— es necesario disponer de un enorme número de mensajes así como de sus análisis y sus configuraciones.

Por ejemplo, la transcripción de largas horas de terapia familiar resultaría prohibitiva por su volumen y estaría distorsionada por el punto de vista del terapeuta y el contexto terapéutico. Los datos crudos de tipo «historia natural» llevarían la falta de límites hasta extremos que no encierran utilidad alguna. La selección y la síntesis tampoco ofrecen una solución, pues estarían distorsionadas de tal modo que el lector se vería privado del derecho a observar el proceso mismo de selección. Así, la segunda meta importante, además de lograr una dimensión adecuada, es una independencia razonable con respecto a los datos, es decir, que los datos puedan independizarse de quienes los generan, en el sentido de que sean accesibles a todos.

La insólita y conocida obra de Edward Albee parece satisfacer ambos criterios. Los límites de los datos presentados en la obra están determinados por la licencia artística, aunque posiblemente la obra sea incluso más real que la realidad, un «fuego en las cenizas húmedas del naturalismo» *(1);* además, el lector tiene a su alcance toda la información. Como consecuencia de este último hecho, es posible hacer muchas otras interpretaciones de esta obra y, en efecto, son muchas las que se han sugerido. El hecho de elegir una de ellas, como hacemos aquí, no implica estar en desacuerdo con las otras. Se trata simplemente de que nos proponemos ilustrar la tesis bajo discusión y no analizar exhaustivamente la obra como una unidad independiente. Después de una síntesis del argumento, este capítulo seguirá con la mayor fidelidad, posible la estructura de la sección principal del capítulo 4, estando por lo menos los primeros encabezamientos decimales (5.2., 5.3. y 5.4.) relacionados con sus contrapartes en ese capítulo.

5.1.1. Resumen del argumento

Esta obra que, de acuerdo con un crítico, pinta «un limbo de agresividad doméstica» *(107,* pág. 58), tiene muy poca acción concreta. La mayor parte de su movimiento consiste en rápidos y detallados intercambios verbales. A través de esos intercambios, la complejidad comunicacional de la interacción entre los cuatro actores se desarrolla de manera más cabal de lo que se lograría, quizá, si el autor se hubiera apoyado más en

hechos «reales» en el sentido dramático ortodoxo.

Toda la acción tiene lugar durante la madrugada de un domingo, en la sala de la casa de Jorge y Marta en una Universidad de Nueva Inglaterra. Marta es la hija única del rector de la universidad, y su marido, Jorge, un profesor adjunto en el Departamento de Historia. Ella es una mujer exuberante, ruidosa, de 52 años, aunque aparenta menos edad; él es un intelectual delgado, algo canoso, de aproximadamente 46 años. No tienen hijos. Según Marta, tanto ella como su padre esperaban que Jorge, que era un hombre joven cuando llegó a la universidad, se hiciera cargo del Departamento de Historia y llegara a ser rector de la universidad. Jorge no respondió a esta expectativa y nunca dejó de ser profesor adjunto.

Cuando se inicia la obra, Jorge y Marta regresan a su casa tras asistir a una reunión en la casa del padre de Marta. Son las dos de la mañana pero, sin que Jorge lo sepa, Marta ha invitado a una pareja que conocieron en la reunión. Estos visitantes son Nick, un nuevo miembro del Departamento de Biología, de unos treinta años de edad, rubio y bien parecido, y su esposa Honey, de veintiséis años, una rubia pequeña e insípida. Según se revela más tarde, Nick se casó con Honey porque creía que ella iba a tener un hijo, pero finalmente se comprobó que se trataba de un embarazo histérico, que desde luego desapareció en cuanto se casaron; y quizá lo movió también la riqueza de su suegro. Fuera por estas u otras razones, Nick y Honey mantienen entre sí un estilo exageradamente convencional de comunicación.

Jorge y Marta comparten algunos secretos, en particular, la ficción compartida de que tienen un hijo que acaba de alcanzar la mayoría de edad, y una regla relacionada con este tipo imaginario, a saber, que no deben revelar a nadie su «existencia». Hay también una época muy oscura en la vida anterior de Jorge. Según parece, en un accidente mató de un tiro a la madre y un año después, mientras su padre le enseñaba a conducir, perdió el control del coche y aquél murió en el accidente; pero al público le queda cierta duda sobre si no se trata simplemente de otra fantasía.

El acto 1 tiene como título «Juegos y diversiones» y constituye una introducción al estilo de pendencia verbal de la pareja de más edad y a su mítico hijo, así como la actitud seductora (obviamente estereotipada) de Marta frente a Nick. El clímax se alcanza cuando Marta ataca cruelmente a Jorge por su fracaso profesional.

Al comienzo del acto 2, «Walpurgisnacht» (La noche de las brujas), Jorge y Nick están solos en la habitación, rivalizando casi en lo que se refiere a hacer confidencias, pues Jorge habla acerca de la muerte de sus padres, aunque la presenta como la triste historia de una tercera persona, y Nick explica por qué se casó. Cuando regresan las mujeres, Marta comienza a bailar descaradamente con Nick, en beneficio de Jorge, y se inicia el primer juego con título explícito, «Humillar al anfitrión». Marta revela a sus invitados la forma en que murieron los padres de Jorge, por lo cual éste la ataca físicamente. Luego él mismo inicia el juego siguiente, «Joder a los invitados», y relata, ante la profunda mortificación de Nick y el horror de Honey, el secreto que condujo a estos últimos al matrimonio. Luego Marta y Jorge se desafían mutuamente y juran seguir luchando. El juego siguiente se convierte en «Montar a la anfitriona», y lleva a la

seducción abierta de Nick por parte de Marta, aunque la capacidad de aquél para cooperar demuestra estar menoscabada por el alcohol, pues no han hecho otra cosa más que beber durante toda la noche.

El acto 3, «Exorcismo», comienza mostrando a Marta sola, reprochándose por su intento de infidelidad y lamentando, al mismo tiempo, que éste no se haya consumado. Mientras tanto, Jorge ha preparado el último juego («Hagamos aparecer al nene»), y reúne a los otros tres para este round final. Revela toda la historia del mito del hijo y luego anuncia a Marta, furiosa pero impotente, que el hijo «murió» en un accidente automovilístico. La naturaleza de este exorcismo parece quedar en evidencia hasta para Nick («Jesús, creo que comprendo esto»). [50] Él y Honey se alejan y la obra termina con una nota de agotamiento y ambigüedad, que no deja en claro si Jorge y Marta seguirán jugando a los padres que lamentan la muerte de su único hijo en plena juventud o si ahora se ha hecho posible un cambio completo en los patrones de su relación.

5.2. La interacción como sistema

Los personajes de esta obra, en particular Jorge y Marta, parecen constituir un sistema interaccional caracterizado, *mutatis mutandis,* por muchas de las propiedades de los sistemas generales. Conviene destacar una vez más que ese modelo no es literal ni general, es decir, estos personajes, como los de las relaciones reales, no se consideran en ningún sentido mecánicos, automatizados o completamente definidos por sus aspectos interaccionales. De hecho, la fuerza de un modelo como recurso científico se basa en una representación y una organización deliberadamente simplificadas del tema del discurso *(2)*.

5.2.1. Tiempo y orden, acción y reacción

Gregory Bateson definió la psicología social como «el estudio de las reacciones de los individuos frente a las reacciones de otros individuos», y agregó: «Debemos considerar no sólo las reacciones de A ante la conducta de B, sino también de qué manera ellas afectan la conducta posterior de B y el efecto que ello ejerce sobre A» *(10,* págs. 175-176). Ése será el principio subyacente a nuestro análisis. Jorge y Marta son individuos interesantes, pero no se los sacará fuera de su contexto social (que está constituido, primariamente, por cada uno de ellos con respecto al otro) para considerarlos como «tipos». Antes bien, la unidad de análisis será lo que sucede, en forma de secuencia, entre ellos: Marta tal como reacciona frente a Jorge y éste ante ella. Estas transacciones se acumulan, a lo largo de períodos más prolongados de tiempo, asumiendo un orden que, aunque resumido, sigue estando esencialmente compuesto por procesos secuenciales.

5.2.2. Definición del sistema

En S.4.2.2. se definió un sistema interaccional como dos o más comunicantes en el proceso o en el nivel de definir la naturaleza de su relación. Como hemos tratado de explicar en los capítulos precedentes, los patrones de relación existen independientemente del contenido aunque, desde luego, en la vida real siempre se manifiestan a través del contenido. Si se limita la atención al contenido de lo que las personas se comunican entre sí, entonces a menudo no parece haber casi ninguna continuidad en su interacción: «el tiempo siempre comienza de nuevo y la historia siempre está en el año cero». Y así sucede en la obra de Albee: durante tres penosas horas, el espectador presencia una secuencia caleidoscópica de acontecimientos siempre cambiantes. Pero, ¿es su denominador común? Alcoholismo, impotencia, infantilismo, homosexualidad latente, sadomasoquismo, todos estos factores se han propuesto como explicaciones de lo que sucede entre estas dos parejas en la madrugada de un domingo. En su producción de Estocolmo, Ingmar Bergman acentuó «la referencia Cristológica en el sacrificio del hijo por el padre, el hijo que era el regalo del padre a la madre, del cielo a la tierra, de Dios a

la humanidad *(109). En* tanto el criterio utilizado sea el *contenido* de la comunicación, todos estos puntos de vista, por contradictorios que sean algunos de ellos, parecen justificados hasta cierto punto.

Pero Albee mismo sugiere un punto de vista completamente distinto. El acto 1 se titula «Juegos y diversiones»: En el curso de toda la obra se juegan juegos de relaciones y de continuo se invocan reglas, se las obedece y se las viola. Son juegos terroríficos, desprovistos de toda característica juguetona, y sus reglas constituyen su mejor explicación. Ni los juegos ni las reglas responden a la pregunta *¿por qué?,* como también señala Schimel:

> Resulta adecuado que el primer acto se titule «Juegos y diversiones», un estudio de *patrones de conducta repetitivos,* aunque destructivos, *entre personas.* Albee representa gráficamente el «cómo» de los juegos y deja el «por qué» al público y a los críticos *(141,* pág. 99; las bastardillas son nuestras).

Importa poco, entonces, si Jorge es en realidad un fracaso como profesional, y ello por las razones que Marta señala, o si Nick es de hecho el Científico del Futuro que constituye una amenaza para la historia y los historiadores. Consideremos las frecuentes referencias de Jorge a la historia y a la biología del futuro (eugenesia, conformismo). Esto puede entenderse como una preocupación personal y bastante malhumorada, como él mismo la llama, o como un comentario social e incluso una alegoría de la lucha entre el hombre occidental tradicional (Jorge) y la ola del futuro (Nick), siendo el trofeo la «Madre Tierra» (como Marta se llama a sí misma [pág. 189]; o bien como todo esto y más aún). Pero visto en términos de la *relación* entre Jorge y Nick, este tópico es otra «bolsa de papas» (como Jorge describe más tarde al hijo mítico [pág. 98]), esto es, un juguete, a menudo un proyectil, el medio por el cual se manifiesta su juego. En tal sentido, las disgresiones de Jorge sobre historia y biología pueden entenderse como provocaciones disfrazadas de defensa y, de esta manera, como un interesante fenómeno comunicacional que incluye una descalificación, una negación de la comunicación (con el efecto de una participación progresiva) y una puntuación que conduce a una «profecía que se cumple a sí misma» en la que Nick realmente toma a la mujer de Jorge.

Del mismo modo, parecería que Jorge y Marta están tan atrapados en su lucha relacional que no toman en serio el contenido de sus insultos (de hecho, Marta no permite que Nick le diga a Jorge las mismas cosas que ella le dice ni que obstaculice su juego; parecen respetarse mutuamente *en el sistema).*

5.2.3. Sistemas y subsistemas

El núcleo principal de la obra, y también de este comentario, es la díada Jorge-y-Marta. Sin embargo, constituyen un «sistema abierto», por lo cual el concepto de estructura jerárquica resulta adecuado aquí. Cada uno de ellos constituye una subdíada con Nick y, en mucho menor grado, con Honey. Nick-y-Honey forman, desde luego, otro sistema diádico que, además, tiene una notable relación con respecto a Jorge-y-Marta en virtud de la complementariedad claramente contrastante de los primeros. Jorge,

Marta y Nick forman un triángulo de díadas cambiantes. [51] Los cuatro como un todo constituyen el sistema visible total del drama, aunque la estructura no está limitada al elenco presente sino que también incluye, y a veces invoca, al hijo invisible, el padre de Marta y el ambiente universitario. Los límites de esta presentación no nos permiten una clasificación y un análisis exhaustivo de todas las posibilidades, y nos quedamos con lo que Lawrence Durrell *(41)* llamó «punto de trabajo», una virtud de infinidad de revoluciones y nuevas concepciones a medida que se elaboran otras facetas de la estructura; por ejemplo, la peculiar complementaridad de Nick y Honey; la audacia agresiva de Marta, que encaja con el narcisismo de Nick; el tenso *rapprochement* entre Jorge y Nick; [52] la competencia entre Marta y Jorge con respecto al padre de aquélla, y así sucesivamente. Como comentario final, resulta ilustrativo señalar que Albee trabaja casi exclusivamente con unidades más pequeñas, y sólo transforma díadas cambiantes en un triángulo o bien (en lo concerniente a hombres *versus* mujeres y quizá espuriamente) en dos contra dos. Probablemente el uso de tres o cuatro unidades al mismo tiempo resultaría demasiado complicado.

5.3. Las propiedades de un sistema abierto

Las características generales de los sistemas pueden ilustrarse reformulándolas en términos del sistema de Jorge y Marta, sobre todo, y contrastándolas, para mayor claridad, con los enfoques individuales.

5.3.1. Totalidad

En términos ideales, describiríamos la gestalt, la cualidad emergente de este conjunto de personajes. Sus relaciones son algo más y también algo distinto de lo que los individuos ponen en ellas. Lo que Jorge y Marta son individualmente no explica lo que sucede entre ambos ni la forma en que ello ocurre. Dividir esta totalidad en rasgos o en estructuras individuales de personalidad significa, en esencia, separar unos de otros, negar que sus conductas encierran un significado especial en el contexto de la interacción, que, de hecho, el patrón de la interacción las perpetúa. Expresado en otros términos, la totalidad es una descripción de los vínculos triádicos superpuestos tipo estímulo-respuesta-refuerzo descrito por Bateson y Jackson *(19)* y examinado en S.2.4.1. Así, en lugar de considerar las motivaciones de los individuos participantes, resulta posible, en otro nivel, describir el sistema como *funcionante,* y si se tiene en cuenta a los individuos es en la medida en que su conducta es adecuada a ese sistema. Deben tenerse presentes todas las conclusiones del capítulo 1: el enfoque de la Caja Negra, conciencia *versus* inconsciencia, presente *versus* pasado, circularidad y la relatividad de lo «normal» y lo «anormal».

La visión *unilateral* de esta díada es la que encaran en forma casi unánime los críticos periodísticos, quienes parecen haber elegido a Jorge como la víctima en la situación. Pero la única diferencia entre las recriminaciones de Jorge y las de Marta radica en que aquél la acusa de ser fuerte, mientras que ella critica su debilidad. Si los críticos reconocen que Jorge desempeña algún papel en la batalla, señalan que recurre a su táctica ante una provocación abierta. En nuestra opinión, se trata de un sistema de provocación mutua que ninguno de los participantes pueden detener. Con todo, resulta muy difícil describir esa circularidad con el equilibrio que ella justifica y requiere, sobre todo por la falta de un vocabulario adecuado para describir relaciones mutuamente causales [53] y también porque, dado que es necesario comenzar en alguna parte, cuando el círculo se rompe a los fines de un análisis, se implica inevitablemente un punto de partida.

Debido a que los insultos de Marta son evidentes e inequívocos y a que ella se adecúa tan bien al estereotipo de una harpía castradora, aquí se tiende a enfatizar las acciones de Jorge. Desde luego, esto no significa simplemente desplazar la culpa, pues la culpa no constituye el problema central; se trata más bien de que tanto Marta como Jorge hacen que se destaquen los aportes de ella: de hecho, ambos comparten la puntuación de que ella es activa y él es pasivo (aunque atribuyen distintos valores a la actividad y a la pasividad; por ejemplo, Jorge se ve a sí mismo como un hombre coartado y Marta

considera que eso es debilidad). Pero ésta es una táctica de su juego; lo que debe entenderse como básico es que ambos comparten el mismo juego.

Este énfasis en la circularidad también obliga a soslayar casi por completo sus cualidades individuales, aunque, de hecho, ambos son brillantes y perceptivos, ambos exhiben en algunas ocasiones compasión y ambos parecen tener conciencia, en distintos momentos, de la terrible destructividad de su juego y aparentemente desean ponerle fin.

5.3.2. Retroalimentación

Los procesos de retroalimentación en este sistema quizá simplificado corresponden exactamente a la simetría (retroalimentación positiva, que *aumenta* la desviación) y a la complementariedad (retroalimentación negativa, estabilizadora). El formato «yo puedo hacer cualquier cosa mejor que tú» de la competencia simétrica lleva inexorablemente a un aumento de esa misma actitud, con un incremento cada vez mayor en la magnitud de la desviación. Por el contrario, un cambio en la complementariedad dentro del sistema —aceptación, docilidad, risa, incluso a veces inacción— por lo común trae consigo el cierre y cese por lo menos temporal de la lucha.

Con todo, hay excepciones a este patrón general. A medida que el *tempo* aumenta en lo que se refiere a acrimonia y a tamaño del ciclo (desde burlas ligeras, casi alegres, hasta patrones más amplios y significativos, tales como «Humillar al anfitrión»), se requieren mayores correcciones de la desviación para contrarrestar esta tendencia y, como lo demuestran Marta y Jorge, su habilidad para la conciliación es muy inferior a su talento para el combate. La metacomunicación, que sería un posible estabilizador, demuestra estar sometida a idéntica regla de simetría (S.5.4.3.) y, en lugar de poner fin a la lucha, sólo contribuye a intensificarla. Los problemas aumentan aún más cuando la complementaridad al servicio de la simetría (S.5.4.1.) lleva a la paradoja y contribuye a impedir la resolución.

En S.5.4.2. se examinará el mito del hijo como un paradigma estrictamente controlado de su sistema, con mecanismos homeostáticos internos de distintos tipos.

5.3.3. Equifinalidad

Si se considera un sistema como algo que se desarrolla durante un período de tiempo, que alcanza un determinado estado o pasa de un estado a otro, surgen dos maneras muy distintas de explicar el estado actual. Un enfoque común consiste en observar o, como es más habitual y necesario en el estudio de lo humano, en deducir las condiciones iniciales (etiología, causas pasadas, historia) que se presume llevaron a las condiciones actuales. En un sistema interaccional como el de Jorge y Marta, estas circunstancias iniciales pueden ser experiencias compartidas en el noviazgo o a comienzos del matrimonio o, aún antes de eso, patrones individuales de la personalidad fijados en los primeros años de vida de cada uno de ellos. En el primer caso, se podría atribuir una importancia causal, por ejemplo, al golpe accidental que Marta dio a Jorge, acerca del cual ella dice: «Creo

que ha teñido toda nuestra vida. De verdad lo creo. De cualquier manera, es una excusa» [pág. 57]; o, menos superficialmente, a las circunstancias que rodearon ese hecho, incluido el fracaso de Jorge para convertirse en «heredero» del rectorado; o la pérdida de inocencia y/o el alcoholismo de Marta (de «las auténticas bebidas para dama» al «alcohol de quemar») que Jorge soporta desde hace mucho, o a otros problemas que datan de la temprana historia de su matrimonio. En cuanto a las «condiciones iniciales» individuales, las explicaciones posibles son aún más variadas. [54] Jorge podría entenderse como un homosexual latente que desprecia a Marta, utilizando y sutilmente fomentando su romance con el apuesto joven (y, posiblemente con otros) para obtener así una suerte de satisfacción indirecta. O bien, Marta y Jorge configuran con el hijo fantaseado, o con Nick, una situación edípica clásica, en la que no sólo Nick intenta acostarse con la madre y descubre que es impotente, incapaz de violar el tabú, sino también el hijo que va camino de la madurez es asesinado por el padre exactamente de la misma manera en que, según Jorge, mató a su propio padre cuando era niño; por otra parte, su broma de matar a Marta con el revólver de juguete imita la forma en que, según se dice, mató a su propia madre. Éstas no son más que posibles direcciones del análisis, en todas las cuales se puede observar que la interacción está determinada por circunstancias previas, a menudo individuales, que constituirían así la mejor explicación de tal interacción.

Se han hecho ya varios comentarios (S.1.2.; 1.6.3.; 3.6.4.) sobre la naturaleza y el uso de los datos de la anamnesis, y en el capítulo anterior (S.4.3.3.) se mencionó una tendencia a una conceptualización más compleja que las relaciones de tipo lineal entre el pasado y el presente. Por lo tanto, aquí bastará señalar una vez más, como crítica de esos enfoques históricos, que en este caso, como en la mayoría, en el estudio de lo humano el pasado no existe sino como algo que se relata en el presente y, por lo tanto, no es contenido puro sino que también encierra un aspecto relacional. Al intervenir en una interacción real en el presente, el relato acerca del pasado también puede constituir un material para el juego del presente. La verdad, la selección y la distorsión son menos importantes para comprender la interacción actual que la forma en que el material se utiliza y el tipo de relación que define. El criterio que se sugiere aquí apunta a explorar en qué medida los parámetros del sistema —las reglas y limitaciones que se aceptan en la interacción— pueden explicar tanto la perpetuación como el cambio en el sistema; esto es, en qué medida se pueden ofrecer como explicación del sistema leyes que no dependen del pasado. [55]

5.4. Un sistema interaccional en desarrollo

Para ilustrar lo que se entiende por interacción actual se debería ofrecer un bosquejo de las reglas y tácticas en el juego interrelacional de Jorge y Marta, tal como lo vemos; luego pueden considerarse alguno de los aspectos específicos del desarrollo de las relaciones.

5.4.1.

Cabe describir su juego como una *escalada simétrica* (S.3.6.1.), en la que cada uno trata de mantenerse a la altura del otro o de superarlo, según cual sea la puntuación que se acepte. Esta lucha se establece desde el comienzo mismo, cuando Jorge y Marta pasan por una serie de escaladas simétricas rápidas, casi como si estuvieran practicando («tan sólo... practicando», como afirma Jorge). El contenido es distinto en cada caso, pero la estructura es virtualmente idéntica y la risa compartida permite alcanzar una estabilidad momentánea. Por ejemplo, en cierto momento Marta le dice a su esposo: «¡Me revuelves el estómago!». Jorge responde con indiferencia ficticia:

Jorge: No es agradable lo que has dicho, Marta.

Marta: ¿No es qué?

Jorge: ...agradable [pág. 14].

Marta persiste con menos elegancia:

Marta: Me gusta verte enojado, es como más me gustas... enojado. Eres siempre tan... tan... molusco. No tienes... ¿cómo diría... ?

Jorge: ...¿agallas...?

Marta: ¡SIEMPRE CON TUS EUFEMISMOS! (Pausa) [pág. 14].

Luego ambos ríen, quizá como parte de su trabajo de equipo, y se alcanza el cierre. La risa parece indicar aceptación, por lo cual tiene un efecto estabilizador, homeostático. Pero ahora ya resulta evidente cuán generalizada es su simetría, pues incluso la más leve orden por parte de uno de ellos desata una nueva batalla, pues el otro se venga de inmediato de modo tal que le permite definir su igualdad. Así, Marta pide a Jorge que le ponga más hielo en su vaso y éste, si bien la complace, la compara con un *cocker spaniel* que mastica hielo con sus «poderosos dientes», y de nuevo comienza la batalla:

Marta: ¡SON MIS PODEROSOS DIENTES!

Jorge: Algunos... no todos.

Marta: Tengo muchos más dientes que tú.

Jorge: Dos más.

Marta: Bueno, dos son muchísimos más [pág. 14].

Y Jorge, pasando rápidamente a una vulnerabilidad conocida:

Jorge: Supongo que sí. Y eso es admirable... si se considera la edad que tienes.

Marta: ¡NO TE HAGAS EL GRACIOSO! (pausa). Tampoco tú eres muy joven.

Jorge (con placer casi infantil y canturreando): Tengo seis años menos que tú... Siempre los tuve... y siempre los tendré.

Marta (cabizbaja): Te estás quedando calvo.

Jorge: Tú también. (Pausa. Luego los dos ríen.) ¡Hola, querida!

Marta: ¡Hola! Acércate y dale a tu mamita un beso grande [págs. 1415].

Y comienza otra escalada. Con sarcasmo, Jorge se niega a besarla:

Jorge: Bueno... Pienso que si te beso me voy a excitar... que no podré controlarme y que voy a terminar violándote en la alfombra... Marta: ¡Chancho!

Jorge (intencionadamente): ¡Oink! ¡Oink!

Marta: ¡Ja ja ja, ja! Dame otro trago... mi amante [pág. 15].

El tema pasa ahora a ser su manera de beber, la escalada se hace amarga y lleva a una lucha por el poder para decidir quién debe abrir la puerta a los invitados que, mientras tanto, han llegado y tocan el timbre sin cesar.

Nótese aquí que, así como ninguno de ellos acepta una iniciativa o una orden del otro, ninguno de los dos hace otra cosa excepto ordenar o controlar. Marta no dice «¿Puedes darme un poco más de hielo?», y mucho menos «¿Podrías por favor darme...?», sino «¡Eh! Dame más hielo, querido» [pág. 14]; asimismo, le ordena que la bese y que abra la puerta. Tampoco se trata simplemente de una mujer grosera y maleducada, sino que no actuar así significa ponerse en una situación de considerable desventaja, como lo demuestra Jorge más tarde con una hábil maniobra realizada delante de los invitados, una vez que Marta lo ha ridiculizado abiertamente:

Jorge (se controla con esfuerzo y luego, como si Marta hubiera dicho simplemente «Jorge, querido», responde): Sí, querida, ¿deseas algo?

Marta (divertida con el juego): Sí, enciéndeme un cigarrillo, si no te molesta.

Jorge (piensa y luego se aleja): No... Todo tiene un límite. El hombre puede aguantar mucho, mientras no descienda más de uno o dos peldaños en la escala tradicional... (en un rápido aparte a Nick) que es la especialidad de usted... (Nuevamente a Marta) pero es una escalera muy particular, Marta... Una vez que se ha bajado no se la puede volver a subir. (Marta, arrogante, le tira un beso). Ahora... todavía puedo tomarte de la mano en la oscuridad para que no tengas miedo, y hacer desaparecer las botellas vacías de ginebra después de medianoche, para que nadie las

vea... Pero encenderte el cigarrillo, no. Eso no. ¿Has comprendido? (Breve silencio).

Marta (entre dientes): ¡Hijo de...! [pág. 33].

Del mismo modo, si Jorge se muestra amable o acepta de alguna otra manera la posición de inferioridad, Marta lo acusa de debilidad, o, con cierta justificación, sospecha que se trata de una trampa.

Parte de un juego es la *táctica;* aunque los estilos de Jorge y Marta son muy distintos, ambos son muy congruentes y, sobre todo, sus respectivas tácticas encajan a la perfección. Marta es burda, abiertamente insultante y muy directa, casi físicamente agresiva. Su lenguaje es grosero, sus insultos rara vez resultan elocuentes, pero siempre son directos. Incluso su estallido más hiriente («Humillar al anfitrión») equivale a una simple denuncia.

Por otro lado, Jorge prepara hábiles trampas, utilizando como armas la pasividad, la actitud indirecta y un control educado. Mientras Marta lo insulta según su manera habitual (con epítetos vulgares, o insistiendo en su fracaso profesional), él recurre a valores más sutiles, la insulta con refinamiento y control, pero las más de las veces asegurándose de que la conducta insultante de Marta no pase desapercibida. Al provocar sutilmente esa conducta, la usa contra su mujer como si se tratara de un espejo, colocándolo delicadamente frente a ella, como se vio en el último fragmento. «No es agradable lo que has dicho, Marta», o, con una instigación más clara, cuando imita a la lloriqueante Honey:

Jorge: ¡Ji, ji, ji, ji!

Marta (enfrentándose a Jorge): Cállate, roñoso. ¡Acaba de una vez!

Jorge (herido, inocentemente): ¡Marta! (A Honey y Nick.) Marta tiene unas expresiones muy finas [pág. 17].

Quizá habría resultado muy eficaz que Marta no dijera nada y dejara así que la grosería de Jorge se pusiera de manifiesto. Pero ella no usa la misma táctica, cosa que él sabe y de la que se aprovecha hábilmente. A todas luces, la conducta de cada uno depende de la del otro, y los insultos de Marta se convierten en púas que la hacen aullar aún más. [56] Así, luchan a niveles muy distintos, de modo que el cierre o la resolución se ven eficazmente obstaculizados: *la táctica misma sirve no sólo para desarrollar sino también para perpetuar el juego.*

Existe cierta inestabilidad inherente a esta situación. Marta puede, y a veces lo hace, intensificar sus ataques más allá de límites manejables. En tales ocasiones, Jorge puede pasar al nivel de su mujer, como lo hace mediante un ataque físico cuando ella revela sus parricidios aparentemente accidentales en «Humillar al anfitrión»:

Jorge (sobre ella): ¡YO TE MATO! (La toma por el cuello, luchan).

Nick (separándolos): ¡BUENO, BUENO!

Jorge, Marta y Nick luchan, ruedan, etcétera.

Marta: ¡ME SUCEDIÓ A MÍ... A MÍ!

Jorge: ¡MALDITA! ¡PUTA DE MIERDA!

Nick: ¡BASTA! ¡BASTA!

Honey: ¡SANGRE! ¡SANGRE!

Los otros tres siguen luchando. Jorge tiene agarrada a Marta por el cuello. Nick trata de arrastrarlo lejos de Marta, caen al suelo, Jorge debajo, Nick encima, Marta a un costado, sujetándose el cuello con las manos [pág. 77].

Sin embargo, no puede ganar en ese nivel y debe entonces redoblar su reacción en su propio estilo, tal como lo indica en la calma que sigue a ese ataque:

Jorge: Sí, ya está bien... Ahora nos quedaremos quietos... y tranquilos, bien tranquilos...

Marta (en voz baja y moviendo la cabeza): Asesino, a-se-si-no.

Nick (por lo bajo, a Marta): Basta... basta usted también, ¿eh? Hay un silencio. Todos se mueven lentamente, como luchadores después de una caída.

Jorge (aparentemente repuesto, pero en realidad muy nervioso): Bueno, este juego ya terminó. Ahora ¿a qué vamos a jugar? ¿Eh? (Marta y Nick se ríen nerviosos). ¡Vamos... pensemos algo! Hemos jugado a humillar al anfitrión. Este juego ya terminó... ¿ahora qué hacemos?

Nick: Eeeeh... Mire...

Jorge: ¡EEEH... MIRE! (Como un lamento) ¡EEEHHH... MIIIIRE.... ! (animado). Vamos, seguro que conocemos otros juegos. Nosotros: que vivimos entre estudiantes... no puede ser que hayamos agotado el repertorio [págs. 77-78].

Y de inmediato sugiere la variación que los mantendrá ocupados hasta el desenlace final. Se trata de «Montar a la anfitriona», un juego de *coaliciones* que requiere la participación de Nick. Ahora bien, la introducción de un tercer participante en una interacción ya enmarañada, con las consiguientes subdíadas cambiantes, aumenta de manera considerable la complejidad del juego. Antes sólo se utilizaban a los invitados para establecer cuasi-coaliciones, en la que servían como frontón, por así decirlo, para los tiros de Jorge y Marta. [57] Sin embargo, en esta penúltima vuelta del combate, el tercer participante (Nick) está más directamente incluido. Puesto que Nick se resiste al principio, Jorge prepara el terreno con otro juego, «Joder a los invitados», después de lo cual Nick está listo:

Nick (a Jorge, mientras sale): Se va a arrepentir de lo que ha hecho.

Jorge: Probablemente... Siempre me arrepiento de todo.

Nick: Pero esta vez yo me encargaré de que se arrepienta.

Jorge (suave): No lo dudo. Qué situación desagradable, ¿eh?

Nick: Jugaré con su misma técnica... Hablaré en su idioma... Seré el que usted dice que soy.

Jorge: Ya lo es... Lo que pasa es que todavía no lo sabe [pág. 83].

Empero, el aspecto más notable de los hechos que siguen es su conformidad con las reglas básicas de Jorge y Marta y con sus respectivas tácticas. [58] Pues aquí también cada uno de ellos está dispuesto a «joder» al otro, Marta mediante el insulto flagrante del adulterio manifiesto, y Jorge creando esa situación y luego enrostrando esa conducta a su mujer. Así, en lugar de entrar con ella en otra escalada simétrica, de pronto no sólo acepta (complementariamente) su amenaza de traicionarlo con Nick, sino que incluso sugiere que lo haga y prepara la situación para que se cumpla. Éste no es un simple ultraje y, además, no deja de causar dolor a Jorge. Marta está preparada para una nueva escalada, pero no para este tipo de comunicación (que se considerará con mayor detalle en S.7.3., bajo el encabezamiento «Prescripción del síntoma»), que la deja indefensa y, como lo expresa Albee, «extrañamente furiosa». Frente a su amenaza, Jorge anuncia tranquilamente que se dispone a leer un libro:

Marta: ¿*Qué* es lo que vas a hacer?

Jorge (calmado, con claridad): Voy a leer un libro... leer, leer, leer. ¿Has oído alguna vez esa palabra? (Elige un libro.)

Marta (levantándose): ¿Qué quiere decir que vas a leer? ¿Qué diablos te pasa? [pág. 93].

Ahora Marta se enfrenta a la alternativa de detenerse o continuar para ver hasta qué punto Jorge realmente se propone hacer lo que anuncia. Elige el segundo camino y comienza a seducir a Nick. Jorge está absorto en la lectura:

Marta: ¿Sabes lo que estoy haciendo, Jorge?

Jorge: No, Marta... ¿Qué estás haciendo?

Marta: Estoy entreteniendo a uno de mis invitados. Estoy seduciendo a uno de mis invitados [pág. 94].

Pero Jorge no responde al desafío. Marta ha agotado los desafíos que normalmente provocarían las reacciones de Jorge pero hace un nuevo intento:

Marta: ...He dicho que estaba seduciendo a uno de mis invitados.

Jorge: Muy bien... muy bien... Continúa.

Pausa. Marta no sabe qué hacer.

Marta: ¿Te parece bien?

Jorge: Sí, muy bien... Haces muy bien.

Marta (entrecierra los ojos, la voz dura): Ah, ya veo qué te propones, miserable hijo de...

Jorge: Estoy en la página ciento... [pág. 94].

Sin saber qué hacer, Marta envía a Nick a la cocina, y luego vuelve a dirigirse a Jorge:

Marta (dirigiéndose a Jorge): Ahora me vas a oír.

Jorge: Si no te importa, Marta, prefiero seguir leyendo...

Marta (la rabia le arranca lágrimas, su frustración se convierte en furia): Pues bien, me importa. ¡Y ahora me vas a escuchar! O dejas de hacerte el idiota o te juro por Dios que me las vas a pagar. Me llevaré a ese tipo a la cocina, y luego arriba, y...

Jorge (se da la vuelta y exclama despectivamente): ¿Y QUÉ, MARTA? [pág. 95].

Del mismo modo, se vuelve contra Nick: Nick: Usted no... A usted ni siquiera...

Jorge: ...me importa, ¿verdad? Tiene toda la razón... No podría importarme menos. Por consiguiente, agarre bien esa bolsa de ropa sucia que tiene ahí, tíresela sobre la espalda y...

Nick: Usted me da asco...

Jorge (incrédulo): Aaah, *¿usted* hace lo que está haciendo con Marta y *yo* le doy asco?

Ríe absurdamente [pág. 95].

Más tarde ni siquiera es necesario que Jorge le señale esto a Marta, pues ella misma comenta su propia conducta:

Marta: ...Me doy asco. Me paso la vida poniéndole cuernos a Jorge, cuernos inútiles, ridículos. (Amarga). Si por lo menos *fueran* cuernos. ¿Montar a la anfitriona? ¡No me hagas reír! [pág. 102].

El juego competitivo de Jorge y Marta no constituye simplemente, como podría parecer a primera vista o en algunos casos específicos, un conflicto abierto en que el único propósito es la destrucción del otro. Antes bien, en sus aspectos más generales parece ser un conflicto en colaboración, o una colaboración conflictual: puede haber algún «límite máximo» para su escalada, y existen reglas compartidas, como ya se dio a entender, acerca de la manera de jugar. Tales reglas responden a la regla básica de simetría y dan al hecho de ganar (o perder) su valor dentro del juego; sin ellas, ganar y perder no tienen sentido.

Sin excesiva formalización, cabe decir que la constricción a su simetría (que en sí misma llevaría lógicamente al asesinato, en el sentido directo y literal, y no metafóricamente, como en la obra) consiste en que deben ser no sólo eficaces sino también ingeniosos y audaces. Perfecto ejemplo de ello es el siguiente intercambio totalmente simétrico de insultos:

Jorge: ¡Monstre!

Marta: ¡Cochon!

Jorge: ¡Béte!

Marta: ¡Canaille!

Jorge: ¡Putain! [pág. 59].

Hay una cierta elegancia muy particular en su comportamiento lúcido aunque maligno que hace que Nick y sobre todo Honey parezcan más tontos por comparación. Ninguno de ellos constituye un buen compañero de juegos; la desilusión que sufre Marta con respecto a Nick no sólo es sexual, sino que incluye también su pasividad y su falta de imaginación, mientras que Jorge, que en algunas ocasiones trata de encontrar en Nick a un buen antagonista, tampoco parece lograrlo:

Jorge (jugando con él): Le pregunté si le gustaba esta declinación: bueno, mejor, el mejor, el máximo. ¿Hum? ¿Y bien?

Nick (con cierto disgusto): Realmente no sé qué decir.

Jorge (fingiendo incredulidad): ¿Realmente no sabe qué *decir?*.

Nick (explotando): Muy bien... ¿Qué quiere que diga? ¿Qué es gracioso, así usted puede contradecirme diciendo que es triste? ¿O prefiere que diga que es triste, así me puede decir que no, que es gracioso? Se puede jugar a ese maldito juego de mil maneras distintas, ¿sabe?

Jorge (sincero): Vamos, vamos... Cálmese, muchacho, Cálmese... (Pausa). ¿Está bien? (Pausa). ¿No quiere otra copa? Déme su vaso.

Nick: Todavía tengo. Realmente, *creo* que cuando vuelva mi mujer... Jorge (fingiendo admiración): ¡Muy bien, muy bien! Nick (aún más enfadado): Cuando vuelva mi mujer, creo que nos... [pág. 23].

Además de su *imaginatividad,* entonces, Marta y Jorge encuentran el uno en el otro, e incluso se lo exigen, una cierta fuerza, una capacidad para aceptar todo dentro del juego sin arredrarse. En el último acto, Jorge hace una alianza con Marta para ridiculizar a Nick, aun cuando el material de la broma sea la infidelidad de su propia esposa:

Marta (a Nick): ¡No! Usted se queda donde está. Sírvale un trago a mi amigo.

Nick: No pienso hacerlo.

Jorge: No, Marta, no; sería demasiado pedir: él está a tu servicio, querida, no al mío.

Nick: Yo no estoy al servicio de nadie...

Jorge y Marta: ¡Ahora! (cantan). Yo no estoy al servicio de nadie...

Los dos ríen.

Nick: Degenerados...

Marta: ...chicos degenerados, ¿no es así? Chicos que inventan juegos horribles y pretenden hacer de la vida un juego, etcétera, etcétera. ¿Es eso lo que quiere decir?

Nick: Más o menos.

Jorge: Váyase a la mierda.

Marta: No puede. Está demasiado lleno de alcohol. Jorge: ¿De veras? (Le da las flores a Nick). Tome... póngalas en ginebra [pág. 107].

Este cruel desafío también puede observarse en su propósito de aventajar o «joder» al otro que requiere cada vez menos control y más imaginación. Por ejemplo, Marta queda encantada con una reacción aterradora de Jorge: ella lo está ridiculizando frente a Nick y Honey cuando él regresa al escenario, con las manos detrás de la espalda, y sólo Honey lo ve al comienzo; Marta continúa relatando cómo desmayó a Jorge de un golpe:

Marta: Y pensar que aquello sucedió *sin querer*... Realmente sin querer.

Jorge deja ver un revólver que traía escondido. Apoya el revólver en la nuca de Marta. Honey grita y se levanta. Nick se levanta y simultáneamente Marta se vuelve, enfrentándose a Jorge. Jorge aprieta el gatillo.

Jorge: ¡PUM! (Del caño del revólver sale una sombrilla china, roja y amarilla. Honey grita de nuevo, más que nada de alivio). ¡Estás muerta! ¡Pum! ¡Estás muerta!

Nick (riéndose): ¡Dios mío!

Honey no puede dominarse. Marta también se ríe muy fuerte, pero está al borde del colapso. Jorge une su risa a la confusión general. De pronto las risas cesan. Honey: ¡Santo Dios!

Marta (alegremente): ¿De dónde has sacado eso, hijo de la gran... ?

Nick (estira la mano hacia Jorge): ¿Puedo verlo?

Jorge le da el revólver.

Honey: Nunca tuve tanto miedo. ¡Nunca!

Jorge (abstraído): Lo tengo desde hace tiempo. ¿Os ha gustado? Marta (riéndose): ¡Hijo de la gran...! [págs. 36-37].

La alegría y la risa de Marta pueden ser en parte simple alivio, pero hay placer casi sensual en el hecho del juego bien jugado, un deleite que ambos comparten.

Jorge (inclinándose sobre Marta): Te ha gustado, ¿eh?

Marta: Sí, me ha gustado... fantástico. (Suave). Ahora dame un beso [pág. 37].

Sin embargo, el resultado no puede ser el cierre, pues así como su rivalidad presenta aspectos sexuales, su conducta sexual también es rivalidad, y cuando Marta persiste en hacer insinuaciones directas, Jorge la rechaza; ella no cede, y él eventualmente obtiene una «victoria a lo Pirro» al rechazarla y hacer un comentario en beneficio de sus invitados, acerca de la falta de decoro de su conducta.

Así, su estilo compartido representa una nueva limitación, otra regularidad en su juego. Además, es evidente que hay cierta confirmación mutua de su respectivo *self* en la excitación implícita en el riesgo. Empero siempre persiste la rigidez que les impide apreciar dicha confirmación de manera más duradera o construir algo a partir de ella.

5.4.2. El hijo

El hijo imaginario constituye un tópico único que merece un tratamiento independiente. Muchos críticos, si bien se muestran entusiastas con respecto a la obra en general, tienen ciertas reservas sobre este aspecto. Malcolm Muggeridge considera «que la obra se derrumba en el tercer acto, cuando tiene lugar el lamentable episodio del hijo imaginario» (107, pág. 58); y Howard Taubman critica que:

> El señor Albee nos quiere hacer creer que durante veintiún años la pareja de más edad ha alimentado la ficción de que tienen un hijo, que su existencia imaginaria es un secreto que los une y los separa violentamente, y que el anuncio de Jorge de que el hijo ha muerto puede señalar un momento decisivo. Esta parte de la acción suena a falsa, y su falsedad menoscaba la verosimilitud de los personajes principales *(152).*

No estamos de acuerdo, en primer lugar, partiendo de la experiencia psiquiátrica. La verosimilitud de la existencia de la ficción no queda excluida por sus proporciones delirantes, ni por el hecho de que ambos deben compartirla. Desde la clásica *folie á deux,* se han descrito otras experiencias compartidas de distorsión de la realidad. Ferreira describe el «mito familiar» como

> una serie de creencias bastante bien integradas, compartidas por todos los miembros de la familia, concernientes a cada uno de ellos y a su posición mutua en la vida familiar, creencias que ninguno de los participantes pone en duda, a pesar de la distorsión de la realidad que ellas pueden evidentemente implicar *(42,* pág. 457).

Lo que cabe destacar en esta formulación es que: 1) el problema de la creencia literal no es básico, y 2) la función del engaño es relacional.

Con respecto al primer punto, Ferreira señala: «El miembro de la familia puede saber, y a menudo así sucede, que gran parte de la imagen es falsa y no representa más que una suerte de línea partidaria oficial» *(42,* pág. 458). En ningún momento sugiere Albee que Jorge y Marta creen «realmente» que tienen un hijo. Cuando hablan *sobre* eso, lo hacen de modo claramente impersonal y se refieren no a una persona sino al mito mismo. La primera vez que se menciona la ficción del hijo, bien a comienzos de la obra, Jorge habla de «el asunto... el asunto sobre el muchacho» [pág. 18]. Más adelante incluso hace un juego de palabras acerca de su sistema de doble referencia:

> Jorge: ...has sido tú la que ha hablado de él. ¿Cuándo va a llegar, Marta?
>
> Marta: Te he dicho que no te preocupes. Siento haber hablado de eso.
>
> Jorge: De él... no de eso. Has sido tú la que ha hablado de él. Bueno, más o menos... Ahora debemos decirnos cuándo va a aparecer el niño prodigio. ¿Acaso no es mañana su cumpleaños, o algo así?
>
> Marta: (...) ¡NO QUIERO HABLAR DE ESO!
>
> Jorge: No me extraña. (A Honey y a Nick.) Marta no quiere hablar de eso... de él. Marta está arrepentida de haber hablado de eso... de él [pág. 43].

La distinción entre el «hijo» y el «juego del hijo» se mantiene tan constantemente, incluso en la reacción inmediata de Marta cuando Jorge le anuncia la muerte del muchacho —«No puedes decidir eso por tu cuenta» [pág. 232]— que es imposible suponer que literalmente creen tener un hijo.

En tal caso, ¿por qué juegan a fingir que tienen un hijo? También en este caso *para qué* constituye un mejor interrogante que *por qué.* Tal como Ferreira lo describe:

> El mito familiar representa puntos nodales, de apoyo, en la relación. Atribuye roles y prescribe conductas que, a su vez, fortalecen y consolidan esos roles. De paso, cabe observar que, en su contenido, representa un alejamiento del grupo con respecto a la realidad, un alejamiento que podríamos llamar «patología». Pero, al mismo tiempo, constituye *por su misma existencia* un fragmento de vida, un fragmento de realidad que enfrenta y, por ende, moldea a los hijos nacidos en ella y a los extraños que tienen algún contacto con ella (42, pág. 462; las bastardillas son nuestras).

Este último punto es de suma importancia. Si bien el hijo es imaginario, la interacción sobre él no lo es y la naturaleza de esa interacción merece considerarse como objeto de atención.

El requisito primario de la interacción sobre el hijo es una alianza entre Jorge y Marta; deben estar juntos en lo relativo a esta ficción para mantenerla, pues, al revés de lo que sucede con un hijo real que, una vez procreado, existe, aquí deben unirse continuamente para crear a su hijo. Y, cambiando levemente el foco, en esta única área *pueden* unirse, colaborar sin competencia. El relato es tan «extraño» y privado que quizá pueden darse el lujo de estar juntos en este sentido, precisamente porque no es real. De cualquier

manera pueden discutir, y lo hacen acerca de él, así como sobre cualquier otra cosa, pero hay un límite inherente a su juego de escalada simétrica, determinado por la necesidad de compartir esa ficción. *El mito del hijo es un mecanismo homeostático.* En lo que parece constituir un área esencial de su vida, tienen una alianza simétrica estable. Y así Marta, en su recitación de tipo onírico en la que relata la vida del hijo, lo describe con lo que podría ser una metáfora:

> Marta: Y cuando creció... cuando creció... tan inteligente... caminaba muy derechito entre nosotros dos... (Estira los brazos)... una manita para cada uno en busca de seguridad, amparo, cariño, amor... y sus manitas estaban allí para unirnos, en mutua protección [...] para protegerse él mismo... y *a nosotros* [pág. 119].

Existen todos los motivos para suponer que un hijo real, de haberlo, tenido, habría enfrentado la misma tarea. Aunque en realidad no lo observamos, porque la obra está centrada en el uso erróneo del mito, podemos conjeturar siguiendo a Ferreira, lo siguiente:

> Aparentemente, se recurre al mito familiar toda vez que ciertas tensiones alcanzan umbrales predeterminados entre los miembros de la familia y, de alguna manera, real o fantaseada, amenazan con desquiciar las relaciones. Entonces, el mito familiar funciona como el termostato que la «temperatura» de la familia pone en marcha. Como cualquier otro mecanismo homeostático, el mito impide que el sistema familiar se dañe, y quizá se destruya. Por lo tanto, posee las cualidades de cualquier «válvula de seguridad», esto es, valor de *supervivencia*... Tiende a mantener, y a veces incluso a aumentar, el nivel de organización de la familia, al establecer patrones que se perpetúan a sí mismos con la circularidad y la autocorrección características de cualquier mecanismo homeostático (42, pág. 462).

También los hijos verdaderos pueden ser la justificación y la excusa para un matrimonio; así, como señaló Fry (S.4.4.4.2.), la conducta sintomática puede cumplir idéntica función.

Pero la obra no se ocupa de este uso del mito, sino más bien, ostensiblemente, del proceso de destrucción del mito. Como se señaló, todo lo que se refiere a la existencia misma del hijo no constituye juego limpio en la batalla que libran Jorge y Marta. Violar esta regla, incluso en el calor de la batalla, se considera verdaderamente censurable:

Marta: El gran problema de Jorge con respecto al pequeño... ¡Ja, ja, ja, JA... ! con respecto a nuestro hijo, nuestro magnífico hijo, es que en lo más profundo de su naturaleza más íntima no está del todo seguro de que sea su hijo.

Jorge (profundamente serio): ¡Dios mío, qué perversa eres!

Marta: Y eso que te dije muchas veces que sólo quería concebir contigo... lo sabes muy bien, mi amor.

Jorge: Estás llena de perversidad.

Honey (en plena borrachera, pero triste): ¡Dios mío, Dios mío!

Nick: No me parece un tema para...

Jorge: Marta miente. Quiero que lo sepan: Marta miente. (Marta se ríe.) Son muy pocas las cosas en este mundo de las cuales *estoy* seguro... los límites del país, el nivel del océano, las alianzas políticas, los principios morales... no pondría mi mano en el fuego por nada de eso... pero de la única cosa de la que estoy realmente seguro es de mi participación, de mi cromosómica participación en la creación de nuestro... hijo, de ojos rubios y pelo azul [págs. 43-44].

Sin embargo, es Jorge quien, hasta donde puede determinarse, hace la jugada que desencadena el cambio de sistema. En los primeros momentos de la obra, aparentemente apresado entre la orden de Marta de que abra la puerta y los invitados que aguardan afuera, Jorge cede pero, típicamente, agrega algo por su cuenta para no perder posiciones: le dice que no mencione al hijo. Como Jorge manifiesta explícitamente más adelante, tiene una regla que les prohíbe mencionarlo frente a otros, de modo que el comentario de Jorge puede parecer innecesario, pero también trivial. Sin embargo, hay una «regla» superior —que abarca la totalidad de su juego— según la cual ninguno de ellos puede determinar la conducta del otro; de modo que toda orden debe ser descalificada o desobedecida. En tal sentido, poco importa quién hace la primera jugada equivocada, pues el resultado previsible de esta confusión de los límites de juego es el desafío por parte de Marta y la incorporación de ese material a su competencia simétrica. Así:

Jorge: No empieces con lo del chico, eso es todo.

Marta: ¿Por quién me has tomado?

Jorge: Por lo que eres.

Marta (realmente furiosa): ¿Ah, sí? Pues hablaré del chico en cuanto me dé la gana.

Jorge: Deja el chico en paz.

Marta (amenazante): *Es tan mío como tuyo.* Si quiero, hablaré de él.

Jorge: Te aconsejo que no lo hagas, Marta.

Marta: Ya lo veremos. (Se oyen golpes en la puerta.) Adelante. ¡Abre la puerta de una vez!

Jorge: Te lo he dicho. Estás prevenida, Marta.

Marta: Sí... ya lo sé, abre la puerta [pág. 16; las bastardillas son nuestras].

En cuanto la ocasión lo permite, Marta le habla a Honey de su hijo y de su cumpleaños. [59] Ahora su mecanismo homeostático es mero combustible añadido al fuego, y Jorge terminará por destruir completamente al hijo, invocando un derecho

implícito que ambos tienen («Tengo el derecho, Marta. Nunca hablamos de ello; eso es todo. Podía matarlo en cualquier momento que quisiera»).

Así, lo que presenciamos sobre el escenario es el comienzo de una escalada simétrica que incluso puede terminar con una pauta duradera de la relación. Más que cualquier otra cosa, la obra es la historia clínica de un *cambio* de un sistema, un cambio en las reglas de un juego de relación que, según se tiene la impresión, proviene de una pequeña pero quizá inevitable confusión de esas reglas. La obra no define un nuevo patrón ni las nuevas reglas; se limita a presentar la secuencia de estados a través de los cuales el viejo patrón avanza hacia su propia destrucción. (En S.7.2., se considerarán los aspectos *generales* de los cambios de sistemas desde adentro y desde fuera de un sistema.) Lo que podría suceder después no resulta claro:

> Jorge (silencio prolongado): ¿No crees que será mejor?
>
> Marta (silencio prolongado: No sé...
>
> Jorge: Tal vez... lo sea.
>
> Marta: No estoy segura...
>
> Jorge: No.
>
> Marta: ¿Sólo... nosotros dos?
>
> Jorge: Sí.
>
> Marta: ¿No crees que quizá podríamos...?
>
> Jorge: No, Marta. Marta: Sí. No [pág. 128].

Dejando de lado la evaluación del hecho de que también Nick y Honey se ven ahora envueltos en la situación debido a sus conocimientos, Ferreira hace un lúcido resumen y también una predicción en términos del mito familiar:

> ...un mito familiar... cumple importantes funciones homeostáticas en la relación... Quizá mejor que en cualquier otra parte, esas funciones del mito familiar ocupan el primer plano en la conocida obra de Edward Albee, *¿Quién teme a Virginia Woolf?,* donde un mito familiar de proporciones psicóticas domina toda la acción. Durante el transcurso de la obra, un marido y su esposa hablan, luchan y lloran por su hijo ausente. En una orgía de insultos, discuten sobre cada incidente en la vida de su hijo, el color de sus ojos, su nacimiento, crianza, etcétera. Sin embargo, mucho más tarde nos enteramos de que el hijo es ficticio, un acuerdo establecido entre ambos, un cuento, un mito, pero un mito que ambos cultivan. En la culminación de la obra, el marido, anuncia lleno de rabia la muerte del hijo. Con este gesto, desde luego, «mata» el mito. Con todo, su relación prosigue, en apariencia no perturbada por el anuncio, y nada parece indicar un cambio o una disolución inminente. De hecho, nada había cambiado, *pues el marido había destruido el mito de un hijo vivo, sólo*

para iniciar el mito de un hijo muerto. Evidentemente, el mito familiar sólo había evolucionado en su contenido que se volvió, quizá, más elaborado, más «psicótico»; pero sospechamos que su función sigue siendo la misma. Y lo mismo ocurre con la relación *(43)*.

Por otro lado, quizá la muerte del hijo constituya una recalibración, un cambio funcional escalonado hacia un nuevo nivel de funcionamiento. Es imposible saberlo con certeza.

5.4.3. La metacomunicación entre Jorge y Marta

Tal como se vio en la definición en S.1.5., la metacomunicación describe nuestro discurso sobre las reglas de comunicación de Jorge y Marta. Pero en la medida en que Jorge y Marta hablan o intentan hablar *sobre* su juego, se metacomunican dentro de la obra misma. Esto resulta interesante por varias razones, por ejemplo, con respecto a la aparente «conciencia del juego» que tienen Jorge y Marta. Esto es, sus numerosas referencias a los juegos, el hecho de nombrarlos y citar sus reglas, parece convertirlos en una pareja insólita cuyo patrón de interacción es más básicamente una preocupación obsesivo-compulsiva por jugar y por encontrar nombres para juegos bizarros y crueles, en realidad, como sugiere Jorge, chicos degenerados que inventan juegos terribles y pretenden hacer de la vida un juego, etcétera [pág. 107]. Pero ello implica que su conducta con respecto a los juegos es completamente deliberada (o bien gobernada por metareglas distintas) y, por lo tanto, que quizá los principios que ellos demuestran, que en esencia constituyen sólo el *contenido* idiosincrásico de su juego, no puedan aplicarse a otras parejas, sobre todo reales. La naturaleza de su metacomunicación se refiere directamente a este problema, pues se verá que *incluso su comunicación sobre su comunicación está sujeta a las reglas de su juego.*

En dos pasajes notables de cierta extensión [págs. 84-88 y 112-113], Jorge y Marta se refieren explícitamente a su interacción. El primero de esos intercambios metacomunicacionales indica de qué manera distinta cada uno de ellos ve la interacción y cómo cuando se revelan esas diferencias, se hacen de inmediato acusaciones mutuas de locura o maldad (S.3.4.). Marta se opone a jugar a «Joder a los invitados», pues aparentemente le parece fuera de lugar y ajeno a las reglas:

> Jorge (ahora conteniéndose apenas): Claro, tú puedes estar ahí sentada en tu silla, bebiendo ginebra, tú puedes humillarme, despedazarme... DURANTE TODA LA NOCHE... y eso está perfectamente bien... es normal...
>
> Marta: ¡TÚ PUEDES AGUANTARLO!
>
> Jorge: ¡NO, NO PUEDO AGUANTARLO!
>
> Marta: ¡PUEDES AGUANTARLO! ¡PARA ESTO TE CASASTE CONMIGO! (Un silencio).

Jorge (Calmado): Eso es una mentira horrible y perversa.

Marta: ¿TODAVÍA NO LO SABÍAS?

Jorge (sacudiendo la cabeza): Oh... Marta.

Marta: Me duele la mano de tanto pegarte.

Jorge (la mira incrédulo): Estás loca.

Marta: ¡Durante veintitrés años!

Jorge: Estás imaginando cosas, Marta... estás inventando.

Marta: ¡NO ES LO QUE YO ESPERABA!

Jorge: Yo creía que por lo menos tú sabías lo que hacías... No podía imaginármelo... [pág. 84].

Éste es un ejemplo particularmente claro de patología de la puntuación en que Jorge se ve a sí mismo justificado en su venganza por los ataques de Marta, y Marta se ve a sí misma casi como una prostituta a quien se le paga para que lo «castigue»; cada uno de ellos piensa que responde al otro, pero nunca que es un estímulo para las acciones del otro. No ven la naturaleza completa de su juego, su verdadera circularidad. Estas concepciones discrepantes se convierten en el material de una ulterior escalada simétrica. El episodio citado continúa así:

Jorge: Yo creía que por lo menos tú sabías lo que hacías... No podía imaginármelo...

Marta (enfadada): Sé muy bien lo que hago.

Jorge (como si Marta fuera un bicho raro): No... tú estás enferma.

Marta (levantándose y gritando): ¡YO TE VOY A DEMOSTRAR QUIÉN ESTÁ ENFERMO! [pág. 85].

La competencia con respecto a quién es el enfermo, el equivocado o el incomprendido, continúa hasta llegar a un final que ahora ya resulta conocido, en el que demuestran su incapacidad para «unirse» por la forma misma en que se enfrentan al problema de su incapacidad para unirse:

Jorge: Esa oportunidad se presenta una vez por mes, Marta. Estoy acostumbrado. Una vez por mes aparece Marta, la incomprendida, la niña dulce, la niña pequeña que vuelve a florecer bajo una caricia, y yo lo he creído más veces de las que quiero acordarme, porque no quiero pensar que soy un imbécil. Pero ahora no te creo... simplemente no te creo. Ahora ya no hay ninguna posibilidad de que podamos tener un minuto de felicidad... los dos juntos.

Marta (agresiva): Quizá tengas razón, querido. Entre tú y yo ya no hay posibilidad de nada... ¡porque tú no eres nada! ¡ZAS! ¡Saltó el resorte esta noche en la fiesta de papá! (Con intenso desprecio, pero también con amargura). Yo estaba allí sentada... Mirándote... luego miraba a los hombres que te rodeaban... más jóvenes... hombres que llegarán a ser algo. Te miraba y de pronto descubrí que tú ya no existías. ¡En ese momento se rompió el resorte! ¡Finalmente se rompió! Y ahora lo voy a gritar a los cuatro vientos, lo voy a aullar, y no me importa lo que hagas. Y voy a provocar un escándalo como jamás has visto.

Jorge (muy tranquilo): Ese juego me apasiona. Comienza y verás cómo te mato el punto.

Marta (esperanzada): ¿Es un desafío, Jorge?

Jorge: Es un desafío, Marta.

Marta: Vas a perder, querido.

Jorge: Ten cuidado, Marta... te voy a hacer trizas.

Marta: No eres lo bastante hombre para eso... te faltan agallas.

Jorge: ¿Guerra a muerte?

Marta: A muerte.

Hay un silencio. Los dos parecen aliviados y exaltados [págs. 87-88].

Una vez más Jorge ha desafiado calladamente a Marta, lo cual no significa decir que ha comenzado esta vuelta del combate con mayor iniciativa que cualquier otra; no hay un verdadero comienzo de estas vueltas. Ella contraataca de frente, y él corona toda la situación con un desafío que ella no puede dejar de aceptar. Así, como hemos señalado frecuentemente, se convierte en una nueva vuelta del mismo viejo juego, con las apuestas cada vez más altas, que los deja aliviados, incluso exaltados, pero no más sensatos ni distintos. No hay nada que permita distinguir su metacomunicación de su comunicación corriente; un comentario, una súplica, un ultimátum *sobre* su juego no es una excepción a las reglas del juego y, por ende, no puede ser aceptado o, en cierto sentido, siquiera escuchado por el otro. Al final, cuando Marta, suplicante y patética, asume una posición de total inferioridad y ruega una y otra vez a Jorge que se detenga, el resultado es inexorablemente el mismo.

Marta (tierna, le tiende la mano): Por favor, basta de juegos...

Jorge (pegándole violentamente en la mano): ¡No me toques! ¡Guarda las caricias para tus colegiales!

Marta da un grito, pero apagado.

Jorge (agarrándola por el pelo y tirándole la cabeza hacia atrás): Y ahora escúchame, Marta; has tenido tu noche... has hecho lo que has querido, has sacado tu sed de sangre. Ahora vamos a seguir hasta que a mí me dé la gana. Llegó mi turno y quiero que estés despierta. Tu juego habrá sido un juego de niños al lado del mío. Te voy a matar el punto. Y ahora te necesito bien despierta. (La abofetea levemente con su mano libre.) A ver, un poco de vida.

La abofetea otra vez.

Marta (luchando): ¡Basta, Jorge!

Jorge (otra vez): ¡Vamos, prepárate! (Otra vez.) Te quiero con fuerza para la lucha, mi amor. Piensa que te voy a golpear fuerte, y quiero que me hagas frente.

Otra vez; la suelta, se separa; Marta se levanta.

Marta: Muy bien, Jorge, ¿qué es lo que quieres?

Jorge: Una lucha equitativa, nada más.

Marta: La tendrás.

Jorge: Te quiero ver hecha una fiera.

Marta: ¡Ya lo estoy!

Jorge: ¡Más, mucho más!

Marta: ¡NO TE PREOCUPES!

Jorge: Perfecto, muchacha; vamos a jugar este juego hasta tu muerte.

Marta: ¡La tuya!

Jorge: Ya verás, te vas a sorprender. Bueno, aquí llegan los nenes. ¿Estás lista?

Marta (camina; en realidad parece un boxeador en guardia): Estoy lista [págs. 112-113].

Nick y Honey vuelven a entrar y comienza el Exorcismo.

Así, están jugando a lo que se describirá en detalle como el «juego sin fin» (S.7.2.), en el que la autorreflectividad de las reglas llevan a una paradoja que impide la resolución dentro del sistema.

5.4.4. Limitación en la comunicación

En S.4.4.2. se señaló que todo intercambio de mensajes en una secuencia comunicacional limita el número de jugadas siguientes posibles. La naturaleza interpenetrada del juego de Jorge y Marta, su mito compartido, y la generalidad de su

simetría han ilustrado la limitación estabilizada que hemos llamado reglas de relación.

Una serie de intercambios entre Jorge y Nick proporciona ejemplos de limitación en una nueva relación. Nick, mediante su conducta inicial y sus propias protestas, pone de manifiesto que no quiere tener nada que ver con Jorge o con Marta o con sus peleas. Con todo, como en el ejemplo anterior (S.5.4.1.1.) se ve arrastrado cada vez más, incluso mientras se mantiene al margen. Al comienzo del acto 2, el ahora cauteloso Nick encuentra el mismo tipo de escalada que va desde la charla intrascendente hasta una intensa rabia:

Jorge: ... A veces se ponen las cosas serias por aquí.

Nick (fríamente): Sí... me lo imagino.

Jorge: Bueno, ya asistió a un ensayo.

Nick: Preferiría no...

Jorge: ...participar. ¿No es cierto?

Nick: Sí... así es.

Jorge (sarcástico): Aaah... ¿De veras? Nick: Lo encuentro... desagradable.

Jorge (sarcástico): Aaahhh... ¿De veras? Nick: Sí. De veras. Bastante.

Jorge (imitándolo): Sí. De veras. Bastante. (Luego fuerte, a sí mismo.) ¡ES UNA VERGÜENZA!

Nick: ¡Un momento! Yo no tengo nada que...

Jorge: ¡UNA VERGÜENZA! (Tranquilo, pero con mucha intensidad).

¿Y usted cree que me gusta que esa... lo que sea... me atormente, me ridiculice delante de... (Con un ademán de completo desprecio) ¿USTED? ¿Cree que eso puede *gustarme?*

Nick (frío, inamistoso): No... no creo que pueda gustarle.

Jorge: Ah, ¿no lo cree?

Nick (Agresivo): No, no... no lo creo. Por ningún motivo.

Jorge (haciéndose el avergonzado): Su simpatía me desarma... ¡Su compasión me hace llorar lágrimas gordas y saladas!

Nick (con desdén): Lo que no comprendo es por qué tiene ese afán de mezclar a *los demás* en sus asuntos.

Jorge: ¿YO?

Nick: Sí, usted y también... su mujer. Si tienen ganas de pelearse entre ustedes, como una pareja de... Jorge: ¿YO? ¿GANAS... ?

Nick: ...animales, ¿por qué no esperan a estar solos?

Jorge (riendo a pesar de su rabia): No me diga... Usted es un hipócrita, un falso virtuoso...

Nick (amenazante): ¿CÓMO DICE? (Silencio) ¡Tenga cuidado! [págs. 53-54].

En esta secuencia, el sarcástico ataque de Jorge contra Nick por su falta de participación, empuja a Nick aún más hacia una desdeñosa indiferencia. Pero ello aparentemente enfurece a Jorge, quien, aunque quizá buscando comprensión, termina por insultar a Nick hasta que éste lo amenaza. Por el lado de Nick, el intento de no comunicarse lleva a una intensa participación, mientras que el esfuerzo de Jorge por convencer a Nick de su manera de puntuar el juego con Marta termina con una demostración de hasta qué punto el mismo Jorge puede resultar enfurecedor. Aquí se establece claramente un patrón para el futuro.

5.4.5. Resumen

Ya debe resultar claro que incluso la descripción de un sistema familiar artificial bastante simple requiere considerable elaboración, pues las variaciones en el contenido a partir de unas pocas reglas de relación son innumerables y, a menudo, muy detalladas. (Parecido a este problema es la interpretación que hace Freud del sueño de Irma *(50),* en la que un sueño que ocupa media página es objeto de una interpretación que se prolonga durante ocho páginas). Se ofrece a continuación un resumen muy general del sistema de interacción de Jorge y Marta.

5.4.5.1.

Se dice que un sistema es estable en relación con algunas de sus variables, si éstas se mantienen dentro de límites definidos, lo cual es válido para el sistema diádico de Jorge y Marta. Quizá el término «estabilidad» parezca el menos apropiado para describir sus juegos domésticos de tipo comandos, pero todo el asunto se funda en las variables propuestas. Sus conversaciones son mercuriales, ruidosas, escandalosas; el control y los buenos modales no tardan en quedar excluidos, y se tiene la impresión de que todo está permitido. De hecho, sería muy difícil establecer en cualquier momento *qué* sucederá después, aunque sería bastante fácil describir *cómo,* pues las variables que definen aquí la estabilidad son variables relacionales no de contenido, y en términos de su patrón de relación la pareja exhibe un rango de conducta sumamente restringido. [60]

5.4.5.2.

Este rango de conducta es la calibración, la «regulación de su sistema. La simetría de su conducta define la cualidad y rara vez se observa, y sólo muy brevemente, un «límite inferior» muy sensible de este rango, esto es, conducta no simétrica. El «límite superior», como ya se señaló, se caracteriza por su estilo particular, cierta retroalimentación negativa en la complementaridad, y el mito del hijo que, al exigir la colaboración de ambos, implanta un límite para el grado en que pueden atacarse uno al otro y crea una simetría razonablemente estable hasta que, desde luego, la distinción entre el mito del hijo y otra conducta se derrumba y esta área deja de ser sacrosanta y homeostática. Incluso están limitados dentro del rango de las conductas simétricas. Su simetría es casi exclusivamente competitiva [61] que lleva a la destrucción más que a la acumulación o el logro.

5.4.5.3.

Con la escalada que lleva a la destrucción del hijo, el sistema termina dramáticamente

en lo que podría ser una recalibración, una función escalonada en el sistema de Jorge y Marta. Han escalado casi sin limitación hasta que sus mismas limitaciones quedaron destruidas. A menos que el mito del hijo continúe tal como lo sugiere Ferreira, se requiere un nuevo orden de interacción; tanto Jorge como Marta, manifiestan abiertamente su temor y su inseguridad mezclados con esperanza con respecto al resultado.

6
LA COMUNICACIÓN PARADÓJICA

6.1. La naturaleza de la paradoja

La paradoja ha fascinado a la mente humana durante los últimos dos mil años y sigue haciéndolo en la actualidad. De hecho algunos de los logros más importantes de este siglo en el campo de la lógica, las matemáticas y la epistemología tienen que ver o están íntimamente relacionados con la paradoja, sobre todo el desarrollo de la metamatemática o teoría de las pruebas, la teoría de los tipos lógicos, y los problemas de congruencia, computabilidad, determinación, etcétera. Como legos que somos, frustrados por la naturaleza compleja y esotérica de estos temas, nos inclinamos a dejarlos de lado aduciendo que son demasiado abstractos para tener importancia alguna en nuestra vida. Quizá algunos recuerden desde su época escolar las paradojas clásicas, aunque probablemente como algo que no tiene más valor que una divertida adivinanza. Sin embargo, el propósito de este capítulo y los siguientes, es el de mostrar que en la naturaleza de la paradoja hay algo que encierra importancia pragmática inmediata, e incluso existencial, para todos nosotros; la paradoja no sólo puede invadir la interacción y afectar nuestra conducta y nuestra salud mental (S.6.4.), sino que también pone a prueba nuestra creencia en la congruencia y, por ende, en el sentido final de nuestro universo (S.8.5. y 8.6.3.). Además, en la sección 7.4. trataremos de mostrar que la paradoja deliberada, en el espíritu de la máxima de Hipócrates: «Lo semejante cura a lo semejante», encierra un potencial terapéutico significativo. Confiamos en que este enfoque pondrá de manifiesto que el examen del concepto de paradoja es de importancia fundamental y no constituye de ningún modo una huida hacia una torre de marfil, aunque primero tendremos que examinar sus fundamentos *lógicos*.

6.1.1. Definición

La paradoja puede definirse como *una contradicción que resulta de una deducción correcta a partir de premisas congruentes*. Esta definición nos permite excluir de inmediato todas esas «falsas paradojas» basadas en un error oculto en el razonamiento o en alguna falacia intencionalmente incluida en el argumento. [62] Sin embargo, ya a esta altura la definición se vuelve borrosa, pues la división de paradojas en reales y falsas es relativa. Las premisas congruentes de hoy quizá se convierten en los errores o las falacias de mañana. Por ejemplo, la paradoja de Zenón de Aquiles y la tortuga a la que no podría dejar atrás fue, sin duda, una paradoja «verdadera» hasta que se descubrió que las series convergentes, infinitas (en este caso, la distancia constantemente decreciente entre Aquiles y la tortuga) tienen un límite infinito. [63] Una vez hecho este descubrimiento y comprobado, por lo tanto, que un supuesto hasta ese momento cierto era falso, la paradoja dejó de existir. Quien se refiere con toda claridad a este problema:

> La revisión de un esquema conceptual no carece de precedente. En pequeña medida, tiene lugar con cada progreso de la ciencia, y sucede en gran escala con los grandes progresos, tales como la revolución copernicana y el paso de la mecánica de

Newton a la teoría de la relatividad de Einstein. Podemos confiar en que, con el correr del tiempo, incluso llegaremos a acostumbrarnos a los más grandes de tales cambios y a considerar que los nuevos esquemas son naturales. Hubo una época en que la doctrina de que la Tierra gira alrededor del Sol recibió el nombre de paradoja copernicana, incluso entre quienes la aceptaban. Y quizá llegue una época en que las proposiciones verdaderas, sin subtítulos implícitos, u otras prevenciones similares, realmente sonarán tan absurdas como lo revelan las antinomias (120, págs. 88-89).

6.1.2. Los tres tipos de paradojas

Las «antinomias», un término que figura en la última frase de esta cita, requiere alguna explicación. «Antinomia» se utiliza a veces como equivalente de «paradoja», pero casi todos los autores prefieren limitar su empleo a las paradojas que surgen en sistemas formalizados, tales como la lógica y las matemáticas. (Quizá el lector se pregunte en qué otro lugar podrían originarse paradojas; este capítulo y el siguiente están dedicados a mostrar que también pueden surgir en el campo de la semántica y de la pragmática, y el capítulo 8 mostrará cómo y dónde se introducen en la experiencia que el hombre tiene de la existencia.) Según Quine (120, pág. 85), una antimonia «crea una autocontradicción mediante modos aceptados de razonamiento». Stegmüller *(147,* pág. 24) se muestra más específico y define una antinomia como una aseveración que es *contradictoria* y demostrable. Así, si tenemos una aseveración *Aj* y una segunda aseveración que constituye la negación de la primera *—Aj* (que significa «no Aj» o bien *«Aj* es falsa»), entonces es posible combinar ambas en una tercera aseveración, Ak, donde *Ak = Aj y — Aj.* Obtenemos así una contradicción formal, pues nada puede ser una cosa y no serla al mismo tiempo, o sea, ser verdadera y falsa a la vez. Pero, como prosigue Stegmüller, si por medio de la deducción puede demostrarse que tanto *Aj*como su negación *—Aj* son demostrables, entonces también lo es *Ak,* y tenemos aquí una antinomia. Así toda antinomia es una contradicción lógica aunque como se verá no toda contradicción lógica constituye una antinomia.

Ahora bien, existe una segunda clase de paradojas que difiere de las antinomias sólo en un aspecto importante: no aparecen en los sistemas lógicos o matemáticos y, por ende, no están basadas en términos tales como clase formal y número, sino que surgen más bien de lagunas o incongruencias ocultas en la estructura de niveles del pensamiento y del lenguaje. [64] Este segundo grupo suele conocerse como *antinomias semánticas* o *definiciones paradójicas.*

Por último, existe un tercer grupo de paradojas que es el que menos se ha explorado. Son de gran interés para nuestro estudio porque surgen en el curso de las interacciones, y determinan allí la conducta. Llamaremos a este grupo *paradojas pragmáticas* y, más adelante, veremos que es posible dividirlas en *instrucciones paradójicas* y *predicciones paradójicas.*

En síntesis, hay tres tipos de paradojas:

1. paradojas lógico-matemáticas (antinomias).
2. definiciones paradójicas (antinomias semánticas),
3. paradojas pragmáticas (instrucciones paradójicas y predicciones paradójicas),

que corresponden claramente, dentro del marco de la teoría de la comunicación humana, a las tres áreas principales de esta teoría: el primer tipo, a la sintaxis lógica; el segundo, a la semántica; y el tercero, a la pragmática. Ofrecemos ahora ejemplos de cada uno de los tipos y trataremos de mostrar de qué manera las poco conocidas paradojas pragmáticas surgen a partir de las otras dos formas.

6.2. Paradojas lógico-matemáticas

La paradoja más famosa de este grupo se refiere a «la clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas». Está basada en las siguientes premisas: una clase es la totalidad de todos los objetos que poseen una determinada propiedad; así todos los gatos pasados, presente y futuros comprenden la clase de los gatos. Habiendo establecido esta clase, el resto de todos los otros objetos en el universo pueden considerarse como la clase de los no-gatos, pues todos esos objetos tienen una propiedad definida en común: *no* son gatos. Ahora bien, cualquier aseveración según la cual un objeto pertenece simultáneamente a ambas clases constituiría una simple contradicción, pues nada puede ser un gato y no serlo al mismo tiempo. Aquí no ha sucedido nada fuera de lo común; la existencia de esta contradicción demuestra simplemente que se ha violado una ley básica de la lógica, y la lógica no sufre menoscabo alguno por ello.

Dejando ahora de lado a los gatos y no-gatos individuales, y pasando al nivel lógico superior siguiente, consideremos qué clase de cosas son las clases mismas. De inmediato vemos que las clases pueden ser miembros de sí mismas o no. Por ejemplo, la clase de todos los conceptos es evidentemente un concepto en sí misma, mientras que nuestra clase de gatos no es en sí misma un gato. Así, en este segundo nivel, el universo vuelve a dividirse en dos clases, las que son miembros de sí mismas y las que no lo son. Además, toda aseveración según la cual una de estas clases *es y no es* un miembro de sí misma implicaría una simple contradicción, que puede dejarse de lado sin mayores complicaciones.

Sin embargo, si se repite esta operación una vez más en el nivel superior siguiente, se produce de pronto un desastre. Nos basta con unir todas las clases que son miembros de sí mismas en una sola clase, que llamaremos *M* y todas las clases que no son miembros de sí mismas en la clase N. Si tratamos de establecer ahora si la clase *N* es o no miembro de sí misma, caemos sin más en la famosa paradoja de Russell. Recordemos que la división del universo en clases que se incluyen a sí mismas y clases que no se incluyen a sí mismas es exhaustiva y que, por definición, no puede haber excepciones. Por tanto, esta división debe aplicarse por igual a la clase *M* y a la clase N. Así, si la clase *N* es un miembro de sí misma, *no* es un miembro de sí misma, pues *N* es la clase de las clases que *no* son miembros de sí misma. Por otro lado, si *N* no es miembro de sí misma, entonces satisface la condición de pertenecer a sí misma: es un miembro de sí misma, precisamente porque *no* es un miembro de sí misma, pues el hecho de no pertenecer a sí misma constituye el rasgo distintivo esencial de todas las clases que componen N. Ya no se trata de una simple contradicción, sino de una verdadera antinomia, pues el resultado paradójico está basado en una rigurosa deducción lógica y no es una violación de las leyes de la lógica. A menos que haya alguna falacia oculta en la noción de pertenecer a una clase, resulta ineludible llegar a la conclusión lógica de que la clase *N*es un miembro de sí misma, si y sólo si no es miembro de sí misma, y viceversa.

En realidad, *hay* una falacia. Russell la puso de manifiesto al introducir su *teoría de los tipos lógicos.* En pocas palabras, esta teoría postula el principio fundamental de que,

como lo expresa Russell *(164), todo lo que incluya a la totalidad de un conjunto no debe ser parte del conjunto.* En otras palabras: la paradoja de Russell se debe a una confusión de tipos o niveles lógicos. Una clase pertenece a un tipo superior que el de sus miembros; para postularla tuvimos que ascender un nivel en la jerarquía de tipos. Por lo tanto, decir como lo hicimos, que la clase de todos los conceptos es en sí misma un concepto no es falso, sino que *carece de significado,* como pronto veremos. Se trata de una distinción importante, pues si la aseveración fuera simplemente falsa, entonces su negación tendría que ser verdadera, lo cual evidentemente no sucede.

6.3. Definiciones paradójicas

El ejemplo de la clase de todos los conceptos constituye un puente que nos permite pasar de las paradojas lógicas a las semánticas (las definiciones paradójicas o antinomias semánticas). Como ya vimos, «concepto» en el nivel inferior (miembro) y «concepto» en el nivel superior siguiente (clase) no son idénticos. El mismo *nombre* «concepto», sin embargo, se utiliza en ambos casos, y así se crea una ilusión lingüística de identidad. Para evitar este peligro, los *indicadores del tipo lógico* —explicitados como subtítulos en los sistemas formalizados, registrados mediante las comillas o bastardillas en el uso más general— deben emplearse toda vez que exista la posibilidad de que surja una confusión de niveles. Se hace así evidente que, en nuestro ejemplo, concepto1 y concepto2 no son idénticos y que es necesario descartar la idea de pertenencia a la propia clase. Además, queda claro que en estos casos la raíz del mal está en incongruencias del lenguaje antes que de la lógica.

Quizá la más famosa de todas las antinomias semánticas sea la del hombre que afirma con respecto a sí mismo: «Estoy mintiendo». Al llevar esta aseveración a su conclusión lógica, nos encontramos una vez más con que es verdadera sólo si no lo es; en otras palabras, que el hombre miente sólo si dice la verdad y, viceversa, es veraz cuando miente. En este caso, no resulta posible utilizar la teoría de los tipos lógicos para eliminar la antinomia, pues las palabras o las combinaciones de palabras no tienen una jerarquía de tipos lógicos. Por lo que sabemos, también fue Bertrand Russell el primero en encontrar una solución. En el último párrafo de su introducción al *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein, sugiere, en forma casi incidental, «que todo lenguaje tiene, como afirma el señor Wittgenstein, una estructura con respecto a la cual, *en el lenguaje,* nada puede decirse salvo que puede haber otro lenguaje que trate la estructura del primero y tenga a su vez una nueva estructura, y que quizá no existan límites para esta jerarquía de lenguajes» (133, pág. 23). Esta sugerencia fue desarrollada, sobre todo por Carnap y por Tarski, y se convirtió en lo que ahora se conoce como la teoría de los niveles del lenguaje. En analogía con la teoría de los tipos lógicos, esta teoría protege contra una confusión de niveles. Postula que en el nivel más bajo del lenguaje se hacen aseveraciones con respecto a objetos. Éste es el campo del *lenguaje de objetos.* Sin embargo, cuando queremos decir algo *sobre* ese lenguaje, debemos utilizar un metalenguaje, y un meta-metalenguaje si queremos hablar sobre ese metalenguaje, y así sucesivamente en una regresión teóricamente infinita. Si aplicamos este concepto de niveles del lenguaje a la antinomia semántica del mentiroso, puede comprobarse que su afirmación, aunque compuesta por sólo dos palabras, encierra dos aseveraciones. Una de ellas está en el nivel objetal, y la otra en el meta-nivel y dice algo *acerca de* la que corresponde al primer nivel, a saber, que no es verdadera. Al mismo tiempo, casi mediante un truco de ilusionista, también está implícito que esa aseveración en el metalenguaje constituye en sí misma una de las aseveraciones acerca de la cual se hace la metaaseveración, que es en sí misma una aseveración en el lenguaje objetal. En la teoría de los niveles del lenguaje, este tipo de autorreflectividad de las aseveraciones que

implican su propia verdad o falsedad (o propiedades análogas, como la demostrabilidad, la definibilidad, la determinación, etcétera) constituyen el equivalente del concepto de autopertenencia de una clase en la teoría de los tríos lógicos; ambas constituyen afirmaciones carentes de sentido. [65]

Desde luego, es con cierta renuencia que aceptamos la prueba que nos ofrecen los lógicos de que la afirmación del mentiroso carece de significado. Se tiene la impresión de que en alguna parte hay una trampa, y esta sensación se hace aún más intensa en lo que se refiere a otra famosa definición paradójica. En una pequeña aldea hay un barbero que afeita a todos los hombres que no se afeitan a sí mismos. También aquí se trata de una definición exhaustiva, por un lado, pero, por otro, nos lleva a una paradoja si intentamos ubicar al barbero entre los que se afeitan a sí mismos o entre los que no lo hacen. Y, también aquí, una rigurosa deducción demuestra que no puede existir un barbero de tal tipo; no obstante, nos quedamos con una molesta sensación: ¿por qué no? Con esta empecinada duda *in mente* echemos ahora un vistazo a las consecuencias de la paradoja en el campo de la conducta o pragmático.

6.4. Las paradojas pragmáticas

6.4.1. Las instrucciones paradójicas

Si bien la paradoja del barbero se presenta casi siempre en la forma en que lo hemos hecho, existe una versión por lo menos levemente distinta. Es la que emplea Reichenbach *(123)* y en la que, aparentemente sin motivo alguno, el barbero es un soldado a quien su capitán ordena afeitar a todos los soldados de la compañía que no se afeitan a sí mismos, pero no a los otros. Desde luego, Reichenbach llega a la única conclusión *lógica* «de que no existe tal barbero de la compañía, en el sentido así definido».

Cualquiera que haya sido el motivo de este autor para presentar la paradoja en esta forma algo insólita, proporciona un ejemplo por excelencia de una paradoja pragmática. En última instancia, no existen motivos por los cuales esa orden no pueda impartirse por absurda que resulte desde el punto de vista lógico. Los ingredientes esenciales de esta contingencia son los siguientes:

1. Una fuerte relación complementaria (oficial y subordinados).
2. Dentro del marco de esa relación, se da instrucción de que se debe obedecer, pero también desobedecer para obedecerla (la orden define al soldado como alguien que se afeita a sí mismo si y sólo si no se afeita a sí mismo, y viceversa).
3. La persona que ocupa la posición de inferioridad en esta relación no puede salir *fuera* del marco y resolver así la paradoja haciendo un comentario sobre ella, es decir, metacomunicando acerca de ella (lo cual implicaría una «insubordinación»).

Una persona atrapada en tal situación se encuentra en una *posición insostenible.* Así, mientras que desde un punto de vista puramente lógico la orden del capitán carece de sentido y el barbero supuestamente no existe, la situación tiene un aspecto muy distinto en la vida real. Las paradojas pragmáticas, sobre todo las instrucciones paradójicas, son de hecho mucho más frecuentes de lo que se podría suponer. En cuanto empezamos a estudiar la paradoja en contextos interaccionales, el fenómeno deja de ser un mero problema de interés para el lógico y el filósofo de la ciencia, y se convierte en una cuestión de importancia práctica para la cordura de los comunicantes, sean éstos individuos, familias, sociedades o naciones. [66] A continuación se ofrecen varios ejemplos que van desde un modelo puramente teórico, pasando por otros tomados de la literatura y campos afines, hasta llegar a casos clínicos.

6.4.2. Ejemplos de paradojas pragmáticas

Ejemplo 1: Es sintáctica y semánticamente correcto escribir *Chicago es una ciudad populosa,* pero sería incorrecto escribir *Chicago es trisilábica,* pues en este caso deben utilizarse comillas: *«Chicago» es trisilábica.* La diferencia entre estos dos usos de la palabra radica en que en la primera aseveración, la palabra se refiere a un objeto (una

ciudad) mientras que en el segundo caso, esa misma palabra se refiere a un nombre (que es una palabra) y, por tanto, a sí misma. Así, los dos usos de la palabra «Chicago» son evidentemente de un tipo lógico distinto (la primera aseveración está en el nivel del lenguaje de objetos y la segunda en el del metalenguaje) y las comillas actúan como indicadores del tipo lógico (cf. 108, págs. 30-31 y sig.) [67] .

Imaginemos ahora la insólita posibilidad de que alguien condense ambas aseveraciones acerca de Chicago en una sola *(Chicago es una ciudad populosa y trisilábica)* y que se la dicte a su secretaria y la amenace con despedirla si no puede o no quiere escribirla correctamente. Desde luego, la secretaria no puede (y tampoco podríamos nosotros). ¿Cuáles son, entonces, los efectos de esa comunicación sobre la conducta? Éste es precisamente el interés de la pragmática de la comunicación humana. La superficialidad aparente de este ejemplo no debe cegarnos a su importancia teórica. No puede caber duda alguna de que la comunicación de este tipo crea una situación insostenible. Dado que el mensaje es paradójico, cualquier reacción frente a él dentro del marco establecido por el mismo debe ser igualmente paradójico. Es imposible comportarse de manera congruente y lógica dentro de un contexto incongruente e ilógico. En tanto la secretaria permanezca dentro del marco establecido por su empleador, tiene sólo dos posibilidades: tratar de complacerlo y, desde luego, comprobar que ello es imposible, o negarse a escribir nada. En el primer caso se la puede acusar de incompetencia, en el segundo, de insubordinación. Debe observarse que de estas dos acusaciones, la primera alega menoscabo intelectual, y la segunda, mala voluntad. Esto no está muy lejos de las típicas acusaciones de locura o maldad a las que se hizo referencia en los capítulos precedentes. En cualquiera de los dos casos, es probable que la secretaria reaccione emocionalmente, por ejemplo, llorando o enojándose. A todo esto cabe objetar que ninguna persona en su sano juicio se comportaría como este imaginario patrón. Esto, sin embargo, en un *non sequitur,* pues al menos en teoría, y muy posiblemente también en opinión de la secretaria, existen dos razones posibles para tal conducta: o bien el patrón busca un pretexto para despedirla y utiliza una desagradable triquiñuela para tal fin, o bien *no* está en su sano juicio. Una vez más, obsérvese que locura y maldad parecen constituir las únicas explicaciones. La situación cambia por completo si la secretaria no permanece dentro del marco establecido por la instrucción y hace un comentario sobre él; en otras palabras, si no reacciona frente al contenido de la orden dada por el jefe, sino que se comunica acerca de esa comunicación. Con ello, sale del contexto creado por él y no queda apresada en el dilema. Sin embargo, ello no suele ser fácil. Para empezar, y como se ha ilustrado en numerosas ocasiones en capítulos previos, es difícil comunicarse acerca de la comunicación. La secretaria tendría que indicar por qué la situación es insostenible y qué efecto ejerce sobre ella, lo que sería ya de por sí un logro más que difícil. Otra razón por la cual la metacomunicación no constituye una solución simple, radica en que el jefe, haciendo uso de su autoridad, puede rehusar a aceptar la comunicación de la secretaria en el metanivel y utilizarla como una nueva prueba de su incapacidad o insolencia. [68]

Ejemplo 2: Las autodefiniciones paradójicas del tipo de la del mentiroso son muy

frecuentes, por lo menos en nuestra experiencia clínica. Su importancia pragmática se hace más evidente si recordamos que estas aseveraciones no sólo expresan un contenido carente de sentido lógico, sino que también definen la relación del self con el otro. En consecuencia, cuando surgen en la interacción humana, no importa tanto que el contenido (información) carezca de sentido como que la relación (instrucción) no pueda eludirse ni tampoco entenderse claramente. Las siguientes variaciones de este problema están tomadas casi al azar de entrevistas recientes:

a) Entrevistador: ¿Cuáles diría Ud., Sr. X, que son los principales problemas en su familia?

Sr. X: Mi contribución a nuestro problema es que soy un mentiroso inveterado... Muchas personas usan la expresión... éste, falsedad o exageración o muchas cosas... Pero en realidad es mentir...

Tenemos motivos para creer que este hombre nunca ha tenido oportunidad de conocer la paradoja del mentiroso, y que no se proponía tomarle el pelo al entrevistador. Lo hizo, a pesar de ello, pues ¿cómo puede uno reaccionar frente a semejante mensaje relacional paradójico?

b) Una familia, compuesta por los padres y un hijo de viente años más bien obeso a quien se le atribuye retraso mental, interpretan juntos el proverbio «Piedra que rueda no cría musgo», como parte de una Entrevista Familiar Estructurada *(159):*

Padre: Utilizado como proverbio significa para nosotros, para Mamá y yo, que si nos mantenemos ocupados y activos como una piedra que rueda, usted sabe, moviéndonos, entonces, este, no vamos a ser demasiado... gordos, uno se vuelve más alerta mentalmente...

Hijo: ¿Es así?

Madre: ¿Ahora entiendes?

Hijo: Lo pesco.

Madre (superponiéndose): ... ¿Lo entiendes?

Hijo (superponiéndose): Sí, LO ENTIENDO.

Padre (superponiéndose): Que sería muy BUENO para...

Hijo (interrumpiendo): *Retraso mental.*

Padre (continuando): mantenerse ocupado...

Madre: Oh... parece que eso es lo que parece que significa para ti, «piedra que rueda...».

Hijo (interrumpiendo): *Bueno, significa superar el retraso mental.*

Madre: Bueno...

Padre (interrumpiendo): Bueno, mantenerse ocupado AYUDARÍA, es decir... creo que eso es cierto.

¿Cómo se manejan los padres, o el terapeuta, con un «retrasado mental» [69] que habla sobre las maneras de superar su retraso mental e incluso utiliza ese término? Al igual que el mentiroso, salta dentro y fuera del marco establecido por el diagnóstico (una definición del *self),* llevando así el diagnóstico *ad absurdum* en una forma verdaderamente esquizofrénica. El uso del término excluye el estado que ese término denota.

c) En una sesión de terapia marital conjunta, cuando se discutió el tema de las relaciones sexuales de la pareja y de sus actitudes individuales acerca de distintas conductas sexuales, se pudo encontrar pruebas del malestar extremo que experimentaba el marido con respecto a la masturbación. Afirmó que «para ser completamente franco», aunque a menudo se veía «obligado» a masturbarse debido al rechazo de su esposa, lo torturaban temores de ser anormal y de pecar (el marido era católico y consideraban que la masturbación era un pecado mortal). El terapeuta respondió que no podía hablar acerca del problema del pecado pero que, en lo concerniente a anormalidad o desviación, numerosas investigaciones indicaban que ese grupo informaba una frecuencia menor que cualquier otro grupo religioso, aunque la frecuencia de la masturbación entre los católicos era más alta de lo que muchos suponían. El esposo se burló de tales hallazgos y dijo: «Los católicos siempre mienten sobre el sexo».

Ejemplo 3: Quizá la forma más frecuente en que la paradoja interviene en la pragmática de la comunicación humana, es a través de una instrucción que exige una conducta específica, que por su misma naturaleza sólo puede ser espontánea. El prototipo de este mensaje es, en definitiva: *«¡Sé espontáneo!».* Todo aquel que se enfrenta con esta instrucción se encuentra en una posición insostenible, pues para obedecerlo tendría que ser espontáneo dentro de un marco de sometimiento, de no-espontaneidad. Algunas de las variaciones de este tipo de instrucción paradójica son:

a. «Debes amarme».
b. «Quiero que me domines» (pedido por una mujer a su esposo pasivo).
c. «Debería gustarte jugar con los chicos, como a los otros padres».
d. «No seas tan obediente» (los padres a un hijo al que consideran demasiado dependiente).
e. Sabes que eres libre de irte, querido; no te preocupes si comienzo a llorar» (de una novela de W. Styron (150, pág. 33).

Los encargados del superburdel microcósmico en la obra *Balcony* de Genet se ven todos atrapados en este dilema. Se paga a las muchachas para que desempeñen los roles complementarios necesarios para que sus clientes vivan sus sueños de *self,* pero todo

sigue siendo falso, pues saben que el pecador no es un «verdadero» pecador, que el ladrón no es un «verdadero» ladrón, etcétera. Del mismo modo, éste es también el problema del homosexual que anhela tener una relación intensa con un «verdadero» hombre, pero siempre comprueba que este último es, y necesariamente debe ser, otro homosexual. En todos estos ejemplos, en el peor de los casos, el otro se niega a obedecer o, en el mejor de los casos, hace lo adecuado pero por motivos erróneos, siendo los «motivos erróneos» la obediencia. En términos de simetría y complementariedad, estas instrucciones son paradójicas, porque exigen simetría dentro del marco de una relación definida como complementaria. La espontaneidad florece en la libertad y desaparece con la restricción. [70]

Ejemplo 4: Las ideologías tienen particular tendencia a mezclarse en los dilemas paradójicos, sobre todo si su metafísica consiste en una antimetafísica. Los pensamientos de Rubashov, el protagonista de la novela de Koestler, *Oscuridad a mediodía,* son paradigmáticos en tal sentido:

> El Partido negaba el libre albedrío del individuo y, al mismo tiempo, exigía su autosacrificio voluntario. Negaba su capacidad para elegir entre alternativas y, al mismo tiempo, le exigía que eligiera siempre la acertada. Negaba su capacidad para distinguir entre el bien y el mal y, al mismo tiempo, hablaba acusadoramente de culpa y traición. El individuo se encontraba bajo el signo de la fatalidad económica, una rueda en una maquinaria de relojería a la que se había dado cuerda para toda la eternidad y a la que resultaba imposible detener o modificar, y el Partido exigía que la rueda girara contra el sentido del reloj y cambiara su curso. Siempre hubo un error en el cálculo; la ecuación no resultaba (84, pág. 257).

Es inherente a la naturaleza de la paradoja el hecho de que las «ecuaciones» basadas en ella no resulten. Cuando la paradoja contamina las relaciones humanas, aparece la enfermedad. Rubashov había percibido los síntomas, pero intentaba vanamente encontrar una cura para ellos.

> Todos nuestros principios eran correctos, pero nuestros resultados eran erróneos. Éste es un siglo enfermo. Diagnosticamos la enfermedad y sus causas con exactitud microscópica, pero cada vez que aplicamos el bisturí curativo, apareció una nueva llaga. Nuestra voluntad era firme y pura, la gente tendría que habernos amado. Pero nos odian. ¿Por qué somos tan odiosos y detestados?
>
> Les trajimos la verdad, y en nuestra boca sonó a mentira. Les trajimos libertad, y en nuestras manos aparece un látigo. Les trajimos una existencia viva, y donde se oye nuestra voz los árboles se marchitan y se oye el crujido de las hojas secas. Les trajimos la promesa del futuro, pero nuestra lengua tartamudeó y ladró... (84, pág. 58).

Ejemplo 5: Si comparamos esto con el relato autobiográfico de un esquizofrénico *(15),* observamos que su dilema es intrínsecamente idéntico al de Rubashov. Sus «voces» colocan al paciente en una situación insostenible, y luego se lo acusa de engaño

o falta de buena voluntad cuando no puede responder a sus instrucciones paradójicas. Lo que hace que esta narración resulte tan extraordinaria es el hecho de que fue escrita hace casi 130 años, mucho antes de que surgiera la teoría psiquiátrica moderna:

> Me atormentaban las órdenes de lo que, según yo imaginaba, era el Espíritu Santo, para que yo dijera otras cosas, cosa por la cual tantas veces como la intenté, era tremendamente reprendido por comenzar con mi propia voz y no con la voz que se me daba. Estas órdenes contradictorias eran la causa, ahora tanto como antes, de la incoherencia de mi conducta, y esas imaginaciones constituyeron los principales motivos de mi posterior derrumbe total. Pues se me ordenaba hablar, so pena de horrendos tormentos, de provocar la ira del Espíritu Santo y de incurrir en la culpa de la más espantosa ingratitud; y al mismo tiempo, cuando intentaba hablar, era dura y acusatoriamente reprendido por no utilizar la expresión de un espíritu que me era enviado; y cuando volvía a intentarlo, seguía equivocándome, y cuando rogaba internamente y decía que no sabía qué debía hacer, se me acusaba de falsedad y engaño, y de no querer realmente hacer lo que se me ordenaba. Perdí entonces la paciencia y dije que se me querría confundir, decidido a mostrar que lo que me frenaba no era el temor ni la falta de voluntad. Pero en cuanto lo hice, sentí como antes el dolor en los nervios del paladar y la garganta al hablar, lo cual me convenció de que no sólo me revelaba contra Dios, sino también contra la naturaleza; y caí en una sensación agonizante de desesperanza e ingratitud (15, págs. 32-33).

Ejemplo 6: Cuando, aproximadamente en 1616, las autoridades japonesas iniciaron la persecución organizada de los conversos a la fe cristiana, permitieron a sus víctimas elegir entre una sentencia de muerte y una abjuración que era tan complicada como paradójica. Dicha abjuración tenía la forma de un juramento descrito por Sansom en un estudio sobre la interacción entre las culturas europeas y asiática:

> Al negar la fe cristiana, cada apóstata debía repetir las razones de su falta de fe según una fórmula prescrita... La fórmula es un tributo involuntario al poder de la fe cristiana pues, habiendo abjurado de su religión (en general en forma forzada), los conversos eran obligados, aplicando una curiosa lógica, a hacer un juramento en nombre de los mismos poderes que acababan de negar: En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Santa María y todos los Ángeles... Si rompo este juramento pierda para siempre la gracia de Dios y caiga en el lamentable estado de Judas Iscariote. Apartándose aún más de la lógica, a todo esto le seguía una promesa a las deidades budistas y shinto *(134,* pág. 176).

Las consecuencias de esta paradoja merecen un detallado análisis. Los japoneses se habían fijado la tarea de modificar las creencias de todo un grupo de personas, empresa evidentemente difícil en vista de que cualquier creencia es poderosa y, a la vez intangible. Deben haber comprendido desde el comienzo que los métodos de persuación, coerción o corrupción resultaban inadecuados, pues sin duda pueden obligar a una declaración de labios para afuera, pero siempre dejan dudas sobre si la mente del ex converso ha cambiado «realmente». Y, desde luego, esa duda subsiste incluso frente a las más

fervorosas protestas por parte del apóstata, porque no sólo los que renuncian sinceramente, sino todos aquellos que desean salvar su vida y conservar su fe en el fondo del corazón, se comportan precisamente de esa manera.

Frente al problema de provocar un cambio «real» en la mente de alguien, los japoneses recurrieron al expediente del juramento, y sabían muy bien que, en lo concerniente a los conversos, semejante juramento sólo sería válido si se hacía en nombre tanto de las deidades cristianas como de las budistas o shinto. Pero esta «solución» los hizo caer en la indeterminabilidad de las aseveraciones autorreflexivas. La fórmula prescrita para el juramento de abjuración debía derivar su poder de una invocación a la misma divinidad de la que debían abjurar mediante ella. En otras palabras, se hacía una aseveración *dentro* de un marco de referencia previamente definido (la fe cristiana), según la cual se afirmaba algo *acerca de* ese marco y, por ende, acerca de sí misma, a saber, negaba el marco de referencia y, con ello, el juramento mismo. Ahora bien, conviene prestar particular atención a las palabras en bastardilla en la oración precedente, *dentro* y *acerca de.* Supongamos que *C* sea la clase de todas las aseveraciones que pueden hacerse *dentro* del marco de la fe cristiana. Entonces, cualquier aseveración sobre *C* puede considerarse como una metaaseveración, esto es, una aseveración acerca de un conjunto de aseveraciones. Ahora se ve que el juramento es un miembro de *C* ya que invoca a la Trinidad y, al mismo tiempo, una metaaseveración que niega a *C* y, por lo tanto, acerca de *C.* Sin embargo, esto crea el ya conocido *impasse* lógico. Ninguna aseveración hecha dentro de un marco de referencia dado puede salir al mismo tiempo de ese marco, por así decirlo, y negarse a sí misma. Éste es el dilema del soñador que tiene una pesadilla: nada de lo que intente hacer en el sueño servirá para nada. [71] Sólo despertando, lo cual significa salir del sueño, puede escapar a su pesadilla. Pero despertar no forma parte del sueño, sino que constituye un marco completamente distinto; es un no-sueño, por así decirlo. Teóricamente, la pesadilla podría proseguir indefinidamente, como ya sucede con algunas pesadillas esquizofrénicas, pues nada dentro del marco tiene poder suficiente para negar dicho marco. Pero esto, *mutatis mutandis,* es precisamente lo que el juramento japonés estaba destinado a lograr.

Si bien no sabemos de la existencia de documentos históricos acerca de los efectos del juramento sobre los conversos o sobre las autoridades que lo impusieron, no resulta difícil hacer conjeturas al respecto. Para los conversos que hacían el juramento de dilema está bastante claro. Al abjurar, permanecían dentro del marco de la fórmula paradójica y quedaban así apresados en la paradoja. Desde luego, sus probabilidades de salir fuera del marco deben haber sido muy escasas pero, al haberse visto obligados a prestar juramento, los conversos se deben haber encontrado en un tremendo dilema religioso personal. Dejando de lado la cuestión relativa a la coacción, ¿era su juramento válido o no? Si querían seguir siendo cristianos, ¿acaso ese mismo hecho no otorgaba validez al juramento y los excomunicaba? Pero, si deseaban sinceramente abjurar del cristianismo, ¿acaso el hecho de jurar por esa fe no los ligaba firmemente a ella? En último análisis, la paradoja invade aquí el campo de la metafísica; participa de la esencia de un juramento

que no sólo liga a quien lo hace, sino también a la deidad invocada. En la experiencia del converso, ¿acaso no se encontraba entonces el mismo Dios en una posición insostenible y en tal caso, donde en todo el universo quedaba alguna esperanza de solución?

Pero la paradoja debe haber afectado también a los perseguidores. Es imposible que éstos no hayan percibido que la fórmula ubicada a la deidad cristiana se halla por encima de sus propios dioses. Así, en lugar de expulsar al «Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Santa María y todos los Ángeles» del alma de los conversos, los entronizaban incluso en su propia religión. Por ende, al final deben haberse encontrado atrapados en su propia maquinación, que afirmaba lo que negaba y negaba lo que afirmaba.

A esta altura podemos referirnos superficialmente al tema del lavado de cerebro que, a fin de cuentas, se basa casi exclusivamente en la paradoja pragmática. La historia de la humanidad muestra que, en general, hay dos clases de expertos en este sentido: los que consideran que la destrucción física de sus oponentes constituye una solución aceptable del problema y no les preocupa lo que sus víctimas «realmente» piensan, y los que, movidos por una preocupación de tipo escatológico, digna de mejor causa, sí se interesan, y en alto grado, por ese aspecto. Cabe suponer que los segundos se inclinan por denunciar una notable falta de espiritualidad en los primeros, pero esto no tiene mayor sentido. De cualquier manera, al segundo grupo le preocupa básicamente modificar la mente de un hombre y, sólo secundariamente, eliminarlo. O'Brien, el torturador de la novela de Orwell, *1984,* constituye una notable autoridad sobre el tema, cosa que explica a su víctima.

> «Por cada hereje que la Inquisición quemó en la hoguera, surgieron miles de otros. ¿A qué se debió ello? A que la Inquisición mató abiertamente a sus enemigos, y los mató antes de que se arrepintieran, de hecho, los mató porque no se arrepintieron.
>
> Los hombres morían porque se negaban a abandonar sus verdaderas creencias... Más tarde... surgieron los nazis alemanes y los comunistas rusos... Nosotros no cometemos errores de ese tipo. Los convertimos en verdaderos... Usted será aniquilado en el pasado tanto como en el futuro. Usted jamás habrá existido».
>
> «Entonces, ¿por qué se molesta en torturarme?», pensó Winston.
>
> O'Brien esbozó una leve sonrisa. «Usted es una mácula en el diseño, Winston, usted es una mancha que es necesario eliminar. ¿No acabo de decirle que somos distintos de los perseguidores del pasado? *No nos contentamos con la obediencia negativa, ni siquiera con la sumisión más abyecta. Cuando usted se rinda finalmente a nosotros será por su propia voluntad.* No destruimos al hereje porque se nos resista; mientras resiste jamás lo destruimos. Lo convertimos, nos apoderamos de su mente, lo remodelamos. Quemamos en él todo mal y toda ilusión; lo ganamos para nuestro bando, no en apariencia, *sino genuinamente, de alma y corazón.* Lo convertimos en uno de nosotros antes de matarlo. Nos resulta intolerable que una idea errónea haya existido en alguna parte del mundo, por secreta e importante que fuera» (113, pág. 258; las bastardillas son nuestras).

Aquí, sin duda, nos encontramos con la paradoja de tipo «sé espontáneo» en su forma más cruda. Desde luego, al lector no le cabe duda alguna de que O'Brien está loco, pero mientras que O'Brien no es más que un personaje ficticio, su locura es la de un Hitler, Himmler, Heydrich, y col.

Ejemplo 7: Una situación esencialmente similar a la de los conversos japoneses y sus perseguidores surgió entre Sigmund Freud y las autoridades nazis en 1938, salvo que en este caso la víctima obligó a sus perseguidores a enfrentarse a la paradoja y, además, de manera tal que pudo abandonar el campo. Los nazis habían prometido a Freud una visa para salir de Austria siempre y cuando firmara una declaración según la cual había sido «tratado por las autoridades alemanas, sobre todo por al Gestapo, con todo el respeto y la consideración debidos a mi reputación científica», etcétera. *(81,* pág. 226). Si bien en el caso personal de Freud tal afirmación puede haber sido cierta, en el contexto más amplio de la espantosa persecución de los judíos vieneses, ese documento implicaba una desvergonzada ficción de juego limpio por parte de las autoridades, sin duda con el fin de utilizar la fama internacional de Freud para la propaganda nazi. Así, a la Gestapo le interesaba que Freud la firmara, y, por otro lado, Freud sin duda tuvo que enfrentarse al dilema de firmarla y ayudar así al enemigo a expensas de su propia integridad moral, o negarse a firmarla y sufrir las consecuencias. En términos de la psicología experimental, se enfrentaba a un conflicto de tipo evitación-evitación (S.6.4.3.4.). Logró dar vuelta a la situación y atrapar a los nazis en su propia maquinación. Cuando el oficial de la Gestapo le trajo el documento para que lo firmara, Freud le preguntó si le permitiría agregar una frase. Evidentemente seguro de su posición de superioridad, el oficial aceptó el pedido y Freud escribió de su puño y letra: «Puedo recomendar la Gestapo a cualquiera de todo corazón». Ahora la situación se había invertido pues la Gestapo, que había obligado a Freud a alabarla, no podía oponerse a ser objeto de nuevos elogios. Pero, para todos los que tuvieran la más borrosa conciencia de lo que sucedía en Viena en aquellos días (y el mundo lo comprendía cada vez con mayor claridad), este «elogio» equivalía a un devastador sarcasmo que despojaba al documento de todo valor para la propaganda. En síntesis, Freud había ubicado al documento en un determinado marco mediante una aseveración que formaba parte del documento y una negación, por medio del sarcasmo, de todo el documento.

Ejemplo 8: En *Lesplaisirs et les Jours,* Proust ofrece un hermoso ejemplo de una paradoja pragmática que surge de la frecuente contradicción entre la conducta socialmente aprobada y las emociones individuales. Alexis tiene trece años y se dispone a visitar a un tío que agoniza, aquejado de un mal incurable. La siguiente conversación tiene lugar entre Alexis y su tutor.

> Al comenzar a hablar se sonrojó intensamente:
>
> —Monsieur Legrand, ¿debe mi tío pensar que sé que va a morir o no?
>
> —¡No debe saberlo, Alexis!
>
> —Pero, ¿qué hago si me habla sobre ello?

—No hablará sobre ello.

—¿No me hablará sobre ello? —dijo Alexis, atónito, pues era la única alternativa que no había anticipado; cada vez que comenzaba a imaginar su visita a su tío lo oía hablar sobre la muerte con la dulzura de un sacerdote.

—Pero, a fin de cuentas, ¿qué haré si me habla sobre eso? —Le dirás que está equivocado. —¿Y si lloro?

—Ya has llorado demasiado esta mañana, no llorarás en casa de tu tío.

—¡No lloraré! —exclamó Alexis con desesperación—. Pero él creerá que no siento pena, que no lo quiero... mi pobre tío! y comenzó a llorar (118, págs. 119-120).

Si, movido por su preocupación, Alexis oculta sus sentimientos de preocupación, entonces teme que pueda parecer indiferente y, por ende, falto de amor.

Ejemplo 9: Un joven sabía que sus padres no aprobaban a la muchacha con la que salía y con la que se proponía casarse. Su padre era un hombre rico, dinámico y bien parecido que gobernaba a su antojo la vida de sus tres hijos y su esposa. La madre vivía ocupando la posición complementaria inferior. Era una mujer retraída y callada que, en varias ocasiones, había sido internada en un sanatorio «para un descanso». Cierto día, el padre invitó al joven a pasar a su estudio —procedimiento reservado sólo para las ocasiones muy solemnes— y le dijo: «Luis, hay algo que debes saber. Los Alvarado siempre nos casamos con mujeres que son mejores que nosotros». Lo dijo con el rostro totalmente serio y dejó al muchacho desconcertado, pues le resultaba imposible decidir cuáles eran las implicaciones de tal aseveración. Cualquiera que fuera la forma en que trataba de interpretarla, terminaba en una desconcertante contradicción, lo cual creó en él un sentimiento de inseguridad en cuanto a la conveniencia de casarse con la novia.

La aseveración del padre podría ampliarse de la siguiente manera: nosotros los Alvarado somos personas superiores; entre otras cosas, escalamos posiciones al casarnos. Esta evidencia de superioridad, sin embargo, no es sólo claramente contraria a los hechos que observa el hijo, sino que implica, por su parte, que los Alvarado son *inferiores* a sus esposas, lo cual niega la afirmación que estaba destinada a corroborar. Si la aseveración de superioridad, incluida la definición de la esposa y de sí mismo, es cierta, entonces no es cierta.

Ejemplo 10: En el curso de la psicoterapia de un hombre joven, su psiquiatra le pidió que invitara a los padres a trasladarse desde una ciudad algo lejana para que pudieran tener por lo menos una sesión de terapia conjunta. Durante esa sesión se hizo evidente que los padres sólo estaban de acuerdo entre sí cuando se aliaban contra el hijo, pero que estaban en desacuerdo con respecto a muchos temas. También se reveló que el padre había sufrido una depresión durante la infancia del hijo y no había trabajado durante cinco años, período en el cual vivieron del dinero de la mujer, que poseía una cierta fortuna. En el curso de la entrevista, el padre criticó al hijo por no ser más responsable,

por no hacerse independiente y tener más éxito. En ese momento el terapeuta intervino y señaló autelosamente que quizá el padre y el hijo tenían más en común de lo que parecía... Aunque ninguno de los dos hombres pareció prestar atención al psiquiatra por crear dificultades entre ellos. Poco después contempló a su hijo con amor y admiración y afirmó: «A fin de cuentas, es algo sencillo. Lo único que queremos en el mundo es que Jorge tenga un matrimonio tan feliz como nosotros». Definido en esos términos, la única conclusión es la de que un matrimonio es feliz cuando es infeliz y por implicación, que es infeliz cuando es feliz.

«Reproduced by permission of Esquire Magazine. © 1963 by Esquire, Inc.»

«¡Escribe fenómeno usted!»

FIGURA 1

Photo: San José Mercury News

FIGURA 2

Photo: Baron Wolman

Contradicción y paradoja, respectivamente, ejemplificadas mediante señales callejeras

Las dos instrucciones de la figura 1 («Deténgase» y «Prohibido detenerse») simplemente se contradicen. Por lo tanto, sólo una puede ser obedecida. La señal de la figura 2 («Ignore esta señal»), que probablemente haya sido colocada como broma, crea una verdadera paradoja mediante su auto-reflectividad: para poder obedecer la instrucción de ignorarla, primero hay que tenerla en cuenta. Pero el mismo acto de tenerla en cuenta desobedece la instrucción en sí misma. Por lo tanto, esa señal sólo puede ser obedecida desobedeciéndola, y sólo puede ser desobedecida obedeciéndola (Cf. 6.4.3.4., con referencia a contradicciones simples versus paradojas).

De paso, vale la pena mencionar que el muchacho quedó deprimido después de esa reunión y que, cuando acudió a su sesión individual siguiente, no pudo descubrir el origen de su estado de ánimo. Cuando se le señaló la paradoja implícita en el deseo de la madre, la recordó y fue como si de pronto se hubiera encendido una luz en su interior. Señaló que probablemente la madre había dicho «cosas como ésa» durante muchos años, pero que él nunca había podido identificarlas tal como le había sucedido en ese momento. Solía tener sueños en que transportaba algo pesado, o luchaba contra algo, o se sentía arrastrado por algo, sin poder reconocer jamás qué era ese «algo».

Ejemplo 11: Una madre conversaba por teléfono con el psiquiatra de su hija

esquizofrénica y se quejaba de que la muchacha estaba empeorando, lo cual en general significaba que la hija se había mostrado más independiente y había discutido con ella. Poco antes, por ejemplo, la hija se había mudado a un apartamento propio, cosa que fastidiaba a la madre. El terapeuta le pidió un ejemplo de conducta supuestamente perturbada y la madre respondió: «Bueno, hoy, por ejemplo, quise que ella viniera a cenar, y tuvimos una tremenda discusión porque pensaba que no tenía ganas de venir». Cuando el terapeuta le preguntó qué había ocurrido finalmente, la madre respondió con cierto enfado: «Bueno, la convencí de que viniera, por supuesto, porque sabía que ella en realidad quería hacerlo y nunca tiene el valor para decirme que no». Según la madre, cuando la hija dice «no», ello significa que en realidad desea ir, porque la madre sabe mejor que ella qué ocurre en la mente confusa de la hija; ¿pero qué ocurriría si la hija dijera «sí»? Un «sí» no significa «sí», sino sólo que la hija nunca tiene el coraje necesario para decir «no». Así, tanto la madre como la hija están ligadas por esta manera paradójica de rotular los mensajes.

Ejemplo 12: Hace poco, Greenburg publicó una encantadora y espeluznante colección de comunicaciones maternas paradójicas. He aquí una de sus perlas:

Dé a su hijo Marvin dos camisas de regalo. La primera vez que se ponga una de ellas, mírelo con tristeza y diga en su tono básico de voz: «¿La otra no te ha gustado?» (58, pág. 16).

6.4.3. La teoría del doble vínculo [72]

Los efectos de la paradoja en la interacción humana fueron descritos por primera vez por Bateson, Jackson, Haley y Weakland en un trabajo titulado *«Toward a Theory of Schizophrenia» (18),* publicado en 1956. Este grupo de investigadores enfocó el fenómeno de la comunicación esquizofrénica desde un punto de vista radicalmente distinto de aquellas hipótesis según las cuales la esquizofrenia constituye primariamente un trastorno intrapsíquico (un trastorno del pensamiento, una función yoica débil, una inundación de la conciencia por material del proceso primario, etcétera), que afecta secundariamente las relaciones del paciente con las demás personas y, en algunos casos, las de éstas con él. Bateson y col. adoptaron el enfoque contrario y se preguntaron qué secuencias de la experiencia interpersonal *provocarían* (en lugar de ser el efecto) una conducta capaz de justificar el diagnóstico de esquizofrenia. Supusieron que el esquizofrénico *«debe vivir en un universo donde las secuencias de hechos son de tal índole que sus hábitos comunicacionales no convencionales resulten en cierto sentido adecuados» (18,* pág. 253). Esto los llevó a postular e identificar ciertas características esenciales de tal interacción, para las cuales crearon el término *doble vínculo.* Estas características constituyen también el denominador común subyacente a los ejemplos incluidos en la sección previa de este capítulo, cuya heterogeneidad sería si no quizá desconcertante.

6.4.3.1.

En una definición algo modificada y ampliada, los ingredientes de un doble vínculo pueden describirse de la siguiente manera:

1) Dos o más personas participan en una relación intensa que posee un gran valor para la supervivencia física y/o psicológica de una, varias o todas ellas. Esas situaciones incluyen relaciones intensas, pero no se limitan a la vida familiar (en particular la interacción parento-filial): también abarcan, entre otras, la situación de enfermedad; la dependencia material; el cautiverio; la amistad; el amor; la lealtad hacia un credo, una causa o una ideología; los contextos que están bajo la influencia de las normas sociales o la tradición, y la situación psicoterapéutica.

2) En este contexto, se da un mensaje que está estructurado de tal modo que: *a)* afirma algo, *b)* afirma algo de su propia afirmación, y *c)* ambas afirmaciones son mutuamente excluyentes. Así, si el mensaje es una instrucción, es necesario desobedecerlo para obedecerlo; si es una definición del *self* o del otro, la persona así definida es esa clase de persona sólo si no lo es, y no lo es si lo es. Así, el significado del mensaje es indeterminado en el sentido descrito en S.3.3.3.3.

3) Por último, se impide que el receptor del mensaje se evada del marco establecido por ese mensaje, sea metacomunicándose (comentando) sobre él o retrayéndose. Por lo tanto, aunque el mensaje carezca de sentido desde el punto de vista lógico, constituye una realidad pragmática: el receptor no puede *dejar* de reaccionar a él, pero tampoco puede reaccionar a él en forma apropiada (no paradójica), pues el mensaje mismo es paradójico. Esta situación suele estar determinada por la prohibición más o menos explícita de manifestar que se tiene conciencia de la contradicción o del verdadero problema implícito. Por lo tanto, es probable que una persona en una situación de doble vínculo se vea castigada (o al menos se sienta culpable) por tener percepciones correctas, y sea definida como «mala» o «loca» incluso por insinuar que puede haber una discrepancia entre lo que realmente ve y/o lo que «debería» ver. [73]

Ésta es la esencia del doble vínculo.

6.4.3.2.

Desde que fuera formulado, este concepto ha llamado considerablemente la atención tanto en la psiquiatría [74] como en las ciencias de la conducta en general *(156),* e incluso pertenece ya a la jerga política *(97).* El problema relativo a la *patogenicidad* del doble vínculo se ha transformado en el aspecto más debatido y peor comprendido de la teoría, por lo cual es necesario examinarlo antes de proseguir con nuestro tema.

No cabe duda de que el mundo en que vivimos está lejos de ser lógico y de que todos hemos estado expuestos a dobles vínculos, a pesar de lo cual casi todos nosotros nos hemos ingeniado para conservar nuestra cordura. Sin embargo, la mayoría de tales experiencias son aisladas y espurias, aunque en su momento puedan ser de naturaleza traumática. Es muy distinta la situación cuando el contacto con los dobles vínculos es duradero y se convierte gradualmente en una expectativa habitual. Esto, desde luego, se

aplica en particular a la infancia, ya que todos los niños tienden a llegar a la conclusión de que lo que les sucede ocurre en todo el mundo: es la ley del universo, por así decirlo. Aquí, entonces, no se trata de un trauma aislado, sino más bien de un patrón definido de interacción. La cualidad interaccional de este patrón quizá se vuelva más clara si se recuerda que el doble vínculo no puede ser, en la naturaleza de la comunicación humana, un fenómeno unidireccional. Si, como vimos antes *(3),* un doble vínculo da lugar a una conducta paradójica, entonces esa misma conducta, a su vez, crea un doble vínculo para quien lo estableció. [75] Una vez que dicho patrón ha comenzado a actuar, virtualmente carece de sentido preguntar *cuándo, cómo* y *por qué* se estableció, pues, como se verá en el próximo capítulo, los sistemas patológicos exhiben una cualidad de tipo círculo vicioso, curiosamente autoperpetuadora. En vista de ello, sostenemos que el problema de la patogenicidad del doble vínculo no puede resolverse en términos de una relación causa-efecto tomada, por ejemplo, del modelo médico de la conexión entre la infección y la inflamación; el doble vínculo no *causa* esquizofrenia. Todo lo que puede decirse es que, cuando el doble vínculo se ha convertido en el patrón predominante de comunicación, y cuando la atención diagnóstica está limitada al individuo *manifiestamente* más perturbado, [76] la conducta de este individuo, según se comprobará, satisface los criterios diagnósticos de la esquizofrenia. Sólo en este sentido puede considerarse el doble vínculo como agente causal y, por ende, patógeno. Este distingo puede parecer talmúdico, pero lo consideramos necesario para poder dar el paso conceptual que va desde la «esquizofrenia como una enfermedad misteriosa de la mente individual» a la «esquizofrenia como un patrón de comunicación específico».

6.4.3.3.

Teniendo esto presente, podemos agregar ahora otros dos criterios a las tres características esenciales (S.6.4.3.1.) del doble vínculo, para definir su conexión con la esquizofrenia:

4) Cuando el doble vínculo es duradero, posiblemente crónico, se convertirá en una expectativa habitual y autónoma con respecto a la naturaleza de las relaciones humanas y el mundo en general, una expectativa que no requiere refuerzo ulterior.

5) La conducta paradójica impuesta por el doble vínculo (punto 3, de S.6.4.3.1.) es, a su vez, un doble vínculo, y lleva a un patrón de comunicación autoperpetuador. La conducta del comunicante más manifiestamente perturbado satisface los criterios clínicos de la esquizofrenia si se la examina en forma aislada.

6.4.3.4.

De ello puede deducirse que los dobles vínculos no son tan sólo instrucciones *contradictorias,* sino verdaderas paradojas. Ya nos referimos a la diferencia esencial entre una contradicción y una paradoja, cuando hablamos sobre las antinomias, y

comprobamos que toda antinomia es una contradicción lógica pero que no toda contradicción lógica es una antinomia. El mismo distingo es válido para instrucciones contradictorias *versus* las instrucciones paradójicas (dobles vínculos), y se trata de un distingo de gran importancia porque los efectos pragmáticos de ambas clases de instrucciones son muy distintos. (Véase las ilustraciones de la pág. 193.) Nuestro pensamiento, la estructura lógica del lenguaje y nuestra percepción de la realidad en general están tan firmemente basados en la ley aristotélica de que *A* no puede ser al mismo tiempo *no A* que este tipo de contradicción es demasiado evidente y errónea para tomarla en serio. Incluso las contradicciones impuestas por la vida cotidiana no son patógenas. Cuando nos enfrentamos a dos alternativas mutuamente excluyentes, es necesario elegir; la propia elección puede no tardar en demostrar que ha sido errónea o bien se puede vacilar demasiado y así fallar. Tal dilema puede variar desde un leve malestar por el hecho de no poder comer el pastel y tenerlo al mismo tiempo hasta la desesperada situación de un hombre atrapado en el sexto piso de una casa en llamas y a quien sólo le queda la alternativa de morir en el incendio o saltar por la ventana. Del mismo modo, en los experimentos clásicos en los que un organismo se ve expuesto a una situación de conflicto (acercamiento-evitación, acercamiento-acercamiento, evitación-evitación), el conflicto surge de lo que, en realidad, equivale a una contradicción entre las alternativas ofrecidas o impuestas. Los efectos de tales experimentos sobre la conducta pueden ir desde la indecisión, hasta una elección errónea o hasta morirse de hambre para escapar al castigo, pero nunca a la patología peculiar que puede observarse cuando el dilema es auténticamente paradójico.

Con todo, esta patología está claramente presente en los famosos experimentos pavlovianos, en los que primero se adiestra a un perro para distinguir un círculo de una elipse y luego se lo vuelve incapaz de discriminar cuando la elipse se amplía gradualmente para que se parezca cada vez más a un círculo. Sostenemos que éste es un contexto que contiene todos los ingredientes de un doble vínculo, tal como ya se lo describió, y Pavlov ideó el término «neurosis experimental» para referirse a sus efectos en la conducta. El núcleo del asunto es que, en este tipo de experimento, el experimentador impone primero al animal la necesidad vital de una discriminación correcta y luego hace imposible la discriminación dentro de su marco. Así, el perro se ve lanzado a un mundo en el que su supervivencia depende de una ley que se viola a sí misma: la paradoja levanta su cabeza de Gorgona. A esta altura, el animal comienza a exhibir ciertos trastornos de conducta característicos: puede entrar en estado comatoso, o mostrar una extrema agresividad y, además, manifestará los concomitantes fisiológicos de una intensa ansiedad. [77]

En síntesis: el principal distingo entre las instrucciones contradictorias y las paradójicas consiste en que frente a una instrucción contradictoria, se elige una y se pierde, o se sufre, la otra alternativa. El resultado no es feliz pues, como ya se señaló, es imposible comer el pastel y mantenerlo intacto simultáneamente, y el menor de dos males sigue siendo un mal. Pero frente a una instrucción contradictoria, la elección es lógicamente posible. La instrucción paradójica, por otro lado, *impide la elección misma,*

nada es posible y se pone así en marcha una serie oscilatoria auto-perpetuante.

Como comentario quisiéramos señalar el interesante hecho de que el efecto paralizante de la paradoja pragmática no se limita en modo alguno a los primates o a los mamíferos en general. Incluso los organismos con un sistema nervioso y un cerebro relativamente rudimentarios son igualmente vulnerables a los efectos de la paradoja. Ello implicaría que el fenómeno afecta a alguna ley fundamental de la existencia.

6.4.3.5.

Pero, volviendo a la pragmática de la comunicación humana, consideremos brevemente cuáles son los efectos que los dobles vínculos tienden a producir en la conducta. En S.4.4.2. se señaló que, en toda secuencia comunicacional, cualquier intercambio de mensajes disminuye el número de posibles jugadas siguientes. En el caso de los dobles vínculos, la complejidad del patrón se ve particularmente limitada y sólo unas muy pocas reacciones resultan pragmáticamente posibles. A continuación señalaremos algunas de ellas.

Frente al insostenible absurdo de su situación, es probable que una persona llegue a la conclusión de que debe estar pasando por alto indicios vitales, inherentes a la situación, ya que le ofrecen los interactores significativos. Este supuesto se vería fortalecido por el hecho evidente de que, para los demás, la situación parece muy lógica y congruente. La posibilidad de que tales indicios vitales sean retenidos deliberadamente por los otros sólo constituiría una variación sobre el mismo tema. En cualquiera de los dos casos, y esto es de importancia básica, se verá obsesionado por la necesidad de encontrar esos indicios, de conferir sentido a lo que sucede en él y a su alrededor, y puede que se vea obligado a extender esta búsqueda de indicios y de sentido a los fenómenos más improbables y dispares. Este alejamiento con respecto a los problemas reales se vuelve más plausible cuando se recuerda que un ingrediente esencial en una situación de doble vínculo es la prohibición de percibir la contradicción implícita.

Por otro lado, esa persona puede elegir lo que los reclutas consideran como la mejor reacción posible frente a la lógica desconcertante, o a la ausencia de lógica, de la vida militar: obedecer a todos los mandatos en forma completamente literal y abstenerse manifiestamente de todo pensamiento independiente. Así, en lugar de lanzarse a una búsqueda interminable de significados ocultos, esa persona descarta *a priori* la posibilidad de que exista otro aspecto en las relaciones humanas aparte del más literal y superficial, o bien, de que un mensaje debe tener más significado que otro. Como cabe imaginar, tal conducta parecería absurda a cualquier observador, pues la incapacidad para distinguir lo trivial de lo importante, lo plausible de lo no plausible, constituye la esencia de la tontería.

La tercera reacción posible sería apartarse de toda relación humana. Ello puede lograrse mediante el aislamiento físico en la medida de lo posible y, además, cerrando los canales de entrada de la comunicación cuando el aislamiento no basta por sí solo para lograr el efecto deseado. Con respecto a la clausura de las entradas, es necesario referirse

una vez más al fenómeno de «defensa perceptual» que se describió brevemente en S.3.2.3.4. Una persona que se defiende de esta manera le parecería retraída, inabordable y autista a un observador. Es posible concebir un resultado virtualmente idéntico —escapar a la participación en un doble vínculo— mediante una conducta hiperactiva tan intensa y persistente que ahogue la mayoría de los mensajes que entran.

Estas tres formas de conducta frente a la indeterminabilidad que plantean los dobles vínculos reales o habitualmente esperados sugieren, como lo señalan en su trabajo original los autores de la teoría, los cuadros clínicos de la esquizofrenia, esto es, de los subgrupos paranoide, hebefrénico y catatónico (estuporoso o agitado), respectivamente. Dichos autores agregan:

> Estas tres alternativas no son las únicas. Lo cierto es que un individuo no puede elegir la alternativa que le permitiría descubrir qué quieren decir las personas; no puede, a menos que cuente con considerable ayuda: examinar los mensajes de otros. Al serle ello imposible, el ser humano es como un sistema autocorrector que ha perdido su regulador; gira en espiral hasta alcanzar distorsiones interminables, si bien siempre de manera sistemática *(18,* pág. 256).

Como ya se señaló en varias ocasiones, la comunicación esquizofrénica es en sí misma paradójica, por lo cual impone una paradoja a los otros comunicantes, y ello completa el ciclo vicioso.

6.4.4.. Predicciones paradójicas [78]

A comienzos de la década de 1940 hizo su aparición una nueva paradoja, particularmente fascinante. Aunque su origen parece desconocido, llamó enseguida la atención y se la ha tratado ampliamente desde entonces en una variedad de trabajos, nueve de los cuales aparecieron en la revista *Mind.* [79] Como veremos, esta paradoja es de particular interés para nuestro estudio, porque deriva su fuerza y su encuentro del hecho de que sólo resulta concebible como una interacción en curso entre dos personas.

6.4.4.1.

Entre las diversas versiones de la esencia de esta paradoja, hemos elegido la siguiente:

> El director de una escuela anuncia a sus alumnos que pondrá un examen inesperado durante la semana siguiente, esto es, cualquier día entre el lunes y el viernes. Los estudiantes, que parecen constituir un grupo insólitamente ingenioso, le señalan que, a menos que viole los términos de su propio anuncio y no se proponga poner un examen *inesperado algún día de la semana siguiente,* tal examen no puede tener lugar. Argumentan que, si hasta el jueves no se ha puesto el examen, entonces es imposible ponerlo por sorpresa el viernes, ya que éste sería el único día posible que queda. Pero, si ello permite eliminar el viernes como posible día para el examen,

el jueves también queda eliminado por idéntica razón. Evidentemente, el miércoles a la noche quedarían sólo dos días: jueves y viernes. El viernes, como ya se demostró, queda eliminado, con lo cual sólo queda el jueves, de modo que un examen puesto el jueves ya no sería inesperado. Mediante idéntico razonamiento, también resulta posible eliminar eventualmente el miércoles, el martes y el lunes: no puede haber un examen *inesperado.* Cabe suponer que el director escucha en silencio su «prueba» y luego, pone el examen por ejemplo, el jueves a la mañana. A partir del momento en que hizo el anuncio, *él* tenía planeado ponerlo ese día. Por otro lado, *ellos* se enfrentan ahora a un examen totalmente inesperado, inesperado precisamente de que se habían convencido de que no podía ser inesperado.

En este pasaje no resulta difícil distinguir los rasgos ya familiares de la paradoja. Por un lado, los estudiantes se han lanzado a lo que parece ser una deducción lógica rigurosa a partir de las premisas establecidas por el anuncio del director y han llegado a la conclusión de que no puede haber un examen inesperado durante la semana siguiente. El director, por su parte, evidentemente puede poner ese examen cualquier día de la semana sin violar en lo más mínimo los términos de su anuncio. El aspecto más sorprendente de esta paradoja radica en el hecho de que, un análisis más cuidadoso, revela que el examen puede ponerse incluso el viernes y, no obstante, constituir una sorpresa. De hecho, la esencia de este episodio es la situación existente el jueves a la noche, mientras que la inclusión de los otros días de la semana sólo sirve para adornar el relato y

complicar secundariamente el problema. A partir del jueves a la noche, el viernes es el único día posible que queda, lo cual hace que el examen se convierta en algo previsible. *«Debe* ser mañana, si es que hay un examen; *no puede* ser mañana, porque no sería inesperado»; así es como lo ven los alumnos. Ahora bien, esta deducción misma de que el examen es previsible y, por lo tanto, imposible, permite que el maestro ponga un examen inesperado el viernes o, si a eso vamos, cualquier otro día de la semana, en completo acuerdo con los términos de su anuncio. Aunque los estudiantes comprendan que su conclusión de que no puede haber un examen inesperado es precisamente la razón por la cual se les puede poner inesperadamente, su descubrimiento no los ayuda en absoluto. Sólo sirve para probar que si el jueves a la noche esperan que el examen se ponga el viernes, con lo cual excluyen la posibilidad de que tenga lugar, de acuerdo con las reglas del director, entonces *es posible* ponerlo inesperadamente, lo cual lo convierte en algo completamente previsible, lo cual lo hace totalmente inesperado, y así sucesivamente *ad infinitum.* Por lo tanto, no es posible predecirlo.

Aquí, entonces, tenemos otra verdadera paradoja pues

1) el anuncio contiene una predicción en el lenguaje de los *objetos* («habrá un examen»);

2) contiene una predicción en el *metalenguaje* que niega la posibilidad de predecir 1) esto es, «el examen (predicho) será imprevisible»;

3) ambas predicciones son mutuamente excluyentes;

4) el director puede impedir eficazmente que los estudiantes salgan de la situación creada por su anuncio y obtenga la información adicional que les permitiría descubrir cuál

es la fecha del examen.

6.4.4.2.

Hasta aquí lo relativo a la estructura lógica de la predicción hecha por el director. Cuando se consideran sus consecuencias pragmáticas, surgen dos conclusiones sorprendentes. La primera es que para cumplir con la predicción contenida en su anuncio, el director *necesita* que los estudiantes lleguen a la conclusión contraria (esto es, que un examen como el anunciado es lógicamente imposible), pues sólo entonces surge una situación en la que su predicción de un examen inesperado puede justificarse. Pero esto equivale a decir que el dilema sólo surge gracias a la capacidad intelectual de los estudiantes. Si no fueran tan ingeniosos, probablemente pasarían por alto la sutil complejidad del problema y esperarían que el examen fuera realmente inesperado, con lo cual llevarían al director *ad absurdum.* Ya que si aceptan, ilógicamente, el hecho de que se debe esperar lo inesperado, ningún examen en momento alguno entre el lunes y el viernes sería inesperado para ellos. ¿No se tiene la impresión de que una lógica defectuosa daría a su enfoque una apariencia más realista? Pues no hay razón por la que el examen no pueda ponerse inesperadamente cualquier día de la semana, y sólo los estudiantes muy inteligentes pasan por alto este hecho innegable.

En la labor psicoterapéutica con esquizofrénicos inteligentes, uno se siente tentado una y otra vez de llegar a la conclusión de que estarían en condiciones mucho mejores, mucho más «normales», si de alguna manera pudieran reducir la agudeza de su pensamiento y aliviar así el efecto paralizante que tiene sobre sus acciones. Cada uno a su modo, todos ellos parecen descendientes del héroe troglodita de la novela *Notesfrom Underground* de Dostoievsky, quien explica:

> Juro, caballeros, que ser demasiado consciente es una enfermedad, una verdadera y acabada enfermedad *(38,* pág. 132).

Y más adelante:

> ...La inercia me dominaba. Ustedes saben que el fruto directo, legítimo, de la conciencia es la inercia, esto es, ese consciente estar sentado con las manos una sobre la otra. Me he referido ya, repito, a esto, y lo reitero con énfasis: todas las personas «directas» y los hombres de acción son activos simplemente porque son estúpidos y limitados. ¿Cómo explica esto? Se lo diré: como consecuencia de su limitación toman las causas inmediatas y secundarias por las primarias y así se convencen con mayor rapidez y facilidad que otras personas de que han encontrado un fundamento infalible de su actividad, y su mente queda en paz y uno ya sabe que eso es lo principal. Para empezar a actuar, como saben, primero es necesario tener la mente completamente tranquila, sin un solo rastro de duda. Por ejemplo, ¿cómo puedo lograr que mi mente esté tranquila? ¿Dónde están las causas primarias a partir de las cuales he de construir? ¿Dónde están mis fundamentos? ¿Dónde he de conseguirlos? Me dedico a reflexionar y, siendo consecuente conmigo mismo, cada causa primaria de inmediato

arrastra tras de sí otra más primaria, y así hasta el infinito. Tal es precisamente la esencia de toda suerte de conciencia y reflexión *(38,* págs. 139-140).

O compárese con *Hamlet* (IV/4):

> Mas, ya olvido bestial o flojo escrúpulo de pensar demasiado en el evento (pensar que, en cuatro partes dividido, una es prudencia y tres son cobardía), no sé cómo es que vivo todavía diciendo, «esto hay que hacer», puesto que tengo motivo y voluntad, y fuerza y medios.

Si, como vimos en S.6.4.3.5., el doble vínculo determina una conducta muy similar a la de los subgrupos paranoide, hebefrénico y catatónico de la esquizofrenia, respectivamente, parecería que las predicciones paradójicas estuvieran relacionadas con conductas que sugieren la inercia y la abulia típicas de la esquizofrenia simple.

6.4.4.3.

Pero la segunda conclusión que se impone es, quizá, aún más desconcertante que esta aparente apología del pensamiento torpe. El dilema resultaría también imposible si los estudiantes no confiaran implícitamente en el director. Toda su deducción depende del supuesto de que el director puede y debe ser digno de confianza. Cualquier duda con respecto a su confiabilidad no disolvería la paradoja desde el punto de vista lógico, pero sí desde el punto de vista pragmático. Si no es posible confiar en él, entonces no tiene sentido tomar en serio su anuncio, y lo más que los alumnos pueden hacer bajo esas circunstancias es esperar un examen en algún momento entre el lunes y el viernes. (Ello significa que sólo pueden aceptar aquella parte del anuncio que está en el nivel del contenido [lenguaje de objetos] es decir, «Habrá un examen la semana que viene», y dejar de lado el aspecto metacomunicacional que se refiere a su predecibilidad.) Así, debemos llegar a la conclusión de que no sólo el pensamiento lógico sino también la confianza nos hacen vulnerables a esta clase de paradoja.

6.4.4.4.

Podría parecer que semejante paradoja surge en raras ocasiones, o nunca, en la vida real. Empero, este argumento es indefendible en el campo de la comunicación esquizofrénica. Una persona que carga con el rótulo diagnóstico de «esquizofrénica» puede entenderse como alguien que desempeña el papel de los estudiantes y el del director al mismo tiempo. Al igual que los primeros, se ve atrapado en el dilema de la lógica y de la confianza, como ya se señaló. Pero también se encuentra en gran medida en la posición del director pues, al igual que éste, comunica mensajes que son indeterminados. Evidentemente sin comprender hasta qué punto los comentarios finales de su trabajo resultan aplicables a nuestro tema, Nerlich ha ofrecido un excelente resumen de esta situación: «Una manera de no decir nada consiste en contradecirse a

uno mismo. Y si uno logra dicha contradicción diciendo que uno no dice nada, entonces, al final, uno no se contradice en absoluto. Uno *puede* comerse el pastel y conservarlo al mismo tiempo» (111, pág. 513).

Si, como se postuló en S.2.2.3. y S.3.2., el esquizofrénico intenta *no* comunicarse, entonces la «solución» para ese dilema es el uso de mensajes indeterminables que afirman con respecto a sí mismos que no afirman nada.

6.4.4.5.

Pero incluso fuera del campo de las comunicaciones estrictamente esquizofrénicas, puede comprobarse que las predicciones paradójicas desempeñan un papel en las relaciones humanas. Por ejemplo, aparecen toda vez que la persona *P* es objeto de la confianza implícita del otro, O, y amenaza a *O* con hacer algo que convertiría a *P* en alguien que no merece confianza. El siguiente ejemplo puede ilustrar su interacción. Un matrimonio solicita ayuda psiquiátrica debido a los celos excesivos de la esposa, que hacen la vida intolerable para ambos. Se revela que el marido es una persona sumamente rígida y moralista, que se enorgullece de su estilo ascético de vida y del hecho de que «nunca, en toda mi vida, he dado a nadie motivos para dudar de mi palabra». La esposa, que procede de un ambiente muy distinto, ha aceptado la posición complementaria de inferioridad, excepto en un área: se muestra reacia a renunciar a su cóctel antes de la cena, un hábito que para el esposo, que es abstemio, es repulsivo y que ha sido tema de interminables peleas casi desde el comienzo de su vida matrimonial. Aproximadamente dos años antes, el esposo, en un momento de rabia, le dijo: *«Si no abandonas tu vicio, yo adquiriré otro»,* agregando que tendría relaciones con otras mujeres. Esto no trajo consigo ningún cambio en el patrón de su relación, y pocos meses más tarde el esposo decidió permitir que ella continuara con su hábito a fin de mantener la paz doméstica. En ese preciso instante se desataron los celos de la mujer, con el siguiente fundamento racional: él es absolutamente digno de confianza; por lo tanto, debe estar cumpliendo su amenaza de ser infiel, esto es, indigno de confianza. Por otro lado, el esposo está igualmente atrapado en la red de su predicción paradójica, ya que no puede tranquilizarla convincentemente en el sentido de que fue una amenaza impulsiva que no debe tomarse en serio. Ambos comprenden que están presos en una trampa que ellos mismos armaron, pero no ven cómo salir de ella. La estructura de la amenaza proferida por el esposo es idéntica a la del anuncio del director. Tal como lo ve su esposa, él dice:

1. soy absolutamente digno de confianza;
2. ahora te castigaré siendo indigno de confianza (infiel, falso);
3. por lo tanto, seguiré siendo digno de confianza para ti siendo lo contrario, pues si ahora no destruyera tu confianza en mi fidelidad marital, ya no sería digno de confianza.

Desde un punto de vista semántico, la paradoja tiene que ver con dos significados distintos de la expresión «digno de confianza»». En 1) la expresión se utiliza en el metalenguaje para denotar la propiedad común a *todas* sus acciones, promesas y actitudes. En 2) se la emplea en el lenguaje de los objetos y se refiere a la fidelidad marital. Lo mismo se aplica a los dos usos del término «esperado» en el anuncio hecho por el director. Cabe esperar que *todas* sus predicciones se cumplan con certeza. En otras palabras, ésa es la propiedad común que determina la *clase* de sus predicciones. Así, si se niega el carácter de esperable de un *miembro* de esa clase —esto es, una predicción específica—, dicho carácter corresponde a un tipo lógico distinto, o sea, inferior, del correspondiente a la propiedad de la clase, designada mediante el mismo término. Desde un punto de vista pragmático, tanto el director como el marido crean con sus anuncios contextos que son insostenibles.

6.4.4.6. Confianza - El Dilema de los Prisioneros

En las relaciones humanas, toda predicción está relacionada de una u otra manera con el fenómeno de la confianza. Si la persona *P* entrega a la otra, *O,* un cheque personal, *O,* a partir de la información con que cuenta en ese momento, sigue sin saber si ese cheque tiene fondos. En tal sentido, las posiciones de *P* y *O* son muy distintas. *P* sabe si el cheque tiene fondos o no; *O* sólo puede confiar en *P* o no, [80] pues no lo sabrá hasta que lleve el cheque al banco. En ese momento, su confianza o desconfianza se verá reemplazada por la misma certeza que *P* tuvo desde el comienzo. No hay en la naturaleza de la comunicación humana ninguna manera de hacer que otra persona participe en la información o en las percepciones que están exclusivamente al alcance de uno. En el mejor de los casos, el otro puede confiar o no, pero jamás puede *saber*. Por otro lado, la actividad humana quedaría virtualmente paralizada si la gente actuara únicamente basándose en información de primera mano sobre las percepciones. La gran mayoría de todas las decisiones están basadas en la confianza de un tipo u otro. Así, la confianza siempre está relacionada con resultados futuros y, más específicamente, con la posibilidad de predecirlos.

Hasta ahora se han considerado interacciones en las que una persona tiene información de primera mano y la otra sólo puede confiar o no en la comunicación de tal información. El director sabe que no se propone traicionar a su mujer; el hombre que firma un cheque sabe por lo general si tiene fondos o no. Ahora bien, en cualquier interacción del tipo del «Dilema de los Prisioneros», *ninguna* de las personas cuenta con información de primera mano. Ambas deben basarse en su confianza mutua, en una evaluación tentativa de su propia confiabilidad ante los ojos del otro, y en sus intentos de predecir el procedimiento de decisión del otro que, según saben, depende en gran medida de las predicciones de éste con respecto a las propias. Como se verá, estas predicciones invariablemente se vuelven paradójicas.

El Dilema de los Prisioneros [81] puede representarse mediante una matriz tal como la

siguiente:

	b_1	b_2
a_1	5, 5	–5, 8
a_2	8, –5	–3, –3

en la que dos jugadores, *A* y *B* tienen dos jugadas alternativas cada uno. Es decir, *A* puede elegir a_1 o a_2, y *B* puede elegir b_1 o b_2. Ambos tienen plena conciencia de las pérdidas y ganancias definidas por la matriz. Así, *A* sabe que si elige a1 y *B* elige b_1, ambos ganarán 5 puntos; pero si *B* elige en cambio b_2, *A* perderá 5 puntos y *B* ganará 8 puntos. *B* se enfrenta a una situación similar con respecto a *A*. El dilema de ambos consiste en que cada uno de ellos ignora qué alternativa eligirá el otro, ya que deben elegir simultáneamente, pero no pueden comunicar nada acerca de su decisión.

Por lo general se supone que sea que el juego se realice una sola vez o cien veces en sucesión, la decisión a_2, b_2 es la más segura, aunque implica una pérdida de 3 puntos para ambos jugadores. [82] Una solución más razonable sería, desde luego, a_1, b_1, porque asegura a ambos jugadores una ganancia de 5 puntos. Pero esta decisión sólo puede alcanzarse bajo condiciones de confianza mutua. Porque, por ejemplo, si *A* participara en el juego sólo con el fin de aumentar sus ganancias al máximo y disminuir sus pérdidas, *y* si *A* tuviera suficientes razones para creer que *B* confía en él y, en consecuencia, elegirá b_1, entonces *A* tiene todos los motivos para elegir a2, ya que la decisión conjunta a_2, b_1, da a *A* una ganancia máxima. Pero si *A* piensa con suficiente claridad, no puede dejar de predecir que *B* seguirá un razonamiento análogo y elegirá b_2 y no b_1, sobre todo si *B* también piensa que *A* confía en él suficientemente y él mismo confía bastante en *A* como para que éste juegue a_1. En consecuencia, surge inevitablemente la conclusión melancólica de que la decisión conjunta a_2, b_2, que implica una pérdida para ambos jugadores, es la única factible.

Este resultado no es de ninguna manera teórico. Quizá constituya la representación abstracta más elegante de un problema que surge una y otra vez en la psicoterapia matrimonial. Los psiquiatras están bien familiarizados con los cónyuges que llevan una vida de silenciosa desesperación, obteniendo un mínimo de gratificación de sus experiencias en común. Sin embargo, tradicionalmente la razón de su desgracia se busca en la supuesta patología individual de uno de ellos o de ambos. Quizá se les haga el diagnóstico de depresivos, pasivo-agresivos, auto-agresivos, sadomasoquistas, etcétera, pero tales diagnósticos evidentemente no logran captar la naturaleza *interdependiente* de su dilema, que puede existir al margen de la estructura de la personalidad y residir

exclusivamente en la naturaleza de su «juego» de relación. Es como si dijeran: «La confianza me haría vulnerable, por lo tanto, tengo que elegir lo más seguro», y entonces la predicción inherente es: «El otro se aprovechará de mí».

Éste es el punto donde casi todos los cónyuges (y si a eso vamos, las naciones) se detienen en la evaluación y definición de su relación. Pero quienes tienen una mentalidad más aguda no pueden detenerse allí, y aquí es donde la paradoja del Dilema de los Prisioneros se hace más evidente. La solución a_2, b_2 se vuelve absurda en cuanto *A* comprende que esa solución no es más que un mal menor, pero siempre un mal, y que *B* no puede dejar de verlo del mismo modo, esto es, como un mal. Entonces *B* debe tener tan pocos motivos como *A* para desear ese resultado, conclusión que sin duda está al alcance del pensamiento predictivo de *A*. Una vez que *A* y *B* han llegado a esta conclusión, la solución a_2, b_2 ya no resulta la más razonable, sino más bien la decisión cooperativa a_1, b_1, pero en este caso todo el ciclo comienza una vez más. Por muchas vueltas que le den, en cuanto se deduce la decisión «más razonable», siempre aparece otra decisión «aún más razonable». Así, el dilema es idéntico al de los estudiantes que pueden predecir el examen sólo cuando es imprevisible.

6.5. Resumen

Una paradoja es una contradicción lógica que resulta de deducciones congruentes a partir de premisas correctas. De los tres tipos de paradojas —lógico-matemática, semántica y pragmática— esta última nos interesa aquí debido a sus consecuencias en la conducta. Las paradojas pragmáticas se distinguen de la contradicción simple sobre todo en que la elección constituye una solución en esta última, pero no es siquiera posible en la primera. Los dos tipos de paradojas pragmáticas son las *instrucciones paradójicas* (doble vínculo) y las *predicciones paradójicas.*

7
PARADOJAS EN PSICOTERAPIA

7.1. La ilusión de las alternativas

7.1.1.

En el «Cuento de la mujer de Bath», Chaucer relata la historia de uno de los caballeros del rey Arturo que, «cierto día, cuando regresaba a su hogar excitado después de una cacería», encontró de pronto en su senda a una joven y la violó. Este crimen casi le cuesta la vida, que salvó porque la Reina y sus damas decidieron perdonarlo, pues Arturo dejó el destino del caballero en manos de aquélla. La Reina le dice al caballero que conservará su vida si puede responder a esta pregunta: «¿Qué es lo que casi todas las mujeres desean?». Le concede un año y un día para regresar al castillo y, teniendo la sentencia de muerte como única alternativa, el caballero acepta. Como cabe imaginar, transcurre el año, llega el último día, y el caballero se dirige de regreso al castillo sin haber encontrado la respuesta. Esta vez se topa con una vieja («una bruja tan fea como la imaginación pueda soñar»), sentada en una pradera, quien le dice las siguientes palabras casi proféticas: «Caballero, por aquí no hay camino con salida». Al enterarse de la situación en que se encuentra, la vieja le dije que conoce la respuesta y que se la revelará si él jura que «cualquiera sea la cosa que os pida después, la haréis si está a vuestro alcance». Enfrentado una vez más con una elección entre dos alternativas (la muerte o el deseo de la bruja, cualquiera sea éste), elige naturalmente el segundo y conoce entonces el secreto («Casi todas las mujeres desean ser soberanas y gobernar por encima de sus maridos y salirse con la suya en el amor»). Esta respuesta satisface plenamente a las damas de la corte pero la bruja, tras haber cumplido con su parte del trato, exige ahora que el caballero la despose. La noche de la boda, el caballero yace junto a su esposa sumido en una honda desesperación, incapaz de superar la repulsión que su fealdad le causa. Por fin, la bruja vuelve a presentarle dos alternativas: o la acepta tan fea como es y ella será una esposa fiel y obediente toda su vida, o se transformará en una joven hermosa, pero nunca le será fiel. El caballero medita durante largo tiempo sobre las dos posibilidades y, finalmente, *no elige ninguna de ellas sino que se niega a elegir*. Esta culminación del relato está contenida en una única frase: «No elijo a ninguna de las dos». En ese momento la bruja se transforma no sólo en una hermosa joven sino también en una esposa muy fiel y obediente.

Para el caballero, la mujer aparece como virgen inocente, una reina, una bruja y una prostituta, pero su poder sobre él es el mismo bajo todas estas apariencias hasta que deja de sentirse obligado a elegir y a caer en otra situación desesperada y, en cambio, llega a poner en duda la necesidad de la elección en sí misma. [83] Este relato constituye también un notable retrato de la psicología femenina y, en tal sentido, fue objeto de un interesante análisis por parte de Stern *(148)*. En nuestro marco conceptual, diríamos que en tanto esta clase de mujer pueda atrapar al hombre en un doble vínculo por medio de una inacabable ilusión de alternativas (y, desde luego, en tanto el hombre no pueda librarse de ella), ella tampoco puede ser libre y permanece atrapada en una ilusión de alternativa que

implica como únicas elecciones posibles la fealdad o la promiscuidad.

7.1.2.

El término *ilusión de alternativas* fue utilizado por primera vez por Weakland y Jackson *(161)* en un trabajo sobre las circunstancias interpersonales de un episodio esquizofrénico. Estos autores observaron que, al tratar de hacer la elección acertada entre dos alternativas los pacientes esquizofrénicos se enfrentan con un dilema típico: debido a la naturaleza de la situación comunicacional, no pueden tomar una decisión *acertada,* porque ambas alternativas son parte integral de un doble vínculo y, en consecuencia, el paciente «pierde si lo hace y pierde si no lo hace». No hay alternativas reales entre las que se «debe» elegir la «correcta», pues el mismo supuesto de que la elección puede y debe hacerse constituye una ilusión. [84] Pero comprender la ausencia de elección equivaldría a reconocer no sólo las «alternativas» manifiestas ofrecidas, sino también la verdadera naturaleza del doble vínculo. De hecho, como se ha demostrado en S.6.4.3.1., la imposibilidad de escapar de la situación de doble vínculo y, por tanto, de examinarla desde afuera, constituyen ingredientes esenciales del doble vínculo. Las personas que se encuentran en esas situaciones están tan atrapadas como el acusado a quien se le pregunta: «¿Ha abandonado usted la costumbre de pegar a su mujer? Responda "sí" o "no"», y se lo amenaza con castigarlo por desacato si trata de rechazar ambas alternativas porque nunca la ha golpeado. Pero, mientras que en este ejemplo el acusador sabe que está usando una treta de mala fe, tal conocimiento e intención suelen faltar en la vida real. Como ya observamos, las comunicaciones paradójicas invariablemente envuelven a todos los afectados: la Bruja está tan atrapada como el Caballero, el esposo del ejemplo en S.6.4.4.5. tanto como su mujer, etcétera. Lo que todos estos patrones tienen en común es la imposibilidad de generar cambio alguno desde *adentro* y el hecho de que un cambio puede sobrevenir sólo si se *sale fuera* del patrón. Este problema relativo a una intervención eficaz, destinada a provocar un cambio en tal sistema, será considerado a continuación:

7.2. El «juego sin fin»

Para comenzar con un ejemplo sumamente teórico, imaginemos lo siguiente:

Dos personas deciden jugar a un juego que consiste en sustituir la afirmación por la negación, y viceversa, en todo lo que se comunican entre sí. Así, «sí» se convierte en «no», «no quiero» significa «quiero» y así sucesivamente. Como puede observarse, esta codificación de sus mensajes constituye una convención semántica y es similar a las innumerables convenciones utilizadas por dos personas que comparten un lenguaje. Empero, no resulta inmediatamente evidente que, una vez iniciado el juego, los jugadores ya no pueden volver fácilmente a su modo «normal» de comunicación previo. De acuerdo con la regla de inversión del significado, el mensaje «dejemos de jugar» significa «continuemos». Para interrumpir el juego sería necesario salir fuera de él y comunicarse sobre él. Evidentemente habría que construir ese mensaje como un metamensaje, pero cualquier a que fuera el calificador que se utilizara con tal fin estaría, a su vez, sujeto a la regla del significado y sería, por ende, inútil. El mensaje «dejemos de jugar» es indeterminado, pues: 1) es significativo al nivel de los objetos (como parte del juego) y en el metanivel (como un mensaje acerca del juego); 2) los dos significados son contradictorios, y 3) la naturaleza peculiar del juego no provee un procedimiento que permita a los jugadores decidirse por uno u otro significado. Esta indeterminabilidad les impide detener el juego una vez que ha comenzado. Llamamos *juegos sin fin* a estas situaciones.

Cabe argumentar que el dilema no es ineludible y que el juego podría terminarse a voluntad utilizando simplemente el mensaje opuesto, esto es, «sigamos jugando». Pero un examen más cuidadoso revela que ello no es así desde un punto de vista estrictamente lógico pues, como vimos en más de una ocasión, ninguna aseveración hecha dentro de un marco dado (aquí el juego de la inversión del significado) puede constituir, al mismo tiempo, una afirmación válida acerca del marco. Aunque el mensaje «sigamos jugando» fuera emitido por uno de los jugadores y, aplicando la regla de la inversión, el otro lo entendiera como «dejemos de jugar», seguiría estando frente a un mensaje indeterminable, siempre que mantuviera una actitud estrictamente lógica, pues las reglas del juego simplemente no tienen en cuenta la posibilidad de metamensajes, y un mensaje que propone el fin del juego, es, necesariamente, un metamensaje. Según las reglas del juego, todo mensaje forma parte del juego y ninguno está exceptuado de ello.

Hemos presentado este ejemplo en forma bastante detallada porque es paradigmático no sólo de casos dramáticos como los descritos en S.5.4.3., sino de innumerables dilemas relacionales en la vida real. Destaca un aspecto importante del tipo de sistema que estamos examinando: una vez que se establece el acuerdo original con respecto a la inversión del significado, los dos jugadores ya no pueden modificarlo, pues para ello tendrían que comunicarse, y sus comunicaciones constituyen la sustancia misma del juego. Ello significa que, en este sistema, es imposible *generar cambio alguno desde adentro.*

7.2.1.

¿Qué podrían haber hecho los jugadores para impedir que surgiera ese dilema? Se presentan tres posibilidades:

1) Anticipando la posible necesidad de comunicarse acerca del juego una vez iniciado éste, los jugadores podrían haber acordado que lo jugarían en inglés, pero utilizarían el castellano para sus metacomunicaciones. Así, cualquier aseveración en castellano, tal como la sugerencia de interrumpir el juego, quedaría claramente fuera del conjunto de los mensajes que están sometidos a la regla de inversión del significado, es decir, fuera del juego mismo. Ello constituiría un procedimiento de decisión muy eficaz para este juego. Sin embargo, resultaría inaplicable en la comunicación humana habitual, ya que no existe un metalenguaje que se utiliza sólo para las comunicaciones acerca de la comunicación. De hecho, la conducta y, en términos más limitados, el lenguaje natural, se emplean para las comunicaciones tanto al nivel de los objetos como al del metalenguaje, y esto da lugar a algunos de los problemas que estamos describiendo (S.1.5.).

2) Los jugadores podrían haber acordado de antemano un límite de tiempo, al cabo del cual volverían a su modo normal de comunicarse. Cabe destacar que esta solución, aunque impracticable en la comunicación humana habitual, implica recurrir a un factor extremo, el tiempo, que no participa en el juego.

3) Esto lleva a la tercera posibilidad, que parece constituir el único procedimiento eficaz en general y tiene, además, la ventaja de que se puede recurrir a él una vez iniciado el juego: los jugadores podrían plantear su dilema a una tercera persona con la que ambos utilizan su modo normal de comunicación y hacer que esa tercera persona defina que el juego ha terminado.

La cualidad terapéutica de la intervención del mediador se hace más clara en comparación con otro ejemplo de un juego sin fin en el cual, por la naturaleza de la situación, no existe la posibilidad de recurrir a la intervención de un tercero.

La Constitución de un país imaginario garantiza el derecho al debate parlamentario ilimitado. No tarda en comprobarse que se trata de una regla poco práctica, pues cualquiera de los partidos pueden impedir que se llegue a una decisión iniciando discursos inacabables. Evidentemente, se hace necesario modificar la Constitución, pero la adopción de una enmienda está sometida al mismo derecho de debate ilimitado que se propone modificar y, por ende, el debate ilimitado puede postergarla indefinidamente. En consecuencia, la maquinaria gubernamental de este país queda paralizada y no puede lograr un cambio de sus propias reglas, pues está atrapada en un juego sin fin.

En este caso, está claro que no existe un mediador capaz de permanecer fuera de las reglas del juego encarnadas en la Constitución. El único cambio que puede concebirse es violento, una revolución mediante la cual uno de los partidos logra más poder que los otros e impone una nueva Constitución. El equivalente de este cambio violento en el área de las relaciones de los individuos apresados en un juego sin fin sería una separación, un suicidio o un homicidio. Como vimos en el capítulo 5, una variación menos violenta de este tema es la forma en que Jorge «mata» al hijo imaginario, lo cual destruye las viejas

reglas del juego matrimonial en el que participan él y Marta. [85]

7.2.2.

En nuestra opinión, esta tercera posibilidad (de intervención externa) *constituye un paradigma de la intervención psicoterapéutica.* En otras palabras, el terapeuta, como alguien de afuera puede proveer lo que el sistema mismo es incapaz de generar: un cambio de sus propias reglas. Por ejemplo, el caso presentado en S.6.4.4.5., la pareja estaba atrapada en un juego sin fin, cuya regla básica era la afirmación, por parte del marido, de ser totalmente digno de confianza y la aceptación absoluta, por parte de la mujer, de esa definición. En este juego de relación surgió una paradoja irreversible a partir del momento en que el marido prometió que sería indigno de confianza (infiel). El carácter irreversible de la situación surge del hecho de que, como cualquier otro juego sin fin, también éste estaba gobernado por reglas, pero carecía de metarreglas para modificar sus reglas. Se podría decir que la esencia de la intervención psicoterapéutica en este caso consiste en la formación de un nuevo sistema más amplio (marido, esposa y terapeuta), en el que no sólo resulta posible mirar desde afuera el viejo sistema (la díada marital), sino que el terapeuta puede también utilizar el poder de la paradoja para producir alivio; el terapeuta puede imponer a este nuevo juego de relación reglas que son apropiadas para sus fines terapéuticos. [86]

7.3. Prescripción del síntoma

7.3.1.

Así, la comunicación terapéutica debe necesariamente trascender los consejos que habitual, pero ineficazmente, dan los protagonistas mismos, así como sus amigos y familiares. Prescripciones tales como «sean amables el uno con el otro», «no te metas en líos con la policía», etcétera, no pueden tildarse de terapéuticas, aunque ingenuamente definen el cambio deseado. Estos mensajes se basan en el supuesto de que, «con un poco de voluntad», las cosas podrían cambiar y que, por tanto, la persona o personas afectadas pueden elegir entre la salud y el sufrimiento. Sin embargo, este supuesto no es más que una ilusión de alternativas, por lo menos en la medida en que el paciente puede en todo momento rechazarlo con esta respuesta inobjetable: «No puedo evitarlo». Los pacientes *bona fide,* por lo cual entendemos todas aquellas personas que no simulan deliberadamente, por lo general han intentado en vano poner en práctica toda suerte de formas de autodisciplina y ejercicios de fuerza de voluntad mucho antes de revelar su infortunio a otros y obtener como respuesta la frase «Vamos, contrólese».

Un síntoma siempre es, en su esencia, involuntario y, por ende, autónomo. Pero ésta no es más que otra manera de decir que un síntoma es un fragmento de conducta espontánea, tan espontánea que incluso el paciente la experimenta como algo incontrolable. Es esta oscilación entre la espontaneidad y la coerción lo que hace que el síntoma sea paradójico, tanto en la experiencia del paciente como en su efecto sobre los demás.

Si una persona desea influir sobre la conducta de otra, tiene básicamente dos maneras de hacerlo. La primera consiste en tratar de que el otro se comporte de manera distinta. Como ya vimos, este enfoque fracasa en el caso de los síntomas, porque el paciente no ejerce un control deliberado sobre esa conducta. El otro enfoque (del cual se ofrecen ejemplos en S.7.5.) consiste en hacer que se comporte como ya lo está haciendo. A la luz de lo dicho, ello equivale a una paradoja del tipo «sé espontáneo». Si se le pide a alguien que se comporte de una determinada manera que él considera espontánea, entonces ya no puede ser espontánea, porque le exigencia hace imposible toda espontaneidad. [87] Por idéntico motivo, si un terapeuta indica al paciente que realice su síntoma, está exigiendo una conducta espontánea y, mediante esa instrucción paradójica le impone un cambio en la conducta. La conducta sintomática ya no es espontánea; al someterse a la instrucción del terapeuta, el paciente sale fuera del marco de su juego sintomático, que hasta ese momento carecía de reglas para modificar sus propias reglas. No podría haber dos cosas más distintas que lo que se hace «porque no puedo evitarlo» y esa misma conducta realizada «porque mi terapeuta me dijo que lo hiciera».

7.3.2.

La técnica de *prescribir el síntoma* (como una técnica de tipo doble vínculo destinada a eliminarlo) parece estar en clara contradicción con aquellos principios de la psicoterapia de orientación psicoanalítica que prohíben la interferencia directa en los síntomas. Sin embargo, en los últimos años se han acumulado muchas pruebas que corroboran la idea de que si se elimina sólo el síntoma, no surjen consecuencias inconvenientes, según como se encare, naturalmente, la conducta sintomática. [88] No cabe duda de que, por ejemplo, si se alimenta por la fuerza a un paciente anoréxico, éste puede presentar ideas depresivas y de suicidio, pero no es ésta la clase de intervención terapéutica a que nos referimos aquí. Además, debe tenerse presente que las expectativas sobre el resultado de una intervención dependen de la filosofía de la terapia que se posea. Los llamados terapeutas de la conducta (Wolpe, Eysenck, Lazarus y col.), por ejemplo, aplican la teoría del aprendizaje más que la psicoanalítica a los trastornos emocionales y, por ende, se preocupan muy poco por los posibles efectos nocivos del tratamiento puramente sintomático. En la actualidad ya se debe tomar en serio su afirmación de que el hecho de eliminar el síntoma no lleva a la formación de síntomas nuevos y peores y que sus pacientes no acaban en el suicidio.

Del mismo modo, si se indica a un paciente que lleve a cabo su síntoma y aquél comprueba entonces que se puede librar de él, creemos que ello equivale virtualmente al resultado del *insight* en el psicoanálisis clásico, aunque no parece alcanzarse *insight* alguno. Pero, incluso en la vida real, el fenómeno siempre presente del cambio rara vez está acompañado por *insight:* las más de las veces uno cambia sin saber por qué. Incluso llegaríamos a sugerir que, desde un punto de vista comunicacional, posiblemente la mayoría de las formas tradicionales de psicoterapia estén más orientadas hacia los síntomas de lo que parece a primera vista. El terapeuta que, consecuente y deliberadamente pasa por alto las referencias del paciente a su síntoma, indica así, en forma más o menos abierta, que por el momento nada pasa si se tiene ese síntoma y que lo único que importa es lo que está «detrás» de él. Es probable que esta actitud permisiva con respecto al síntoma haya sido objeto de demasiada poca atención como factor curativo.

7.3.3.

Con todo, un elemento importante que nuestra perspectiva interaccional, centrada en el sistema de la psicopatología, nos obliga a oponernos a los terapeutas de la conducta y que, en un sentido más amplio, corrobora el principio psicodinámico que se opone al alivio puramente sintomático. Si bien estamos convencidos de la eficacia de la terapia de la conducta (decondicionante) considerando al paciente en tanta unidad monádica, nos extraña no encontrar ni en la teoría ni en la descripción de casos clínicos referencia alguna al efecto interaccional de la mejoría, a veces muy drástica del paciente. En nuestra experiencia (S.4.4.4., 4.4.4.3.) tal cambio está acompañado las más de las veces por la aparición de un nuevo problema o la exacerbación de un estado existente en otro miembro de la familia. La literatura correspondiente a la terapia de la conducta crea la

impresión de que el terapeuta (que sólo se ocupa de su paciente individual) no ve ninguna conexión recíproca entre esos dos fenómenos y, de requerirse sus servicios, volvería a considerar el nuevo problema en aislamiento monádico.

7.3.4.

Es probable que la técnica de prescribir el síntoma haya sigo utilizada por los psiquiatras intuitivos desde hace largo tiempo. Por lo que sabemos, fue introducida en la literatura por Dunlap *(39, 40)* en 1925, en un pasaje sobre la sugestión negativa. Aunque sólo lo describe brevemente, su método consistía en decir a un paciente que no podía hacer algo, con el propósito de motivarlo para que lo hiciera. Frankl *(46, 47)* se refiere a esta intervención como una «intención paradójica», pero no ofrece un fundamento racional de su eficacia. En la psicoterapia de la esquizofrenia, la misma técnica constituye una táctica importante dentro del *análisis directo* de Rosen (129). Este autor se refiere a ella como *«reductio ad absurdum»* o «re-actuación de la psicosis»; una descripción detallada de esta técnica puede encontrarse en la amplia evaluación que hace Sheflen *(137)*. La expresión «prescripción del síntoma» apareció por primera vez en el curso del proyecto *Family Therapy in Schizophrenia* del grupo Bateson.

Este grupo clarificó de modo explícito la naturaleza paradójica, de tipo doble vínculo, de esta técnica. Por ejemplo, Haley (60, págs. 20-59) ha mostrado que este tipo de instrucción paradójica desempeña un papel esencial en casi todas las técnicas de inducción de trance, y ofrece numerosos ejemplos de su empleo en la hipnoterapia, tomados de su observación de la técnica de Milton Erikson y de sus propias experiencias con ella. Jackson se refirió a la aplicación de este método, sobre todo a pacientes paranoides *(71, 72, 77),* en trabajos que serán descritos con mayor detalle en este mismo capítulo. En un trabajo previo, Jackson y Weakland *(75)* examinan esas técnicas aplicadas a la terapia familiar.

7.4. Dobles vínculos terapéuticos

La prescripción del síntoma es sólo una de las numerosas y variadas intervenciones paradójicas que pueden resumirse bajo el término de dobles vínculos terapéuticos; a su vez, ellas son sólo una clase de comunicación terapéutica, y hay muchos otros enfoques que se han empleado tradicionalmente en psicoterapia. Si en este capítulo nos dedicamos a las comunicaciones paradójicas como factores curativos, ello se debe a que, desde el punto de vista de la comunicación, constituyen las intervenciones más complejas y eficaces que conocemos y porque resulta difícil imaginar que los dobles vínculos sintomáticos puedan ser rotos por otra cosa que no sean contra-dobles vínculos, o juegos sin fin que puedan quedar interrumpidos por algo de menor complejidad que un contra-juego *(155). Similia similibus curantun* en otras palabras, lo que, según se ha comprobado, sirve para devolverle la cordura. Esto no niega la tremenda importancia de la actitud humana del terapeuta hacia sus pacientes o que la firmeza, la comprensión, la sinceridad, el calor y la compasión no tengan lugar en este contexto, ni implica tampoco que lo único importante son artimañas, juegos y tácticas. La psicoterapia resultaría inconcebible sin esas cualidades en el terapeuta, y en los ejemplos que siguen se verá que las técnicas más tradicionales de explicación y comprensión a menudo van de la mano con las intervenciones de tipo doble vínculo. Lo que planteamos es que, con todo, esas cualidades no bastan por sí solas para tratar las complejidades paradójicas de la interacción perturbada.

Desde el punto de vista estructural, un doble vínculo terapéutico es la imagen en espejo de uno patógeno (cf. S.6.4.3.1.).

1) Presupone una relación intensa, en este caso, la situación psicoterapéutica, que encierra un alto valor de supervivencia y de expectativa para el paciente.

2) En este contexto se imparte una instrucción que está estructurada de tal modo que: *a)* refuerza la conducta que el paciente espera modificar; *b)* implica que ese refuerzo constituya el vehículo del cambio, y *c)* crea así una paradoja, porque se le dice al paciente que cambie permaneciendo igual. Se lo coloca en una situación insostenible con respecto a su patología. Si obedece, ya no es cierto que «no puede evitarlo»; «lo» hace, y esto, como hemos intentado demostrar, «lo» hace imposible, cosa que es el propósito de la terapia. Para resistirse a la instrucción, *no* debe comportarse en forma sintomática, aunque sea el propósito de la terapia. Si en un doble vínculo patógeno el paciente «pierde si lo hace y pierde si no lo hace», en un doble vínculo terapéutico «cambia si lo hace y cambia si no lo hace».

3) La situación terapéutica impide que el paciente se retraiga o disuelva de otra manera la paradoja haciendo comentarios sobre ella. [89] Por lo tanto, aunque la instrucción sea lógicamente absurda, constituye una realidad pragmática: el paciente *no* puede dejar de reaccionar frente a ella, pero no puede hacerlo en su forma sintomática habitual.

Los siguientes ejemplos tienen como propósito mostrar de qué manera un doble vínculo terapéutico obliga siempre al paciente a salir fuera del marco establecido por su

dilema. Éste es el paso que no puede dar por sí solo, pero que se hace posible cuando el sistema original se amplía —sea a partir de un individuo y su síntoma, o de dos o más personas y su juego sin fin (si bien las más de las veces es una combinación de ambos)— para constituir un sistema más amplio que ahora incluye a un experto de afuera. Ello no sólo permite que todos los afectados observen el sistema previo desde afuera, sino también la introducción de metarreglas que el viejo sistema no podía generar desde adentro.

Hasta aquí los aspectos teóricos de los dobles vínculos terapéuticos. Su aplicación práctica constituye un tema mucho más espinoso. Bastará decir aquí que la elección de la instrucción paradójica adecuada es sumamente difícil y que si queda el menor resquicio, el paciente por lo común no tendrá dificultades en descubrirlo y podrá eludir así la situación supuestamente insostenible planteada por el terapeuta.

7.5. Ejemplos de dobles vínculos terapéuticos

La siguiente serie de ejemplos no pretende ser particularmente representativa ni más ilustrativa que los que pueden encontrarse en las referencias citadas en S.7.3.4. Sin embargo muestran algunas de las posibles aplicaciones de esta técnica terapéutica; los casos han sido tomados de tratamientos individuales y conjuntos e incluyen una variedad de entidades diagnósticas.

Ejemplo 1: Al examinar la teoría del doble vínculo se sugirió que el paciente paranoide a menudo extiende su búsqueda de sentido a fenómenos totalmente periféricos y no relacionados, ya que la percepción correcta de la cuestión central (la paradoja) y cualquier comentario sobre ella están fuera de su alcance. De hecho, lo que resulta tan notable en la conducta paranoide es la suspicacia extrema acompañada por una virtual incapacidad para someter esas sospechas a una prueba definitiva que las resolvería en uno u otro sentido. Así, mientras que el paciente parece arrogante y omnisapiente, exhibe enormes lagunas en cuanto a experiencia de vida, y la instrucción constante contra la percepción correcta ejerce un doble efecto: le impide llenar esos vacíos con la información adecuada y también fortalece sus sospechas. Basándose en el concepto de las comunicaciones paradójicas, Jackson *(72, 77)* ha descrito una técnica específica para la interacción con pacientes paranoides, a la que se refiere simplemente cómo *enseñar al paciente a ser más suspicaz.* He aquí dos de los ejemplos que ofrece:

a) Un paciente manifestó su temor de que alguien hubiera instalado un micrófono oculto en el consultorio del terapeuta. En lugar de interpretar esa sospecha, el terapeuta asumió una actitud «adecuadamente preocupada» y colocó al paciente en un doble vínculo terapéutico al sugerir que efectuaran juntos un registro exhaustivo del consultorio antes de seguir con la sesión. Esto enfrentó al paciente con una ilusión de alternativas: podía aceptar la búsqueda o dejar de lado la idea paranoide: Eligió la primera alternativa y, a medida que la búsqueda se desarrollaba trabajosamente, se fue sintiendo cada vez más inseguro e incómodo con respecto a su sospecha; pero el terapeuta no quiso dejar las cosas allí e insistió en examinar hasta el último rincón del consultorio. El paciente se lanzó entonces a una descripción coherente de su matrimonio, y se comprobó entonces que *esa* área tenía buenas razones para desconfiar. Sin embargo, al concentrarse en una sospecha que no estaba relacionada con el problema real, se había vuelto incapaz de hacer nada útil con respecto a sus propias preocupaciones y dudas. Si, por otro lado, el paciente hubiera rechazado la sugerencia del terapeuta en el sentido de registrar el consultorio, habría descalificado implícitamente su propia sospecha, o bien la habría calificado como una idea que no valía la pena tomar en serio. En cualquiera de los dos casos, la función terapéutica de la duda podía desplazarse hacia el contexto apropiado.

b) Una demostración clínica para médicos residentes en psiquiatría consistió en mostrar técnicas para establecer *rapport* con esquizofrénicos retraídos. Uno de los pacientes era un joven alto, con barba, que se creía Dios y se mantenía completamente apartado de los otros pacientes y del personal. Al entrar al salón ubicó deliberadamente su silla a unos tres metros del terapeuta y no prestó atención a preguntas o comentarios.

El terapeuta le dijo entonces que esa idea de ser Dios era peligrosa, pues el paciente podía fácilmente llegar a experimentar una falsa sensación de omnisapiencia y omnipotencia, y así bajar la guardia y dejar de controlar permanentemente lo que sucedía a su alrededor. Le manifestó que si deseaba ese tipo de cambio, ése era exclusivamente su problema, y que si quería que lo trataran como si fuera Dios, él lo haría. Durante esta estructuración del doble vínculo, el paciente se fue poniendo cada vez más nervioso y, al mismo tiempo, se mostró más interesado en lo que sucedía. El entrevistador sacó entonces del bolsillo la llave de la sala, se arrodilló frente al paciente y le ofreció la llave, afirmando que, como era Dios no necesitaba la llave, pero si era Dios merecía tener la llave más que el médico. En cuanto el entrevistador volvió a su escritorio, el paciente tomó su silla y la colocó a cincuenta centímetros de aquél. Inclinándose hacia adelante, dijo en tono muy serio y con genuina preocupación: «Amigo, uno de los dos debe de estar loco».

Ejemplo 2: No sólo el marco psicoanalítico, sino también la mayoría de las situaciones psicoterapéuticas, abundan en dobles vínculos implícitos. La naturaleza paradójica del psicoanálisis fue percibida por uno de los más tempranos colaboradores de Freud, Hans Sachs, quien, según se dice, manifestó que *un análisis termina cuando el paciente comprende que podría proseguir eternamente,* una aseveración extrañamente reminiscente del principio del budismo Zen, según el cual el esclarecimiento llega cuando el discípulo comprende que no hay secreto alguno, que no hay una respuesta final y que, por lo tanto, no tiene sentido seguir haciendo preguntas. Para una amplia consideración de este tema, se remite al lector a Jackson y Haley *(76),* cuyo estudio se resumirá aquí muy brevemente.

Tradicionalmente se supone que en la situación transferencial el paciente «hace una regresión» a patrones «inadecuados» de conducta. Jackson y Haley adoptaron el enfoque opuesto y se preguntaron: ¿cuál sería la conducta adecuada en la situación psicoanalítica? Con este enfoque, parecería que la única reacción madura frente a todo el ritual que significan el diván, las asociaciones libres, la espontaneidad impuesta, los honorarios, los horarios estrictos, etcétera, consistiría en rechazar toda la situación. Pero esto es precisamente lo que el paciente, que necesita ayuda, no puede hacer. Así, el escenario está preparado para un contexto comunicacional muy peculiar. Algunas de las paradojas más notables incluidas en él son las siguientes:

a) El paciente espera que el analista sea un experto que desde luego le dirá qué debe hacer. El analista responde haciendo que el paciente se haga cargo de sus dificultades y asuma la responsabilidad por el curso del tratamiento, exigiendo espontaneidad y, al mismo tiempo, estableciendo reglas que limitan por completo su conducta. De hecho se le dice al paciente: «sea espontáneo».

b) Cualquiera que sea la conducta del paciente en esa situación, siempre se enfrenta a una respuesta paradójica. Si dice que no mejora, se le responde que ello se debe a su resistencia, pero que resulta útil porque ofrece una mejor oportunidad para comprender su problema. Si afirma que cree estar mejorando, se le dice que también intenta resistirse al tratamiento huyendo hacia la salud antes de haber analizado su verdadero problema.

c) El paciente se encuentra en una situación en la que no puede comportarse en forma adulta, a pesar de lo cual, cuando no lo hace, el analista interpreta su conducta como un residuo de la infancia y, por tanto, inadecuado.

d) Otra paradoja reside en la muy espinosa cuestión de si la relación analítica es compulsiva o voluntaria. Por un lado, se le dice constantemente al paciente que su relación es voluntaria y, por ende, *simétrica.* Empero, si el paciente llega tarde, o pierde una sesión o viola de alguna otra manera cualquiera de las reglas, se hace evidente que la relación es compulsiva, *complementaria* y que el analista ocupa la posición de superioridad.

e) La posición de superioridad del analista se hace particularmente evidente toda vez que se invoca el concepto de inconsciente. Si el paciente rechaza una interpretación, el analista siempre puede alegar que le señala al paciente algo que, por definición, éste no puede percibir porque es inconsciente. Por otro lado, si el paciente afirma no tener conciencia de algo, el analista puede rechazar su afirmación diciendo que si fuera inconsciente, el paciente no podría referirse a ello. [90] De lo dicho se desprende que al margen de cualquier otra cosa que el analista haga para provocar un cambio, la situación misma es virtualmente un complejo doble vínculo terapéutico en que el paciente «cambia si lo hace y cambia si no lo hace». También se verá que esto se aplica no sólo a la situación terapéutica estrictamente psicoanalítica, sino a la psicoterapia en el sentido más amplio.

Ejemplo 3: Se supone que los médicos curan. Desde un punto de vista interaccional, ello los coloca en una muy curiosa situación: ocupan la posición complementaria de superioridad en la relación médico-paciente en tanto su tratamiento sea eficaz. Por otro lado, cuando sus esfuerzos fracasan, las posiciones se invierten: la naturaleza de la relación médico-paciente está entonces dominada por la imposibilidad de tratar la enfermedad del paciente y el médico se encuentra en la posición de inferioridad. Es probable que entonces se vea colocado en una situación de doble vínculo por los pacientes que, por motivos a menudo recónditos, no pueden aceptar un cambio en el sentido de la mejoría, o para quienes es más

importante ser superior al otro en cualquier relación, incluyendo al médico, a pesar del malestar y el dolor que ello pueda producirles. En cualquier caso, es como si estos pacientes comunicaran a través de sus síntomas: «Ayúdeme, pero yo no dejaré que lo haga».

Una paciente de este tipo, una mujer de mediana edad, fue enviada a un psiquiatra debido a sus cefaleas persistentes e incapacitantes. Los dolores habían comenzado poco después de sufrir una lesión occipital en un accidente. Esa lesión había desaparecido sin complicaciones, y los exhaustivos exámenes médicos no lograron poner de manifiesto nada que pudiera explicar las cefaleas. La paciente había sido adecuadamente compensada por una compañía de seguros, y no había pendiente juicios ni otros reclamos. Antes de que se la enviara a un psiquiatra, una serie de especialistas la habían examinado y tratado en una importante clínica. En el curso de dichas consultas su ficha personal se había vuelto muy voluminosa y la paciente se había convertido en una fuente

de considerable frustración profesional para esos médicos.

Al estudiar su caso, el psiquiatra comprendió que en vista de esa historia de «fracasos» médicos, cualquier sugerencia de que la psicoterapia podía ser una *ayuda* condenaría a ese tratamiento desde el comienzo. Por lo tanto, comenzó por informar a la paciente que por los resultados de todos los exámenes previos y en vista de que ningún tratamiento le había proporcionado el menor alivio, no cabía duda de que su estado era irreversible. Como resultado de tan lamentable hecho, lo único que podía hacer por ella era ayudarla a aprender a vivir con su dolor. La paciente pareció sentirse más enfadada que perturbada por esa explicación y preguntó con cierta acritud si eso era todo lo que la psiquiatría podía ofrecerle. El psiquiatra respondió agitando su voluminoso historial clínico y repitió que frente a semejantes pruebas no había la menor esperanza de mejoría y que ella tendría que resignarse a aceptar ese hecho. Cuando la paciente volvió para la segunda entrevista, una semana más tarde, anunció que durante ese lapso había sufrido mucho menos a causa de sus cefaleas. El psiquiatra manifestó entonces una gran preocupación; se criticó a sí mismo por no haberle advertido de antemano acerca de la posibilidad de una disminución temporal y puramente subjetiva del dolor y expresó su temor de que éste volviera inevitablemente con su antigua intensidad y ella se sintiera aún más desgraciada por haber experimentado una absurda esperanza, debido a una disminución meramente temporal de su percepción del dolor. Volvió a mostrarle su historial clínico, señaló hasta qué punto los exámenes habían sido exhaustivos y repitió que cuanto antes abandonara toda esperanza de mejorar antes aprendería a vivir con su dolor.

A partir de ese momento la psicoterapia se volvió algo tormentosa, y el psiquiatra se mostró cada vez más escéptico con respecto a la posibilidad de serle útil porque ella no quería aceptar que «su estado era irreversible», mientras que la paciente afirmaba airada e irritablemente estar cada vez mejor. Con todo, buena parte de las sesiones entre estas vueltas del combate, pudieron utilizarse para explicar otros aspectos significativos en las relaciones interpersonales de esta paciente, quien eventualmente abandonó el tratamiento, muy mejorada, por propia decisión, después de haber comprendido que su juego con el psiquiatra podía proseguir de manera indefinida.

Ejemplo 4: Casos de dolor psicógeno como el descrito suelen ser particularmente adecuados para la psicoterapia breve basada en la comunicación paradójica. La imposición de un doble vínculo terapéutico a menudo puede comenzar desde el primer contacto, incluso con la llamada telefónica que hace una persona para solicitar una primera entrevista. Si el terapeuta está razonablemente seguro en cuanto al carácter psicogénico del síntoma (por ejemplo, a través de una conversación previa con el médico que lo envía), puede advertir a la persona que lo llama que, en muchas ocasiones los pacientes experimentan una acentuada mejoría antes de tener su primera entrevista, pero que se trata de un alivio momentáneo en el que no se debe depositar esperanzas. Si el paciente no ha experimentado mejoría alguna cuando acude a su primera entrevista, no se habrá hecho mal alguno, y el paciente apreciará la preocupación y la previsión del terapeuta. Pero si se siente mejor, el escenario está preparado para una ulterior

estructuración del doble vínculo terapéutico. El paso siguiente puede ser la explicación de que la psicoterapia no alivia el dolor, pero que el paciente mismo puede por lo general «modificar el momento del dolor» y «aumentar su intensidad». Por ejemplo, se le pide al paciente que señale un período de dos horas cada día durante el cual le sería menos molesto sentir *más* dolor. Se le dice luego que aumente su dolor durante esas dos horas, en lo cual está implícito que con ello se sentiría mejor durante el resto del día. Lo extraordinario de todo esto es que los pacientes por lo general logran sentirse peor en el momento elegido y, gracias a esa experiencia, no pueden dejar de aceptar que, de alguna manera, son capaces de controlar su dolor. Desde luego, el terapeuta en ningún momento sugiere que deban tratar de sentirse mejor; antes bien, mantiene la misma actitud escéptica frente a la mejoría que se señaló en el ejemplo 3. Otros numerosos ejemplos de esta técnica paradójica, que se aplica a casos de insomnio, enunresis, tics y muchos otros trastornos, podrán encontrarse en Haley *(60,* págs. 41-59).

Ejemplo 5: Una joven estudiante universitaria corría peligro de fracasar en sus estudios porque no podía levantarse a tiempo para asistir a clase a las ocho de la mañana. Por mucho que lo intentara, le resultaba imposible llegar a clase antes de las diez. El terapeuta le dijo que ese problema podía solucionarse de una manera bastante simple aunque desagradable, si bien él estaba seguro de que ella no cooperaría. Ello movió a la joven (que se sentía muy preocupada por su futuro inmediato y había desarrollado un razonable agrado de confianza en el terapeuta durante las entrevistas anteriores) a prometer que haría cualquier cosa que él le indicara. Se le dijo entonces que pusiera el despertador a las siete de la mañana. Al día siguiente, podía levantarse, tomar el desayuno y llegar a clase a las ocho, en cuyo caso ya no quedaba nada que hacer al respecto, o bien permanecer en cama, como de costumbre. Sin embargo, en este último caso no se le permitiría levantarse poco antes de las diez, como lo hacía habitualmente sino que tendría que volver a poner el despertador a las once y permanecer en la cama esa mañana y la siguiente hasta que sonara. Durante esas dos mañanas, no podía leer, escribir o escuchar la radio o hacer otra cosa que no fuera dormir o simplemente permanecer acostada. Después de las once podía hacer lo que quisiera. A la noche del segundo día debía poner otra vez el despertador a las siete y, si tampoco podía levantarse cuando sonaba, tendría que permanecer nuevamente en cama hasta las once esa mañana y la siguiente, y así sucesivamente. Por último, el terapeuta completó el doble vínculo diciendo a la paciente que si no respetaba este acuerdo, que había aceptado por su propia voluntad, él ya no le sería de utilidad como terapeuta y, por lo tanto, interrumpiría el tratamiento. La muchacha quedó encantada con estas instrucciones aparentemente placenteras. Tres días más tarde, cuando tuvo la sesión siguiente, informó que, como de costumbre, no había podido levantarse a tiempo la primera mañana, se había quedado en la cama hasta las once, según las instrucciones que le fueran dadas, pero este descanso forzoso (en particular el lapso entre las diez y las once) le había resultado intolerablemente aburrido. La segunda mañana había sido aún peor, y le fue imposible dormir un minuto después de las siete aunque, por supuesto, el despertador no sonó hasta las once. A partir de ese momento asistió a sus clases matutinas y sólo entonces se

pudo explorar los motivos que aparentemente la obligaban a fracasar en la universidad.

Ejemplo 6: La psicoterapia conjunta de una familia, compuesta por los padres y dos hijas (de 17 y 15 años) había llegado a un punto en que comenzó a plantearse un antiguo problema de relación entre los padres.

En ese momento hubo un marcado cambio en la conducta de la hija mayor, quien comenzó a discutir y a generar temas irrelevantes en todas las formas posibles. Cualquier intento por parte del padre para controlarla era ineficaz y, eventualmente, la muchacha le dijo al terapeuta que no estaba dispuesta a seguir cooperando en el tratamiento. Éste le respondió que su ansiedad era comprensible y que él quería que su conducta fuera tan negativa como pudiera lograrlo. Mediante esta simple instrucción la colocó en una situación insostenible: si ella seguía obstaculizando el curso de la terapia, entonces cooperaría, cosa que estaba decidida a evitar; pero si quería desobedecer la instrucción, sólo podía lograrlo *no* mostrándose negativa, lo cual permitiría que la terapia continuara. Desde luego, podría haberse negado a seguir asistiendo a las sesiones, pero el terapeuta había cerrado esta vía de salida dando a entender que entonces sería el único tema de conversación, perspectiva que, según él sabía, la muchacha simplemente no podía tolerar.

Ejemplo 7: Un cónyuge alcohólico suele mantener un patrón estereotipado de comunicación con su pareja. Para simplificar supondremos que quien bebe es el marido, pero los roles podrían invertirse sin que cambiara de manera significativa la pauta general.

La dificultad primaria suele ser una discrepancia en la puntuación de la secuencia de hechos. Por ejemplo, el marido puede afirmar que su mujer es muy controladora y que él se siente más hombre sólo después de unos tragos. La esposa no tarda en contraatacar señalando que ella renunciaría de buen grado a mandar si él fuera un poco más responsable, pero, puesto que se emborracha todas las noches, ella se ve obligada a cuidar de él. Puede decir también que, de no ser por ella, el esposo podría haber incendiado la casa en varias ocasiones porque se queda dormido en la cama con un cigarrillo prendido. Es probable que él responda entonces que nunca correría ese riesgo si fuera soltero. Quizá agregue que éste es un buen ejemplo de la influencia castradora que su mujer ejerce sobre él. De cualquier manera, al cabo de unas pocas vueltas, su juego sin fin se hace muy evidente para el observador no participante. Detrás de su fachada de descontento, frustraciones y acusaciones, se confirman el uno al otro por medio de un *quid pro quo (73):* el marido, al permitir que su mujer sea sobria, razonable y protectora y ella, permitiéndole ser irresponsable, infantil y en general, un fracasado incomprendido.

Uno de los posibles dobles vínculos terapéuticos que podrían imponerse a semejante pareja consistiría en indicarles que bebieran juntos, pero con la condición de que la esposa siempre tomara un poco más que el marido. La introducción de esta nueva regla en su interacción virtualmente destruye el viejo patrón. En primer lugar, beber es ahora una tarea y ya no algo que él «no puede evitar». Segundo, ambos tienen que vigilar constantemente la cantidad que toman. Tercero, la esposa, que por lo común bebe con moderación, si lo hace, alcanza rápidamente un grado de embriaguez que obliga al *esposo*

a cuidar de *ella.* Esto significa no sólo invertir por completo sus roles habituales, sino que coloca al esposo en una posición insostenible con respecto a su hábito: si cumple con las instrucciones del terapeuta, debe dejar de beber o bien obligar a su mujer a que tome más, corriendo el riesgo de hacerla sentir mal, más desvalida, etcétera. Si, cuando su esposa ya no puede beber más, él quiere violar la regla de que ella tome siempre un poco más que él, y seguir tomando solo, se enfrenta a la situación poco familiar de verse privado de su ángel guardián, e incluso de ser responsable por sí mismo y por ella. (Desde luego, no queremos decir que resulta fácil conseguir que una pareja acepte semejante prescripción, ni que esta intervención constituya en sí misma una «cura» para el alcoholismo.)

Ejemplo 8: Una pareja solicita consejo porque discuten demasiado. En lugar de concentrar su atención en un análisis de sus conflictos, el terapeuta redefine esas peleas diciéndoles que en realidad están enamorados, y que cuanto más discuten, más se quieren porque les importa bastante el uno al otro como para discutir y porque pelear en la forma en que ellos lo hacen presupone una honda participación emocional. Por ridícula que la pareja considere esta interpretación —o precisamente *porque* es tan ridícula para ellos—, se empeñarán en demostrar al terapeuta que está equivocado. La mejor manera de hacerlo es poniendo fin a sus peleas, sólo para mostrarle que *no* están enamorados. Pero en cuanto dejan de discutir, comprueban que se llevan mucho mejor.

Ejemplo 9: Una mujer divorciada tenía dificultades con su hija de cinco años dado que, a pesar de todas sus admoniciones y castigos, la pequeña insistía en jugar con fósforos y en varias ocasiones casi había prendido fuego a la casa. La madre había tratado de evitar el peligro eliminando los fósforos del hogar y asegurándose de que la niña no recibiera la visita de amigos y vecinos. Sin embargo, casi no pasaba un día sin que la madre la descubriera con fósforos, y se comprobó que la niña solía esconderlos en distintas partes de la casa, de modo que la madre nunca podía estar segura. Cada vez que la madre regresaba a su casa, tenía lugar la siguiente interacción más o menos estereotipada: primero, la madre preguntaba a la niña si había vuelto a jugar con fósforos, cosa que la pequeña negaba. Sin embargo, la madre «sabía» que la niña mentía, pues en su ausencia *siempre* jugaba con fósforos. Luego la madre preguntaba si la niña había vuelto a esconder algunos fósforos en alguna parte, cosa que la hija también negaba. La madre no la creía, le decía que era una mentirosa y registraba la casa. Si la búsqueda era infructuosa, la madre se sentía muy preocupada e insistía con rabia creciente en que la hija le dijera la verdad y le revelara el nuevo escondite. Si así ocurría, o si la madre misma encontraba algunos fósforos, se tranquilizaba enseguida y perdonaba a la niña.

El relato de la madre hizo evidente que ella necesitaba descubrir los fósforos ocultos casi como un acto simbólico que le daba un renovado sentimiento de seguridad, y que la niña satisfacía esa necesidad a través de su «mal comportamiento». En este caso, la prescripción del síntoma fue relativamente fácil y el efecto inmediato que tuvo sobre la interacción pareció justificar la hipótesis del terapeuta. Éste indicó a la madre que le propusiera a la niña jugar al escondite con los fósforos. Cada vez que la madre se ausentaba, la niña debía ocultar algunos fósforos en algún lugar de la casa y, cuando la

madre regresaba, toda la familia (la mujer tenía otros dos hijos) se dedicaban a buscarlos. Quien los encontraba (que, como es natural, solía ser la niña misma) recibía cinco centavos. Esta prescripción del síntoma no tardó en destruir el juego sin fin. Lo que antes había constituido un comportamiento peligroso, que requería una supervisión estricta pero ineficaz, se convirtió ahora en un entretenimiento para todos, que no sólo sirvió para unir a la madre y a los hijos, sino también para poner fin a una profecía que se cumple a sí misma, originada en la inseguridad de la madre.

Ejemplo 10: La siguiente historia Zen, que contiene todos los ingredientes de un doble vínculo terapéutico, demuestra que el efecto terapéutico de la comunicación paradójica no es en modo alguno un descubrimiento reciente:

Una joven esposa se enfermó y estaba a punto de morir.

«Te amo tanto —le dijo a su esposo—. No quiero dejarte. No me abandones por ninguna otra mujer. Si lo haces, volveré como un fantasma y te causaré interminables preocupaciones».

La esposa no tardó en morir. El marido respetó su último deseo durante los tres primeros meses, pero luego conoció a otra mujer y se enamoró de ella.

En cuanto se comprometieron para casarse, un fantasma comenzó a presentarse ante el hombre todas las noches, acusándolo de no cumplir su promesa. Se trataba de un fantasma inteligente. Le repetía exactamente qué es lo que había ocurrido entre él y su nueva prometida. Cada vez que él le hacía un regalo, el fantasma lo describía con todo lujo de detalles. Incluso podía reproducir conversaciones, y perturbaba de tal modo al hombre que éste no podía dormir. Alguien le aconsejó que planteara su problema a un maestro Zen que vivía cerca de la aldea. Por último, y ya desesperado, el pobre hombre acudió en busca de ayuda. «Tu esposa anterior se convirtió en un fantasma y sabe todo lo que haces —comentó el maestro—. Sabe todo lo que haces o dices, todo lo que le das a tu amada. Debe de ser un fantasma muy astuto. En realidad, deberías admirarla. La próxima vez que se te aparezca, propónle un trato. Dile que ella sabe tanto que no puedes ocultarle nada, y que si responde a una pregunta tú romperás tu compromiso y permanecerás soltero». «¿Cuál es la pregunta que debo hacerle?», inquirió el hombre.

El maestro replicó: «Toma un puñado grande de semillas de soja y pregúntale exactamente cuántas semillas tienes en la mano. Si no puede decírtelo, sabrás que no es más que un producto de tu imaginación y ya no te molestará más».

Cuando el fantasma apareció a la noche siguiente, el hombre se mostró adulador y le dijo que ella lo sabía todo.

«Sin duda —replicó el fantasma—, y sé que fuiste hoy a ver a ese maestro Zen».

«Y puesto que sabes tanto —dijo el hombre—, dime cuántas semillas tengo en esta mano».

Ya no había ningún fantasma para poder responder a la pregunta *(131,* pág. 82).

Epílogo
EL EXISTENCIALISMO Y LA TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN HUMANA: UN ENFOQUE

No son las cosas mismas las que nos perturban, sino las opiniones que tenemos de esas cosas. — EPICTETO (siglo I d. C.).

Pues el hombre sostiene consigo mismo un diálogo interior. — PASCAL.

8.1.

En lo que antecede hemos considerado individuos en su nexo social —en su interacción con otros seres humanos— y vimos que el vehículo de esa interacción es la comunicación. Ésta puede ser o no la medida en que debe aplicarse una teoría de la comunicación humana. De cualquier manera, nos parece evidente que la concepción del hombre sólo como un «animal social» no logra explicar al hombre en su nexo *existencial,* del cual la participación social es apenas un aspecto, aunque muy importante.

Se plantea entonces el interrogante de si alguno de los principios de nuestra teoría de la pragmática de la comunicación humana puede ser útil cuando nuestro interés se desplaza de lo interpersonal a lo existencial y, en tal caso, de qué manera. No proporcionamos aquí una respuesta para ese interrogante; quizá nunca pueda darse una respuesta final, ya que para desarrollar este tema debemos abandonar el dominio de la ciencia y asumir una actitud reconocidamente subjetiva. Puesto que la existencia del hombre no es observable en el mismo sentido en que lo son sus relaciones sociales, nos vemos forzados a abandonar la posición objetiva, «desde afuera», que hemos tratado de mantener durante los siete capítulos precedentes de este libro, pues a esta altura de nuestra indagación ya no hay un «afuera». El hombre no puede ir más allá de los límites por su propia mente; sujeto y objeto son idénticos en última instancia, la mente se estudia a sí misma, y es probable que cualquier aseveración acerca del hombre en su nexo existencial lleve a los mismos fenómenos de autoreflectividad que, como vimos, generan la paradoja.

Así, en cierto sentido, este capítulo es una manifestación de fe: la creencia de que el hombre existe en una relación amplia, compleja y privada con la vida. Quisiéramos hacer algunas especulaciones sobre la posibilidad de que alguno de nuestros conceptos pudieran ser útiles para explorar este área, tan a menudo descuidada en las teorías puramente psicológicas del hombre.

8.2.

En la moderna biología resultaría inconcebible estudiar incluso el organismo más primitivo aislándolo de manera artificial de su medio. Como lo postula en particular la Teoría de los Sistemas Generales (S.4.2. y sig.), los organismos son sistemas abiertos que mantienen su estado constante (estabilidad) y a menudo evolucionan hacia estados de mayor complejidad, por medio de un intercambio constante de energía e información con su medio. Si recordamos que, para sobrevivir, cualquier organismo debe obtener no sólo las sustancias necesarias para su metabolismo, sino también información adecuada sobre el mundo circundante, comprendemos que la comunicación y la existencia constituyen conceptos inseparables. Así, el medio se experimenta subjetivamente como un conjunto de instrucciones acerca de la existencia del organismo y, en tal sentido, los efectos ambientales son similares a un programa informático. Norber Wiener dijo alguna vez refiriéndose al mundo que «puede vérselo como una mirada de mensajes del tipo de "a quien pueda interesar"». Empero, existe una diferencia importante, a saber, que mientras el programa informático se presenta en un lenguaje que la máquina «comprende» acabadamente, el impacto del medio sobre un organismo abarca una serie de instrucciones cuyo significado no es en modo alguno evidente, sino que, más bien, al organismo le toca decodificarlo de la mejor manera posible. Si a esto agregamos el hecho de que a su vez, las reacciones del organismo afectan al medio se hace obvio que incluso en los niveles muy primitivos de la vida tienen lugar complejas y continuas interacciones que no son fortuitas y que, por ende, están gobernadas por un programa o, para emplear un término existencialista, por un *significado.*

Bajo esta luz, entonces, la existencia es una *función* (tal como se la definió en S.1.2.) de la relación entre el organismo y su medio. En el nivel humano, esta interacción entre el organismo y su medio alcanza su más alto grado de complejidad. Aunque en las sociedades modernas los problemas de supervivencia biológica han pasado a segundo plano, y el medio, en el sentido ecológico del término, está en gran medida controlado por el hombre, los mensajes vitales procedentes del medio que deben ser correctamente decodificados sólo se han desplazado del campo biológico a un dominio más psicológico.

8.3.

Aparentemente, el hombre tiene una arraigada propensión a atribuir a la realidad una existencia objetiva, a hacer de ella un amigo o un enemigo con el que debe llegar a algún acuerdo. En el clásico estudio de Zilboorg sobre el suicidio, puede encontrarse el siguiente párrafo, que viene muy al caso:

> Parecería que, originalmente, el hombre aceptó la vida según sus propios términos: una enfermedad, cualquier tipo de malestar, cualquier tensión afectiva intensa, lo hacía sentir que la vida había violado su contrato con él, por así decirlo, y entonces abandonaba a su socio traidor... Evidentemente, (la idea del) paraíso fue así creada por la humanidad no mediante el nacimiento de Adán y Eva, sino a través de la aceptación de la muerte por parte del hombre primitivo, *que prefería la muerte voluntaria antes que renunciar a su ideal de lo que la vida debía ser (170,* págs. 1.364-1.366; las bastardillas son nuestras).

La vida (o la realidad, el destino, Dios, la naturaleza, la existencia, o cualquiera que sea el nombre que prefiera dársele) es un socio al que aceptamos o rechazamos y por el cual nos sentimos aceptados o rechazados, apoyados o traicionados. A este socio existencial, quizá tanto como ocurriría con un socio humano, el hombre propone su definición del *self* y la ve luego confirmada o desconfirmada. Y se esfuerza por recibir de él indicios acerca de la naturaleza «real» de su relación.

8.4.

Pero ¿qué puede decirse entonces sobre estos mensajes vitales que el hombre debe de codificar de la mejor manera posible para asegurar su supervivencia como ser humano? Volvamos brevemente al perro de Pavlov (S.6.4.3.4.), e intentemos pasar desde allí al campo de la experiencia específicamente humana. Sabemos primero que hay dos clases de conocimiento: conocimiento *de* las cosas y conocimiento *acerca de* las cosas.

El primero es la percepción de los objetos que tenemos a través de los sentidos; es lo que Bertrand Russell llamó «conocimiento por familiaridad» o Langer «un conocimiento muy directo y sensual». Es el tipo de conocimiento que tiene el perro de Pavlov al percibir el círculo o la elipse, un conocimiento que nada sabe *acerca de* lo percibido. Pero en la situación experimental, el perro pronto aprende también algo *acerca de* esas dos figuras geométricas, a saber, que de alguna manera indican placer y dolor, respectivamente, y que por lo tanto encierran un significado para su supervivencia. Así, si la percepción sensorial puede denominarse conocimiento de primer orden, este segundo conocimiento (acerca de un objeto) es conocimiento de segundo orden. Es conocimiento acerca del conocimiento de primer orden y, por ende, metaconocimiento. (Se trata de la misma diferenciación ya propuesta en S.1.4., cuando señalamos que saber un idioma y saber algo acerca de un idioma son dos órdenes muy distintas de conocimiento.) [91] Una vez que el perro ha comprendido el significado del círculo y de la elipse en relación con su supervivencia, se comportará como si hubiera llegado a esta conclusión: «Éste es un mundo en el que estoy a salvo en tanto diferencie el círculo de la elipse». Sin embargo, esta conclusión ya no sería de segundo orden, sino conocimiento obtenido acerca del conocimiento de segundo orden y, por lo tanto, sería conocimiento de tercer orden. En el caso del hombre, el proceso de adquisición de conocimientos, de atribuir niveles de significado a su medio, a la realidad, es en esencia idéntico.

En un ser humano adulto, el conocimiento de primer orden rara vez se da solo. Equivaldría a una percepción para la cual ni la experiencia pasada ni el contexto actual proporcionan una explicación, y la imposibilidad de explicarla y de predecirla probablemente haría que esa percepción provocara ansiedad. El hombre nunca deja de buscar conocimientos sobre los objetos de su experiencia, de comprender su significado para su existencia y de reaccionar ante ellos según dicha comprensión. Por último, de la suma total de los significados que ha deducido a través de sus contactos con numerosos objetos singulares de su medio, surge una visión unificada del mundo en la que se ve a sí mismo «arrojado» (para usar una vez más un término existencialista), y esta visión es de tercer orden. Existen fundados motivos para creer que, en realidad, carece de importancia en qué consiste esta concepción del mundo de tercer orden, en tanto ofrezca una premisa significativa para la propia existencia. El sistema delirante de un paranoico parece cumplir su función como principio explicativo del universo del paciente, tal como lo hace la concepción «normal» del mundo para otra persona. [92] Lo importante, sin

embargo, es que el hombre se maneja con una serie de premisas acerca de los fenómenos que percibe y que su interacción con la realidad en su sentido más amplio (esto es, no sólo con los otros seres humanos), está determinada por esas premisas. Hasta donde podemos conjeturar, esas premisas son el resultado de toda la vasta gama de experiencias de un individuo y, por lo tanto, su génesis está virtualmente más allá de la exploración. Pero no cabe duda de que el hombre no sólo puntúa las secuencias de hechos en una relación interpersonal, sino también de que el mismo proceso de puntuación interviene en el proceso, constantemente necesario, de evaluar y seleccionar las innumerables impresiones sensoriales que el hombre recibe en cada segundo de su medio interno y externo. Para repetir una especulación de S.3.4.2.: la realidad es, en gran medida, lo que la hacemos ser. Los filósofos existenciales proponen una relación muy similar entre el hombre y su realidad: conciben al hombre arrojado a un mundo opaco, amorfo y carente de sentido, a partir del cual el hombre mismo crea su situación. Por lo tanto, su manera específica de «ser-en-el-mundo» es el resultado de su elección, es el significado que *él* confiere a lo que probablemente está más allá de la comprensión humana objetiva.

8.4.1.

Otros estudios de las ciencias de la conducta han definido conceptos equivalentes o análogos a las premisas de tercer orden. En la teoría del aprendizaje, niveles de aprendizaje correspondientes a los niveles de conocimiento aquí postulados fueron independientemente identificados e investigados por Hull y col. *(66)* en 1940, por Bateson *(7,13)* en 1942 y en 1960, y por Harlow *(63)* en 1949, por mencionar sólo los estudios más importantes. En pocas palabras, esta rama de la teoría del aprendizaje postula que, junto con la adquisición de conocimiento o de una habilidad, tiene lugar también un proceso por el cual la adquisición misma resulta progresivamente más fácil. En otras palabras, no sólo se aprende, sino que *se aprende a aprender.* Bateson ideó el término *deutero-aprendizaje* para este tipo de aprendizaje de orden superior y lo describió de la siguiente manera:

> En la terminología semi-gestalt o semi-antropomórfica, diríamos que el sujeto está aprendiendo a orientarse hacia ciertos tipos de contextos, o está adquiriendo *insight* en relación con los contextos de resolución de problemas... Cabe decir que el sujeto ha adquirido el hábito de buscar contextos y secuencias de un determinado tipo más que de otro, el hábito de «puntuar» la corriente de hechos para producir repeticiones de un determinado tipo de secuencias significativas *(7,* pág. 88).

Un concepto similar es básico en la monumental obra de Kelly, *Psychology of Personal Constructs (83),* aunque este autor no considera la cuestión de los niveles y presenta su teoría casi exclusivamente en términos de psicología intrapsíquica y no interaccional. Miller, Galanter y Pribam, en su *Plans and the Structure of Behavior (104),* han sugerido que la conducta intencional está guiada por un plan, que sería algo así como un ordenador guiado por un programa. Su concepto de *plan* es muy pertinente

a las ideas sugeridas en este capítulo y, sin exagerar, puede considerarse que su estudio constituye una de las innovaciones recientes más importantes para la comprensión de la conducta. En relación con este último trabajo merecen mencionarse los elegantes *experimentos de recompensa no contingente* realizados en la Universidad de Stanford bajo la supervisión del doctor Bavelas, aunque su propósito manifiesto es ajeno a los problemas que se consideran en este capítulo. Uno de tales experimentos merece mencionarse aquí *(169):* el aparato experimental consiste en una serie de teclas. Se le indica al sujeto que deben presionarse algunas de esas teclas en cierto orden y que su tarea consiste en descubrir ese orden al cabo de una serie de ensayos. Asimismo, se le indica que el desempeño correcto será indicado por el sonido de un timbre. Sin embargo, las teclas en realidad no están conectadas con nada y el timbre suena independientemente del desempeño del sujeto, y cada vez con mayor frecuencia, esto es, en forma muy espaciada al comienzo y luego cada vez más seguido hacia el final del experimento. Invariablemente, la persona que se somete a este experimento no tarda en formar lo que hemos denominado premisas de tercer orden, y se resiste mucho a abandonarlas aun cuando se le ha mostrado que su desempeño no tiene nada que ver con el sonido del timbre. Así, en cierto sentido, este recurso experimental es un micromodelo del universo en el que todos hemos desarrollado nuestras premisas específicas de tercer orden, nuestras maneras de ser-en-el-mundo.

8.5.

Nos encontramos con una notable diferencia cuando comparamos la capacidad del hombre para aceptar o tolerar el cambio en el segundo y el tercer nivel, respectivamente. El hombre posee una capacidad casi increíble para adaptarse a los cambios que tienen lugar en el segundo nivel, como lo saben todos los que han tenido ocasión de observar la resistencia humana frente a las circunstancias más agobiantes. Pero parecería que el hombre cuenta con esa capacidad en tanto no se violen sus premisas de tercer orden acerca de su existencia y del significado del mundo en que vive. [93] A esto se debió referir Nietzsche cuando postuló que quien tiene un *por qué* para vivir puede soportar casi cualquier *cómo.* Pero el hombre, quizá en mucho mayor medida que el perro de Pavlov, parece estar particularmente mal equipado para enfrentarse a las incongruencias que amenazan sus premisas de tercer orden. El hombre no puede sobrevivir psicológicamente en un universo que sus premisas de tercer orden no pueden explicar, un universo que para él carece de sentido. Como ya vimos, el doble vínculo trae este resultado desastroso, pero ese mismo resultado también puede ser provocado por circunstancias que están más allá del control o la intención humanos. Los escritores existenciales, desde Dostoievsky hasta Camus, han tratado extensamente este tema, que es por lo menos tan viejo como el Libro de Job. Por ejemplo, Kirillov, un personaje de la novela de Dostoievsky, *Poseído,* ha decidido que «Dios no existe» y, por lo tanto, para él ya no tiene sentido seguir viviendo.

> «...Escuchan». Kirillov permaneció inmóvil, con la mirada fija y estática. «Escuchan una gran idea: hubo un día en la Tierra y en medio de la Tierra se levantaban tres cruces. Uno de los que estaban en la cruz tenía tanta fe que dijo a otro: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". El día terminó; ambos murieron y ninguno de ellos encontró el Paraíso ni la resurrección. Sus palabras no se cumplieron. Escuchen: ese Hombre era el más noble de toda la tierra, el que le dio sentido a la vida. Todo el planeta, con todo lo que existe en él, es mera locura sin ese hombre. Nunca ha habido nadie como Él antes o después, jamás, hasta un milagro. Pues ése es el milagro, que nunca hubo ni habrá otro como Él. Y si es así, si las leyes de la naturaleza no lo respetaron ni siquiera a Él, no respetaron siquiera. Su milagro y lo hicieron vivir en una mentira y morir por una mentira, entonces todo el planeta es una mentira y descansa sobre una mentira y una burla. Así, entonces, las leyes mismas del planeta son una mentira y un vaudeville de demonios. ¿Para qué hemos de vivir? Responde, si eres un hombre».

Y Dostoievsky hace que el hombre a quien está dirigida esta pregunta dé esta notable respuesta: «Eso es algo distinto. Me parece que tú has mezclado dos causas distintas y eso es algo muy peligroso...» (37, págs. 581-582).

Es nuestra opinión que toda vez que surge este tema, la cuestión del *significado* está implícita, y este término no debe tomarse aquí en su connotación semántica, sino existencial. La ausencia de significado es el horror de la Nada existencial. Es ese estado

subjetivo en que la realidad ha retrocedido o desaparecido por completo y con ella toda conciencia del sefy de los otros. Para Gabriel Marcel, «La vida es una lucha contra la Nada». Y hace más de cien años, Kierkegaard escribió: «Quiero ir a un manicomio y averiguar si la profundidad de la locura puede ayudarme a resolver el enigma de la vida». En tal sentido, la posición del hombre frente a su misterioso socio no es, en esencia, distinta de la del perro de Pavlov. El perro aprende rápidamente el *significado* del círculo y la elipse, y su mundo se derrumba cuando el experimentador destruye de improviso ese *significado.* Si examinamos nuestra experiencia subjetiva en situaciones comparables, encontramos que tendemos a suponer las acciones de un «experimentador» secreto detrás de las vicisitudes de nuestras vidas. La pérdida o la ausencia de un sentido de la vida es, quizá, el denominador más común de todas las formas de perturbación emocional; es específicamente la tan comentada enfermedad «moderna». El dolor, la enfermedad, la pérdida, el fracaso, la desesperación, la desilusión, el temor a la muerte o el mero tedio, todos llevan al sentimiento de que la vida carece de sentido. Creemos que en su definición más básica, la desesperación existencial es la penosa discrepancia entre lo que *es* y lo que *debería ser,* entre las propias percepciones y las propias premisas de tercer orden.

8.6.

No existe motivo alguno para postular sólo tres niveles de abstracción en la experiencia humana de la realidad. Por lo menos en teoría, esos niveles surgen uno por encima del otro en una secuencia infinita. Así, si el hombre desea modificar sus premisas de tercer orden, lo cual constituye para nosotros una función esencial de la psicoterapia, *sólo puede hacerlo desde un cuarto nivel.* Pero dudamos de que la mente humana esté equipada para manejar niveles más altos de abstracción sin la ayuda del simbolismo matemático o de ordenadores. Resulta significativo que en el cuarto nivel sólo pueden lograrse destellos de comprensión y la expresión clara se vuelva sumamente difícil, si no imposible. Quizá el lector recuerde cuán difícil era ya captar el significado de la «clase de las clases que no son miembros de sí mismas» (S.6.2.), lo cual en términos de complejidad constituye el equivalente de una premisa de tercer orden. Asimismo, mientras que todavía se puede comprender el significado de «así es como veo que tú ves que yo te veo» (S.3.3.4.), el nivel superior siguiente (cuarto), esto es, «así es como yo veo que tú ves que yo veo que tú me ves», está virtualmente más allá de la comprensión.

Repitamos este punto esencial: comunicarse o incluso pensar *acerca de* premisas de tercer orden sólo es posible en el cuarto nivel. Sin embargo, este nivel parece estar muy cerca de los límites de la mente humana, y la conciencia rara vez está presente en ese nivel. Creemos que ésta es el área de la intuición y la empatía, de la denominada experiencia de tipo «ajá», quizá de la percepción inmediata que proporcionan el ácido lisérgico u otras drogas similares y, por cierto, el área donde tiene lugar el cambio terapéutico, un cambio que, al cabo de una terapia exitosa, resulta imposible establecer cómo y por qué se produjo y en qué consiste realmente. A la psicoterapia le interesan las premisas de tercer orden y la posibilidad de introducir cambios en ese nivel. Pero sólo desde el nivel superior siguiente, el cuarto, es posible modificar las propias premisas de tercer orden y tomar conciencia del ordenamiento de secuencias en la propia conducta y en la del medio. Sólo desde el nivel se puede comprobar que la realidad no es algo objetivo, inalterable, «que está ahí afuera», con un significado benigno o siniestro para nuestra supervivencia, sino que para todos los fines y propósitos, nuestra experiencia subjetiva de la existencia es la realidad, que la realidad es nuestra manera de pautar algo que quizá esté más allá de toda verificación humana objetiva.

8.6.1.

Jerarquías como las que nos ocupan aquí han sido sobradamente exploradas en una rama de las matemáticas modernas con la que nuestro estudio tiene gran afinidad, si exceptuamos el hecho de que las matemáticas exhiben un grado incomparablemente mayor de congruencia y rigor del que nosotros podemos confiar en alcanzar. La rama en cuestión es la teoría de la prueba o metamatemática. Tal como lo implica con claridad esta última denominación, esta área de las matemáticas trata de sí mismo, esto es, las leyes inherentes a las matemáticas y el problema de si son o no congruentes. Por lo

tanto, no es sorprendente que los matemáticos hayan encontrado e investigado esencialmente las mismas consecuencias paradójicas de la autorreflectividad mucho antes de que los analistas de la comunicación humana tuvieran siquiera conciencia de su existencia. De hecho, la labor realizada en este campo data de Schroder (1895), Lowenheim (1915) y, en particular, Hilbert (1918). La teoría de la prueba o meta-matemáticas constituyó entonces, la preocupación sumamente abstracta de un brillante si bien reducido grupo de matemáticos situados, por así decirlo, fuera de la corriente principal de la actividad matemática. Según parece, dos hechos sirvieron para que la teoría de la prueba despertara la atención general. Uno de ellos fue la publicación, en 1931, del histórico trabajo de Godel sobre las proposiciones formalmente indeterminables *(56),* un trabajo que los profesores de la Universidad de Harvard describen como el progreso más importante realizado durante los últimos 25 años en el campo de la lógica matemática *(108).* El otro hecho es la aparición casi explosiva de la computadora después de la Segunda Guerra Mundial. Estas máquinas se desarrollaron rápidamente a partir de autómatas rígidamente programados hasta llegar a ser organismos artificiales de gran versatilidad, que comenzaron a plantear problemas fundamentales sobre la teoría de la prueba en cuanto su complejidad estructural alcanzó el punto en que pudo lograrse que decidieran por sí solas cuál era, entre varios, el mejor procedimiento de computación. En otras palabras, surgió la posibilidad de diseñar computadoras que no sólo llevaran a cabo un programa, sino que al mismo tiempo pudieran efectuar cambios en ese programa.

En la teoría de la prueba, el término *procedimiento de decisión* se refiere a los métodos vinculados con el hallazgo de pruebas acerca de la verdad o falsedad de una aseveración, o de toda una clase de aseveraciones, dentro de un sistema formalizado dado. El término *problema de decisión* se refiere a si existe o no un procedimiento del tipo descrito. Por lo tanto, un problema de decisión tiene una solución positiva si puede encontrarse un procedimiento de decisión para resolverlo, mientras que una solución negativa consiste en demostrar que tal procedimiento no existe. En consecuencia, los problemas de decisión se conocen como computables o insolubles.

Sin embargo, existe una tercera posibilidad. Las soluciones definidas (positivas o negativas) de un problema de decisión sólo resultan posibles cuando el problema está *dentro del dominio* (el área de aplicabilidad) de ese procedimiento de decisión particular. Si dicho procedimiento se aplica a un problema *fuera* de su dominio, la computación proseguirá indefinidamente sin demostrar jamás que es factible llegar a una solución (positiva o negativa). [94] Es aquí donde volvemos a encontrar el concepto de *indeterminación.*

8.6.2.

Este concepto es el punto central del trabajo de Godel, que trata de las proposiciones formalmente indeterminables. El sistema formalizado que este autor eligió para su teorema es *Principia Mathematica,* la monumental obra de Whitehead y Russell que explora los fundamentos de las matemáticas. Godel pudo demostrar que en este sistema,

o en otro equivalente, es posible construir una oración, G, que: 1) es demostrable a partir de las premisas y axiomas del sistema, pero que, 2) afirma de sí mismo que es indemostrable. Ello significa que si *G* es demostrable en el sistema, su indemostrabilidad (que es lo que dice de sí misma) también sería demostrable. Pero si tanto la demostrabilidad como la indemostrabilidad pueden derivarse a partir de los axiomas del sistema, y los axiomas mismos son congruentes (lo cual forma parte de la prueba de Godel) entonces *G* es *indeterminable en términos del sistema,* tal como la predicción paradójica presentada en S.6.4.4.1. es indeterminable en términos de su «sistema», que es la información contenida en el anuncio hecho por el director y el contexto en que se lo hizo. [95] La prueba de Godel tiene consecuencias que van mucho más allá del campo de la lógica matemática. De hecho, demuestra definitivamente que cualquier sistema formal (matemático, simbólico, etcétera) es necesariamente incompleto en el sentido señalado y que, además, la congruencia de tal sistema sólo puede demostrarse recurriendo a métodos de prueba que son más generales que los que el sistema mismo es capaz de generar.

8.6.3.

Nos hemos detenido en el trabajo de Godel porque vemos en él la analogía matemática de lo que llamaríamos la paradoja última de la existencia humana. El hombre es, en última instancia, sujeto y objeto de su búsqueda. Si bien es probable que nunca se encuentre una respuesta a la pregunta sobre si la mente del hombre puede considerarse como algo similar a los sistemas formalizados, tal como se los define en el párrafo precedente, su búsqueda de una comprensión del significado de su existencia *constituye un intento de formalización.* Sólo en este sentido entendemos que ciertos resultados de la teoría de la prueba (sobre todo en los campos de la autorreflectividad y la indeterminación) resultan pertinentes. Esto no constituye un descubrimiento; de hecho, diez años antes de que Godel presentara su brillante teorema, otra de las grandes inteligencias de nuestro siglo había formulado ya esta paradoja en términos filosóficos, a saber, Ludwig Wittgenstein en su *Tractactus Logico-Philosophicus (168).* [96] Probablemente en ninguna otra parte este paradoja existencial se haya definido de manera más lúcida y se haya acordado a lo *místico* una posición más noble, como el paso final que trasciende esa paradoja.

Wittgenstein muestra que sólo lograríamos saber algo sobre el mundo en su totalidad si pudiéramos salir fuera de él; pero, de ser ello posible, este mundo ya no sería *todo* el mundo. Sin embargo, nuestra lógica nada conoce fuera de él.

> La lógica llena el mundo: los límites del mundo son también sus límites.
>
> Por lo tanto, no podemos decir en lógica: esto y esto hay en el mundo, aquello no hay.
>
> Pues eso aparentemente presupondría que excluimos ciertas posibilidades, y ello

no puede ocurrir, dado que, de otra manera, la lógica debe salir fuera de los límites del mundo: es decir, si pudiéramos considerar esos límites también desde el otro lado.

Lo que no podemos pensar, no lo podemos pensar: por lo tanto, no podemos decir lo que no podemos pensar (168, págs. 149-151).

Así, el mundo es finito y, al mismo tiempo, ilimitado, ilimitado precisamente porque no hay nada afuera que, junto con lo de adentro, pueda constituir un límite. Pero, en tal caso, se deduce que «el mundo y la vida son una sola cosa. Yo soy mi mundo» (pág. 151). Así, el sujeto y el mundo ya no son entidades cuya función relacional está de alguna manera gobernada por el verbo auxiliar *tener* (que uno *tiene* al otro, lo contiene o pertenece a él), sino por el *ser* existencial: «El sujeto no pertenece al mundo, sino que es un límite del mundo» (pág. 151; las bastardillas son nuestras).

Dentro de este límite es posible plantear y responder preguntas significativas: «Si es factible hacer una pregunta, entonces *también* se puede contestar» (pág. 187). Pero «la solución del enigma de la vida en el espacio y en el tiempo está *afuera* del espacio y el tiempo» (pág. 185). Pues, como ya debe resultar evidente, nada *dentro* de un marco puede aseverar, o incluso *preguntar,* nada *sobre* ese marco. Por lo tanto, la solución no consiste en encontrar una respuesta al enigma de la existencia, sino en comprender que no hay un tal enigma. Ésta es la esencia de las hermosas frases finales del *Tractatus,* que recuerdan a las formulaciones del budismo Zen:

Para una respuesta que no puede expresarse, tampoco la pregunta puede expresarse. El *enigma* no existe...

Sentimos que aunque se respondiera a *todas* las preguntas científicas *posibles,* los problemas de la vida seguirían sin tocarse en absoluto. Desde luego, no queda entonces ninguna pregunta, y ésta es tan sólo la respuesta.

La solución del problema de la vida se vislumbra cuando ese problema se desvanece. (¿Acaso no es ésta la razón por la que los hombres a quienes, al cabo de largas dudas, el sentido de la vida se les vuelve claro, no pueden decir en qué consiste ese sentido?)

Existe sin duda lo inexpresable. Esto *se muestra* a sí mismo; es lo místico...

De lo que no podemos hablar, debemos guardar silencio (págs. 187-189).

GLOSARIO

Este glosario contiene sólo aquellos términos que no están definidos en el texto o no forman parte del lenguaje cotidiano. Las fuentes citadas son el *Dorland'sMedicalDictionary* (DMD) y el *Psychiatric Dictionary* (H. & S.) de Hinsie y Shatzky.

Abulia: Pérdida o deficiencia de la fuerza de voluntad (DMD).

Acting out: La expresión de la tensión emocional a través de la conducta directa, en una situación que puede no tener nada que ver con el origen de la tensión: se aplica por lo general a la conducta impulsiva, agresiva o, en términos generales, antisocial. (Adaptado de H. & S.)

Anorexia: Falta o pérdida del apetito. Específicamente, un trastorno nervioso que lleva a la emaciación porque el paciente pierde el apetito y come muy poco. (Adaptado de DMD.)

Autismo (adjetivo: *autista):* Estado en que el sujeto está dominado por tendencias a volcar o centrar pensamiento o conducta sobre sí mismo. (DMD.)

Beneficio secundario: Término psicoanalítico que se refiere a las ventajas indirectas, interpersonales, que el neurótico obtiene de su trastorno, por ejemplo, compasión, mayor atención, libertad con respecto a las responsabilidades cotidianas, etcétera.

Compulsión (compulsivo): Un impulso irresistible de llevar a cabo algún acto contrario al propio criterio o voluntad (DMD.)

Conflicto de Edipo: Edipo, un personaje de la mitología griega que, criado por padres adoptivos, mató a su verdadero padre en una pelea y luego se casó con su madre. Más tarde, al descubrir la verdadera relación, se arrancó los ojos. (DMD.) Este mito fue introducido en la psiquiatría por Freud como paradigna de la atracción entre el hijo y el progenitor del sexo opuesto, y de los conflictos intrafamiliares específicos que tienen su origen en esa atracción y sus implicaciones más amplias para el desarrollo psicosexual.

Despersonalización: El proceso de perder la identidad, la personalidad, el «yo». Un fenómeno mental caracterizado por pérdida del sentimiento de realidad con respecto a uno mismo. A menudo está acompañado por pérdida del sentido de la realidad de los otros y del medio (H. & S.)

Depresión: Un sentimiento complejo, que va desde la pena hasta una profunda desolación y desesperanza; a menudo acompañado por sentimientos más o menos absurdos de culpa, fracaso y desvalorización, así como por tendencias autodestructivas. Sus concomitantes físicos suelen ser trastornos del dormir y el apetito y una lentificación general de muchos procesos fisiológicos.

Diada: Una unidad última que se refiere a la relación entre dos entidades, en contraste con una mónada; del mismo modo, «tríada» se refiere a una unidad compuesta de tres elementos.
Entelequia: La supuesta propiedad innata o potencial de un ser vivo para desarrollarse hacia una etapa final específica.
Escapada: La pérdida de estabilidad en un sistema debido a un aumento incontrolado de la desviación.
Esquizofrenia: Un trastorno psiquiátrico al que corresponden aproximadamente la mitad de los pacientes en los hospitales mentales y una cuarta parte de todos los pacientes internados en los hospitales norteamericanos. El término fue creado por el psiquiatra suizo, E. Bleuler y denota una psicosis caracterizada por trastornos fundamentales en la percepción de la realidad, la formación de conceptos, los efectos, y en consecuencia, la conducta del paciente en general. Según la sintomatología específica, la esquizofrenia suele dividirse en diversos subgrupos, por ejemplo, las formas paranoides, hebefrénicas, catatónicas y simples.
Etologia: El estudio de la conducta animal (DMD).
Fenomenológico: Perteneciente a un enfoque específico (fenomenología) de los datos de la realidad, que los investiga sin hacer intento alguno por explicarlos.
Fobia (fóbico): Un temor mórbido asociado a un objeto específico o a una situación específica.
Folie à deux: Nombre francés de la «locura de a dos». Un término que se aplica cuando dos personas estrechamente vinculadas entre sí padecen simultáneamente una psicosis, y cuando un miembro de la pareja parece haber ejercido influencia sobre el otro. Desde luego, no se limita a dos personas y puede incluir a tres y más *(folie h trois,* etcétera) (H. & S.).
Gestalt: Forma, patrón, pauta, estructura o configuración.
Histeria: Un trastorno neurótico caracterizado por la conversión de los conflictos emocionales en manifestaciones emocionales físicas, por ejemplo, dolor, anestesia, parálisis, espasmos tónicos, sin un menoscabo físico real del órgano o los órganos afectados.
Juegos, teoría de los: Una herramienta matemática para el análisis de las relaciones sociales del hombre: fue introducida por von Neuman en 1928 y, en un principio, se aplicó a las estrategias relacionadas con la toma de decisiones en la conducta económica, aunque ahora se aplica a muchas clases de conductas interpersonales.
1) *Juegos de suma nula (zero sum):* Situaciones en que la ganancia de un jugador y la pérdida de su antagonista siempre suman cero, es decir, se trata de una pura competencia, ya que la pérdida de un jugador implica la ganancia del otro.
2) *Juegos de suma no nula (non-zero sum):* Situaciones en las que la ganancia y la pérdida no están inversamente establecidas y por lo tanto no necesariamente suman cero; pueden ser directamente fijadas (colaboración pura) o sólo parcialmente fijadas (motivo mixto).
Kinesia: 1) Comunicación no verbal (lenguaje corporal, etcétera); 2) el estudio de dicha

comunicación.
Meta: Un prefijo que significa «cambiado de posición», «más allá», «superior», «trascendente», etcétera. Aquí se lo utiliza en general para referirse al conjunto de conocimientos *acerca de* un conjunto de conocimientos o un campo de estudio, por ejemplo, metamatemáticas, metacomunicación.
Mónada (monádico): Una unidad última de uno, considerada en aislamiento. Aquí se la utiliza para denotar al individuo fuera de su nexo comunicacional, en contraste con la díada o la tríada.
Paciente identificado: El miembro de una familia que ostenta un rótulo de diagnóstico psiquiátrico o de delincuencia.
Parálisis general progresiva (dementiaparalytica, enfermedad de Bayle): Un trastorno psiquiátrico caracterizado por síntomas mentales y físicos, debido a sífilis del sistema nervioso central (H. & S.).
Patogenicidad: La cualidad o la capacidad de producir cambios patológicos o enfermedad (DMD).
Psicógeno (Psicogenicidad): De origen intrapsíquico: que tiene origen emocional o psicológico (con referencia a un síntoma), en contraste con una base orgánica (DMD).
Psicología de la gestalt: El estudio del proceso mental y la conducta como gestalts, y no como unidades fragmentadas o aisladas.
Psiconeurótico: Perteneciente a un trastorno emocional, caracterizado por su naturaleza psicógena y sus síntomas funcionales, más que orgánicas (por ejemplo, fobia e histeria).
Psicopatologia: 1) Un término genérico que denota enfermedades o trastornos emocionales y/o mentales; 2) la rama de la medicina que estudia esos trastornos.
Psicosomático: Perteneciente a la relación mente-cuerpo: síntomas corporales de origen psíquico, emocional o mental (DMD).
Psicoterapia conjunta: La psicoterapia de parejas o de familias completas, cuyos miembros asisten a sesiones terapéuticas conjuntas en las que todos los individuos participan al mismo tiempo (cf. ref. 75).
Psicótico: Perteneciente a las psicosis, es decir, a trastornos psiquiátricos de naturaleza orgánica o funcional (psicógena) de tal intensidad que el funcionamiento individual, intelectual, profesional, social, etcétera, del paciente queda seriamente menoscabado, mientras que en el paciente psiconeurótico dicho menoscabo es sólo parcial y está limitado a ciertas áreas de su vida.
Sadomasoquismo (simbiosis sadomasoquista): Una forma de relación humana caracterizada por el hecho de que uno de los participantes causa al otro sufrimiento físico y/o moral.
Terapia de la conducta: Una forma de psicoterapia basada en la teoría del aprendizaje; se considera que la conducta, incluyendo la conducta sintomática, es el resultado de un proceso de aprendizaje y, por ende, susceptible de «desprendizaje» (decondicionamiento).
Terapia de pareja y matrimonial: Véase psicoterapia conjunta.
Transferencia: En psicoanálisis, la reproducción de las experiencias olvidadas y

reprimidas de la temprana infancia. Por lo general, la reproducción o repetición asume la forma de sueños o reacciones que tiene lugar durante el tratamiento psicoanalítico (H. & S.).

Trauma emocional: Un shock emocional que produce en la mente una impresión duradera (DMD).

Triada: Véase Díada.

BIBLIOGRAFÍA

1. ALBEE, EDWARD,, *Who's Afraid of Virginia Wolf* New York: Atheneum Publishers, 1962. (Hay edición en castellano: Buenos Aires, Nueva Visión, 1967.)

2. APTER, JULIA T.,, «Models and Mathematics Tools of tre Mathematical Biologist». *Journal of the American Medical Association,* 194:269-72, 1965.

3. ARTISS, KENNETH L., ed., *The Sympton as Communication in Schizophrenia.* New York: Grune & Stratton, Inc., 1959.

4. ASHBY, W. ROOS, *Design for a Brain.* New York: John Wiley & Sons, Inc., 1954. (Hay edición en castellano: Madrid, Tecnos, 1965.)

5. ASHBY, W. ROOS, *An Introduction to Cybernetics.* London: Chapman & Hall, Ltd., 1956.

6. BATESON, GREGORY, «Culture Contact and Schismogenesis.» *Man,* 35:17883, 1935.

7. BATESON, GREGORY, «Social Planning and the Concept of "Deutero-Learning" in Relation to the Democratic Way of Life». *Science, Philosophy and Religion, Second Symposium,* New York: Harper & Brothers, 1942, páginas 81-97.

8. BATESON, GREGORY, «A Theory of Play and Fantasy». *Psychiatric Research Reports,* 2:39-51, 1955.

9. BATESON, GREGORY, «The Message "This is Play"». En *Transactions of the Second Conference on Group Processes.* New York: Josiah Macy, Jr., Foundation, 1956, pp. 145-242.

10. BATESON, GREGORY, *Naven,* 2nd ed. Stanford: Stanford University Press, 1958.

11. BATESON, GREGORY,, «The New Conceptual Frames for Behavioral Research». Proceedings of the Sixth Annual Psychiatric Institute. Princeton: The New Jersey Neuro-Psychiatric Institute, 1958, pp. 54-71.

12. BATESON, GREGORY,, «The Group Dynamics of Schizophrenia». En Lawrence Appleby, Jordan, M. Scher, y John Cumming, eds., *Chronic Schizophrenia. Exploration in Theory and Treatment.* Glencoe, Illinois: The Free Press, 1960, pp. 90-105.

13.BATESON, GREGORY,, «Minimal Requirements for a Theory of Schizophrenia». *Archives of GeneralPsychiatry,* 2:477-91, 1960.

14. BATESON, GREGORY, «The Biosocial Integration of the Schizophrenic Family». En Nathan W. Ackerman, Frances L., Beatman, y Sanford N. Sherman, eds., *Exploring the Base for Family Therapy.* New York: Family Service Association, 1961,

pp. 116-22.

15. BATESON, GREGORY, ed., *Perceval's Narrative, A Patient's Account ofhis Psychosis, 1830-1832.* Stanford: Stanford University Press, 1961.

16.BATESON, GREGORY, «Exchange of Information about Patterns of Human Behavior». Paper read at Symposium on Information Storage and Neural Control, Houston, Texas, 1962.

17. BATESON, GREGORY, Comunicación personal.

18. BATESON, GREGORY, Jackson, Don D.; Haley, Jay, y Weakland, John, «Toward a Theory of Schizophrenia». *Behavioral Science,* 1:251-64, 1956.

19. BATESON, GREGORY, y Jackson, Don D., «Some Varieties of Pathogenic Organization». En David McK. Rioch, ed., *Disorders of Communication,* Volumen 42, Research Publications, Association for Research in Nervous and Mental Disease, 1964, pp. 270-83.

20. BAVELAS, ALEX, Comunicación personal.

21. BENEDICT, RUTH, *Patterns of Culture.* Boston: Houghton-Mifflin Company, 1934.

22. BERDYAEV, NlCHOLAS, *Dostoevsky.* New York: Meridian Books, 1957.

23. BERNE, ERIC, *Transactional Analysis in Psychotherapy.* New York: Grove Press, Inc., 1961.

24. BERNE, ERIC, *Games People Play.* New York: Grove Press, Inc., 1944.

25. BERTALANFFY, Ludwig VON, «An Outline of General System Theory». *British Journal of the Philosophy of Science,* 1:134-65, 1950.

26. BERTALANFFY, L UDWING VON, «General System Theory». *General Systems Yearbook,* 1:1-10, 1956.

27. BERTALANFFY, L UDWING VON, «General System Theory—A Critical Review». *General Systems Yearbook,* 7:1-20, 1962.

28. BlRDWHISTELL, RAY L., «Contribution of Linguistic-Kinesic Studies to the Understanding of Schizophrenia». En Alfred Auerback, ed., *Schizophrenia. An Integrated Approach.* New York: The Ronald Press Company, 1959, pp. 99-123.

29. BOCHÉNSKI, I. M., *A History of Formal Logic.* Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1931.

30. BOLZANO, Bernard, *Paradoxien des Unendlichen,* 2nd ed., Fr. Prihonsky, ed., Berlin: Mayer und Müller, 1889.

31. BOOLE, GEORGE, *Mathematical Analysis of Logic; Being an Essay towards a Calculus of Deductive Reasoning.* Cambridge: Macmillan, Barclay & Macmillan, 1847.

32. BUBER, MARTIN, «Distance and Relation». *Psychiatry,* 20:97-104, 1957.

33. CARNAP, R UDOLPH, *Introduction to Semantics.* Cambridge: Harvard University Press, 1942.

34. CHERRY, C OLIN, *On Human Communication.* N. York: Science Edit., 1961.

35. CUMMING, John, «Communication: an approach to chronic schizophrenia». En Lawrence Appleby, Jordan M. Scher y John Cumming, eds., *Chronic Schizophrenia. Exploration in Theory and Treatment.* Glencoe, Illinois: The Free Press, 1960, pp. 106-

19.

36. DAVIS, R. C., «The Domain of Homeostasis». *PsychologicalReview,* 65-813, 1958.

37. DOSTOIEVSKY, F EDOR M., *The Possessed.* New York. The Macmillan Company, 1931.

38. DOSTOIEVSKY, Fedor M., «Notes from Underground». En *The ShortNovels of Dostoevsky.* New York: The Dial Press, Inc., 1945, pp. 127-342.

39. DUNLAP, K NIGHT, «A Revision of the Fundamental Law of Habit Formation». *Science,* 67:360-2, 1928.

40. DUNLAP, K NIGHT, «Repetition in the Breaking of Habits». *ScientifcMonthly,* 30-66-70, 1930.

41. DURRELL, L AWRENCE, *Clea.* New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1960.

42. FERREIRA, A NTONIO J., «Family Myth and Homeostasis». *Archives of General Psychiatry,* 9:457-63, 1963.

43. FERREIRA, A NTONIO J., «Psychosis and Family Myth». Manuscrito no publicado.

44. F INDLAY, J., «Goedelian Sentences: a non-numerical approach». *Mind,* 51:259-65, 1942.

45. F RANK, L AWRENCE K., «The Prospects of Genetic Psychology». *American Journal of Orthopsychiatry,* 21:506-22, 1951.

46. Frankl, Victor E., *The Doctor and the Soul.* New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1957.

47. F RANKL, V ICTOR E., «Paradoxical Intention». *American Journal of Psychotherapy,* 14:520-35, 1960.

48. F REGE, G OLTLOB, *GrundgesetzederArithmetik Begriffsschriftlich abgeleitet.* Volumen 1. Jena; Verlag Hermann Pohle, 1893.

49. F REUD, S lGMUND, *New Introductory Lectures on Psychoanalysis.* New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1933.

50. FREUD, SIGMUND,, «The Interpretation of Dreams». En *The Basic Writing of SigmundFreud.* New York: The Modern Library, Inc., 1938.

51. FROMM-REICHMANN, Frieda, «A Preliminary Note on the Emotional Significance of Stereotypies in Schizophrenics». *Bulletin of the Forest Sanitarium,* 1:17-21, 1942.

52. FRY, WILLIAM F. J R., «The Marital Context of the Anxiety Syndrome». *Family Process,* 1:245-52, 1962.

53. FRY, WlLLIAM F. Jr., *SweetMadness: A Study of Humor.* Palo Alto: Pacifici Books, 1963.

54. G RDNER, MARTIN, «A New Paradox, and Variations on it, about a Man Condemned to be Hanged.» En sección «Mathematical Games». *Scientific American,* 208:144-54, 1963.

55. GEORGE, F. H., *The Brain as a Computer.* Oxford: Pergamon Press, Ltd., 1962.

56. GÓDEL, KURT, «Ueber formal unontscheidbare Sätze der Principia Mathematica und verwandter Systeme I». *Monatshefte für Mathematik und Physik,* 38:173-98, 1931. (Traducción al inglés: «On Formally Undecidable Propositions of Principia Mathematica and Related Systems I». Edinburgh and London: Oliver and Boyd, 1962).

57. GOLWITZER, HELMUT, y col. eds., *Dying We Live. The Final Messages and Records of the Resistance.* New York: Pantheon Books, Inc., 1956.

58. GREENBURG, DAN, *How to be a Jewish Mother.* Los Ángeles: Price/Stern/Sloan, 1964. (Hay edición en castellano: Buenos Aires, Hormé, 1969).

59. HALEY, J AY, «Family Experiments: A New Tipe of Experimentation». *Family Process,* 1:265-93, 1962.

60. HALEY, J AY, *Strategies of Psychotherapy.* New York: Grune & Stratton, Inc. 1963.

61. HALEY, J AY, «Research on Family Patterns: Ant Instrument Measurement». *Family Process,* 3:41-65, 1964.

62. HALL, A. D. y Fagen, R. E., «Definition of System.» *General Systems Yearbook,* 1:18-28, 1956.

63. HARLOW, H. F., «The Formation of Learning Sets». *PsychologicalReview,* 56:51-65, 1949.

64. HILBERT, DAVID y B ERNAYS, P AUL, *Grundlagen der Mathematik,* 2 volúmenes. Berlín: J. Springer Verlag, 1934-39.

65. HORA THOMAS, «Tao, Zen, and Existential Psychotherapy». *Psychologia,* 2:236-42, 1959.

66. HULL, C. L.; HOVLAND, C. L.; R OSS, R. T., y col. *Mathematico-Deductive Theory of Rote Leaning: A Study in Scientific Methodology.* New Haven: Yale University Press, 1940.

67. JACKSON DON D., «Some Factors Influencing the Oedipus Complex». *Psychoanalytic (Quarterly,* 23:566-81, 1954.

68. JACKSON DON D., «A note on the Importance of Trauma in the Genesis of Schizophrenia». *Psychiatry,* 20:181-4, 1957.

69. JACKSON DON D., «The Question of Family Homeostasis». *Psychiatric Quarterly Supplement,* 31:79-90, part. 1, 1957.

70. JACKSON DON D., «Family Interaction, Family Homeostasis, and Some Implications for Conjoint Family Psychotherapy». En Jules Masserman, ed., *Individual andFamilial Dynamics.* New York: Grune & Stratton, Inc., 1959, pp. 122-41.

71. JACKSON DON D., «Interactional Psychotherapy». En Morris I. Stein, ed., *Contemporary Psychotherapies.* Glencoe, Illinois: The Free Press, 1962, pp. 256-71.

72. JACKSON DON D., «A Suggestion for the Technical Handling of Paranoid Patients». *Psychiatry,* 26:306-7, 1963.

73. JACKSON DON D., «Family Rules: The Marital *Quid Pro Quo». Archives of General Psychiatry,* 12:589-94, 1965.

74. JACKSON DON D., «The Study of the Family». *Family Process,* 4:1-20, 1965.

75. JACKSON DON D., y W eakland , J ohn H., «Conjoint Family Therapy, Some Considerations on Theory, Technique, and Results». *Psychiatry,* 24:30-45, suplemento del N° 2, 1961.

76. JACKSON DON D., y H aley, J ay , «Transference Revisited». *Journal of Nervous and Mental Disease,* 137:363-71, 1963.

77. JACKSON DON D., y W aTZLAWICK , P aul, «The Acute Psychosis as a Manifestation of Growth Experience». *Psychiatric Research Reports,* 16:83 94, 1963.

78. JACKSON DON D., y Y alom , I rvin , «Conjoint Family Therapy as an Aid to Intensive Psychotherapy». En Arthur Burton, ed., *Modern Psychotherapeutic Practice. Innovations in Technique.* Palo Alto: Science and Behavior Books, 1965, pp. 81-97.

78. bis JASPERS, KARL, *GeneralPsychopatology.* (Traducción del alemán por U. Hoenig y Marian W. Hamilton.) University of Chicago Press, 1963.

79. JOAD, C. E. M., *Why War?* Harmondsworth: Penguin Special, 1939.

80. JOHNSON, ADELAIDE, M.; GIFFIN, MARY E.; WATSON, E. JANE, y BECKETT,
PETER G. S., «Studies in Schizophrenia at the Mayo Clinic. II. Observations on Ego Functions in Schizophrenia». *Psychiatry,* 19:143-8, 1956.

81.JONES, ERNEST, *The Life and Work of Sigmund Freud,* Volumen 3. New York: Basic Books, Inc., 1957.

82. KANT, O, «The Problem of Psychogenic Precipitation in Schizophrenia». *Psychiatric Quarterly,* 16: 341-50, 1942.

83. KELLY, GEORGE A, *The Psychology of Personal Constructs,* 2 volúmenes. New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1955.

84. KOESTLER, ARTHUR, *Darkness at Noon.* New York: The Modern Library, Inc., 1941.

85. KOESTLER, ARTHUR, *ArrivalandDeparture.* New York: The Macmillan Company, 1943.

86. KOESTLER, ARTHUR, *The Invisible Writing.* New York: The Macmillan Company, 1954.

87.KOESTLER, ARTHUR, *The Act ofCreation.* New York: The Macmillan Company, 1964.

88. LAING, RONALD D., *The Self and Others, Further Studies in Sanity and Madness. Londo:* Tavistock Publications, Ltd., 1961.

89. LAING, RONALD D., «Mystification, Confusion and Conflict». En 1. Boszormenyi-Nagy y J. L. Framo, eds. *Intensive Family Therapy: Theoretical and Practical Aspects.* New York: Harper & Row, 1965, pp. 343-63.

90. LAING, RONALD D. y ESTERSON, A., *Sanity, Madness, and the Family.* Volumen 1, *Families of Schizophrenics.* London: Tavistock Publications, Ltd., 1964. (Hay edición en castellano: México, Fondo de Cultura Económica, 1967.)

90. bis LAING RONALD D., Phillipson, H. y Lee, Russell, *A., Interpersonal Perception. Londres:* Tavistock Publications, 1966.

91. LANGER, S. K., *Philosophy in o New Key.* Cambridge: Harvard University

Press, 1942.

92. LASÉGUE, CH., y FALRET, J., «La folie á deux ou folie comuniquée». Annales Médico-Psychologiques, t. 18, novembre 1877 (Traducción al inglés por Richard Michaud, *American Journal of Psychiatry,* suplemento del Volumen 121, N° 4, pp. 2-18, 1964.)

93. LEE, A. RUSSELL, «Levels of Imperviousness in Schizophrenic Families». Western Division Meeting of the American Psychiatric Association, San Francisco, Septembre 1963.

94. LENNARD, HENRY L. y BERNSTEIN, RNOLD, con HENDIN, HELEN C. y PALMORE, ERDMAN B., *The Anatony of Psychoterapy.* New York: Columbia University Press, 1960.

95. LlDZ, T.; CORNELISON, A. R.; Fleck, S. y Terry, D., «The Intrafamiliar Environment of Schizophrenic Patients. II. Marital Schism and Marital Skew». *American Journal of Psychiatry,* 114: 241-8, 1957.

96. ORENZ, KONRAD Z., *King Sclomon's Ring* London: Methuen, 1952.

97. LUCE, C LARE BOOTHE, «Cuba and the Unfaced Truth: Our Global Double Bind». *Life,* 53-53-6, 1962.

98. LUFT, J OSEPH, «On Non-verbal Interaction». Western Psychological Association Convention, San Francisco, Abril 1962.

99. MACH, E RNST, *The Science of Mechanics.* La salle, Ill: The Open Court Publishing Co., 1919.

100. MARUYAMA, MAGOROH, «The Multilateral Mutual Causal Relationships among the Modes of Communication, Sociometric Patern and the Intellectual Orientation in the Danish Culture». *Phylon,* 22:41-58, 1961.

101. MC CULLOCH, WARREN S. y PITTS, WALTER, «A Logical Calculus of the Ideas Immanent in Nervous Activity». *Bulletin of Mathematical Biophysics,* 5:115-33, 1943.

102. MC GINNIES, ELLIOTT, «Emotionality and Perceptual Defense». *Psychological Review,* 56:244-51, 1949.

103. MEERLOO, JOOST A. M., *The Rape ofthe Mind: The Psychology ofThrought Control, Menticide and Brainwashing.* Cleveland: The Wond Publishing Company, 1956.

104. MILLER, GEORGE A.; GALANTER, EUGENE, y P IBAM, K RL H., *Plans and the Structure of Behavior.* New York: Henry Holt and Company, Inc., 1960.

105. MILLER, JAMES G., «Living Systems: Basic Concepts; Structure and Process; Cross-Level Hypotheses». *Behavioral Science,* 10: 193-237, 337411, 1965.

106. MORRIS, CHARLES W., «Foundations of the Theory of Signs». En Otto Neurath, Rudolf Carnap y Charles W. Morris, eds., *International Encyclopedia of Unified Science,* Volumen 1, N° 2. Chicago: University of Chicago Press, 1938, pp. 77-137.

107. MUGGERIDGE, M ALCOLM, «Books». *Esquire,* Volumen 63, N° 4, Abril 1965, pp. 58-60.

108. NAGEL, ERNST y NEWMAN, JAMES R., *Gódel'sProof.* New York: New York University Press, 1958.

109. NAGELS, IVAN en *Spectaculum, Moderne Theaterstücke,* Volumen 7. Frankfurt/M., Suhrkamp Verlag, 1964.

110. NASH, OGDEN, «Don't Wait, Hit Me Now!» En *Marriage Lines.* Boston: Little, Brown and Company, 1964, pp. 99-101.

111. NERLICH, G.C., «Unexpecter Examinations and Unprovable Statements». *Mind,* 70:503-13, 1961.

112. NORTHROP, EUGENE P., *Riddles in Mathematics.* New York: D. Van Nostrand Co., Inc., 1944.

113. ORWELL, GEORGE, *1984.* New York: Harcourt, Brace & Co., 1949.

113. bis, OSGOOD, CHARLES E., «Reciprocal Initiative». En J. Roosvelt, ed., *The Liberal Papers.* New York: Anchor Books, 1962, pp. 155-228.

114. OTER, GERALD y NISHIJIMA, Y ASUNORI, «Moiré Patterns». *Scientific American,* 208:54-63, 1963.

115. PARKINSON, C. NORTHCOTE,, *Parkinson's Law and Other Studies in Administration.* Boston: Houghton Mifflin Company, 1957.

116. POTTER, S TEPHEN, *One-upmanship.* Harmondsworth: Penguin Books, 1947.

117. PRIBRAM, KARL H., «Reinforcement Revisited: A Structural View». En M. Jones, ed., *Nebraska Symposium on Motivation, 1963.* Lincoln: University of Nebraska Press, 1963, pp. 113-59.

118. PROUST, MARCEL, *Lesplaisirs et les jours,* 13th ed. París: Gallimard, 1924.

119. QUINE, WILLARD VAN ORMAN, *Methods of Logic.* New York: Henry Holt and Companya, Inc., 1960.

120. QUINE, WILLARD VAN ORMAN, «Paradox». *Scientific American,* 206: 8495, 1962.

121. RAMSEY, FRANK PLUMPTON, *The Foundations of Mathematics and Other Logical Essays.* New York: Harcourt, Brace & Co., 1931.

122. RAPOPORT, ANATOL y CHAMMAH, ALBERT M., con la colaboración de Carol J. Orwant, *Prisoner's Dilemma; a study in conflict andcooperation.* Ann Arbor: University of Michigan Press, 1965.

123. REICHENBACH, HANS, *Elements of Symbolic Logic.* New York The Macmillan Company, 1947.

124. RENAUD, HAROLD y ESTESS, FLOYD, «Life History Interviews with One Hundred Normal American Males: "Pathogenicity" of Childhood». *American Journal of Orthopsychiatry,* 31:786-802, 1961.

125. RICHARDSON, LEWIS Fry, «Mathematics of War and Foreign Politics». En James R. Newman, ed., *The World of Mathematics,* Volumen 2. New York: Simon and Schuster, Inc., pp. 1240-53, 1956.

126. RILKE, REINER MARÍA, *Duino Elegies,* trad. por J. B. Leishman y Stephen Spender. New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1939.

127. RIOCH, DAVID MCK., «The Sense and the Noise». *Psychiatry,* 24:7-18, 1961.

128. RIOCH, DAVID MCK., «Communication in the Laboratory and Communication in the Clinic». *Psychiatry,* 26:209-21, 1963.

129. ROSEN, John N., *DirectAnalysis.* New York: Grune & Stratton, Inc., 1953.

130. ROSENTHAL, ROBERT, «The Effect of the Experimenter on the Results of Psychological Research.» En B. A. Mahr, ed., *Progress in Experimental Personality Research,* Volumen 1. New York: Academic Press Inc., 1964, pp. 79-114.

130. bis. ROSENTHAL, ROBERT, *Experimenter Effects in Behavioral Research.* New York: Appleton-Century-Crofts, 1966.

131. ROSS, NANCY WILSON, ed., «The Subjugation of a Ghost». En *The World of Zen.* New York: Random House, Inc., 1960.

132. RUESCH, JURGEN y BATESON, GREGORY, *Communication: The Social Matrix of Psychiatry.* New York: W. W. Norton & Company, Inc., 1951. (Hay edición en castellano. Buenos Aires, Paidos, 1965.)

133. RUSSELL, BERTRAND, Introduction to Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus.* New York: Humanities Press, 1951.

134. SANSOM, G. B., *The Western World and Japon, A Study in the Interaction of European and Asiatic Cultures.* New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1950.

135. SARTRE, JEAN-PAUL, Introducción a Henry Alleg, *The Question.* New York: George Braziller, Inc., 1958.

136. SCHEFLEN, ALBERT E., «Regressive One-to-One Relationships. *Psychiatric Quarterly,* 23:692-709, 1960.

137. SCHEFLEN, ALBERT E., *A Psychotherapy of Schizophrenia: Direct Analysis.* Springfield, Illinois: Charles C. Thomas, Publisher, 1961.

138. SCHEFLEN, ALBERT E., «Quasi-Courtship Behavior in Psychotherapy». *Psychiatry,* 28:245-57, 1965.

139. SCHEFLEN, ALBERT E., *Stream and Structure of CommunicationalBehavior. Context Analysis of a Psychotherapy Session.* Behavioral Studies Monograph N° 1. Philadelphia: Eastern Pennsylvania Psychiatric Institute, 1965.

140. SCHELLING, TOMAS C., *The Strategy of Conflict.* Cambridge: Harvard University Press, 1960.

141. SCHIMEL, OHN L., «Love and Games». *Contemporary Psychoanalysis,* 1:99-109, 1965.

142. SEARLES, HAROLD F., «The Effort to Drive the Other Person Crazy - An Element in the Aetiology and Psychotherapy of Schizophremia». *British Journal of MedicalPsychology,* 32:1-18, Part 1, 1959.

143. SLUZKI, CARLOS E. y BEAVIN, JANET, «Simetría y complementaridad: una definición operacional y una tipología de pareja». *Acta psiquiátrica y psicológica de América latina,* 11; 321-30, 1965.

144.SLUZKI, CARLOS E. y BEAVIN, JANET; Tarnopolsky, Alejandro, y Veron, E LISEO, «Transactional Disqualifaction.» *Archives of General Psychiatry,* 1967, 16:494-

504 (versión ampliada en castellano en *Acta psiquiátrica y psicológica* de América latina, 12:329-42, 1966.

145. SMITH, MICHAEL, en *TheVillageVoice,*Volumen 7, N° 52 (Octubre 18, 1962).

146. SPENGLER, O WALD, *The Decline of the West, Form andActuality,* Volumen 1. New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1926.

147. STEGMÜLLER, WOLFGANG, *Das Wahrheitsproblem und die Idee der Semantik.* Vienna: Springer-Verlag, 1957.

148. STERN, L., «Loathsome Women». *Journal of AnalyticalPsychology,* 1:5977, 1955-56.

149. STEIN, D AVID J., «The National Debt and Peril Point». *The Atlantic,* 213:35-8, 1964.

150. STYRON, W lLLIAM, *Lie Down in Darkness.* New York: The Viking Press, 1951.

151. SZASZ, Thomas S., *The Myth of MentalIllness, Faundations of a Theory of Personal Conduct.* New York: Hoeber-Harper, 1961.

151. bis. TALENSKY, NICOLAI A., «Antimissile systems and disarmament». *Bulletin of the Atomic Scientist,* Febrero 1965, pp. 26-30.

152. TAUBMAN, HOWARD,, en *The New York Times,* Volumen 112, N° 38, 250 (Octubre 15, 1962), p. 33.

153. TINBERGEN, NICOLAAS, *Social Behavior in Animals with Special Reference to Vertebrates.* London: Methuen, 1953.

154. TOCH, H. H. y HASTORF, A. H., «Homeostasis in Psychology». *Psychiatry,* 18:81-91, 1955.

155. WATTS ,ALAN WILSON, «The Counter Game». En *Psychotherapy, East and West.* New York: Pantheon Books, Inc., 1961, pp. 127-67.

156. WATZLAWICK, PAUL, «A Review of the Double Bind Theory». *Family Process,* 2:132-53, 1963.

157. WATZLAWICK, PAUL, *An Anthology of Human Communication; Text and Tape.* Palo Alto: Science and Behavior Books, 1964.

158. WATZLAWICK, PAUL, «Paradoxical Precitions». *Psychiatry,* 28: 368-74, 1965.

159. WATZLAWICK, PAUL, «A Structured Family Interview». *Family Process,* 5:256-71, 1966.

160. WEAKLAND, JOHN H., «The "Double-Bind" Hipothesis of Schizophrenia and Three-Party Interaction». En Don D. Jackson ed., *The Etiology of Schizophrenia.* New York: Basic Books, Inc., 1960.

161.WEAKLAND, JOHN H., y JACKSON, Don D., «Patient and Therapist Observations on the Circunstances of a Schizophrenic Episode». *Archives of Neurology and Psychiatry,* 79:554-74, 1958.

162. WEISS, PAUL, «Cell Internactions». En *ProcceedingsFifth Canadian Cancer Conference.* New York: Academic Press, Inc., 1963, pp. 241-76.

163. WEISSBERG, A., *TheAccused.* New York: Simon and Schuster, Inc., 1951.

164. WHITEHEAD, ALFRED NORTH y RUSSELL, BERTRAND, *Principia Mathematica,* 3 volúmenes. Cambridge: Cambridge University Press, 191013.

165. WHORF, BENJAMIN LEE, «Science and Linguistics». En John B. Carroll, ed., *Language, Thought, and Reality. Selected Writings of Benjamin Lee Whorf.* New York: John Wiley & Sons, Inc., 1956, pp. 207-19.

166. WIENER, NORBERT. «Time Communication, and the Nervous System». En R.W. Miner, ed., *TeleologicalMechanisms,* Annals of the New York Academy of Sciences, Volumen 50, pp. 197-219, 1947.

167. WIESER, WOLFGANG, *Organisme, Strukturen, Maschinen.* Frankfurt/M., Fischer Bücherei, 1959. (Hay edición en castellano: Buenos Aires, EUDEBA, 1962.)

168. WITTGENSTEIN, LUDWING, *Tractatus Logico-Philosophicus.* New York: Humanities Press, 1951.

168. bis. WITTGENSTEIN, LUDWING,*Remarks on the Foundation of Mathematics.* Oxford: Basil Blackwell, 1956.

169. WRIGHT, JOHN C., *Problem SolvingandSearch Behavior under-Non-Contingent Rewards.* Unpublished doctoral thesis, Stanford University, 1960.

170. ZILBOORG, GREGORY, «Suicide Among Civilized and Primitive Races». *American Journal of Psychiatry,* 92.1347-69, 1935-36.

Notas

[1] La subdivisión decimal de los capítulos no se utilizó para confundir o impresionar al lector, sino para indicar claramente la estructura de la organización de un capítulo y facilitar las referencias cruzadas dentro del libro.

[2] Hemos elegido las expresiones «patrón» y «pauta» como el mejor equivalente posible del término inglés *«pattern»* que es, en realidad, intraducible. Así, se hace difícil transmitir su pleno significado semántico, aunque en francés, por ejemplo, el término *«structure»* (y, en relación con él, *structuralisme)* goza de una aceptación cada vez mayor (cf., las obras de Levy-Strauss). Conviene dejar esto aclarado desde el comienzo: en este libro, «patrón o «pauta» se utilizan para referirse a totalidades que siguen sus propias leyes y no son simplemente la suma de partes individuales. También se las podría llamar «gestalts», siempre que se atribuya a este término el significado original, dinámico, que le diera Wertheimer y no se las entendiera como configuraciones puramente estáticas. [N *del A.]*

[3] Un reciente artículo de J. David Stern *(149)* ilustra hasta qué punto puede ser engañoso el significado de los números como magnitudes, incluso cuando están primariamente *destinados* a significar magnitudes concretas, por ejemplo, en economía. Cuando se refiere a la deuda nacional, este autor señala que examinada en forma aislada y, por ende, en términos de magnitud absoluta, la deuda nacional de Estados Unidos ha sufrido un escalofriante aumento desde 257 billones en 1947 a 304 billones en 1962. Sin embargo, si se la ubica en su contexto apropiado, es decir, en relación con el ingreso neto, *per capita,* se hace evidente una disminución del 151% al 80% durante ese período. Los legos y los políticos tienen una particular tendencia a caer en este tipo de falacia económica, aunque hace ya mucho que los teóricos de la economía sólo utilizan sistemas de variables económicas y no unidades aisladas o absolutas.

[4] Desde luego, los llamados «neo-freudianos» atribuyen gran importancia a la interacción individuo-medio.

[5] Jaspers ha señalado en más de una ocasión la distinción entre lo inconsciente y lo extraconsciente, por ejemplo:

[...] Esta no conciencia, que la fenomenología y la psicología de los fenómenos significativos transforman en conciencia, este contenido no percibido que se vuelve consciente de esta manera, no debe confundirse con lo que es genuinamente inconsciente. Esto último es en principio extraconsciente, y algo de lo que nunca podemos tomar plena conciencia. *(78 bis,* pág. 306).[...] Al investigar las causas

debemos suponer una base extraconsciente para las unidades fenomenológicas, para las conexiones significativas, o para lo que hayamos tomado como unidad de investigación. Así, utilizamos conceptos tales como disposiciones extraconscientes y mecanismos extraconscientes. *(78 bis,* pág. 457). Sin embargo, la psicopatología de Jaspers no trasciende la perspectiva moná-dica; así, el «afuera» es idéntico al cuerpo, no al universo de relaciones: «El elemento extraconsciente sólo puede encontrarse en el mundo como algo somático». *(78 bis,* pág. 457).

[6] El gran lingüista Benjamin Whorf ha señalado una y otra vez este fenómeno, por ejemplo, en el capítulo «Science and Linguistics»: Los lingüistas científicos han comprendido hace mucho que la capacidad para hablar un idioma con fluidez no confiere necesariamente conocimiento lingüístico sobre él, esto es, la comprensión acerca de sus fenómenos de fondo y de su proceso y estructura sistemáticos, tal como la capacidad para jugar bien al billar no confiere o requiere conocimiento alguno sobre las leyes de la mecánica que actúan en la mesa de billar (165, pág. 213).

[7] Tales pautas complejos, y pautas dentro de pautas, en el nivel interpersonal (en una serie de entrevistas psicoterapéuticas) han sido objeto de un extenso estudio por parte de Scheflen *(139).* Su obra pionera demuestra no sólo que esas pautas existen, sino también que son de naturaleza increíblemente repetitiva y estructurada.

[8] Un reciente experimento efectuado por Bavelas *(20)* demuestra que no existe ninguna relación necesaria entre el hecho y la explicación: se indicó a cada sujeto que debía participar en una investigación experimental sobre la «formación de conceptos» y se le entregó la misma tarjeta gris y granulada acerca de la cual debía «formular conceptos». De cada par de sujetos (que eran entrevistados separada pero concurrentemente), a uno se le indicó ocho de cada diez veces al azar que lo que decía sobre la tarjeta era correcto, y al otro se le dijo cinco de cada diez veces al azar que lo que afirmaba sobre la tarjeta era correcto. Las ideas del sujeto «recompensado» con una frecuencia del ochenta por ciento se mantuvieron en un nivel simple, mientras que el sujeto «recompensado» con una frecuencia de sólo cincuenta por ciento desarrolló teorías complejas, sutiles y abstrusas acerca de la tarjeta, si se tiene en cuenta los más mínimos detalles de su composición. Cuando los dos sujetos se reunieron y se les pidió que hablaran sobre sus hallazgos, el sujeto con las ideas más simples sucumbió de inmediato ante el «brillo» de los conceptos del otro y manifestó que este último había analizado la tarjeta acertadamente.

[9] Conviene señalar una vez más que en este libro el término «juego» no tiene ninguna connotación lúdica, sino que deriva de la *teoría matemática de los juegos* y se refiere a secuencias de conducta que están gobernadas por reglas.

[10] Cabría agregar que, incluso cuando se está solo, es posible sostener diálogos en la fantasía, con las propias alucinaciones *(15)* o con la vida (S.8.3). Quizá esa «comunicación» interna siga algunas de las mismas reglas que gobiernan la comunicación interpersonal; sin embargo, los fenómenos inobservables de este tipo están más allá del alcance del significado con que empleamos el término.

[11] Una investigación muy interesante en este campo es la efectuada por *Luft (98),* quien estudió lo que él llama «deprivación de estímulo social». Reunió a dos desconocidos en una habitación, los hizo sentarse uno frente al otro y les indicó que no hablaran ni se comunicaran de manera alguna. Entrevistas posteriores revelaron la enorme tensión inherente a esta situación. Dice el autor:
[...] tiene delante de sí al otro individuo único, que despliega una cierta conducta, pero muda. Se postula que en ese momento tiene lugar el verdadero análisis o estudio interpersonal, y sólo parte de ese análisis puede hacerse conscientemente. Por ejemplo: ¿Cómo responde el otro sujeto a su presencia y a los pequeños indicios no verbales que él envía? ¿Existe algún intento de comprender su mirada inquisidora, o se la ignora fríamente? ¿Manifiesta el otro sujeto indicios posturales de tensión, que demuestran cierto malestar ante la posibilidad de enfrentarlo? ¿Se siente cada vez más cómodo, indicando alguna clase de aceptación, o lo tratará como si fuera una cosa, como si no existiera? Éstas y muchas otras clases de conducta fácilmente discernible parecen tener lugar [...]

[12] Los términos del original en inglés *«report»* y *«command»,* literalmente *informe* e *instrucción* (u orden), respectivamente, han sido traducidos como *«referencial»* y *«conativo»,* siguiendo en buena medida los criterios de Roman Jakobson para incorporar tal nomenclatura. *[N. delE.]*.

[13] El prisionero medita durante largo tiempo acerca de este problema aparentemente insoluble, pero eventualmente hace la pregunta correcta: señala una de las puertas y pregunta a uno de los guardias (no importa qué puerta o qué guardia): «Si yo le preguntara a su compañero si esa puerta está abierta, ¿qué diría? Si la respuesta es sí, entonces esa puerta está cerrada y, viceversa, si es no, está abierta».

[14] En forma algo arbitraria hemos preferido decir que la relación clasifica, o incluye, el aspecto del contenido, aunque en el análisis lógico es igualmente exacto decir que la clase está definida por sus miembros y, por ende, cabe afirmar que el aspecto del contenido define el aspecto relacional. Puesto que nuestro interés central no es el intercambio de información sino la pragmática de la comunicación, utilizaremos el primer enfoque.

[15] Existen motivos para creer que los expertos en computadoras llegaron a este resultado sin conocer lo que los fisiólogos ya sabían en ese momento, hecho que en sí mismo constituye una hermosa ilustración del postulado de von Bertalanffy *(25)* de que los sistemas complejos tienen sus propias leyes inherentes, que pueden ser detectados a través de los diversos niveles del sistema, es decir, atómico, molecular, celular, organísmico, individual, social, etcétera. Se cuenta que durante una reunión interdisciplinaria de científicos interesados en los fenómenos de la retroalimentación (probablemente una de las reuniones de la Josiah Macy Foundation), el gran histólogo von Bonin tuvo ocasión de examinar el diagrama de un aparato de lectura selectiva, y de inmediato manifestó: «Pero éste es precisamente un diagrama de la tercera capa de la corteza visual [...]». No podemos garantizar la autenticidad de esta historia, pero pensamos que se aplica aquí el proverbio italiano: «se non é vero, é ben trovato» (si no

es cierto, es una buena historia).

[16] La enorme importancia comunicacional del contexto se pasa fácilmente por alto en el análisis de la comunicación humana y, sin embargo, quien se lavara los dientes en una calle llena de gente, en lugar de hacerlo en el baño de su casa, podría verse rápidamente trasladado a una comisaría o a un manicomio, para dar sólo un ejemplo de los efectos pragmáticos de la comunicación no verbal.

[17] Existen motivos para creer que las ballenas y los delfines pueden utilizar también la comunicación digital, pero la investigación en este campo aún no es concluyente.

[18] En la sección 3.3. se examinará la transmisión de definiciones de relación por canales analógicos y sus efectos pragmáticos sobre el emisor y el receptor. Sin embargo, a estas alturas es necesario referirse a las investigaciones pioneras de Robert Rosenthal y sus colaboradores en la Universidad de Harvard, sobre la influencia de las expectativas del experimentador sobre los resultados de los experimentos psicológicos y la comunicación, evidentemente muy extraconsciente de tales expectativas a los sujetos. Su trabajo cuenta con un curioso predecesor en la literatura psicológica al que Rosenthal (130 bis, pág. 131 y sig.) hace plena justicia. Se trata de Clever Hans, el caballo del señor van Osten, que hace aproximadamente sesenta años alcanzó fama internacional debido a su sorprendente capacidad para realizar operaciones de aritmética. Clever Hans podía señalar con uno de sus cascos el resultado correcto de un problema aritmético que le planteaba su amo, siempre presente, u otra persona. El psicólogo alemán Pfungst, no muy satisfecho con el conmovedor supuesto de un caballo genial, llegó a la conclusión correcta de que el señor van Osten (de cuya honestidad no podía dudarse) de alguna manera le indicaba al caballo cuándo había dado suficientes golpes con el casco y debía detenerse. Pfungst pudo demostrar que el caballo nunca comenzaba a dar golpes hasta que su amo le miraba el casco con actitud expectante, y que van Osten levantaba la cabeza casi imperceptiblemente y miraba hacia arriba cuando el caballo había dado el número necesario de golpes. Evidentemente, la permanente admiración del público y el orgullo de su amo deben haber constituido poderosos refuerzos para el desempeño del animal. Se dice que poco después del descubrimiento de Pfungst, el señor van Osten literalmente murió de pena, hecho que nos proporciona una idea adicional en cuanto a la profundidad del *rapport* emocional que debe haber existido entre amo y caballo. En su propia investigación, Rosenthal pudo reproducir este fenómeno con animales y con seres humanos. Por ejemplo, demostró que las ratas de laboratorio cuyos experimentadores estaban convencidos de que esos animales eran particularmente inteligentes, tenían un desempeño significativamente mejor que el de otras ratas de la misma cepa, pero cuyos experimentadores habían llegado a creer que los animales eran «estúpidos». Los experimentos de Rosenthal con seres humanos resultan casi perturbadores. También en ellos se pudo demostrar que existían comunicaciones muy sutiles pero sumamente poderosas, cuya transmisión está fuera de la percepción de emisores y receptores, pero que influyen en gran medida sobre la conducta y el desempeño de los segundos. Por el momento, ni siquiera se puede tentativamente evaluar la importancia de estos hallazgos para la educación, la dinámica de la vida familiar y de otras relaciones humanas, en

particular, la psicoterapia.

[19] El lector habrá descubierto ya por sí solo cuán sugestiva es la similitud que existe entre los modos analógico y digital de comunicación y los conceptos psicoanalíticos de *proceso primario* y *secundario,* respectivamente. Si se la lleva del marco intrapsíquico al marco interpersonal de referencia, la descripción que Freud hace del Ello se convierte virtualmente en una definición de la comunicación analógica: *Las leyes de la lógica — sobre todo, la ley de la contradicción— no son válidas para los procesos que tienen lugar en el Ello.* Impulsos contradictorios existen lado a lado sin neutralizarse o excluirse [...]. *Nada hay en el Ello que pueda compararse a la negación,* y nos quedamos atónitos al encontrar allí una excepción a la afirmación de los filósofos en el sentido de que el espacio y el tiempo constituyen formas necesarias de nuestros actos mentales. *(49,* pág. 104; las bastadillas son nuestras.)

[20] Las transcripciones de intercambios verbales simplifican considerablemente el material pero, por esa misma razón, resultan en última instancia insatisfactorias, debido a que transmiten poco más que el contenido léxico y omiten casi todo el material analógico, como inflexión de la voz, ritmo, pausas, tonos emocionales contenidos en la risa, los suspiros, etcétera. Para un análisis similar de ejemplos de interacción, en forma tanto escrita como grabada, cf. Watzlawick *(157).*

[21] Queremos destacar una vez más que, a los fines de nuestro análisis comunicacional, las *motivaciones* respectivas de los dos individuos carecen totalmente de importancia.

[22] En el campo internacional los italianos marchan a la cabeza con su inimitable respuesta «ma...» que significa estrictamente «pero», aunque puede utilizársela como una exclamación para expresar duda, acuerdo, desacuerdo, desconcierto, indiferencia, crítica, desprecio, rabia, resignación, sarcasmo, negación y quizá otra docena de cosas y, por ende, en última instancia, en lo que se refiere al contenido, para nada.

[23] En tal sentido, se remite al lector a un análisis comunicacional del concepto psicoanalítico de «transferencia», que puede entenderse como la única respuesta posible frente a una situación harto insólita. Cf. Jackson y Haley *(76),* que también se examina en S.7.5, ejemplo 2.

[24] Cualquiera de estas dos posibilidades podría resultar adecuada o inadecuada, «buena» o «mala», según la relación de que se trate.

[25] S. Potter, quien introdujo el término, ofrece al respecto muchos ejemplos penetrantes y divertidos *(116).*

[26] Aquí, y en otras partes del texto, se hace referencia a un término intraducible: *one-upmanship,* creado por un humorista inglés, Stephan Potter, quien escribió una serie de libros con jocosas recomendaciones acerca de cómo quedar en una situación de superioridad aun cuando no se tiene con qué. Jay Haley incorporó los términos de Potter *«one-up»* y *«onedown»* a la jerga psiquiátrica, al definir de esa manera a los polos superior e inferior de una díada complementaria. Aquí se traducen, respectivamente, como «superior» e «inferior», y a *«one-upmanship»* como «superioridad». *[N. delR.].*

[27] Se utilizan aquí como sinónimos *self* (que se mantiene así, sin traducir, siguiendo la tendencia de la literatura psicoanalítica en castellano), «sí mismo y mismidad. Se elude su traducción como *yo,* para mantener la nomenclatura propuesta por Hartmann, quien utiliza *yo* para referirse a una subestructura del aparato psíquico y *self* como concepto referido al «uno mismo». *[N. del E.]*.

[28] Cf. Cumming: He sugerido que gran parte de lo que Langer llama «la mera expresión de ideas» o actividad simbólica por y para sí misma, corresponde en las personas normales, a la función de reconstruir constantemente el concepto del *self,* de ofrecer dicho concepto a otros para obtener ratificación y de aceptar o rechazar esa misma actitud en los otros. Aún más, supongo que el concepto del *self*debe reconstruirse sin cesar para que podamos existir como personas y no como objetos y, sobre todo, que dicho concepto se reconstruye en la actividad comunicacional *(35,* pág. 113).

[29] En realidad, se debería decir: «Así es como me veo *en relación con usted en esta situación»,* pero, a los fines de la simplicidad, omitiremos en el futuro las palabras en bastardillas.

[30] A veces, muy pocas, es cierto, la indeterminación literal desempeña un papel importante en una relación, como puede observarse en la siguiente transcripción de una sesión de psicoterapia conjunta. La pareja había solicitado ayuda porque sus peleas, muchas veces violentas, los dejaban profundamente preocupados con respecto a su fracaso como cónyuges. Estaban casados desde hacía veintiún años. El marido era un hombre de negocios de gran éxito. Al comienzo de este intercambio, la esposa acababa de señalar que en todos esos años nunca había sabido cuál era su situación con respecto a él.

Psiquiatra: Así que usted dice que no recibe de su esposo las señales que necesita para saber si usted se está desempeñando bien. Esposa: No.

Psiquiatra: ¿La crítica Dan cuando usted lo merece, quiero decir, en forma positiva o negativa?

Marido: Rara vez la critico...

Esposa (simultáneamente): Rara vez me critica.

Psiquiatra: Bueno, ¿cómo sabe usted...?

Esposa (interrumpiendo): Él elogia (breve risa). Verá usted, eso es lo más confuso... Supóngase que yo cocino algo y lo quemo; bueno, entonces él dice que está «muy, muy rico». Después, si hago algo que está muy rico, entonces dice que está «muy, muy rico». Le dije que no sé cuándo algo está rico, que no sé si me critica o me elogia. Porque él cree que al elogiarme puede hacer que me supere, y cuando merezco un cumplido... él siempre me hace elogios, así es, de modo que yo pierdo el valor del elogio.

Psiquiatra: Así que en realidad usted no sabe cuál es su situación con alguien que siempre elogia...

Esposa (interrumpiendo): No, no sé cuándo me critica y cuándo me elogia con verdadera sinceridad.

Lo que otorga tanto interés a este ejemplo es que, aunque ambos cónyuges tienen plena

conciencia del patrón en el que están atrapados, eso no los ayuda en lo más mínimo para hacer algo al respecto.

[31] A primera vista, esta fórmula parece no adecuarse al concepto de desconfirmación tal como lo hemos descrito. Sin embargo, en último análisis, incluso el mensaje «Para mí tú no existes como una entidad por ti mismo» equivale a «Es así como yo te veo: tú no existes». El hecho de que esto sea paradójico no significa que no pueda ocurrir, como se sugerirá con más detalle en el capítulo 6.

[32] Adaptado a Laing y Esterson (90, pág. 188).

[33] Tal metacomunicación no es necesariamente verbal, ni tampoco debe identificársela a la ligera con *«insight»* (cf. S.7.3.2.).

[34] También aquí hay muy poca diferencia entre la conducta de los individuos y la de las naciones. Cuando surge una gran tensión entre dos países, lo habitual es romper relaciones diplomáticas y, por lo tanto, recurrir a comunicaciones analógicas como las movilizaciones, concentraciones de tropas y otros mensajes analógicos del mismo tipo. Lo que resulta más absurdo de este proceso es que la comunicación digital (procedimiento diplomático) se interrumpe precisamente cuando más se la necesita. La «línea directa» entre Washington y Moscú puede ser profiláctica en este sentido, aun cuando su justificación oficial sólo sea la de acelerar las comunicaciones en los momentos de crisis.

[35] Se recurre a traducciones aproximadas de los términos *«maritalschism»* (cisma) y *«maritalskew»* (sesgo) de Lidz, *«gruesome twosome»* de Scheflon, y *«collusion»* de Laing. [N. *del E.]*

[36] En las transcripciones se utilizan las siguientes abreviaturas: M. para marido, E. para esposa y Ent. para entrevistador.

[37] Una contingencia comunicacional totalmente distinta surge en el área de la interacción simétrica y complementaria si un mensaje define la relación como simétrica *y* complementaria *al mismo tiempo*. Probablemente ésta es la manera más habitual e importante en la que la paradoja puede participar en la comunicación humana, y en el capítulo 6 se considerará por separado los efectos pragmáticos de esta forma de incongruencia comunicacional.

[38] La importancia de la redundancia y de la constricción para nuestro concepto de patrón se ha examinado en detalle en S.1.4.; aquí bastará señalar que un patrón es información transmitida mediante la presencia de ciertos hechos y la *no* presencia de otros. Si todos los hechos posibles de una clase determinada ocurren al azar, no hay patrón y no hay información.

[39] No fue fácil decidir —y bastante lo hemos conversado con Watzlawich— si *General System Theory* debía ser traducido como «Teoría General del Sistema» o «Teoría del Sistema General». En un momento de *impasse* conceptual decidimos recurrir a «pruebas prácticas» y pudimos comprobar que, a favor de lo primero, podía aducirse la distribución tipográfica del último libro de von Bertalanffy, que destaca *General* y agrupa

System Theory, pero apoyada la segunda traducción el hecho de que la revista que fundó ese autor se llama *General System,* es decir, Sistemas Generales. Nos quedamos, por fin, con que lo «general» era los sistemas y no la teoría, e incorporamos el plural, siguiendo el criterio del título de la revista. *[N. delE.]*

[40] Como se observará, nuestro interés aquí se limita a ciertos aspectos de los sistemas interaccionales, sobre todo las familias. Para una aplicación amplia y reciente de este marco de referencia a los sistemas vivientes en general, véase la serie de Miller *(105),* que destaca el aspecto integrador potencialmente fructífero de ese enfoque.

[41] Si bien se pondrá el acento en los comunicantes humanos, no existen motivos teóricos para excluir la interacción de otros mamíferos *(9)* o de grupos, tales como las naciones, que pueden interactuar en forma muy similar a la de dos o más individuos *(125).*

[42] En psiquiatría puede encontrarse un ejemplo interesante y claro del efecto indirecto que ejerce sobre diversas disciplinas la metateoría más elaborada por la física clásica: las patologías de la interacción eran virtualmente desconocidas en los primeros días de la psiquiatría, con una única excepción, la *folie h deux* y simbiosis similares (S.3.6.2.). Desde el comienzo, estas dramáticas relaciones se consideraron interaccionales y no individuales y, en tal sentido, constituían poco más que monstruosidades nosológicas. Con todo, llama la atención aún el hecho de que se las admitiera mientras se pasaban por alto otros problemas relacionales, sobre todo si tenemos en cuenta que sólo la *folie h deux* se adecuaba con precisión al modelo de sistema cerrado de la época.

[43] Cf. Langer, quien describe la elección de otra manera: Hay una falacia muy familiar y difundida, conocida como la «falacia genética», que surge del método histórico en la filosofía y la crítica: el error de confundir el origen de una cosa con su *importancia,* de rastrear esa cosa hasta su forma más primitiva y luego darle «meramente» el nombre de ese fenómeno arcaico... Por ejemplo, es probable que las palabras fueran sonidos rituales antes de convertirse en recursos comunicacionales; ello no significa que el lenguaje no sea ahora «realmente» un medio de comunicación, sino «realmente» un mero residuo de la excitación tribal *(91,* pág. 248). (Las bastardillas y las comillas están en el original.) La relativa falta de importancia de las condiciones iniciales de los sistemas totalitarios también merece mencionarse. Por mucho que las dictaduras insistan en la singularidad de sus orígenes históricos y sus principios ideológicos, las condiciones de vida resultantes son abrumadoramente idénticas, y justifican el refrán francés: *Plus (a change, plus c'est la méme chose.*

[44] Existen pruebas que corroboran esta concepción equifinal de la psicopatología; Kant *(82)* no encontró factores traumáticos desencadenantes en 56 casos consecutivos de esquizofrénicas, y Renaud y Estess *(124)* obtuvieron abrumadores relatos de experiencias traumáticas en las historias de hombres que se consideraban normales desde el punto de vista psiquiátrico. Dado que su grupo normal no podía distinguirse de las muestras clínicas a partir de ese criterio, Renaud y Estess dicen: Tal conclusión no es incompatible con supuestos básicos subyacentes a la ciencia de la conducta del siglo XX (por ejemplo,

que la conducta humana constituye en grado considerable un producto de la experiencia de vida); tampoco están en conflicto con la proposición básica de que los primeros años de la vida humana son cruciales para el desarrollo posterior. Sin embargo, este punto de vista sí cuestiona las concepciones elementalistas de las relaciones causales simples y directas que con insistencia se postulan para vincular ciertas clase de hechos con el desarrollo posterior de una enfermedad mental (724, pág. 801).

[45] El mismo argumento ha sido sugerido por autores tan científicos como Wieser (767, pág. 33), y tan irónicos, aunque llenos de realismos, como C. Northcote Parkinson *(115).*

[46] Esto tampoco significa negar la utilidad o la posibilidad de las investigaciones experimentales (esto es, controladas) de tales fenómenos, aunque, como lo han sugerido en contextos muy distintos Bateson *(11),* Haley *(59)* Scheflen *138, 139)* y Schelling *(140),* tal experimentación es probable que sea de un orden fundamentalmente nuevo. Véase asimismo, los comentarios de Ashby en S.4.3.1.

[47] Por ejemplo, desde el punto de vista fenomenológico el curso de una relación puede entenderse como un juego de suma no nula con motivo mixto *(140),* en el que cualquier solución dentro de la relación parece preferible a una fuera de ella. Tal modelo se propone y se ilustra en S.6.4.4.6.

[48] Cf. Jackson: En el desarrollo de una teoría de la familia resulta significativo que fuera la observación de mecanismos homeostáticos en las familias de pacientes psiquiátricos lo que llevó a la hipótesis de la familia como un sistema homeostático y, más específicamente, como un sistema gobernado por reglas. Y esto es así porque dichas reglas surgen con claridad si uno observa las reacciones que produce su anulación, a partir de las que se puede inferir la regla que fue violada. Eventualmente, si se observa durante un plazo muy prolongado la senda recorrida, y se tiene la precaución de tomar nota de los posibles caminos *no* utilizados, se puede llegar a efectuar conjeturas razonables acerca de las reglas del juego. Pero las reacciones observables producidas por una desviación única actúan como señal para nuestro objetivo (74, págs. 13-14).

[49] También aquí conviene recordar la sugerencia de Pribram (S.1.3.) de que la constancia puede dar lugar a nuevas sensibilidades y requerir nuevos mecanismos de manejo.

[50] Las referencias de páginas, entre corchetes, corresponden a la edición Nueva Visión *(1).*

[51] En las que dos cualesquiera constituyen una unidad contra el tercero, como cuando Marta y Nick bailan o se burlan de Jorge, o éste y Marta se unen contra Nick.

[52] Lo cual da un significado interaccional al título «La noche de Walpurgis», acto en el que Jorge muestra a Nick la orgía, tal como Mefistófeles lo hizo con Fausto.

[53] Maruyama ha creado el término «relaciones causales simultáneas mutuas multilaterales» *(100).*

[54] Pero también son claramente *sumatorias,* sin ninguna explicación explícita sobre la forma en que el otro encaja en la situación.

[55] En la etapa actual del conocimiento, este problema no es dicotómico, esto es, no es necesario hacer una elección entre la dependencia total y la independencia total con respecto a las condiciones iniciales. Antes bien, es un problema más simple, que consiste en examinar con cierto cuidado el poder de los efectos recíprocos en la conducta de un sistema de comunicación como la familia y preguntarse si, al margen de la forma en que comenzaron, pueden cesar.

[56] Quizá acuda aquí a la mente el término «simbiosis sadomasoquista», pero éste es inadecuado por dos razones: primero, la circularidad de su patrón hace difícil, y, quizá, arbitrario, decidir qué rol debe asignarse a cada uno de los participantes; además, tal rótulo constituye una especulación con respecto al *por qu*é, pero no es claramente descriptivo; ni siquiera insinúa *cómo* opera la díada, porque se trata, desde luego, de una formulación sumatoria.

[57] Ogden Nash ha contribuido a formalizar este método en su poema *«Dont Wait, Hit me Now!»,* al que pertenece el siguiente fragmento: He aquí la fórmula, donde la presencia de una tercera persona es el único ingrediente extra esencial... Supongamos que usted cree que su Gregory bailó demasiado con la Sra. Limbworthy en el club. Usted no le dice directamente: «Gregory, te daré una trompada si no te separas de esa mujerzuela platinada». No, usted espera hasta que una amiga viene a visitarla y entonces, echando una mirada a Gregory, le dice a su amiga: «¿No es cómico ver qué papel de tontos pueden hacer los hombres maduros ante cualquier cosa que sea rubia y se contornee?», «¿Puedes comprender que alguien que está sobrio y en su sano juicio mire dos veces a esa Limbworthy?». Pero, naturalmente, querida, Gregory no estaba del todo en su sano juicio anoche, ¿no es así? Sin duda, esto es mucho más demoledor para Gregory que las incursiones y las alarmas shakespeareanas. Porque no hay defensa contra una carambola... Porque el golpe directo no puede ni compararse con el tiro de rebote en cuanto a la fatal imposibilidad de responder a él *(110,* págs. 99-101).

[58] Estas escenas no aparecen en la versión cinematográfica de la obra teatral. En su reemplazo, se incluye un episodio carente de sentido, en el cual todos se trasladan en coche hasta una taberna (¡a eso de las cuatro de la madrugada!). Cabe suponer que el único motivo de este cambio fue la necesidad cinematográfica de cambiar de escenario. Cuando se disponen a regresar, Marta y Jorge comienzan a discutir y Jorge se queda plantado en una esquina mientras Marta se aleja en el coche con los invitados. Jorge no tiene más remedio que volver caminando y, mientras tanto, Honey se hunde en el soporte de la borrachera y Nick y Marta se quedan solos. Tiene lugar entonces la «seducción», casi *faute de mieux* y sin la significación inmediata que tiene en el escenario.

[59] Resulta interesante que más adelante, después de la «muerte», ella aduce amnesia:
Jorge: No has sabido respetar las reglas, querida. Hablaste de él... hablaste de él con otra persona.
Marta (con lágrimas): *No* hablé. Nunca hablé.
Jorge: Sí, hablaste.

Marta: *¿Con quién?* ¿CON QUIÉN?
Honey (llorando): Conmigo. Usted me habló de él.
Marta (llorando): ¡ME OLVIDÉ! A veces me olvido... , cuando es de noche... cuando es muy tarde... y todo el mundo está... conversando, me olvido..., y necesito hablar de él, pero siempre ME CONTENGO... Me contengo... aunque sólo yo sé cuántas veces he querido hacerlo... [pág. 127].
Ni ella ni Jorge perciben el conflicto de reglas relacionales que llevó a esa situación.

[60] Incluso sugeriríamos, sobre la base de la observación clínica y de algunas pruebas experimentales *(61),* que las familias patógenas exhiben en general patrones de *interacción más restringidos* que las familias normogénicas. Esto contrasta con el criterio sociológico tradicional, según el cual las familias perturbadas son entidades caóticas y desorganizadas; pero también aquí la diferencia reside en el nivel de análisis y en la definición de variables. La extrema rigidez de las relaciones interfamiliares puede dar la impresión —y quizá incluso explicar— el caos en la fachada familiar-sociedad.

[61] 12. Un ritual de ciertas tribus indias del noroeste de Estados Unidos, en el que los jefes compiten en la *destrucción* de posesiones, para lo cual de modo simétrico, queman sus bienes materiales *(21).*

[62] Un ejemplo típico de esta clase de paradoja es el cuento de los seis hombres que querían una habitación para cada uno de ellos, aunque el hotelero sólo disponía de cinco. Éste «resolvió» el problema llevando al primer hombre a la habitación número 1, y pidiendo a otro que aguardara allí junto al primero durante unos minutos. Luego llevó al tercer hombre a la habitación número 2, al cuarto a la habitación número 3, y al quinto a la número 4. El hotelero volvió luego a la habitación número 1, y llevó al sexto caballero, que había estado aguardando allí, en la habitación número 5. ¡Voilá! (La falacia radica en que se trata al segundo y al sexto hombres como a uno sólo).

[63] Para una explicación de esta paradoja y su falacia, véase Northrop *(112).*

[64] Al establecer esta diferenciación seguimos a Ramsey (121, pág. 20), quien introdujo la siguiente clasificación:
Grupo A: 1) La clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas.
2) La relación entre dos relaciones cuando una de ellas no la tiene con la otra.
3) La contradicción de Burali Forti del mayor ordinal.
Grupo B: 4) «Estoy mintiendo».
5) El menor entero no pronunciable en menos de diecinueve sílabas.
6) El menor ordinal indefinible.
7) La contradicción de Richard.
8) La contradicción de Weyl acerca de «heterológico». (Debe señalarse que Ramsey prefiere el término «contradicción en la teoría de los agregados» al término «paradoja».) Todas estas paradojas se describen en Bochénski *(29).*

[65] La historieta de la página 98 constituye un delicioso ejemplo, en un contexto interaccional, de una aseveración autorreflexiva que niega su propia afirmación.

[66] Por lo que sabemos, la importancia práctica de las paradojas fuera del campo de la

psicopatología sólo ha sido señalada por Wittgenstein: Los diversos disfraces semi-chistosos de la paradoja lógica son de interés sólo en la medida en que nos recuerdan que es indispensable una forma seria de la paradoja para comprender adecuadamente su función. Surge esta pregunta: ¿qué papel puede desempeñar ese error lógico en un juego lingüístico? (168 bis, pág. 178). (El concepto de Wittgenstein de un «juego lingüístico» es en esencia idéntico a nuestro concepto de «patrón de comunicación» o «juego de relación».)

[67] A esta altura es necesario rendir tributo al matemático Frege, quien ya en 1893 advirtió: Quizá el uso frecuente de las comillas parezca extraño; las empleo para diferenciar los casos en los que hablo sobre *el signo mismo* y aquellos en que me refiero a *su significado.* Por pedante que ello parezca, lo considero necesario. Es notable hasta qué punto una manera inexacta de *hablar o de escribir,* que originalmente puede haber sido utilizado sólo por motivos de conveniencia y brevedad, con plena conciencia de su inexactitud, *puede eventualmente confundir el pensamiento,* una vez que esa conciencia ha desaparecido *(48,* pág. 4; las bastardillas son nuestras).

[68] Lewis Carroll conocía muy bien este método de bloquear las metacomunicaciones para impedir que alguien salga de una situación insostenible. Volvemos ahora a Alicia, después de que la Reina Negra y la Reina Blanca la han vuelto loca con sus preguntas (véase S.3.2.2.); le abanican la cabeza con manojos de hojas hasta que recupera el sentido, y luego continúa el lavado de cerebro:

—Ahora está bien otra vez —dijo la Reina Negra—. ¿Sabes idiomas? ¿Cómo se dice *fiddle-de-dee* en francés?

—*Fiddle-de-dee* no es palabra inglesa —replicó Alicia con seriedad.

—¿Quién dijo que lo fuera? —dijo la Reina Negra.

Esta vez *Alicia creyó descubrir un medio para sortear la dificultad.*

—Si me dice a qué idioma pertenece "fiddle-de-dee", yo le diré cómo se dice en francés —exclamó triunfalmente.

Pero la Reina se irguió hierática y dijo:

—*Las Reinas nunca hacen tratos.* (Las bastardillas son nuestras.)

[69] Sobre la base de diversos tests psicológicos, se habían atribuido a este paciente un cociente intelectual de entre 50 y 80. Justo antes de esta entrevista, se negó a participar en un test aduciendo que no podía comprender lo que se le pedía. (En el curso de la terapia se cambió el diagnóstico por el de esquizofrenia; la recuperación del paciente fue satisfactoria, y su desempeño en diversas áreas supera en mucho las expectativas de los test mencionados.)

[70] La libertad misma es similar a la paradoja. Para Sartre, la única libertad que no tenemos es la de no ser libres. En un sentido similar, el Código Civil suizo, uno de los más esclarecidos de Europa, manifiesta (Artículo 27): «... Nadie puede renunciar a su libertad o limitarla hasta un punto que viola la ley o la moral». Y Berdyaev, al resumir el pensamiento de Dostoievsky, escribe: La libertad no puede identificarse con la bondad, con la verdad o con la perfección: es, por naturaleza, autónoma, es libertad y no bondad.

Cualquier identificación o confusión de la libertad con la bondad y la perfección implica negar la libertad y fortalecer los métodos de compulsión; la bondad obligatoria deja de ser bondad por el hecho mismo de su restricción (22, págs. 69-70).

[71] Cf. Citamos nuevamente a Lewis Carrol en *A través del espejo* que (al igual que *Alicia en el país de las maravillas)* es más un texto de problemas de lógica que un libro para niños. Tweedledum y Tweedledee hablan acerca del durmiente Rey Rojo:

—Ahora está soñando —dijo Tweedledee—. ¿Y con qué crees que sueña? Nadie puede saberlo —dijo Alicia.

—¡Vaya! ¡Sueña *contigo!* —exclamó triunfal Tweedledee, batiendo palmas—. Y si dejara de soñar contigo, ¿dónde supones que estarías?

—Donde estoy ahora, por supuesto —dijo Alicia.

—¡No! —replicó desdeñosamente Tweedledee—. No estarías en ningún lado. ¡Sólo eres algo en su sueño!

—Si el Rey fuera a despertarse —agregó Tweedledum—, te esfumarías ¡bang!... ¡como la llama de una vela!

—¡No me esfumaría! —se indignó Alicia—. Además, si yo sólo *soy*algo en su sueño, ¿qué son *ustedes,* quisiera saber!

—Idem —dijo Tweedledum.

—¡Idem, idem! —gritó Tweedledee.

Tan fuerte lo gritó, que Alicia no pudo dejar de decir:

—¡Chist! Temo que lo despertarán si hacen tanto ruido.

—Es inútil que *tú* hables de despertarlo —dijo Tweedledum—, cuando no eres más que una cosa en su sueño. Sabes muy bien que no eres real. —¡ *Soy* real! —dijo Alicia y se puso a llorar.

[72] *Double bind* significa literalmente «doble lazo» o «doble atadura» y, por extensión, «doble trampa». Al revisor le cupo la responsabilidad de incorporar dicho concepto a la literatura especializada en castellano, traduciéndolo como «doble vínculo». Su uso ya relativamente difundido obliga a mantener esa traducción, tal vez no la más exacta desde el punto de vista literal, si bien más apta que otras para la redacción en castellano. [N. *del* E.]

[73] Esto se aplica también a la percepción que una persona tiene de los estados de ánimo o la conducta de otra. Cf. Johnson y col. al que pertenece el siguiente pasaje: Cuando estos niños percibían el enfado y la hostilidad de un progenitor, como sucedía en numerosas ocasiones, aquél negaba su enfado e insistía en que el niño hiciera lo mismo, de modo que éste se veía en el dilema de creer al progenitor o a sus propios sentidos. Si confiaba en sus sentidos, mantenía un firme contacto con la realidad; si creía al progenitor, conservaba la relación que necesitaba, pero distorsionaba su percepción de la realidad (80, pág. 143). Laing *(89)* ha introducido el concepto de mistificación para referirse a este mismo patrón.

[74] Sus autores recibieron el Premio Frieda Fromm-Reichmann 1961-1962 de la Academia de Psicoanálisis, por su significativa contribución a la comprensión de la

esquizofrenia.

[75] Esta mutualidad existe aun cuando todo el poder esté aparentemente en manos de uno de los participantes y el otro parezca totalmente desvalido, por ejemplo, en la persecución política. Al final, como explica Sartre *(135),* el torturador queda tan humillado como su víctima. Véase, asimismo, la descripción que hace Weissberg *(163)* de sus experiencias como víctima de la Gran Purga en la Unión Soviética, y el concepto de Meerloo *(103)* del «misterioso pacto masoquista» entre el experto en lavado de cerebro y su víctima. Para un estudio detallado de la mutualidad del doble vínculo en las familias, véase Weakland *(160)* y también Sluzki y col. *(144).*

[76] Resulta imposible examinar en este libro todos los aspectos y ramificaciones de la teoría del doble vínculo, pero el problema relativo al grado de trastorno requiere una breve digresión. Hemos comprobado en más de una ocasión que los padres de esquizofrénicos pueden parecer al principio individuos congruentes, bien adaptados, lo cual parece corroborar el mito de que estas familias serían felices si no tuvieran un hijo psicótico. Pero incluso cuando se los entrevista en ausencia del paciente, sus extraordinarias incongruencias comunicacionales no tardan en hacerse evidentes. Es necesario señalar una vez más los numerosos ejemplos presentados por Laing y Esterson *(90)* y un trabajo pionero de Searles, al que pertenece el siguiente pasaje:

Por ejemplo, la madre de un joven esquizofrénico, una mujer muy intensa que hablaba con la velocidad de una ametralladora, derramó sobre mí, en un torrente ininterrumpido de palabras, las siguientes frases, plagadas de *non sequiturs* en lo que respecta al tono emocional, que me dejaron momentáneamente atontado: «Él era muy feliz. No puedo creer que le ocurriera una cosa así. Nunca estuvo mal, nunca. Le encantaba su empleo en el negocio del Sr. Mitchell en Lewiston. El Sr. Mitchell es una persona muy perfeccionista. No creo que ninguno de sus empleados amantes de Edward durara más de unos pocos meses. Pero Edward se llevaba muy bien con él. Solía volver a casa y decir (la madre imita un suspiro de agotamiento): ¡No puedo soportarlo más!» *(142),* págs. 3-4).

Un ejemplo similar, tomado de uno de nuestros proyectos de investigación, es el de una madre cuyo hijo esquizofrénico comenzó cierto día a agujerear los muebles, las paredes y las ventanas de su apartamento con su rifle de pequeño calibre. Cuando se le preguntó cómo había solucionado esta peligrosa situación, la madre replicó con cierta rabia: «Le dije por centésima vez que no debía jugar *dentro* de la casa».

[77] Resulta significativo que los animales que nunca fueron adiestrados para discriminar no muestran esta clase de conducta en el contexto en que la discriminación resulta imposible.

[78] Partes de esta sección fueron publicadas por primera vez en 158.

[79] Para una revisión de algunos de los primeros artículos y una presentación amplia de esta paradoja, véase Nerlich *(111);* asimismo, véase Gardner *(54*)para un excelente resumen que incluye casi todas las versiones en que se ha presentado la paradoja.

[80] Desde luego, la confianza o desconfianza de *O* dependerá de sus experiencias

pasadas, si las ha tenido con *P* y el resultado del problema actual influirá sobre el grado de confianza de *O* con respecto a *P* en ocasiones futuras. Pero, para nuestros fines actuales, no es necesario considerar esto aquí.

[81] Como se recordará, el Dilema de los Prisioneros es un juego de suma no nula, de modo que la meta de cada jugador es su propia ganancia absoluta al margen de la ganancia o la pérdida del otro. Así, la cooperación no sólo no queda excluida (como sucede en el juego de suma nula), sino que incluso puede constituir la estrategia óptima. Tampoco constituye una estrategia automáticamente conveniente el otorgar un carácter aleatorio a las jugadas (en el caso de partidas sucesivas).

[82] Véanse los detallados comentarios de Rapoport *(122)* y Schelling *(140)*.

[83] Compárese esto con un famoso *koan* Zen (una meditación paradójica) expresado por Tai-hui con una vara de bambú: «Si llamas a esto una vara, afirmas; si dices que no es una vara, niegas. Más allá de la afirmación y la negación, ¿cómo lo llamarías?».

[84] Desde luego, ésta es la diferencia básica entre un doble vínculo y una simple contradicción (véase S.6.4.3.4.).

[85] Una situación bastante similar puede surgir en el área de las relaciones internacionales. Osgood describe el patrón idéntico de la siguiente manera: ... Nuestros líderes políticos y militares se han mostrado prácticamente unánimes en sus manifestaciones públicas de que debemos seguir adelante y mantenernos en la delantera en lo que respecta a la carrera armamentista; también se han mostrado igualmente unánimes en lo que se refiere a no decir nada acerca de lo que sucede *entonces*. Supongamos que alcanzamos el *status quo* ideal —la capacidad mutua para aniquilar por completo al otro desde bases terrestres o desde submarinos—, *¿qué sucedería entonces?* Sin duda, ningún hombre cuerdo puede imaginar a nuestro planeta girando eternamente, dividido en dos fuerzas armadas empeñadas en destruirse mutuamente, y decir que eso es «paz» y «seguridad». El problema consiste en que *la política del status quo no incluye medidas para su propia resolución*. Puesto que nada dura eternamente, en particular nada construido con componentes tan inestables como el equilibrio del terror, debemos preguntarnos de qué manera habrá de terminar esta situación. Ya hemos visto que la *escalada* desde la pequeña hasta la gran guerra es una resolución posible (113 bis).

[86] Sin embargo, en nuestra experiencia y la de muchos otros que trabajan en este campo, la intervención terapéutica eficaz está sometida a un importante factor temporal. El hecho de que el terapeuta cuente con un limitado período de gracia para alcanzar su meta parece ser inherente a la naturaleza de la relación humana.

Antes de que transcurra mucho tiempo, el nuevo sistema se consolida hasta el punto de que el terapeuta se ve casi inextricablemente apresado en él y, a partir de ese momento, es mucho menos capaz de provocar un cambio que a comienzos del tratamiento. Ello resulta particularmente cierto en el caso de familias con un miembro esquizofrénico; su capacidad de «absorber» todo lo que amenace su rígida estabilidad (a pesar de las caóticas manifestaciones superficiales) es realmente notable. Por lo general, un terapeuta consulta a otro cada vez que se siente envuelto en el juego de su paciente o pacientes,

pues sólo planteando este problema a otro colega puede salir del contexto en el que ha quedado atrapado.

[87] El ineludible efecto de este tipo de comunicación puede verificarse fácilmente. Si *P* le comenta a O: «Por el modo en que se te ve sentado en esa silla, pareces muy relajado», y sigue mirando a O, no prescrito siquiera la conducta de O, sino que se limita a describirla, a pesar de lo cual es probable que *O* se sienta de inmediato molesto y acalambrado, y tenga que adoptar la postura descrita para recuperar una sensación de comodidad y relajación. Y recordamos también la fábula de la cucaracha que le preguntó al ciempiés cómo lograba mover sus cien patas con tanta elegancia y con coordinación tan perfecta. A partir de ese momento, el ciempiés ya no pudo caminar.

[88] Una manera de no encarar la conducta sintomática sería la de provocar un cambio en sólo *una* de las personas que participan en una relación estrecha (véase S.7.3.3.).

[89] Quizá esto no parezca muy convincente, pero en realidad resulta muy raro encontrar un paciente que no acepte los mandatos más absurdos (por ejemplo, «quiero que aumente su dolor») sin hacer demasiadas preguntas.

[90] Señalar sus implicaciones interpersonales no significa negar la existencia del inconsciente ni la utilidad de este concepto (cf. S.1.6.2.).

[91] En todo el libro hemos tenido ocasión de señalar el hecho de que una jerarquía de niveles parece impregnar el mundo en que vivimos y nuestra experiencia de nosotros mismos y de los demás, y de que las aseveraciones válidas acerca de un nivel sólo pueden hacerse desde el nivel siguiente. Esta jerarquía se hace evidente en:

1) La relación entre la matemática y la metamatemática (S.1.5.) así como entre la comunicación y la metacomunicación (S.1.5. y 2.3.).
2) Los aspectos entre la matemática y la metamatemática (S.1.5. y 2.3.).
2) Los aspectos del contenido y relacionales en la comunicación (S.2.3. y 3.3.).
3) La definición del *self* y de los otros (S.3.3.3.).
4) Las paradojas lógico-matemáticas y la teoría de los tipos lógicos (S.6.2.).
5) La teoría de los Niveles de los Lenguajes (S.6.3.).
6) Las paradojas pragmáticas, los dobles vínculos y las predicciones paradójicas (S.6.4.).
7) La ilusión de alternativas (S.7.1.).
8) El juego sin fin (S.7.2.).
9) Los dobles vínculos terapéuticos (S.7.4.).

[92] A esto podría objetarse que el segundo criterio está mejor adaptado a la realidad que el primero, pero el tantas veces utilizado criterio de realidad debe tratarse con gran cautela. La falacia habitual es en este caso el supuesto tácito de que existe tal «realidad objetiva» y que las personas cuerdas tienen más conciencia de ella que las insanas. En términos generales, este supuesto posee un desagradable parecido con una premisa similar de la geometría euclidiana. Durante dos mil años nadie cuestionó el supuesto de que los axiomas de Euclides abarcaban correcta y totalmente la realidad del espacio, hasta que se comprendió que la geometría euclidiana no era más que una de las numerosas geometrías posibles, que no sólo podían ser distintas, sino también

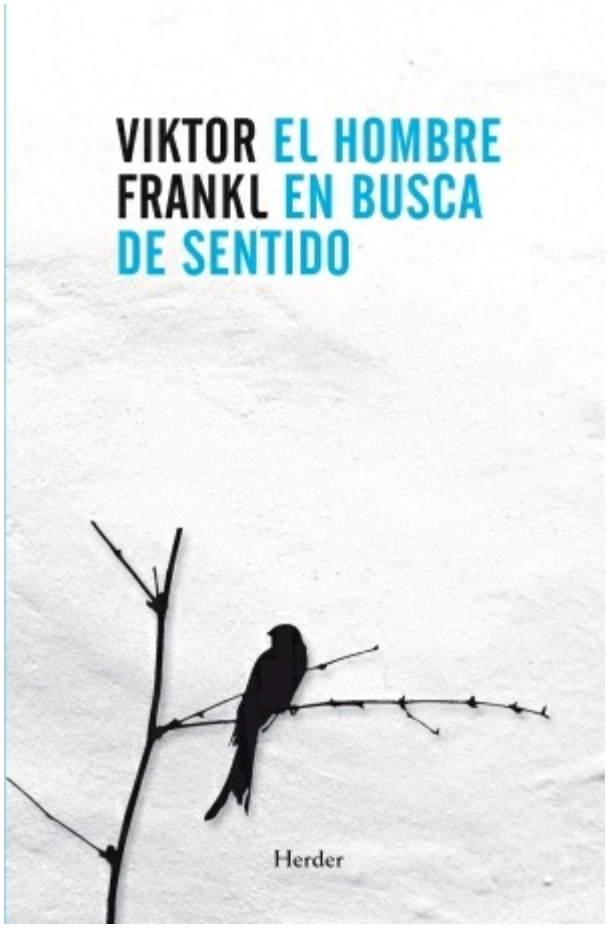
incompatibles entre sí. Como afirman Nagel y Newman:La creencia tradicional de que los axiomas de la geometría (o *los axiomas de cualquier disciplina)* pueden quedar establecidos por su aparente autoevidencia, se vio así radicalmente socavada. Además, se hizo cada vez más obvio que el verdadero interés del matemático puro consiste en *derivar teoremas de supuestos postulados* y que, como matemático, no le incumbe decidir si los axiomas de los que parte son realmente verdaderos *(108,* pág. 11; las bastardillas son nuestras).

[93] Por ejemplo, esta diferencia se refleja en las cartas (por ejemplo, *57)* escritas por prisioneros condenados por los nazis por crímenes políticos de diversos tipos. Quienes sentían que sus acciones habían servido para contribuir a derrocar el régimen podían enfrentarse a la muerte con cierta serenidad. Por otro lado, las protestas realmente trágicas y desesperadas correspondían a quienes habían sido sentenciados a muerte por crímenes tan triviales como escuchar las emisoras de radio aliadas o hacer un comentario hostil acerca de Hitler. Su muerte constituía aparentemente una violación de una premisa significativa de tercer orden: que la propia muerte debe ser significativa y no trivial.

[94] Éste es el llamado problema de la vacilación en los procedimientos de decisión: ofrece una sugestiva analogía con nuestro concepto de juego sin fin en la comunicación humana S.7.2.

[95] Al lector que le interese el tema se le recomienda la excelente descripción no matemática que Nagel y Newman hacen de la prueba de Godel *(109).* Por lo que sabemos, la similitud entre el teorema de Godel y las predicciones paradójicas fue señalada por primera vez por Nerlich *(111),* y creemos que esa paradoja constituye probablemente la analogía no matemática más elegante del teorema, incluso preferible al enfoque no numérico de Findlay *(44).*

[96] En un trabajo posterior de Wittgenstein encontramos los siguientes pensamientos, de pertinencia directa para nuestro estudio: Cabría preguntar qué importancia tiene la prueba de Godel para nuestro trabajo, pues un fragmento de matemáticas no puede resolver un problema del tipo que *nos* preocupa. La respuesta es que la situación a la que tal prueba nos conduce encierra interés para nosotros. «¿Qué podemos decir ahora?»: ése es nuestro tema (168 *bis,* pág. 177).


VIKTOR FRANKL
EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO
Herder

El hombre en busca de sentido

Frankl, Viktor
9788425432033
168 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

* Nueva traducción*

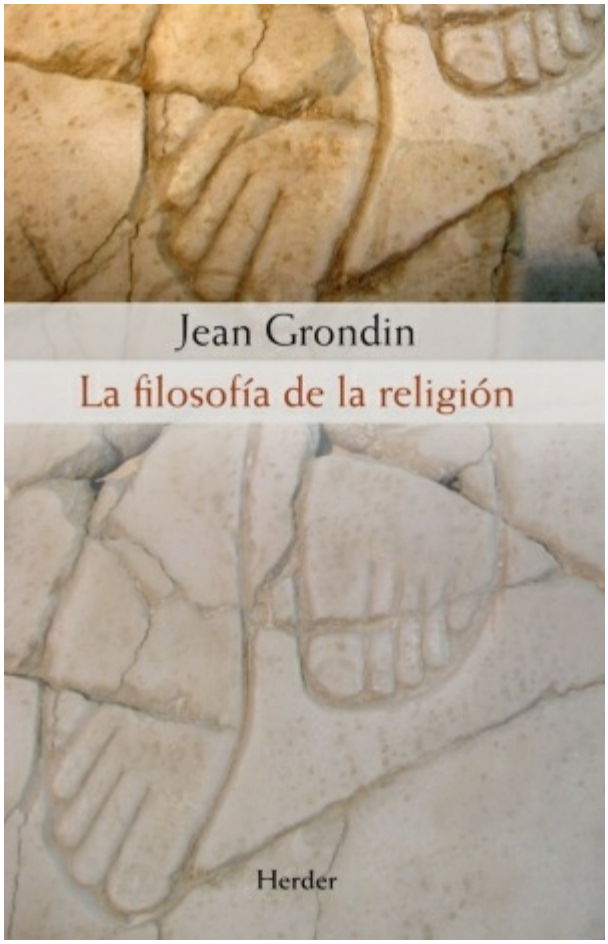
El hombre en busca de sentido es el estremecedor relato en el que Viktor Frankl nos narra su experiencia en los campos de concentración.

Durante todos esos años de sufrimiento, sintió en su propio ser lo que significaba una existencia desnuda, absolutamente desprovista de todo, salvo de la existencia misma. Él, que todo lo había perdido, que padeció hambre, frío y brutalidades, que tantas veces estuvo a punto de ser ejecutado, pudo reconocer que, pese a todo, la vida es digna de ser vivida y que la libertad interior y la dignidad humana son indestructibles. En su condición de psiquiatra y prisionero, Frankl reflexiona con palabras de sorprendente esperanza sobre la capacidad humana de trascender las dificultades y descubrir una verdad profunda que nos orienta y da sentido a nuestras vidas.

La logoterapia, método psicoterapéutico creado por el propio Frankl, se centra precisamente en el sentido de la existencia y en la búsqueda de ese sentido por parte del hombre, que asume la responsabilidad ante sí mismo, ante los demás y ante la vida. ¿Qué espera la vida de nosotros?

El hombre en busca de sentido es mucho más que el testimonio de un psiquiatra sobre los hechos y los acontecimientos vividos en un campo de concentración, es una lección existencial. Traducido a medio centenar de idiomas, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo. Según la Library of Congress de Washington, es uno de los diez libros de mayor influencia en Estados Unidos.

Cómpralo y empieza a leer


Jean Grondin
La filosofía de la religión
Herder

La filosofía de la religión

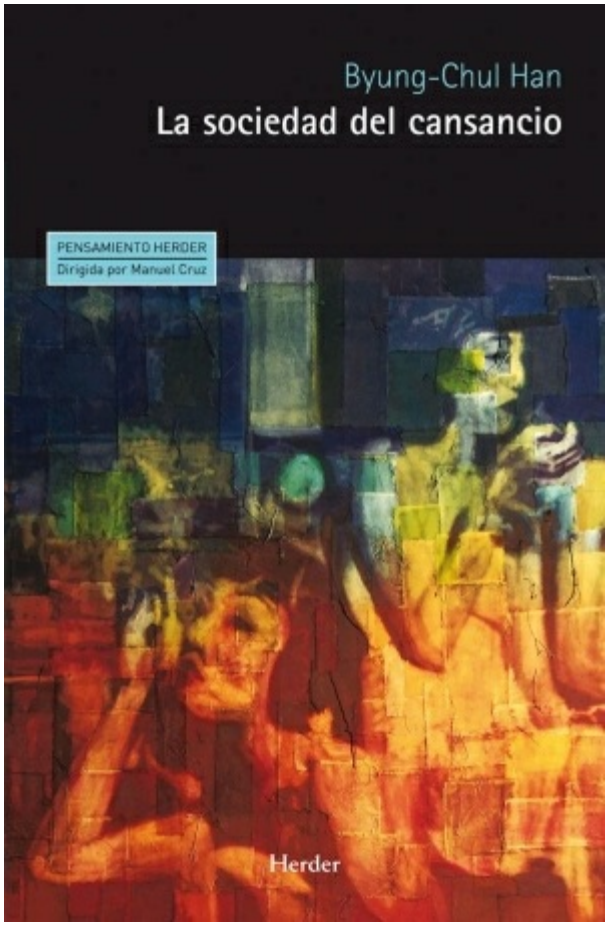
Grondin, Jean
9788425433511
168 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Para qué vivimos? La filosofía nace precisamente de este enigma y no ignora que la religión intenta darle respuesta. La tarea de la filosofía de la religión es meditar sobre el sentido de esta respuesta y el lugar que puede ocupar en la existencia humana, individual o colectiva.

La filosofía de la religión se configura así como una reflexión sobre la esencia olvidada de la religión y de sus razones, y hasta de sus sinrazones. ¿A qué se debe, en efecto, esa fuerza de lo religioso que la actualidad, lejos de desmentir, confirma?

Cómpralo y empieza a leer


Byung-Chul Han
La sociedad del cansancio
PENSAMIENTO HERDER
Dirigida por Manuel Cruz
Herder

La sociedad del cansancio

Han, Byung-Chul
9788425429101
80 Páginas

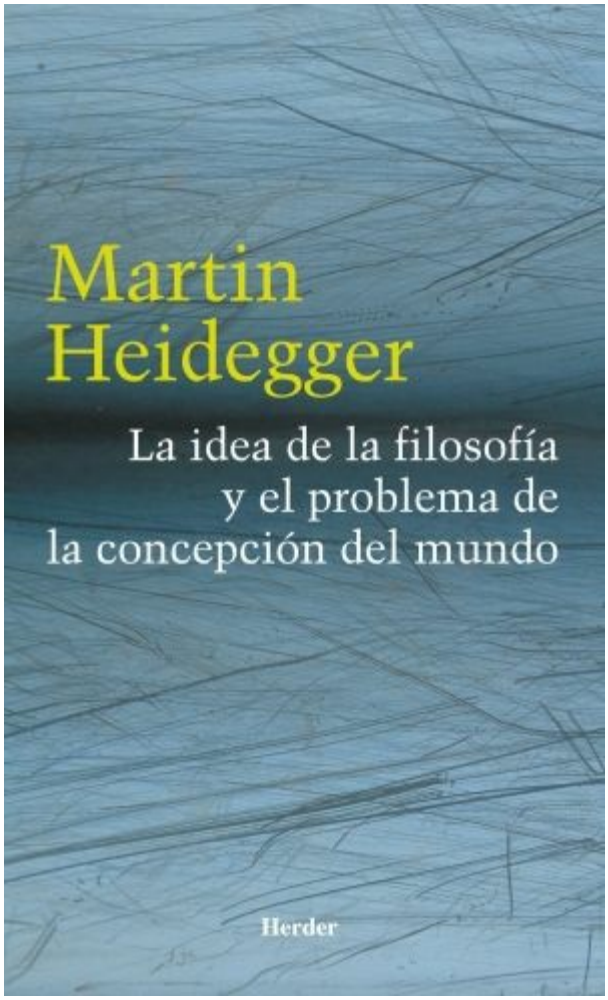
Cómpralo y empieza a leer

Byung-Chul Han, una de las voces filosóficas más innovadoras que ha surgido en Alemania recientemente, afirma en este inesperado best seller, cuya primera tirada se agotó en unas semanas, que la sociedad occidental está sufriendo un silencioso cambio de paradigma: el exceso de positividad está conduciendo a una sociedad del cansancio. Así como la sociedad disciplinaria foucaultiana producía criminales y locos, la sociedad que ha acuñado el eslogan Yes We Can produce individuos agotados, fracasados y depresivos.

Según el autor, la resistencia solo es posible en relación con la coacción externa. La explotación a la que uno mismo se somete es mucho peor que la externa, ya que se ayuda del sentimiento de libertad. Esta forma de explotación resulta, asimismo, mucho más eficiente y productiva debido a que el individuo decide voluntariamente explotarse a sí mismo hasta la extenuación. Hoy en día carecemos de un tirano o de un rey al que oponernos diciendo No. En este sentido, obras como Indignaos, de Stéphane Hessel, no son de gran ayuda, ya que el propio sistema hace desaparecer aquello a lo que uno podría enfrentarse. Resulta muy difícil rebelarse cuando víctima y verdugo, explotador y explotado, son la misma persona.

Han señala que la filosofía debería relajarse y convertirse en un juego productivo, lo que daría lugar a resultados completamente nuevos, que los occidentales deberíamos abandonar conceptos como originalidad, genialidad y creación de la nada y buscar una mayor flexibilidad en el pensamiento: "todos nosotros deberíamos jugar más y trabajar menos, entonces produciríamos más".

Cómpralo y empieza a leer


Martin
Heidegger
La idea de la filosofía
y el problema de
la concepción del mundo
Herder

La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo

Heidegger, Martin
9788425429880
165 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuál es la tarea de la filosofía?, se pregunta el joven Heidegger cuando todavía retumba el eco de los morteros de la I Guerra Mundial. ¿Qué novedades aporta en su diálogo con filósofos de la talla de Dilthey, Rickert, Natorp o Husserl? En otras palabras, ¿qué actitud adopta frente a la hermeneútica, al psicologismo, al neokantismo o a la fenomenología? He ahí algunas de las cuestiones fundamentales que se plantean en estas primeras lecciones de Heidegger, mientras éste inicia su prometedora carrera académica en la Universidad de Friburgo (1919- 923) como asistente de Husserl.

Cómpralo y empieza a leer

JESPER JUUL
NO
Decir no, por amor
Padres que hablan claro:
niños seguros de sí mismos
Herder

Decir no, por amor

Juul, Jesper
9788425428845
88 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El presente texto nace del profundo respeto hacia una generación de padres que trata de desarrollar su rol paterno de dentro hacia fuera, partiendo de sus propios pensamientos, sentimientos y valores, porque ya no hay ningún consenso cultural y objetivamente fundado al que recurrir; una generación que al mismo tiempo ha de crear una relación paritaria de pareja que tenga en cuenta tanto las necesidades de cada uno como las exigencias de la vida en común.

Jesper Juul nos muestra que, en beneficio de todos, debemos definirnos y delimitarnos a nosotros mismos, y nos indica cómo hacerlo sin ofender o herir a los demás, ya que debemos aprender a hacer todo esto con tranquilidad, sabiendo que así ofrecemos a nuestros hijos modelos válidos de comportamiento. La obra no trata de la necesidad de imponer límites a los hijos, sino que se propone explicar cuán importante es poder decir no, porque debemos decirnos sí a nosotros mismos.

Cómpralo y empieza a leer

Índice

Prefacio	5
Introduccción	8
1. Marco de referencia	11
2. Algunos axiomas exploratorios de la comunicación	35
3. La comunicación patológica	57
4. La organización de la interacción humana	96
5. Un análisis comunicacional de la obra ¿Quién teme a Virginia Woolf?	119
6. La comunicación paradójica	150
7. Paradojas en psicoterapia	186
Epílogo. El existencialismo y la teoría de la comunicación humana: un enfoque	206
Glosario	219
Bibliografía	223
Notas	233